57244

57244

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

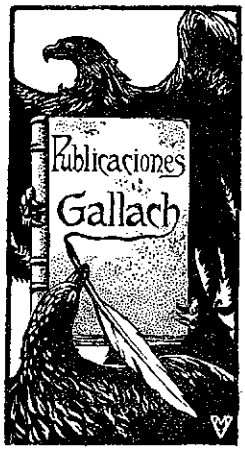
© Biblioteca Nacional de España

# HISTORIA DE ESPAÑA

Y

# DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

© Biblioteca Nacional de España




© Biblioteca Nacional de España

R. 758. 154

# HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

# REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

## TOMO II

**Invasión de los bárbaros. — Nacionalidades bárbaras. Los visigodos. — Fin de la dominación romana. Decadencia y destrucción del pueblo visigótico. — Los árabes.**

BARCELONA

CASA EDITORIAL "GALLACH"

416, CONSEJO DE CIENTO, 418

© Biblioteca Nacional de España

PROPIEDAD DEL EDITOR

—

DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

## INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

### CAPÍTULO PRIMERO

PRIMEROS CHOQUES

Los germanos, página 1. — Arminio, pág. 3.

### CAPÍTULO II

PRIMERAS INVASIONES

Nacionalidades bárbaras, página 8. — Costumbres de los germanos, pág. 10. — Religión de los germanos, pág. 11. — Organización política de los germanos, pág. 12. — Invasión goda, pág. 15. — Los sajones, pág. 18. — Los suevos, pág. 19. — Los alemanes, pág. 19. — Los vándalos, alanos y siliagos, pág. 20.— Los burgundios, pág. 21.—Los longobardos, pág. 21. — Los francos, pág. 21.

### CAPÍTULO III

LAS GRANDES INVASIONES DEL SIGLO V

Los hunos, página 23. — Los visigodos en Italia, pag. 24. — Causas de la invasión de los bárbaros, pág. 26. — Invasión del año 409, página 29. — Trastornos intestinos en la Tarraconense, pág. 33.



© Biblioteca Nacional de España

# PARTE SEGUNDA

## CAPÍTULO PRIMERO

### Los primeros reyes

Ataulfo, página 35. — El pueblo visigótico, pág. 37. — Sigerico, página 41. — Walia, pág. 41. — Gala Placidia, pág. 42. — El reino de Tolosa, pág. 42. — Nuevos levantamientos de los bárbaros, pág. 43. — Teodoredo, pág. 45. — Los hunos en la Galia, pág. 47. — La batalla de Chalons, pág. 47. — Turismundo y Teodorico, pág. 50. — La anarquía romana, pág. 51.

## CAPÍTULO II

### El reino de los suevos

La monarquía de los suevos, página 53. — Guerra suevo-visigótica, pág. 54. — Luchas intestinas entre los suevos, pág. 36. — Los suevos atacan a los romanos, pág. 56.

## CAPÍTULO III

### Los vándalos

Genserico, página 58. — Dominación vándala del Mediterráneo, página 62.

## CAPÍTULO IV

### Fin de la dominación romana en España

Los regicidios, página 64. — Eurico, pág. 65. — Destrucción de Tarragona, pág. 66.

## CAPÍTULO V

### Los reyes arrianos

Alarico II, página 70. — Los ostrogodos, los francos, Clodoveo, página 71. — Los hijos de Alarico, pág. 73. — Dos reyes ostrogodos, pág. 75. — Destrucción del imperio vándalo, pág. 77. — Guerra de sucesión, Agila y Atanagildo, pág. 80. — Intervención bizantina, página 81. — Importante reinado de Leovigildo, pág. 81.—En pos de la unidad nacional, pág. 83. — Guerra de los cántabros, pág. 84. — Nuevas rebeliones, pág. 85.—El príncipe Hermenegildo, pág. 86.—Guerra de religión, pág. 87. — Fin del reino de los suevos, pág. 88. — Muerte de Hermenegildo, pág. 89. — Guerra en la Galia, pág. 90.

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO VI

### Los reyes visigodos católicos. — Recaredo

Recaredo, página 93. — La conversión, pág. 94. — Rebeliones arrianas, pág. 96. — La conjuración de Mérida, pág. 97. — La segunda batalla de Carcasona, pág. 98. — El gran concilio de Toledo, pág. 98. — La unidad católica, pág. 100. — La asimilación, pág. 102. — Paz con los bizantinos, pág. 103. — Muerte de Recaredo, pág. 103.

## CAPÍTULO VII

### La unidad legislativa y la unidad política

Liuva II, página 105. — El infame Witerico, pág. 106. — Gundemaro, pág. 106. — Sisebuto, pág. 107. — Persecución de los judíos, pág. 108. — Suintila, pág. 111. — Expulsión de los bizantinos, pág. 112. — El clero y la nobleza contra el trono, pág. 112. — Sisenando, pág. 113. — Chintila, pág. 114. — Excelente reinado de Chindasvinto, pág. 115. — Recesvinto, pág. 117. — El «Fuero Juzgo», pág. 119. — Conquista árabe, pág. 120.

## CAPÍTULO VIII

### Decadencia y destrucción del pueblo visigótico

Elección de Wamba, página 121. — La traición de Paulo, pág. 122. — Toma de Nimes, pág. 127. — Sabio gobierno de Wamba, pág. 132. — Triunfos marítimos, pág. 133. — La maldad de Ervigio, pág. 133. — El miserable Ervigio, pág. 135. — Egica, pág. 136. — La conjuración de Sisberto, pág. 138. — La conspiración de los judíos, pág. 138. — Witiza, pág. 139. — Rodrigo, pág. 140. — La batalla de Barbate, página 143. — Sigue la lucha, pág. 144.

# PARTE TERCERA

# LA CULTURA HISPANO-VISIGODA

## CAPÍTULO PRIMERO

### Organización de la monarquía

Organización social, página 149. — Las clases sociales, pág. 150. — Organización política, pág. 152. — Legislación, pág. 153. — El municipio, pág. 153. — El arrianismo, pág. 154. — La Iglesia, pág. 156.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

Los concilios

Carácter de los concilios, pág. 159. — Concilio III de Toledo, pág. 160.

CAPÍTULO III

Los códigos

Los códigos antiguos, página 165. — El «Fuero Juzgo», pág 166.

CAPÍTULO IV

Ejército y marina

Organización militar, página 169. — Táctica, pág. 171. — Ordenanza, pág. 171. — La marina, pág. 171.

CAPÍTULO V

Letras y ciencias. — La medicina

Escritores hispanovisigodos, página 173. — La Medicina, pág. 180.

CAPÍTULO VI

Las artes

La arquitectura, página 182. — Escultura, pág. 186. — Pintura, página 186. — Orfebrería, pág. 187. — Música, pág. 190. — Pesos, medidas y monedas, pág. 191. — Agricultura, pág. 192. — Industria, página 192. — Comercio, pág. 192. — El lujo. Vestidos y adornos, página 193. — Costumbres de los visigodos, pág. 195.

CAPÍTULO VIII

Influencia de la dominación visigótica en la sociedad española, pág. 197.

PARTE CUARTA

**LOS ÁRABES**

CAPÍTULO PRIMERO

Arabia

El territorio, página 206. — Montañas, pág. 207. — Ríos, pág. 207. — Costas, pág. 207. — Clima, pág. 208. — Vientos, pág. 208. — Produc-

© Biblioteca Nacional de España

ciones, pág. 208. — La raza, pág. 209. — Tipo físico, pág. 210. — Escritura y lengua, pág. 211. — El culto, pág. 212. — Historia, pág. 212. — Arios y semitas, pág. 216. — Usos y costumbres de los árabes, página 218.

## CAPÍTULO II

Mahoma, página 221.

## CAPÍTULO III

### El Corán

El Corán, página 231. — Profesión de fe, pág. 232. — El Corán ley civil, pág. 236. — Sacerdocio, pág. 236. — Las herejías, pág. 237. — Los careyitas, pág. 237. — Los «suras» del Corán, pág. 238.

## CAPÍTULO IV

### Los primeros califas

Abu-Bekr, página 247. — Omar, pág. 251. — Toma de Jerusalén, página 252. — Conquista de Palestina y Persia, pág. 255. — La conquista de Egipto, pág. 255. — Alí, pág. 262. — Mohawiah y los Ommiadas, pág. 263. — Los invasores, pág. 266. — Los árabes en Marruecos, página 267. — La conquista de España. La última defensa, pág. 269.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# LAMINAS

Págs.

Galería de reyes y Jefes de Estado. I ..... 39
Destrucción de Tarragona ..... 65
Muerte de San Hermenegildo ..... 79
Conversión de Recaredo..... 87
Galería de reyes y jefes de Estado. II ..... 97
El gran concilio de Toledo ..... 111
Expulsión de los judíos ..... 125
Elección de Wamba..... 147
Batalla del Barbate ..... 175
Tipo árabe..... 215

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PRIMERA PARTE

# INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

EMIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS (DE LOS ALEMANES)

## CAPÍTULO PRIMERO

## PRIMEROS CHOQUES

GERMANOS.—ARMINIO.—GERMÁNICO

**Los germanos.**

Roma había cumplido su misión: difundir el derecho, elevar a todos los hombres a la dignidad de ciudadanos, nivelar, por decirlo así, el terreno para que pudieran cundir las doctrinas del cristianismo, desde uno a otro confín del Imperio. Con ello había sacrificado su primacía, abdicado de su hegemonía mundial. En tales momentos se necesitaba una revolución que elevase a las provincias a la dignidad de naciones libres, que descentralizase la vida social. El estado del Imperio favorecía por completo tal transformación, que si bien en un principio dió lugar a un pe-



© Biblioteca Nacional de España

ríodo bárbaro, no tardó en consolidarse y en producir los más admirables frutos. Todas las instituciones modernas son consecuencias de la organización social propia de lo que se ha llamado la *edad media*.

Durante la República, Roma se fijó exclusivamente en el Mediodía de Europa, Norte de África y de Asia Menor: conquistó a Grecia, a Cartago, a Egipto, a España, a Anatolia, a Siria y a Palestina. César comenzó a extender estas conquistas por el Norte y sujetó las Galias y Bretaña; pero a la otra parte del Rhin y del Danubio había inmensos enjambres de pueblos, que vivían en estado de barbarie, o cuando menos, en un estado de civilización muy diferente del mundo romano.

Estos pueblos, de muy diverso origen y divididos en gran número de tribus, eran denominados en conjunto dacios (de Deutsch), teutones o germanos, nombre que significa *hombre libre*.

Es difícil decidir si estos *germanos* o *teutones* vinieron a Europa desde Asia, o bien si tuvieron su cuna en las llanuras del Norte de Europa, desde donde pasaron al vecino continente oriental, para volver después. Lo que sí parece bien probado es su estirpe aria: pastores en un principio, convirtiéronse con el tiempo en labradores y guerreros.

Una parte de aquellos pueblos ocupaba el territorio que llamamos Alemania, y eran los germanos propiamente dichos; otros moraban en la Scandia (Escandinavia); otros en Rusia, siendo denominados escitas; otros al Norte del Danubio oriental, los eslavos.

Extendido el Imperio, por César, hasta la frontera de Germania, encontráronse las legiones con gentes de singular y feroz aspecto, bien resueltas al parecer a repeler la invasión del Sur; rompiéronse las hostilidades, pero sin presentar los germanos grandes masas, sino partidas sueltas. Era, pues, una guerra de escaramuzas y emboscadas, como las que hicieran nuestros Viriato e In-

© Biblioteca Nacional de España

débil. Romanos y germanos competían en crueldades, en cuanto a incendios y matanzas.

Sea como fuere, los germanos sentían verdadero horror a la idea de perder su independencia y sufrir el yugo extranjero, mientras Roma, por el contrario, se impacientaba por sujetarlos.

**Arminio.** Las primeras guerras habían ocurrido ya a principios de nuestra Era. Los generales romanos conquistaron la Retia, la Vindalicia, la Nórica, la Panonia, la Mesia, la Liguria, quedando encerrada Germania dentro de una línea de cincuenta fuertes y un foso formado por un canal entre el Rhin y el Saale.

Augusto, cansado de aquella larga guerra, que amenazaba con hacerse interminable, mandó invadir y conquistar la misma Germania, confiando el mando de los ejércitos a sus yernos, Tiberio y Druso, que con sus talentos políticos, tal vez más que con sus capacidades militares, consiguieron que se dividieran, y pidieran la paz, a lo cual se negó el cónsul-emperador.

Prosiguió, pues, la guerra; Tiberio alcanzó brillantes victorias, y lo mismo Germánico, hijo de Druso (que había fallecido envenenado por orden de Augusto). Sin embargo, los romanos no dejaron de sufrir algunos terribles reveses por parte de aquellas hordas, soliviantadas por los brutales atropellos y el bandidaje de los jefes romanos, pero al fin se dieron a partido.

Augusto envió entonces de gobernador a Germania a cierto Quintilio Varo, uno de los procónsules más inmorales y avaros que hubiesen padecido nunca las provincias. Llegaba Quintilio Varo de su gobierno de Siria, y creyó que podría tratar a los germanos como lo había hecho con aquellos asiáticos; con él iba una caterva de famélicos funcionarios, legistas sobre todo, de los cuales se valía para armar pleitos y apoderarse del dinero.

En su total desconocimiento del país, exigió Varo que los germanos adoptasen inmediatamente las leyes,

© Biblioteca Nacional de España

costumbres y lengua de Roma, lo cual encendió los ánimos. La insurrección hubiera podido tal vez evitarse valiéndose de mañas y castigos, pero apareció un jefe, gracias al cual hubo de surgir formidable el alzamiento nacional.

Este jefe se llamaba Hermann (*Arminius*, latinizado), príncipe de los cheruscos (Westfalia), que por haber estado aliado con Roma y servido bajo sus banderas tenía la dignidad de *caballero* (*equites*) romano.

Hermann dió unidad al levantamiento; convocó a todos los jefes de las tribus comprendidas entre el Elba y el Rhin, y quedó acordada la insurrección, para lo cual y con el objeto de distraer las fuerzas de Varo, se trabajó por promover algunos motines en Panonia y Dalmacia.

Hermann hubo de demostrar desde un principio que era un admirable general, pues dió orden de que por ningún concepto se alborotaran los germanos, antes bien aparentaran la mayor sumisión, con lo cual adormeció las suspicacias de Varo.

Entretanto, cundía la insurrección en Panonia y Dalmacia, por lo cual el general de Augusto se vió obligado a enviar más fuerzas. En suma, quedáronle tan sólo tres legiones. Los conjurados, que se le mostraban más adictos que nunca, acabaron por persuadirle de que, dado el perfecto estado de tranquilidad de Germania, partiese él también con todas sus fuerzas para acabar de una vez con aquellos revoltosos. Varo lo creyó, y se puso en camino, al frente de las tres legiones.

Llegado a la selva de Teutberg (entre Westfalia y Hannover), cerca de las fuentes del Lippa, encontróse rodeado de lagunas y pantanos, mientras todas las alturas estaban coronadas de guerreros germanos. La derrota fué espantosa, pues no se salvó ni un solo legionario. Varo y sus oficiales se suicidaron. Los abogados que formaban en su cuartel general sufrieron los más ho-

© Biblioteca Nacional de España

rribles martirios; les cortaron las manos, les cosieron la boca, les sacaron los ojos; a uno le arrancaron la lengua diciéndole: — Silba ahora, víbora.

Augusto se entregó a los mayores arrebatos de desesperación, y, rasgadas las vestiduras, corría por su casa, no muy grande, del Palatino, gritando: —*¡Varo! ¡Varo! ¡vuélveme mis legiones!*

Parece ser que Arminio, a consecuencia de esta victoria, sintió veleidades ambiciosas, por lo cual murió asesinado por los suyos, a los 37 años de edad.

Por dicha para Roma, los germanos acabaron por no entenderse, y, ya que no otra cosa, se logró que los bárbaros se mantuvieran a la defensiva, o se sometieran, en tanto llegaba el día de la terrible *emigración de los pueblos,* como dicen con elegante eufemismo los teutones.

El ingrato comportamiento que con Hermann observaron sus deudos y aliados quedó compensado con los elogios que le tributaron los teutones que le sucedieron.

«Apenas hubo muerto Arminio, escribe Federico Schlegel, cuando sus proezas, fecundas en resultados ilimitados, fueron coronadas de opimos frutos. Apenas la muerte apagó la envidia, los pueblos alemanes celebraron al héroe en sus poesías y en sus himnos de gloria; con razón se han remontado en sus obras a Arminio todos los historiadores y poetas nacionales modernos. Considerado como conservador, fundador, verdadero segundo padre del pueblo alemán y de su independencia, constituye, en cierto modo, el principio y la base de toda la historia moderna de los Estados libres y civilizados de Europa.»

Muerto Arminio, envióse contra los germanos una poderosa expedición encargada de vengar la catástrofe de Varo; mandábala Germánico, y esta vez infligió terrible derrota a los patriotas teutónicos. Por desgracia, a su regreso, sorprendióle en el mar una terrible tempestad

© Biblioteca Nacional de España

en la cual naufragaron muchos buques y se ahogaron muchos hombres. Reinaba entonces Tiberio, y envidioso de Germánico dispuso que se dejase en paz a aquellas gentes.

Los germanos permanecieron tranquilos, pero no inactivos; tenían resuelto ya su plan: convertirse de invadidos en invasores; conquistar a Roma. Raza tenacísima en sus rencores, no olvidaba que los romanos les habían tiranizado y robado de una manera cruel, y se habían llevado miles de prisioneros para venderlos como esclavos.

Aquellas tribus vivían errantes, celosas de conservar su plena libertad, y de ahí que carecieran de ciudades, «tumbas en que creían se enterraban vivos los que en ellas moraban». Habitaban en cabañas aisladas o bien en aldeas rodeadas de un vallado, y cada familia poseía su casa, su campo y su prado. Bosques, pastos y ríos eran de aprovechamiento común. Con todo, existía un fuerte vínculo basado en la comunidad de origen, y así las aldeas de un mismo país se consideraban como parte de una misma nacionalidad.

Cada pueblo celebraba asambleas generales, para resolver las cuestiones de mayor importancia, y asambleas de justicia, que no eran otra cosa que un jurado, para dirimir las diferencias entre particulares. Todos los germanos eran propietarios y todos los propietarios eran guerreros; y de consiguiente, todo el pueblo era un ejército. Este carácter militar hacía que los germanos jamás abandonasen las armas y que con ellas acudiesen a sus juntas.

Si había exceso de población en una aldea, parte de los habitantes imitaban lo que hacen las abejas: enjambraban. Cargaban sus ajuares en carros e iban en busca de nuevas tierras donde fijarse, proceder seguido hasta nuestros días por los boers, en sus *tracks*. No pocas veces pasaban la frontera romana y exigían tierras,

© Biblioteca Nacional de España

de grado o por fuerza. Si el gobierno era débil se salían con la suya, y así fué como se establecieron dentro de los límites del Imperio algunos millares de aquellas gentes que vivían pacíficamente dedicados á la agricultura. Otras veces, resistíanse los emperadores, y entonces sobrevenían terribles guerras. «Los bárbaros, decía un oficial romano, según Amiano Marcelino, nos aventajaban en estatura y en fuerza muscular; pero nosotros les éramos superiores en táctica y disciplina. Nosotros contábamos con la inteligencia; ellos con la fuerza bruta.»

Y esto duró hasta que los romanos no contaron ya con la táctica, la inteligencia y la disciplina. En el transcurso del siglo IV se dió el caso de que los legionarios no fuesen capaces de soportar el peso de la coraza y del yelmo, y tuvieron que pelear sin coraza y con sombrero.

---

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO II

# PRIMERAS INVASIONES

NACIONALIDADES BÁRBARAS. — COSTUMBRES DE LOS GERMANOS. — RELIGIÓN. — ORGANIZACIÓN POLÍTICA. — INVASIÓN GODA EN EL IMPERIO ROMANO. — SAJONES. — SUEVOS. — ALEMANES. — VÁNDALOS. — ALANOS. — SILINGOS. — BURGUNDIOS. — LONGOBARDOS. — FRANCOS.

**Nacionalidades bárbaras**

La primera grande invasión ocurrió, de improviso, en 166, imperando Marco Aurelio. Inmensos tropeles de gentes al grito de: *¡Queremos tierras!* se lanzaron más allá de las fronteras. El emperador trató de contener aquella irrupción, y lo mismo hicieron sus sucesores, Cómodo, Septimio Severo, Caracalla, consiguiendo por fin rechazarlos.

La guerra se encendió de nuevo con gran violencia en 269, siendo emperador Claudio II (268-270). Habían cruzado el Danubio 300,000 godos, con sus familias, seguidos por un convoy inmenso de carros. Aquellas gentes, procedentes de la Ukrania (Bajo Dnieper), iban en busca de tierras donde establecerse, por no bastar las de su país. Claudio, con un corto ejército, los exterminó, por lo cual fue llamado *el Gótico*. La guerra tuvo por teatro los Balkanes, y duró largos meses. Los romanos se enriquecieron con los despojos de los godos, y vendieron como esclavas a las prisioneras, mas no por eso se

© Biblioteca Nacional de España

dieron por vencidos aquellos belicosos pueblos, antes bien, debían muy en breve desquitarse a sus anchas.

Hubo después inmensos trasiegos y los *teutones* se dividieron en tres confederaciones: los *francos*, en el Bajo Rhin; los *sajones*, en la Baja Alemania; los *alemanes* en la meseta de Europa Central. La otra rama, o sea la de los *godos*, estaba dividida en dos familias como ya diremos.

Estas divisiones son políticas; en el concepto de nacionalidades se cuentan ocho pueblos principales: godos, borgoñones, suevos, francos, longobardos, vándalos, sajones, silingos, los cuales se modificaron a su vez andando el tiempo.

Suponen algunos que los *suevos* recibieron este nombre por ser principalmente marinos (de *Swee, See,* de mar); los *sajones*, por llevar una espada corta (*Dachs*); los *longobardos*, por sus largas barbas; los *francos*, por llevar lanzas (*franke*); los *vándalos*, por habitar cerca del agua (*wand*), etc.

En su conjunto, aquellos pueblos formaban dos grandes agrupaciones: los *teutones* y los *godos*, de igual procedencia, probablemente. Ambos estaban constituídos por innumerables tribus.

Los teutones o *germanos* ocupaban el Noroeste de Alemania, y de ellos tuvo primeramente noticia Julio César por haberlos visto en los puestos avanzados de la frontera de la Galia. A estas gentes se refiere Tácito en su admirable descripción, después de haberlos conocido en las dos orillas del Rhin. «Cuando no están en guerra, escribe, pasan el tiempo cazando, y sobre todo en no hacer nada más que dormir y comer. Los más bravos y belicosos no se ocupan en nada; dejan el cuidado de su casa y de sus campos a las mujeres, a los viejos y a los débiles; viven como embotados.»

Tal género de vida, siempre en la ociosidad o en la guerra, favorecía la formación de costumbres especiales:



© Biblioteca Nacional de España

los hombres de armas tomar formaban una especie de compañía que se ponía a sueldo de un jefe, el cual les llevaba a la guerra, ya por cuenta propia, ya para acudir en auxilio de otro, mediante estipendio.

De nuevo en sus estancias del Noroeste de Germania, partieron repetidas veces para saquear las costas de Bélgica y de la Bretaña francesa, y se apoderaron de Holanda. Allí les fué a buscar el ilustre emperador Constancio Cloro, que les obligó a volverse a orillas del Bajo Rhin, pero no duró mucho la sumisión, dándole luego no poco que hacer.

**Costumbres de los germanos.**

Algo hemos apuntado ya respecto al particular, pero no lo suficiente para formarse plena idea del carácter de aquel pueblo, destinado a ejercer, con el tiempo, tan formidable influencia en los destinos del mundo.

Hay que decir ante todo que lo que llamamos hoy Alemania era un país más propio para habitar en él las fieras que los hombres. Todo el país estaba cubierto de pantanos o de inmensos bosques de abetos. Todos los ríos estaban orillados de charcas y ciénagas, resto de las avenidas, que eran formidables en los deshielos o en tiempo de lluvias. La Selva Hercinia cubría las dos terceras partes de Germania; la Selva Carbonaria, la mitad de la Galia Belga, y en ellas se multiplicaban los alces, los búfalos y los bisontes. De estas selvas quedan, como escasas reliquias, las Selvas del Hartz, la Selva Negra, el Spessarth, los bosques que se extienden desde Turingia a Bohemia.

En aquel terreno miserable no prosperaban ni cereales, ni frutales, ni viñedos. Los animales domésticos eran raquíticos y deformes.

Los hombres, de elevada estatura, pelirrojos y de ojos azules de mirada torva, se alimentaban de carne y de leche fermentada.

Su vestido usual consistía en un ligero sayo, sujeto

© Biblioteca Nacional de España

con un cinturón de cuero. Los ricos se honraban luciendo vestidos ajustados, de pieles o de toscos tejidos de lana y lino; las mujeres vestían una túnica blanca, adornada con cintas. Pero si en la paz cuidaban poco de su atavío, era distinto en la guerra, pues en tal ocasión lucían broqueles pintados de vivos colores y gustaban de adornarse con pieles de osos, bueyes marinos, urocos y jabalíes, para aparecer con aspecto terrible. Costumbre universal en los pueblos guerreros.

Las armas de los peones eran venablos y unas picas llamadas *frámeas,* terminadas en un hierro estrecho y corto; empleábanse como arma de combate cuerpo a cuerpo o bien como arma arrojadiza. Los jinetes llevaban también frámea, con broquel, pero rara vez espada.

Perder el broquel de combate era el colmo del deshonor; esta desgracia se pagaba con la prohibición de tomar parte en las asambleas y de asistir a los sacrificios, por lo cual eran frecuentes los suicidios.

**Religión de los germanos.**

Respecto a su religión, sólo se sabe lo que consta en el poema escandinavo del *Edda,* compuesto en Islandia.

Aunque los germanos adoraban muchas divinidades, de carácter humano, todas ellas pertenecían a una misma familia. El padre de todos los dioses era *Wotan, el señor de las batallas,* guerrero tuerto, armado de una lanza que hendía los aires, montado en un caballo blanco, pero siempre invisible. Uno de sus hijos, *Donner,* es el dios del trueno; otro, *Zyo,* es el dios de las batallas; *Irard,* el dios de la agricultura y la medicina; *Balder* es el dios prudente y justo, que aconseja a los otros dioses. Las diosas eran *Frigga,* esposa de Wotan, que presidía los matrimonios; Freya, la joven y graciosa deidad, encanto de la familia.

Estos dioses habitaban en la Walhalla, castillo de muros de oro y techos de plata, en una altura inac-

© Biblioteca Nacional de España

cesible unida a la tierra por un puente, que es el Arco Iris. Las Walkyrias, «hijas de las batallas», recorren armadas de broquel y lanza y montadas en briosos caballos los campos de batalla, donde recogen a los muertos para conducirlos a la Walhalla, donde resucitan para pasar la vida en compañía de los dioses, en continuo banquete, servidos por las Walkyrias, que les escancían hidromel y cerveza.

Los malos guerreros, muertos de viejos o de enfermedad van en cambio a un lóbrego infierno situado en las brumosas regiones del Norte llamado Niflheim. Allí moran *Loki*, dios del mal, y sus hijos *Holla*, la diosa de la muerte, y *Fenris*, lobo.

A pesar de este politeísmo, popularizado modernamente por la *Tetralogía* de Wagner, los germanos no construían templos, ni tenían culto. Adoraban los dioses en las montañas o en el horror de los bosques. Era, pues, una religión muy vaga, y así se explica la facilidad con que los germanos se convirtieron al cristianismo.

Gente que tenía horror a todo encierro en ciudades, menos podía concebir que los dioses pudieran ser encerrados dentro de templos, máxime representándose a Wotan y familia como unos gigantazos.

**Organización política de los germanos.**

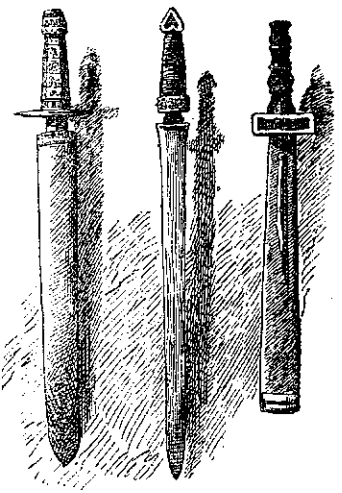
La organización germánica deriva de la Teogonía del *Edda*, esto es, de la Teogonía escandinava. Hemdall, hijo de Odin, engendró tres hijos: *Trell* (el *Siervo*), negro, estevado, de manos callosas; *Karl* (el *Libre*), pelirrojo, de rostro colorado y ojos brillantes; *Jarl* (el *Noble*), de cabellos plateados, mirada penetrante y mejillas rubicundas. Los tres tuvieron descendientes, y de ahí tres clases: un rey y tres castas. El jefe era el *Jarl*, de más ilustre estirpe; los libres se dividían en *propietarios* y en simplemente libres. Sólo los primeros tenían voto en las asambleas y eran los amos de las tierras; los otros libres eran colo-

© Biblioteca Nacional de España

nos, o bien servían en la guerra (*leutes*). Estas castas no podían contraer matrimonio fuera de su clase.

Los siervos o esclavos eran de tres procedencias: esclavos por herencia; prisioneros de guerra; esclavos por penalidad. El dueño podía venderlos, regalarlos o matarlos. Aun en el caso de poder rescatarse y recobrar la libertad, el esclavo no podía recabar la cualidad de hombre libre, o germano.

El *jarl* o rey tenía un poder muy limitado, y no podía resolver nada importante sin el concurso de la Asamblea. Era electivo, pero no hereditario. «Los reyes, dice Zeller, hablan para persuadir, no para mandar; los sacerdotes conceden o retiran la palabra, y la asamblea decide la paz o la guerra. Los guerreros, si aplauden, golpean los escudos con la frámea; pero si rechazan la proposición, apoyan el escudo contra los labios y producen un estruendo parecido al del Océano agitado por la tempestad, el *barretus*.»



Espadas godas

«Los hombres libres cazan o pelean; los *leutes* y los esclavos cultivan los campos, apacientan los rebaños, tejen las ropas o fabrican armas. Los guerreros compran sus mujeres, y si al día siguiente están satisfechos de ellas, les presentan el *morgengab* (el regalo de la mañana), y en caso contrario las devuelven a sus padres.»

Sólo la cobardía, la traición y el adulterio eran castigados con pena de muerte; en los demás delitos se recurría a la indemnización pecuniaria (*wergeld*). En muchos

© Biblioteca Nacional de España

casos se apelaba a las *ordalías*, de donde se siguieron los *juicios de Dios* de las naciones cristianas.

Teníanse por grandes virtudes el valor, la castidad y la hospitalidad; en cambio, abundaban los vicios, especialmente la embriaguez, el juego y la venganza. Estos vicios acarreaban funestas consecuencias. «En los banquetes, que eran su mayor delicia, dice un historiador, ponían a discusión los negocios de mayor interés, pero tenían luego que aplazar su resolución hasta el día siguiente, cuando las cabezas estuviesen despejadas. Cuantos llegaban obtenían franca hospitalidad, siendo esta ocasión para celebrar banquetes a los amigos y excederse en comilonas y borracheras. Los ricos bebían fuertes brebajes en los cráneos de sus enemigos; los más opulentos bebían vino de Italia o de España, y bajo su influencia enredábanse en querellas que solían terminar en violentas agresiones.»

En cuanto al juego, no era raro que arrastrados por su delirio jugaran a los dados, en una sola suerte, su fortuna, sus mujeres, sus hijos, y aun sus mismas personas.

La pasión de aquellas gentes era la guerra, hasta por *sport*, como diríamos hoy, cuando no obedecía a motivos poderosos. A fuer de corpulentos y robustísimos gustaban de combatir cuerpo a cuerpo. Feroces y obedientes en la batalla, tascaban mal el freno de la disciplina en tiempos de paz.

Para pelear formaban un ángulo, cuyo vértice ocupaban los más valientes, reconocibles por sus largas y aborrascadas barbas. Llevaban en el brazo un anillo de hierro, emblema de esclavitud, que juraban no quitarse hasta después de haber dado muerte a su enemigo. El ímpetu de aquellos guerreros era furioso, pero, si por rara ocurrencia flojeaban en la brega, acudían las mujeres, que los insultaban. Las solteras, saliendo al encuentro de los que escapaban, les mostraban sus

© Biblioteca Nacional de España

pechos al aire, para que las traspasasen con sus frámeas, mientras las casadas, vestidas de negras túnicas, los asían por las barbas, arrastrándolos de nuevo al combate.

Aquellas dignas hijas de las Walkyrias recorrían el campo de batalla llevando agua y provisiones a los combatientes, y recogiendo los heridos.

La mujer era tenida en gran respeto. No contraían matrimonio hasta en edad ya casi madura; gozaban de profunda veneración las profetisas o adivinadoras. No llevaban dote, antes bien tenía que dotarlas el marido, en cambio de lo cual la esposa le regalaba una armadura completa.

Tales eran aquellos germanos o teutones que por primera vez habían invadido nuestra península en tiempo de la tiranía de Tétrico, bajo el reinado de Galieno.

**Invasión goda.**

Rehechos los godos de la derrota que les infligiera Claudio II, resolvieron abandonar sus estancias a orillas del Mar Negro para caer sobre las ricas y fértiles provincias de Asia Menor. Una inesperada coyuntura les favoreció para llevar adelante su propósito. Había junto al mar de Azof (Laguna Meótides) un reino llamado del Bósforo Cimeriano, presa de civiles discordias. El monarca llamó en su auxilio a los godos. Apresuráronse éstos a acudir, en sus ligeras y chatas embarcaciones, y ya allí dieron toda la vuelta a la costa meridional del Mar Negro (Ponto Euxino), devastando las colonias griegas, como Trebisonda, después de lo cual se retiraron cargados de inmenso botín e innumerables esclavos a sus estancias de la costa del Azof y de la cuenca del Don.

El feliz éxito de la hazaña les animó para mayores empresas, pues saliendo de nuevo de sus guaridas del Bósforo Cimeriano atacaron el Bósforo de Tracia y desde allí entraron en Grecia a sangre y fuego y se apoderaron de Atenas.

© Biblioteca Nacional de España

Tantos triunfos les movieron a no detenerse ya, y marcharon sobre Italia. Era inmenso el terror del Imperio ante aquellas hordas, hasta que el indolente Galieno, saliendo de su letargo, consiguió comprar a un jefe de los hérulos, que peleaban con los godos, y pudo así detenerlos en su camino. Los godos se retiraron a Tracia, pero volvieron de nuevo a las armas, para invadir a Italia. Esta vez (hacia 270) partió contra ellos el emperador Aureliano; dióse una recia batalla, que quedó indecisa, y se concertó un tratado de paz, que no pudo ser más ventajoso para los godos — nuestros futuros conquistadores.—Los godos se obligaban a facilitar 2,000 jinetes al emperador y le entregaban en rehenes a los hijos de los principales jefes. Aureliano, por su parte, les dejaba el campo libre en la Dacia (Rumanía). Los godos aprendieron algunas artes de los colonos romanos, descendientes de los que había establecido allí Trajano, y se dedicaron al comercio, mientras Aureliano hacía educar con el mayor esmero a los rehenes, y casaba con las jóvenes godas a sus mejores oficiales para estrechar los lazos con aquel pueblo.

El historiador Jornandes, que en el siglo VI escribió una importantísima historia de los godos (*De rebus goticis*), habla de una especie de Alejandro Magno godo, llamado Hermanrico, fallecido en 375, que fundó un vasto imperio, comprendido entre el Báltico y el Danubio.

Digamos ahora que los godos se dividían en dos ramas: los occidentales (*visigodos*) y los orientales (*ostrogodos*), con relación al Báltico primero, pues esos godos eran de origen escandinavo, y después con relación al Danubio.

Como se trata del pueblo que dejó profundas huellas de su estancia en España, y aun no son pocos los que alardean de que por sus venas corre «sangre goda», diremos que en su *emigración* siguieron primero la corriente

© Biblioteca Nacional de España

del Vístula, se extendieron por Prusia, cruzaron los Cárpatos y llegaron hasta las bocas del Dnieper y el Dniester, donde les hemos encontrado.

Respecto a sus costumbres, poco se diferenciaban, en general, de las de los teutones, aunque desde luego se puede asegurar que eran mucho menos rudos. Tenían una teogonía más perfecta, y los poderes públicos estaban constituídos con mayor regularidad. Los sacerdotes, que debían pertenecer a las clases más aristocráticas, ejercían la magistratura y presidían las Asambleas.

De igual manera que los demás germanos, los godos no conocían las artes liberales, ni otro metal que el hierro, por otra parte mal labrado. Sábese que cultivaban y tejían el lino y fabricaban naves. En sus festines celebraban con cantos las proezas de sus héroes. La religión era la misma que la de los teutones. Sobresalían como poetas; componían himnos de guerra, epitalamios, elegías fúnebres, pero no pueden considerarse como auténticas algunas pretendidas muestras que han acogido varios autores.

Tenían un alfabeto particular, el *rúnico,* tal vez de origen fenicio, formado de barras o palos. Este alfabeto tenía diez y seis letras, como el jónico, pero después se le añadieron tres más. Cada letra tiene un valor significativo: *f* (fe), significa dinero; *th* (*tuo*), gigante; *o* (*os*), puerta, etc. Así se han recogido unas 1,500 inscripciones rúnicas, la mayoría en Suecia.

La organización era, en puridad, feudal. A la cabeza del pueblo se hallaba un rey, elegido entre las familias de la nobleza, el cual se asesoraba únicamente en los nobles y sacerdotes, pero no en los guerreros ni en el pueblo. De ahí la fortaleza del mando, y la férrea disciplina que permitía emprender las más peligrosas empresas, con el más brillante éxito, mientras los germanos, individualistas y demócratas hasta el extremo, faltos de cohesión y de dirección, se exponían con frecuencia a



© Biblioteca Nacional de España

terribles fracasos. Así se dió el caso de que los godos siguieran con entusiasmo a sus reyes, como el ostrogodo Hermanarico el Grande, y los germanos no pudiesen soportar la organización imperial con que había soñado Arminio. Esto no quiere decir, sin embargo, que las costumbres, en general, no fuesen parecidas.

Aparte de esto, los godos eran los mejor dotados de vigor físico, entre todos los llamados bárbaros; de suerte que no sólo inspiraban espanto a los pueblos latinos o griegos que invadían, sino a las demás naciones del Norte.

Su organización militar, en *tiufas*, especie de regimientos de 1,000 a 1,500 plazas, les proporcionaba gran ventaja sobre los desordenados tropeles de los demás pueblos del Septentrión. Esto explica que los godos representasen la aristocracia de los bárbaros; que fuesen menos propensos a correrías y que en cuanto encontraban un país, donde poder morar, bajo un clima benigno y un hermoso cielo, renunciaran a más excursiones para establecerse en él. Así fué cómo los visigodos se quedaron definitivamente en España, mientras los demás bárbaros continuaban invadiendo el resto de los países del Imperio. De largos siglos estaban los godos avezados a la obediencia y la disciplina.

Tocónos, pues, en suerte, que dominaran aquí los bárbaros más cultos, más valientes y forzudos, más idóneos para asimilarse la civilización romana, y sin duda España les hubo de ser deudora de importantes beneficios, a pesar de su desmedido orgullo.

**Los sajones.** Este pueblo procedía de la embocadura del Elba, habiendo permanecido desconocido para Tácito y los antiguos geógrafos. Los sajones dedicábanse a la piratería, en barcas planas y ligeras. Nadie les aventajaba en crueldad ni en osadía. Remontaban los ríos hasta centenares de millas asolando los pueblos ribereños, y antes de abandonar el teatro de sus rapi-

© Biblioteca Nacional de España

ñas sacrificaban a la suerte en medio de horribles tormentos la décima parte de los prisioneros que habían hecho. Cada vez más ensoberbecidos, devastaron las costas de Francia y de Inglaterra; remontaron el Sena, el Rhin, y transportando al Ródano sus ligeras canoas, salieron al Mediterráneo, regresando luego a sus frígidos lares por el Estrecho de Gibraltar.

La fama de sus riquezas hizo que solicitaran su amistad y participación en sus piraterías no pocos pueblos que adoptaron su mismo nombre. Después, cuando los francos se corrieron hasta el Bajo Rhin, los sajones ocuparon el país que habían dejado aquéllos y le dieron el nombre de *Sajonia*. Este territorio, como el de los godos en Escandinavia, se dividió también en Oriental (*Ostfalia* y Occidental (*Westfalia*), entre los cuales se establecieron, a lo largo del Weser los angrianos.

**Los suevos.** Estos formaron un pueblo particular, que no se confederó con otros. Distinguíanse de los godos y teutones por llevar los cabellos recogidos en lo alto de la cabeza, formando una especie de rodete, todo lo cual obedecía a la idea de parecer más altos aún de lo que eran e infundir así terror al enemigo. Prestaban culto a las divinidades escandinavas y eran muy supersticiosos, dados a augurios y adivinanzas.

Este pueblo se había fijado en las riberas del Báltico y después se corrió desde el Elba al Oder. Eran tenidos por los más valientes entre los germanos. Posteriormente se dividieron: los unos se coligaron con los vándalos y alanos para invadir la Galia y España, y los otros se confundieron con los alemanes.

**Los alemanes.** Bajo este nombre se entiende una vasta confederación de pueblos de diversa procedencia, que se formó, al parecer, en tiempo de Marco Aurelio y ocupó el codo formado por el Rhin y el alto Danubio.

Partió contra ellos Caracalla, pero una vez pacifica-

© Biblioteca Nacional de España

dos les cobró tal afición que formó su guardia con *alemanes*, e imitó su vestido y su rubia cabellera.

No por eso se mantuvieron quietos, sino que no contentos con las incursiones que realizaban por la frontera de la Galia cruzaron el Danubio y se presentaron en las llanuras del Norte de Italia, bajando por los Alpes Réticos, con tal ímputu que llegaron hasta las murallas de Rávena. Recogido inmenso botín se retiraron a su estéril país. Desde entonces fueron repetidísimas las razzias de los alemanes en Italia, hasta obligar al emperador Aureliano a poner a Roma en estado de defensa. La gloria que alcanzaron los *alemanes* hizo que se llamase así a todos los germanos o teutones, excepto los que formaban la confederación de los Francos

**Los vándalos, alanos y siliagos.**

Los vándalos habitaban parte en Bohemia y parte en Lusacia. En su mayoría permanecieron en dichos países hasta el siglo v, en que juntamente con los alanos invadieron a España.

Eran de pura raza gótica, blancos, rubios, de elevada estatura y hermoso rostro. Eran valentísimos, despreciadores de la muerte; muy alegres y dados a la sensualidad, de manera que al ejercer sus rapiñas lo hacían con el principal objeto de disponer de dinero para gastarlo en festines, diversiones y toda suerte de prodigalidades. Bien lo demostraron al llegar a nuestro suelo, y encontrarse con la brillantísima civilización hispanoromana que les brindaba con toda suerte de refinamientos.

Por la conexión que los silingos y los alanos tienen, como invasores, con los vándalos, diremos algo de dichos pueblos.

Los *alanos* tenían mucho de común con los suevos, pues procedían del mismo tronco, empleaban igual idioma y tenían parecidas costumbres. Como los suevos, eran también altos, hermosos y fornidos. Habitaban en

© Biblioteca Nacional de España

la orilla derecha del Danubio, junto a su desembocadura. No eran, sin embargo, tan gigantescos como los godos ni tan ágiles como los vándalos.

Los *silingos* eran muy parecidos a los vándalos.

**Los burgundios.** Eran éstos de igual procedencia que los vándalos. Sus primeros asientos estuvieron entre el Vístula y el Oder, pero arrojados de allí por los godos en el siglo III, se instalaron en Germania, al lado de los alemanes, con quienes tuvieron que sostener largas guerras, por cuestión de límites y posesión de salinas.

Los burgundios eran los de más elevada estatura, pero al mismo tiempo los de costumbres más pacíficas. De ahí que al invadir la Galia no se mostrasen crueles ni destructores. Vivían en aldeas dispersas, bajo un régimen patriarcal. Cuando contrajeron alianza con el imperio, mostráronse muy fieles.

**Los longobardos.** Este pueblo invadió primero el país comprendido entre el Alto Weser y el Rhin, pero lo abandonó después para invadir a Italia, donde levantó un trono en Lombardía. Era de procedencia escandinava, y como tal su organización aristocrática.

**Los francos.** No deja de ser raro que Francia lleve un nombre alemán, en vez de conservar el antiguo y propiamente suyo de Galia.

Eran los francos un pueblo teutón, compuesto de multitud de tribus (cheruscos, sicambros, catos, cancios, bresoteros). Desde lejana época se dividieron en dos ramas: *salios* (del río Issel, si no es del río Saale) y *ripuarios* (del río Rhin). Los primeros conservaron su nombre, pero no los *ripuarios*, que en su mayoría tomaron el nombre de *francos*, y se lo dieron a *franconia* (actual provincia de Baviera).

Distinguíanse los francos de los demás teutones o germanos en que en lugar de dejarse crecer los cabellos los llevaban cortados y usaban además un hacha llamada *francisca*.

© Biblioteca Nacional de España

Procedían, al parecer, de los países llamados actualmente Dinamarca, Sleswig-Holstein, Mecklenburgo; en tiempo de Galieno, cuando la anarquía, pasaron el Rhin, invadieron la Galia, cruzaron el Pirineo, asolaron a España, que gemía bajo el despotismo del tirano Tétrico; dejaron convertida a Tarragona en un montón de ruinas; embarcáronse para pasar a Mauritania, entraron a saco en ella, y regresaron triunfalmente a sus estancias cargados de botín.

El emperador Aureliano (270-275), que no sosegaba en la defensa del territorio romano, les atacó, hasta que les obligó a repasar el Rhin, pero poco duró la repulsa, pues de nuevo lo cruzaron. Entonces partió contra ellos el ilustre emperador Probo, y con tal ímpetu los atacó, que los acorraló en la costa occidental del Mar Negro. Podía creerse que no levantarían ya cabeza, empujados hasta aquel lejano confín, pero sucedió todo lo contrario: embarcados en sus débiles leños saquearon a Grecia y África Menor; devastaron la Tracia; asaltaron a Siracusa, en Sicilia; asolaron el Norte de África y desde allí repasaron por mar, a Alemania. «Expedición apenas creíble, dice un insigne historiador, para el que no sepa qué arrojo da la navegación de los piratas.»

Terribles gentes eran aquellos francos. Jamás escarmentados, caían de la manera más inesperada en los pueblos de la costa desde Bélgica a la península Armoricana (Bretaña francesa); se apoderaron de Holanda; vencióles allí el noble emperador Constancio Cloro y fueron repelidos a lo largo del Rhin. No por eso se sometieron, sino que aun dieron mucho que hacer a Constantino y a su hijo Crispo.

Con esto queda bosquejada la fisonomía de aquellos pueblos que, sin abrigar tan altos designios, debían cambiar la faz del mundo, y fundar en España una monarquía de tres siglos.

---

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO III

# LAS GRANDES INVASIONES DEL SIGLO V

LOS HUNOS.—LOS VISIGODOS EN ITALIA.— CAUSAS DE LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS. — LA INVASIÓN DEL AÑO 409. — TRASTORNOS INTESTINOS EN LA TARRACONENSE.

**Los hunos.** Hemos dicho anteriormente que el emperador Aureliano había concedido a los visigodos, hacia el año 270, grandes tierras en Dacia (Rumanía) y Transilvania, entre el Danubio y el Theiss; pero aun así no dejaron con frecuencia de inquietar a los romanos.

En la otra orilla del Danubio moraban los ostrogodos que en 350 levantaron sobre el pavés a aquel Hermanarico de quien dijimos había merecido ser apellidado el Alejandro ostrogodo, pero ya hacia el final de su glorioso reinado, que se extendía desde el Danubio al Báltico, hubo de caer sobre su monarquía un tremendísimo alud de feroces gentes, más parecidas a demonios que a hombres, de atezados y barbilampiños rostros, de cuerpo rechoncho y deforme, de rostro pintarrajeado, con *agujeros* en vez de ojos. Eran los terribles *hunos* de Atila, tártaros según unos, de raza finesa, según otros, y que, por sucesivos cruzamientos, se ha supuesto, dieron lugar a la actual raza húngara.

© Biblioteca Nacional de España

La destrucción del imperio de Hermanarico fué motivo de que los visigodos, que verosímilmente se hallaban sujetos a su vasallaje, pudieran declararse independientes. Creáronse, pues, numerosos reinecillos, adictos unas veces a Roma, y sublevados otras veces contra su despotismo. El emperador Valente les cedió la Mesia y les confió la defensa del Danubio contra los hunos, pero las depredaciones de que eran víctimas por parte de los pretores romanos les obligaron a abandonar aquel territorio (Servia y Bulgaria); fué contra ellos Valente, pero atacado en Andrinópolis por los visigodos fué vencido y pereció abrasado en una cabaña en la que había buscado refugio.

En cuanto a los ostrogodos, huyendo de los hunos, pasaron los Cárpatos y se esparcieron por el Sur de esta cordillera.

Los terribles hunos partieron entonces contra los teutones, que abandonaron sus estancias bajo el empuje terrible de aquellas hordas sanguinarias. Nuestro emperador Teodosio trató de contener la invasión de Atila, y con este objeto estableció a los francos a orillas del Rhin y a los alemanes en las faldas de los Alpes, con encargo de defender aquella línea.

**Los visigodos en Italia**

Para mejor inteligencia de lo que vamos a decir conviene tener presente que al morir Teodorico el Grande en 395, tuvo la ocurrencia de dividir el imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, muy jóvenes ambos, y también muy enclenques y cortos de alcances, lo cual hizo que quedaran bajo la respectiva tutela de dos generales, Rufino y Estilicón, mortalmente enemistados.

Los visigodos, cada vez más pujantes, habían elegido por su rey a un valentísimo jefe llamado *Alarico*, sobrado ambicioso para no aprovecharse de la ocasión que le deparaban aquellos tan turbados tiempos. Abandonando, pues, los visigodos sus estancias en Tracia, cru-

© Biblioteca Nacional de España

zaron los Balkanes, invadieron Macedonia, Tesalia y toda la Grecia, arrollando a las tropas que intentaban oponerse a su paso y así pudo imponer un tratado de paz al emperador Arcadio, obligándole a cederle en propiedad el Epiro y la Iliria Occidental, importante territorio por sus feraces pastos y sus famosas fábricas de armas (398).

Tres años hacía que Alarico reinaba en Epiro y en Iliria, cuando, anheloso de mayores glorias, y sabiendo que Italia se hallaba desguarnecida se lanzó contra la Galia Cisalpina y puso sitio a Milán, donde se había encerrado a toda prisa el emperador Honorio (el de Occidente).

Príncipe visigodo

Estilicón — ministro de Honorio — reunió entonces cuantas fuerzas pudo, para lo cual llamó a las guarniciones de Bretaña y del Rhin. Era Estilicón un entendido y valiente general, y se dispuso a defenderse a todo trance contra los visigodos. De nuevo conocieron los romanos la embriaguez de la gloria; los visigodos fueron completamente derrotados, primero en Pollencia (Chicrasco) en Marzo de 402, y después en Verona. Por desgracia, Estilicón no quiso sacar todo el fruto que hubiera podido de aquellas señaladas victo-



© Biblioteca Nacional de España

arreglado, pero si era pobre, los concejales debían pagar de su bolsillo, el déficit. No es menester decir que con tales condiciones nadie quería ser concejal (curial), por lo cual los emperadores expidieron decretos haciendo obligatorio el cargo, bajo terribles penas. Todo propietario de 25 fanegas de tierra era *ipso facto* concejal, pero era tal el terror que, bien al revés de hoy, inspiraba este cargo, que muchos abandonaban la propiedad de sus tierras y se metían a soldados, empleados, curas o frailes. Entonces los emperadores dieron orden de busca y captura contra los que tal hacían, apoyados en que eran, y debían ser «esclavos del Estado».

Era vano, sin embargo, el empeño en que fuesen concejales los que estaban condenados a serlo. En muchas ciudades donde había habido antes un Consejo de Ciento, sólo había dos o tres.

Con eso disminuía de una manera alarmante la población libre, al paso que aumentaban los esclavos. Sólo crecía en población Roma, pero con una particularidad, y es que la inmensa mayoría eran pobres de solemnidad, miserables propietarios arruinados, convertidos ahora en legionarios. Los ricos se aprovechaban de ello para adquirir las fincas abandonadas o embargadas a los infelices desposeídos de su pegujar, y las hacían cultivar por sus esclavos; pero sucedía a veces que por causa de una epidemia, o de una guerra, o de una bajada de bárbaros los esclavos desaparecían, y las tierras quedaban en barbecho.

La inquietud de los tiempos obligó a los habitantes de las fronteras a abandonar sus moradas del campo para concentrarse en las ciudades, de suerte que inmensos territorios antes feraces y prósperos quedaban convertidos en despoblados, y entonces los emperadores procuraban colmar aquellos enormes vacíos enviando allá a los bárbaros que habían caído prisioneros. La

© Biblioteca Nacional de España

situación de esos repobladores no tenía, sin embargo, nada de satisfactoria. No eran propietarios, sino colonos, obligatorios y perpetuos, con prohibición de marcharse ni ellos ni sus hijos. La medida no dió resultado alguno: esos colonos o bien huían, o bien morían de miseria, después de pagar al amo enormes censos o diezmos. Esto pasaba en todas partes, y por lo tanto, en España, Francia y Bélgica.

Tal superficie de suelo abandonado había de atraer a los bárbaros, cuyo grito era precisamente el de *¡Queremos tierras!* No cesaban, pues, en su empeño de *emigrar* para ocupar las inmensas extensiones abandonadas, y se hacía cada día más difícil contenerlos; de igual manera que no había dinero — pues todo se lo tragaba Roma, — tampoco había soldados. Cada vez eran menos los que sentaban plaza; con frecuencia se formaban efectivos con los pobres y vejados colonos, que proporcionaban los amos, pero resultaban pésima tropa, desmedrada, desalentada y flojísima.

Entonces se apeló al reclutamiento de bárbaros, a quienes se contrataba para que se estableciesen con sus familias en las tierras de las fronteras. Estos soldados peleaban, sin duda, en favor de Roma, pero se negaban a cambiar de lengua y de costumbres. Fueron llamados *lites* (servidores) o *federados* (aliados). Poco después, los ejércitos romanos sólo estaban formados de bárbaros, como los visigodos y los borgoñones.

**Invasión del año 409.**

Decíamos que mientras Alarico, vencido por Estilicón, se había retirado de nuevo a Iliria, habían invadido el imperio inmensos tropeles de nuevos bárbaros, al mando del fiero Radagaiso, de nacionalidad ostrogoda.

Era aquello un huracán devastador, un castigo de Dios, sin duda. Estos bárbaros penetraron en la Galia el año 406, y allí permanecían llevándolo todo a sangre y fuego hasta que, noticiosos de que los visigodos,

© Biblioteca Nacional de España

ahora al servicio de Roma, se disponían a atacarlos, pensaron en la conveniencia de marcharse, temerosos de no poder resistir su empuje.

Una circunstancia, felicísima para ellos, les allanó el camino. Difícil les hubiera sido poder franquear los Pirineos, guardados por los visigodos al servicio del pretendiente Constante, que le disputaba el trono a Honorio, y así, los partidarios de éste, por odio a Constante, llamaron a las hordas de Radagaiso, dejándoles libre el paso por los desfiladeros pirenaicos. No vino Radagaiso; pero al frente de cada pueblo iba su rey: Hermenerico, de los suevos; Atace, de los alanos; Gunderico, de los vándalos y silingos. «Penetran en España, escribe en su *Cronicón* (409-410) el ilustre prelado Idacio, testigo presencial, y todo lo llevan a sangre y fuego; incendian las ciudades, talan las mieses, y siente el pueblo los horrores del hambre. Llegan las madres a comerse a sus propios hijos; las fieras salen de sus guaridas, devoran los cadáveres, y avezadas a comer carne humana, se arrojan sobre los habitantes.» Idacio ve en los suevos, alanos, vándalos y silingos las cuatro plagas anunciadas por los profetas: el Hierro, el Hambre, la Peste, las Fieras.

Soldado romano (siglo v)

Nada más imponente que aquellas irrupciones, que, como escribe el Sr. Zugasti, no eran, propiamente hablando, de ejércitos contra ejércitos, sino de razas contra razas, de pueblos contra pueblos, de naciones contra naciones.

«Así es que aquella muchedumbre innumerable de guerreros venían seguidos de sus familias y conduciendo todos los haberes mobiliarios que su estado primitivo de cultura podía proporcionarles. A la vanguardia for-

© Biblioteca Nacional de España

maban los más jóvenes y robustos para reconocer y explorar las regiones que invadían; los flancos estaban guarnecidos por todos los varones capaces de manejar las armas; la retaguardia la componían también guerreros escogidos, y en el centro llevaban el inmenso bagaje de utensilios, barcas de mimbre cubiertas de cuero, ganados y grandes carros que conducían a los ancianos, niños y mujeres, que por cualquier motivo no se hallaban en posibilidad de seguir la marcha.

»Los pueblos latinos no podían menos de maravillarse al contemplar aquella especie de ejércitos, compuestos de los individuos de toda una nación, cuyo gesto, traje, estatura, salvaje belleza, vigor sorprendente y extrañas costumbres les impresionaban de un modo indecible, hasta el punto de que en muchas ocasiones la misma sorpresa era causa suficiente para que se declarasen vencidos.

»Por su parte, los bárbaros no combatían, si no los atacaban, limitándose a exigir o tomar las cosas necesarias a la vida.

»Es verdad que si en la paz era nuevo y terrible el aspecto de aquellos gigantes para los meridionales, era mucho más espantador en la guerra.

»En efecto; al entrar en la pelea, según ya he indicado, los bárbaros se adornaban con pieles de animales, procurando tomar un aspecto feroz y terrible para sus enemigos, entonando el himno de guerra y produciendo sonidos aterradores, semejantes al bramar de los huracanes.

»Para conseguir este resultado, apretaban sus broqueles contra la boca, despidiendo así acentos rudos, atronadores y roncos, que nada tenían de humanos.

»No eran menos sangrientos y feroces los conceptos e imágenes de aquel himno belicoso, especie de rugido colectivo, en que podían percibirse las frases siguientes:

© Biblioteca Nacional de España

*«Elijamos esposas cuya leche sea sangre, y que llenen »de invencible valentía el corazón de nuestros hijos.*

»Las águilas y todas las aves de pies amarillos lan»zaban graznidos de alegría; el cuervo nadaba en la »sangre de los cadáveres; todo el Océano era una herida; »las vírgenes han llorado mucho tiempo.

»Nuestros padres sucumbieron en las batallas; todos »los buitres han gemido por ellos, porque nuestros pa»dres los saciaban con la matanza.

»¿Veis esas deliciosas campiñas y ese cielo azul, »en donde siempre brilla un sol de oro, como el bru»ñido broquel de un guerrero? Sus moradores son tí»midos corzos delante de nuestros venablos.

»¡A caballo! ¡A caballo! ¡Conquistemos ese campo y »ese sol; ese campo cubierto de frondosas vides y ese »sol que siempre brota días hermosos y serenos! ¡A caballo! ¡A caballo!

*»Elijamos esposas cuya leche sea sangre, y que llenen »de invencible valentía el corazón de nuestros hijos.»*

Pasada la fiereza de la primera irrupción, repartiéronse los invasores las provincias que habían conquistado; fijáronse los suevos en lo que son hoy Galicia y Castilla la Vieja; los alanos en Lusitania y la entonces provincia de Cartagena; los vándalos y silingos en Andalucía, desde donde pasaron después a África. Quedó únicamente para los romanos la Tarraconense y la actual provincia de Toledo, dependiente entonces de la Cartaginense.

Ya en posesión de los reinos que se habían adjudicado, los bárbaros movieron negociaciones con Honorio, y hecha la paz «se tornó a morar y labrar la tierra y las ciudades en gran parte». Con todo, la sacudida había sido tremenda y la peste, que siguió al hambre, causó inmensos estragos. «Muchas ciudades, escribe M. Carlos Seignobos, quedaron destruídas y no volvieron a levantarse; otras pararon en aldeas fortificadas. Los

© Biblioteca Nacional de España

teatros, los baños, las escuelas, todos los monumentos romanos cayeron poco a poco en ruinas; en muchas ciudades los habitantes cogieron las piedras para construirse albergues. Ya no se formaron más artistas; sólo quedaron un corto número de artesanos, incapaces de hacer otra cosa que trabajos groseros. No hubo ya ni espectáculos, ni escuelas, ni literatura. Los habitantes del imperio se hicieron semejantes a los bárbaros.»

¡Cosa rara, sin embargo! «Los españoles, dice Mariana, tenían por mejor esta nueva servidumbre que el imperio de los romanos y su severidad. Dado que algunos, conservándose obstinadamente en la libertad antigua, no querían sufrir el yugo de los bárbaros, principalmente en Galicia, donde los suevos imperaban.»

**Trastornos intestinos en la Tarraconense**

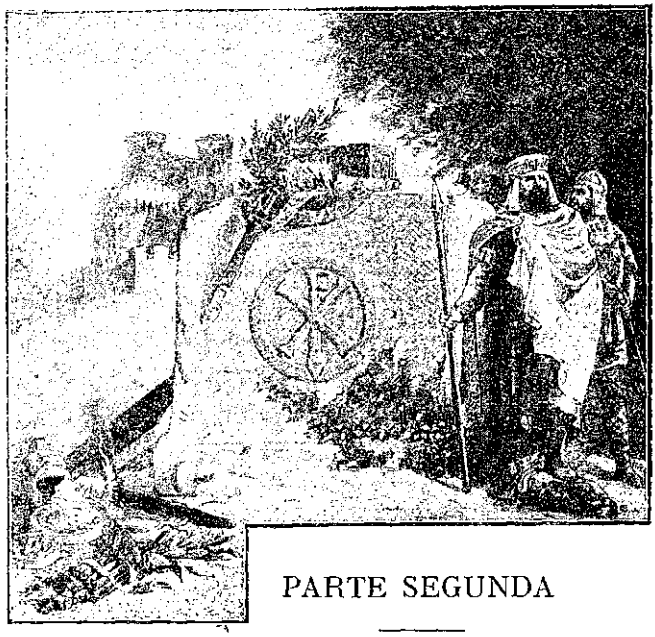
Como si no hubiera bastante con la invasión de los bárbaros, en la España todavía romana continuaban las discordias en favor o en contra de Honorio y de los pretendientes. Como tercero en discordia entre los partidarios de Honorio y los de Constante (o si se quiere, del padre de éste, Constantino), levantóse un conde llamado Geroncio, para ponerse en lugar de Constante y del pseudo emperador Máximo, encastillado en Tarragona. Geroncio pasó a la Galia, donde fué rechazado, y al regresar vencido a España le acometieron los honorianos y pereció dentro de la casa en que se defendía y a la que pegaron fuego nuestros compatriotas. Máximo huyó de Tarragona, y de nuevo los honorianos fueron los que mandaron en lo que quedaba del antiguo romano imperio.

---



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



# PARTE SEGUNDA

## CAPÍTULO PRIMERO

## LOS PRIMEROS REYES

ATAULFO.—EL PUEBLO.—SIGERICO.—WALIA.—GALA PLACIDIA.—EL REINO DE TOLOSA.—NUEVOS LEVANTAMIENTOS DE LOS BÁRBAROS.—TEODOREDO.—LOS HUNOS EN LA GALIA.—BATALLA DE CHALONS.—TURISMUNDO Y TEODORICO.—LA ANARQUÍA ROMANA.

412 - 526)

Había fallecido Alarico, rey de los visigodos, en 412, en vísperas de embarcarse para África, donde pensaba hacer grandes cosas, «cuando aun caían sobre sus hombros los rizos de su rubia cabellera».

© Biblioteca Nacional de España

Por cierto que al recibir el emperador Honorio la noticia de que aquél se había apoderado de Roma, pensó que le hablaban de un gallo suyo, que se llamaba también *Roma*. Así, Felipe V, al saber que los ingleses se habían quedado con Gibraltar no le dió importancia, creyendo que se trataba de una insignificante *isla*. Y así también, preguntado un ministro de Ultramar sobre si había muchas islas en Filipinas, contestó: — ¡Figúrese usted! ¡Todo un archipiélago!

No sería justo, pues, acusar de soberbia imbecilidad a Honorio porque confundiera la capital del mundo con un gallo.

El malogrado rey de los visigodos designó como heredero a su cuñado, el valiente Ataulfo, o Adolfo, personaje de grandísimo relieve, y con cuyo nombre se acostumbra a encabezar la lista de los reyes *en* España — que no debe ser lo mismo que *de* España.

«El nuevo caudillo que la muerte del terrible Alarico daba a los visigodos, escriben elocuentemente A. y H. Fornes, parecía no llenar las condiciones que la rudeza de su pueblo reclamaba, sobre todo, al notarse su organización poco robusta y su carácter aparentemente tímido, que debía contrastar con la energía y resuelta actitud de su antecesor. Embarazado y confuso con las primeras dificultades, sobre la expedición a África, renunció a ella, y dominado por el ejército cuando debió empezar por ser su dominador, se dejó conducir por él a Roma, a presenciar un nuevo saqueo, y a ser testigo de manifestaciones ruidosas contra la misma, que contrariaban todos sus proyectos y aspiraciones políticas. Ataulfo, obligado por las circunstancias, a decidirse entre las encontradas tendencias, ya de su pueblo que pedía a gritos la guerra contra el Imperio, ya de Gala Placidia, hermana del emperador, que aunque prisionera desde el primer saqueo de Roma, le dominaba completamente, optó al fin por exigir de

© Biblioteca Nacional de España

Honorio la revalidación del primer tratado que había celebrado con Alarico, y que la celada de los Alpes había roto. El emperador accedió a todo, y Ataulfo entonces, con su ilustre esclava y la nación entera visigoda, pasó tranquilamente los Alpes y ocupó la Galia meridional.

»Tomada Tolosa, la declaró capital de su reino, poniéndole fuerte guarnición para asegurar su persona y el tesoro procedente del saqueo de Roma, y de tantas otras provincias; se hizo representar en las otras ciudades por un conde, auxiliado de una fuerte guarnición para su defensa y percepción de los impuestos; y siguiendo la costumbre general de todos los pueblos bárbaros, hizo ceder a sus tropas los dos tercios de las mejores tierras. Las familias visigodas, con sus carros, ganados, esclavos y riquezas se desparramaron para ocupar cada una el lote que le había correspondido. Los antiguos propietarios quedaron convertidos en colonos, o fueron expulsados sin consideraciones de sus hogares, y los feroces guerreros del norte, cubiertos con pieles de fieras, o envueltos en trozos de púrpura, con la cabellera larguísima y enmarañada, siempre armados, rodeados de numerosos clientes de su nación y de perros casi salvajes, vinieron a ocupar las riquísimas *villas* romanas, joyas del arte antiguo, con sus mármoles, frescos y suntuosos muebles.

**El pueblo visigótico.**

»Ya establecidos, conservaron la misma organización que habían tenido en los páramos del Danubio. Todos los hombres libres eran soldados, y los jóvenes al llegar a la edad viril recibían el escudo y la *frámea* (hacha), y se unían al cortejo de algún guerrero famoso por su valor y prudencia. Así, todos los que habían sabido distinguirse se veían rodeados de *devotos*, de *fieles*, prontos a sacrificarse por su jefe, o a vengarle si moría. De aquí nació una especie de patronato, *mundium*, que sirvió de

© Biblioteca Nacional de España

fundamento a la organizacóin civil y militar del pueblo visigodo.

»Diez de estos jefes, con sus familias, devotos, colonos y esclavos formaban la *decuria*, es decir, una federación de hombres libres presidida por el más valiente, elegido al principio por sus compañeros, después por el conde o el rey. El presidente o jefe de la decuria mandaba en el combate, presidía en el *Mall* (tribunal) y defendía

Carros de guerra de los visigodos

los intereses comunes. Sin embargo, no podía tomar determinación alguna sin el asentimiento de los otros nueve compañeros.

»Diez decurias formaban la *centuria*, dirigida por un centurión. Diez centurias constituían una división de distrito bajo la presidencia de un *jarl*, o conde, residente en la ciudad principal del territorio. La reunión de estos condes, centuriones y decuriones, presidida por el rey, constituía la asamblea nacional. En caso de guerra, dada la voz de alarma por el *anubda*, las decurias se

© Biblioteca Nacional de España

AMALARICO
510-531

TEUDIS
532-548

TEUDISELO
548-549

AGILA
549-554

ATANAGILDO
554-567

LIUVA I
567-572

LEOVIGILDO y su hijo
HERMENEGILDO
572-586

RECAREDO I
586-601

España. — Galería de Reyes y Jefes de Estado

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

armaban y reunían en los pueblos designados, formaban centurias, y acudiendo todas a la capital del distrito constituían una división mandada por el *jarl* o *tiufado*. El rey, o, en su defecto, un duque, tenían el mando supremo del ejército. Así, ha dicho un historiador, el pueblo era un ejército, el país ocupado un campamento, y el rey un caudillo militar.

»El reparto de las tierras, las contribuciones y diezmos impuestos a las ciudades, y el yugo durísimo de los conquistadores, pareció leve, comparado con la tristísima época de la agonía del Imperio, y con la calamitosa de la primera invasión. Los habitantes del país se creyeron aliviados, y cuando Ataulfo, animado por el venturoso éxito de su primera empresa, pasó los Pirineos con la mitad de sus gentes, y penetró en España, los mismos hispanorromanos le facilitaron la entrada en Barcelona, entonces grande y floreciente, y en las demás plazas fuertes del litoral, y gracias a su apoyo, vió suya, en cortísimo tiempo, toda Cataluña.

»Así quedó constituída una nueva nación bárbara en ambas vertientes del Pirineo, formada de dos elementos diferentes, de dos pueblos, de dos civilizaciones distintas. Un pueblo vencedor formando como una casta aparte, rudo y guerrero, arriano, conservando la lengua de sus bosques, y rigiéndose por sus costumbres germánicas, dueño del territorio, y entregado a la holganza, consumiendo en festines, y aletargando con la embriaguez su indómito valor, su energía y su extraordinaria fortaleza. Y un pueblo vencido, muelle, viciado y decrépito; católico; conservando el idioma del Lacio y rigiéndose por el código Teodosiano; unido por la desgracia, el interés y paridad de sentimiento; conservando con amor los restos, los recuerdos, las esperanzas de una civilización perdida; salvando y reuniendo los frutos a tanta costa adquiridos en siglos de trabajo

© Biblioteca Nacional de España

y estudio. Un abismo los separaba, la conquista; un lazo los unió más tarde, la religión.»

No le perdonaban los jefes godos a Ataulfo que de tal manera, por amor a Gala Placidia, se dejase llevar de tanta afición a los romanos; murmuraban de su pasividad, de su inercia, tachándola de cobardía, y por fin tramaron un complot para asesinar al que juzgaban indigno sucesor de Alarico. Un día que el rey se hallaba distraído presenciando la representación de una farsa en una cámara de su palacio de Barcelona (créese que donde se hallan hoy las ruinas de Bellesguart, San Gervasio), un cortesano de menuda estatura, llamado Vernulfo, especie de bufón a quien Ataulfo tenía en grande estima, le dejó cadáver de dos certeras estocadas (417). Otros dicen que el asesinato fué debido a una venganza personal.

Ataulfo

Acto seguido fué levantado sobre el pavés, por los nobles, un jefe de gran reputación llamado Sigerico, bien conocido por su odio al nombre romano, y modelo de la raza visigoda por su elevada talla y sus semibárbaras costumbres.

El drama ocurrido en el palacio de Barcelona excede en horror a cuantos concibió después la imaginación de Shakespeare. Todos los hijos habidos por Ataulfo en su primer matrimonio (con la hermana de Alarico), que algunos dicen eran seis, fueron degollados, arrancándolos del regazo del obispo Sigesaro, que los había amparado. En cuanto a Gala Placidia, fué paseada, desnuda, delante del caballo de Sigerico, por las calles de Barcelona, confundida con un tropel de esclavas. Así hubo de verse la hija de Teodosio el Grande y de

© Biblioteca Nacional de España

Gala, mujer dotada de peregrina hermosura, pero excesivamente ambiciosa e intrigante, contrastando en esto con la indolencia de sus hermanos.

**Sigerico.** Como tantas veces ocurre, una vez se vió en el trono Sigerico, olvidó sus furibundos odios contra Roma y se dispuso a seguir la misma política que Ataulfo. Y ya fuese por esto, ya por sus crueldades, duró poquísimo en el poder, tanto que a los siete días moría asesinado.

**Walia.** Los nobles proclamaron rey a Walia, «hombre inquieto y belicoso». También éste subió a título de antirromano, pero no tardó en conducirse de una manera totalmente contraria.

No parece que se considerara Walia muy seguro en la parte de la Tarraconense que ocupaba; los romanos, al mando del general honorionista Constancio parecían adquirir ventajas, y en su consecuencia imaginó trasladarse a África y conquistar la Mauritania,—pensamiento que había tenido también Alarico.—Esa Mauritania no era otra cosa que la *Hispania Tingitana,* o sea Marruecos.

Embarcóse, en efecto, en Barcelona, al frente de una numerosa expedición, pero una terrible tempestad que se levantó en el Estrecho de Gibraltar dispersó sus naves, y no tuvo más remedio que regresar a Cataluña.

Ya aquí, se vió obligado a tratar con el general Constancio, y las condiciones fueron:

1.º Que Gala Placidia fuese entregada a su hermano el emperador Honorio, en Rávena. Esto interesaba grandemente a Constancio, a quien Honorio había prometido la mano de la hermosa viuda.

2.º Que los visigodos combaticsen a los demás bárbaros que se habían apoderado de España; los visigodos devolverían a Honorio todo lo que conquistasen, y los visigodos se establecerían en las zonas que habían ocu-



© Biblioteca Nacional de España

pado antes en las faldas de los Pirineos, así por la parte de España como por la de la Galia.

**Gala Placidia**

Digamos ahora antes de continuar nuestro relato, que ya en Italia Gala Placidia, casó con el general Constancio y que éste nombró César o compañero en el imperio a su flamante cuñado. Fallecido en Rávena a los pocos años (421) dejó un hijo llamado Valentiniano, heredero del imperio. Gala Placidia, a la muerte de Honorio, tomó el título de emperatriz regente, y desempeñó este cargo durante veinticinco años, pues había cuidado de criar a su hijo en la mayor molicie.

**El reino de Tolosa.**

En cumplimiento de lo pactado con el general honorionista Constancio, Walia pasó desde la Celtiberia a Lusitania, y atacó furiosamente a los alanos, que muy animosos con su fácil conquista de 409, aspiraban ahora a hacerse dueños de toda España. Murió en una batalla su rey, Atace — como ya dijimos, — y no considerándose seguros en Lusitania, escaparon a Galicia, donde no tardaron en mezclarse y confundirse con los suevos.

Rotos de tal manera los alanos, cayó Walia sobre los silingos de Andalucía, a quienes destrozó en una batalla cerca de Tarifa. Los silingos pidieron perdón, y se les dejó tranquilos, aunque con guarniciones y gobernadores visigodos.

Quedaban aún por vencer los vándalos y los suevos, pero temerosos éstos de sufrir igual suerte que los anteriores, se apresuraron a reconocer la dominación romana, que era la que exigían los godos. Fueron desarmados y toda España quedó de nuevo sujeta al poder de Honorio, aunque por obra y gracia de los visigodos.

Walia había cumplido lo que prometió y Honorio cumplió también por su parte, haciendo donación al caudillo godo de las zonas que hemos dicho, pero no sólo esto sino que añadió a estos territorios la magni-

© Biblioteca Nacional de España

fica provincia de la Galia meridional llamada *la segunda Aquitania* o *Guiena*, esto es, toda la parte comprendida entre el Garona y el Pirineo, con las importantes ciudades de Tolosa, Burdeos, etc. Walia falleció en 419, a los tres años de reinado.

**Nuevos levantamientos de los bárbaros.**

Los nobles visigodos proclamaron por rey a un linajudo capitán llamado Teodoredo o Teodorico, bajo cuyo gobierno cambiaron profundamente las cosas.

Impacientes los vándalos por tener que sufrir la soberanía del emperador romano de Occidente, Honorio, y aprovechándose de que hubiese muerto Walia, que tan altas pruebas de capacidad militar había dado, venciendo a los alanos y a los silingos, quisieron recobrar su independencia, y aun no sólo esto, sino hacerse dueños de toda España.

Movidos por tal propósito, lanzáronse contra los suevos, que abandonando sus estancias se refugiaron en las abruptas sierras que separan Asturias de León y de las cuales no fué posible arrojarlos. Desde aquellas lejanas partes bajaron a la costa mediterránea, sembrando a su paso la destrucción, y se hicieron a la vela para las Baleares, donde se habían refugiado muchos fugitivos y cuyas ciudades dejaron arrasadas. Reembarcados para la península saltaron en tierra en Cartagena, antes ocupada por los alanos y ahora por los romanos. Arrasaron la ciudad, apenas renaciente de sus pasadas destrucciones y partieron luego contra los silingos que habían reconocido la soberanía de Honorio, obligados por la espada de Walia. Los vándalos, al mando de su rey Gunderico, entraron en Hispalis, después de talar los olivares y los campos vecinos, y se entregaron a aquellos horribles excesos cuyo recuerdo se ha perpetuado hasta nuestros días, con el nombre de *vandalismo*.

Robaron la ciudad, incendiaron, destruyeron, sin que los silingos se atreviesen a oponer resistencia, pero no

© Biblioteca Nacional de España

fué ya así cuando el bárbaro Gunderico ordenó a sus hordas que saquearan el templo de San Vicente, tenido en gran devoción y lleno de riquezas. Entonces se alborotó el pueblo y al penetrar Gunderico en el templo cayó muerto de un saetazo (421). Los vándalos entonces, aclamaron por su rey, a un hermano bastardo de Gunderico, conocido por Genserico, o Guntaris, y cuya fama había de llegar al más alto punto como fundador de un poderoso reino en África.

Séanos permitida ahora una ligera digresión, y es que el espectáculo de esas naciones peleando entre sí, después de haberse puesto de acuerdo para atacar a los romanos: visigodos, vándalos, alanos, silingos y suevos, evoca esa guerra balkánica en que después de atacar al turco, como enemigo común, han peleado entre sí búlgaros, servios y griegos, por donde se ve que en la Historia suelen repetirse los hechos, aunque lo quieran negar algunos.

Para colmo de confusiones, mientras en tan precario estado se hallaba la dominación romana, levantáronse dos tiranos, generales de Honorio, llamados Jovino y Máximo, para alzarse con el poder, lo cual podría compararse con aquella ocurrencia del general turco Essad Bajá, defensor de Escutari, que quiso proclamarse rey de Albania, contra el Sultán.

Ardía, pues, España en guerra: por una parte los vándalos; por otra los dos rebeldes tiranos. Honorio envió entonces las pocas tropas que pudo reclutar, puestas al mando de un inteligente general llamado Castino. Costó poco acabar con Máximo y Jovino, mientras era encarnizada la resistencia que oponían las hordas de Genserico. En tan comprometida situación Castino pidió auxilio al conde Bonifacio, gobernador de África. Vino Bonifacio, pero no tardó en estallar la discordia entre los dos jefes, y el conde regresó a su gobierno. Poco después, impotente Castino para dominar la in-

© Biblioteca Nacional de España

surrección vándala, se embarcó, a su vez, para Italia(423).

Había fallecido Honorio, y ejercía la regencia del imperio aquella famosa Gala Placidia, de quien hablamos ya. La insigne viuda de Constancio hubo de elegir por ministro a un ilustre general llamado Aecio, de lo cual hubo de sentirse tan celoso el conde Bonifacio que no vaciló en llamar a Genserico, contando con los vándalos para declararse rey independiente y darles a aquéllos en pago, o como dicen hoy, como «compensación» alguna parte de aquella vasta provincia. Proposición a que asintió el terrible jefe bárbaro.

El proceder de Bonifacio sólo se explica por la ambición, o el despecho, pues consta que era hombre de gran probidad, justiciero, buen cristiano, muy amigo de San Agustín, y estimadísimo así por sus tropas como por los pueblos que administraba.

Genserico, cuya cojera no le impedía ser gran guerrero, cruzó el Mediterráneo, con 80,000 combatientes, quedando en Andalucía solamente los silingos (427). Digamos, por ahora, que los vándalos se apoderaron de África y mataron a Bonifacio, y que con la partida de aquellas hordas se crecieron en gran manera los suevos, que en breve amenazaron con apoderarse de toda España.

**Teodoredo.** En virtud del tratado de Walia con Honorio, los godos dominaban sólo en la parte alta de Cataluña, mientras en la Galia, su reino, cuya capital era Tolosa, podía contarse entre los más poderosos y florecientes.

No reinaban las mejores relaciones entre Teodoredo (pariente de Walia) y los generales romanos de Honorio en el reino galohispano de Tolosa. Así no fué de extrañar que aprovechándose Teodoredo de que los romanos se hallasen en guerra con los francos, se apoderase de Arles (429), y que después (437) se atreviese a poner sitio a Narbona, siempre romana.

© Biblioteca Nacional de España

Defendían a Narbona los generales Aecio, el valido de Gala Placidia, rival del conde Bonifacio, y Litorio. Aecio hizo una impetuosa salida y desbarató a los visigodos de Teodoredo, pero hubo de acudir a los requerimientos de la emperatriz regente, y quedó al frente del ejército romano su compañero el general Litorio.

El valiente Litorio quiso sin duda demostrar que se bastaba él solo para castigar a los visigodos; cercó a Tolosa, y tan desesperada fué la situación en que puso a Teodoredo que éste envió al obispo Orencio, de Auch, para que le concediera la paz. Litorio no quiso, pues exigía la entrega a discreción. Teodoredo, entonces, desesperado, «armándose primero del cilicio que de la coraza», como dice Salviano, obispo de Marsella, hizo una salida, tan tremenda, que cayó prisionero el mismo Litorio. La victoria dió tales alientos a Teodoredo que ya se disponía éste a ensanchar sus dominios a costa de los del emperador de Occidente, cuando lo hubo de dejar, a ruegos del prefecto de las Galias, Avito, suegro del historiador Sidonio Apolinar.

Soldado de infantería

No se le ocultaba, sin embargo, a Teodoredo (rey, *en España,* sólo de la Alta Montaña de Cataluña) que no sería muy duradera la paz con los romanos, y por lo mismo no tuvo inconveniente en aliarse con los bárbaros, mediante el casamiento de una de sus hijas con Rechiario, rey de los suevos (del cual hablaremos por separado) y de otra con Hunerico, hijo del rey de los vándalos; este segundo casamiento no fué, por desgracia, muy afortunado, pues el brutal Genserico, su sue-

© Biblioteca Nacional de España

gro, creyendo que su nuera atentaba contra la vida de su marido, la cortó las orejas, según unos, la nariz, según otros, que envió luego a Teodoredo. Por demás está decir el efecto que esto causaría al padre de la desgraciada joven, y el odio que hacia los vándalos se despertaría en él.

**Los hunos en la Galia.**

Un peligro inmenso amenazaba así a los visigodos como a los francos. El feroz Atila, el *Azote de Dios*, después de devastar a Italia, invadía la Galia, tal vez a instigación de Genserico, que temía la venganza de Teodoredo, por la barbaridad cometida en su infeliz hija. Ya hablamos de quiénes eran los hunos, hombres de aspecto feroz, en trato y comida groseros, tanto que ni de fuego ni de guisados solían usar, sino de raíces y carnes calentadas entre los muslos; algunas veces sustentaban la vida con la sangre de sus caballos, que les abrían para esto las venas y los sangraban.

El terrible peligro, pues Atila llegaba a la cabeza de 500,000 guerreros, hizo que romanos, francos y visigodos olvidaran sus mezquinas enemistades, que se unieron en apretado haz para hacer frente a la invasión.

Los hunos se habían apoderado ya de Reims, a cuyos habitantes pasaron a cuchillo, y tenían sitiada a Orleans. Acudió Teodoredo, y les obligó a levantar el sitio, retirándose entonces Atila a los llamados *Campos Cataláunicos* (cercanías de Chalons-sur-Marne, no lejos de Troyes).

Reuniéronse los visigodos, al mando de Teodoredo; los francos, al de su rey Meroveo, y los romanos al de Aecio, que asumió el mando en jefe, y partieron contra Atila.

**La batalla de Chalons.**

El ejército aliado formó de esta suerte: el ala derecha estaba regida por Teodoredo con sus valientes visigodos; Aecio, con los romanos y los francos se colocó a la izquierda. Como centro se puso

© Biblioteca Nacional de España

a los alanos que se habían establecido en la parte de Orleans; fué prudente determinación para poder vigilarlos y que no se pasasen a los hunos.

Atila dispuso sus inmensas fuerzas en una dilatadísima línea, como permitía hacerlo aquella vastísima llanura; allí figuraban además de los hunos, muchas otras naciones bárbaras, capitaneadas por sus reyes, entre ellas los ostrogodos, a quienes colocó en su ala izquierda para que pelearan, con ardor, contra los visigodos de Teo-

Guerreros visigodos

doredo. Atila y lo que podríamos llamar su guardia imperial, se colocaron en el centro. «Eran hombres de vista espantosa y más morenos y tostados que los demás.»

Pronto se vió que ganaría la batalla el que antes se apoderase de una loma que dominaba todo el campo. Apresuráronse ambos bandos a ocuparla, pero Aecio se anticipó a los hunos, por lo cual mostrábanse éstos temerosos de atacar a sus contrarios. Atila entonces les arengó, exhortándolos a pelear y prometiéndoles el

© Biblioteca Nacional de España

triunfo. Igual hicieron los jefes aliados a sus respectivas tropas.

No comenzó la batalla hasta la tarde.

Peleábase por el imperio del mundo, y por lo mismo se explica que la batalla fuese horriblemente encarnizada. A creer a los historiadores de aquel tiempo, en los Campos Cataláunicos perecieron ciento ochenta mil hombres.

Uno de los primeros en caer fué Teodoredo, ya por entonces de avanzada edad, pero esta desgracia en lugar de abatir el ánimo de los visigodos hizo encender más su furor; puestos Turismundo y Teodorico, hijos del difunto, a la cabeza de la caballería, formada en escuadrón cerrado, cargaron terriblemente contra los hunos, y les fueron luego por largo tiempo al alcance, tanto que al regresar, ya en medio de la obscuridad de la noche, Turismundo fué a parar cerca de los reales de Atila, y sin duda hubiera caído prisionero a no ser por el valor de los suyos que le pusieron en salvo, después de haber sido derribado del caballo y herido en la cabeza.

Trágica fué aquella noche. Atila vivaqueó rodeando sus estancias con los carros de guerra, y tanta era su desesperación, que mandó encender una hoguera para arrojarse en ella, si arreciaba el peligro. Aecio se atrincheró con los caballos muertos y los paveses, pasándose los franco-romano-visigodos toda la noche en vela.

En cuanto amaneció dispúsose Aecio a atacar el campamento de Atila, pero como viese que éste se disponía a emprender la retirada, dejóle salir de la Galia y que regresase a la Galia (Hungría), conducta bastante sospechosa.

La inmensa resonancia que tuvo esta batalla dió lugar a que luego se forjasen mil consejas, acogidas por los historiadores contemporáneos: díjose, pues, que un arroyo se había salido de madre, a causa de tanta san-



© Biblioteca Nacional de España

gre como corrió hacia él, y que tres días después de la batalla «se oyó estruendo de armas en el mismo lugar y grande alarido de los que peleaban, como si las almas después de apartadas de sus cuerpos con gran pertinacia perseveraran en la pelea.»

A consecuencia de la derrota los ostrogodos optaron por ponerse a sueldo del imperio, y así fué cómo entraron al servicio del emperador Marciano que les dió tierras en la Tracia. Radagaiso reinó pacíficamente y dejó por heredero a un hijo llamado Teodomiro, quien a su vez fué padre de un hijo natural, Teodorico, que se educó en Constantinopla en la corte del emperador León, y de quien habremos de hablar más adelante.

**Turismundo y Teodorico.**

Muerto gloriosamente Teodoredo en el campo de batalla (451), su hijo mayor Turismundo, fué proclamado rey por consejo de Aecio. A la verdad, aunque este rey figura en la cronología de los monarcas de España bien poco nos interesa en este concepto, pues residía en Tolosa y sólo poseía en la península la parte septentrional de Cataluña.

Turismundo no se dejó engañar, para decirlo claramente, por el astuto romano, quien, al objeto de impedir que los visigodos aumentasen en poderío le aconsejó se dedicase a cuidar de su reino, y dejase de perseguir a Atila, antes bien salió en persecución de los hunos, a quienes encontró y malbarató a orillas del Loira.

Con todo, Atila logró salvarse, y reorganizando sus huestes en la Panonia, emprendió otro movimiento ofensivo contra Dalmacia, Iliria e Italia del Norte. Irritado con ello el emperador Valentiniano III, creyó que Aecio le había hecho traición al permitir que los hunos se retirasen tranquilamente después de su inmensa derrota en los Campos de Chalons, y le hizo asesinar (454).

No duró mucho en el trono Turismundo; se dice que gobernaba cruelmente, por lo cual fué asesinado a ins-

© Biblioteca Nacional de España

tigación de sus hermanos Teodorico y Federico, o Fraderico, apenas transcurrido un año de su reinado (453).

Proclamado rey Teodorico, parece que se condujo con loable prudencia y modestia; Sidonio Apolinar ha trazado de él un retrato que no puede ser más lisonjero. Teodorico era grave, forzudo, varonil; grande arquero; templado en la comida y la medida; daba audiencia a los pobres y cuitados con paciencia singular; «se deleitaba cenando con las burlas de los truhanes, pero sin que mordiesen a nadie».

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el fratricida había hecho conde a Sidonio Apolinar, más adelante obispo de Arverno (Clermont-Ferrand), pero los hechos demostraron que Teodorico era, en efecto, hombre de vasta capacidad, de elevadas miras y gran resolución, como ya veremos, tanto que bien puede decirse que fué el verdadero fundador de la monarquía visigoda en España.

**La anarquía romana.**

Para mejor inteligencia de lo que tenemos que decir, conviene dar ligera idea de lo que ocurría en el imperio de Occidente. Había sido asesinado en 455, en Roma, el emperador Valentiniano III, por un soldado que quiso vengar a Aecio, y el imperio, que se bamboleaba desde hacía tantos años, pudo darse por destruído sin remisión.

Apareció entonces un general llamado Petronio Máximo (a quien algunos suponían instigador del asesinato del difunto emperador) y se alzó con el poder, procurando ganar alguna autoridad con el casamiento forzado que contrajo con la emperatriz Eudoxia, viuda de Valentiniano.

Y este casamiento fué su perdición. Eudoxia, que aborrecía a Máximo, no vaciló en llamar a Genserico, rey de los vándalos, para que se apoderase de Roma, sacrificando así su patria a sus ansias vengativas. Acudió con presteza Genserico y sabedor el pueblo de Roma

© Biblioteca Nacional de España

de que los bárbaros estaban para llegar, invadieron el palacio y mataron a pedradas al usurpador. La entrada de los vándalos fué horrorosa, dejándose atrás la de Alarico, sin que valiesen las súplicas del Papa San León.

Máximo había enviado como embajador suyo cerca de Teodorico a un ilustre personaje llamado Avito, y en cuanto llegó a Tolosa la noticia de la lapidación de Máximo, aprovechóse de ello Teodorico para poner en planta un vasto plan que tenía proyectado.

Este plan consistía en que Avito se proclamase emperador de Occidente, para lo cual le prestaría todo su concurso, pero a condición de que le dejase las manos libres para apoderarse de todas las provincias hispanoromanas dominadas por los suevos. Quedó cerrado el trato; Avito fué proclamado emperador, y Teodorico hizo lo que se verá en el capítulo siguiente.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

# EL REINO DE LOS SUEVOS

LA MONARQUÍA DE LOS SUEVOS.—LA GUERRA SUEVO-VISIGÓTICA.—LUCHAS INTESTINAS ENTRE LOS SUEVOS. — LOS SUEVOS ATACAN A LOS ROMANOS.

(412-467)

**La monarquía de los suevos.**

Dijimos que, huyendo de los vándalos, los suevos se habían refugiado en las escabrosidades de los montes de Asturias, y que, en cuanto las hordas de Genserico pasaron a África derramáronse por casi toda la península, amenazando alzarse con la total dominación.

Favorecía este fácil avance de los suevos la flaqueza de los romanos, cuyas escasas tropas, diseminadas por diversos lugares, se veían harto apuradas ya para defenderse de los ataques de los *Bagaudas,* o independientes, que merodeaban por las riberas orientales del Ebro

Los suevos tenían por jefe un valeroso caudillo llamado Hermenerico, fallecido en 440, después de treinta y dos años de reinado. Por sus altos hechos y sus nobles prendas hubo de ser muy llorado de su pueblo. Por suerte, dejaba un sucesor que había de ser digno continuador de sus hazañas, siendo éste su hijo Requila.

Era éste «un mozo de ingenio encendido y bravo», lleno de altas ambiciones. Abandonando los brumosos

© Biblioteca Nacional de España

países del Norte bajó al Mediodía andaluz y encontrándose, a orillas del Genil, con un cuerpo de tropas romanas, mandado por Ardeboto, general de Valentiniano III, le venció en toda la línea, e hizo dar muerte a su jefe. Fué riquísimo el botín, sobre todo en oro y plata.

Aquella victoria hizo dueño a Requila de toda la Bética; los silingos, que trataban de resistirle en Sevilla, fueron completamente derrotados, y la ciudad cayó en poder de los suevos. Partió en seguida para Lusitania, ocupada por los alanos — aunque bajo el dominio de Roma, como los silingos, — y sin grande esfuerzo se apoderó de Mérida y demás ciudades. La campaña era tan fácil por haber pasado a África, contra los vándalos, las pocas tropas romanas que había en aquellas provincias, al mando del general Sebastián, destinado a perecer a manos de las hordas de Genserico.

A la conquista de la Bética y de Lusitania siguió la de la Carpetania (Toledo) y la Cartaginesa, de suerte que toda la España occidental y gran parte de la central se hallaba dominada por los suevos.

Falleció Requila a los ocho años de reinado, en plena paz, pues había firmado un convenio con el emperador de Occidente devolviéndole la Carpetania y la Cartaginesa.

A Requila sucedió su hijo Rechiario (448), notable, aparte de lo que diremos, por haber sido el primer rey de los suevos que abrazó la verdadera fe. Reinaba en la Bética, la Lusitania y Galicia y era de esperar extendiese su dominación a todo el resto, pues nada resistía a su poder, y últimamente había hecho cruda guerra a los navarros.

**Guerra suevo - visigótica.**

En tal estado las cosas, vino el acuerdo que dijimos entre Avito y Teodorico, pero se necesitaba cualquier pretexto para que el rey de Tolosa pudiese provocar un rompimiento con Rechiario, máxime estando casado éste con

© Biblioteca Nacional de España

una hija de Teodoredo y ser, por lo tanto, cuñados.

El pretexto fué el envío de un mensaje algo altanero a Rechiario; lo que llamaríamos hoy una nota diplomática algo dura, en que se prevenía al suevo que se condujese con más modestia, y no atacase a los pueblos pacíficos. Rechiario, muy ensoberbecido con sus triunfos y sus extensos dominios, contestó con la mayor arrogancia, y amenazó a Teodorico con que pronto se verían en Tolosa, para decidir el pleito con las armas.

Había sobrevenido, pues, el rompimiento tan deseado por Teodorico. Había reclutado éste, para que formaran con sus visigodos, no pocos miles de francos y borgoñones, y puesto a la cabeza de este ejército marchó contra Rechiario, hacia Braga, capital del reino.

Ocurrió el encuentro a orillas del Orbigo, y fué grandísima la matanza que los soldados de Teodorico hicieron en los suevos. Rechiario, herido, se refugió en Oporto, con ánimo de trasladarse a África, pero entraron allí los visigodos, y le mataron. Braga fué asaltada y saqueada, pero respetando las vidas de los habitantes (456).

Teodorico, dispuesto a continuar la campaña, dejó por gobernador de Galicia a un visigodo, pero no de la nobleza, llamado Achiulfo, y siguió hacia Lusitania. Nada se oponía a su paso, y así llegó hasta Mérida, su capital; iba ya a entrarla a saco cuando, por intercesión de Santa Eulalia, desistió de hacerlo, a pesar de no ser él católico, sino arriano.

Precisábale a Teodorico el regreso a Tolosa, por las alteraciones que ocurrían en el Imperio de Occidente, y por lo mismo confió a Ceurila, uno de sus generales, el encargo de reducir la Bética, conquistada, como hemos dicho, por Requila, cuando en tal estado las cosas llegó la nueva de una inesperada complicación.

Aquel visigodo de baja extracción, llamado Achiulfo, nombrado por Teodorico gobernador de Galicia, habíase

© Biblioteca Nacional de España

alzado con aquella provincia, arrogándose el título de rey. Mientras Ceurila se posesionaba de toda la Bética, sin resistencia por parte de los naturales, los generales Nepociano y Nérico marchaban contra el traidor Achiulfo. Batallaron los contendientes cerca de Lugo, y el usurpador cayó prisionero y fué ajusticiado. Así quedó todo pacificado. Los suevos, temerosos del rigor que contra ellos pudiera desplegar Teodorico, enviaron una embajada de sacerdotes a Tolosa, con sus ornamentos de iglesia y varios objetos sagrados, y el rey de los visigodos no sólo los perdonó, sino que les autorizó para que, rehaciéndose de las pasadas desdichas, pudiesen elegir, si quisiesen, nuevo rey.

No se comprende cómo Teodorico pudo renunciar a la dominación de Galicia, permitiendo que continuara como reino independiente después de haberla conquistado. Lusitania volvió, ignoramos en qué circunstancias, al poder del emperador de Occidente.

Los suevos se dividieron en la elección de rey; unos proclamaron a Franta, y otros a Masdra. Éste fué asesinado a los dos años, y le sucedió su hijo Remismundo (460), que de concierto con Franta, atacó a los romanos de Lusitania, aunque no pudo sujetar del todo a dicha provincia.

**Luchas intestinas entre los suevos.**

La alianza entre Remismundo y Franta no fué muy duradera. Fallecido el segundo, sucedióle su hijo Frumario; pronto llegaron a las manos los hijos de Masdra y Franta; los frantistas se apoderaron de la ciudad de Iris Flavia, donde mandaba Remismundo, y la saquearon. Poco después fallecía Frumario, y Remismundo quedó por rey, sin oposición.

**Los suevos atacan a los romanos.**

Rey único de los suevos Remismundo, y lleno de ambición, acometió a los romanos, que habían vuelto a posesionarse de la Lusitania, bajo Teodorico. Nada se temía por parte de

© Biblioteca Nacional de España

aquellas tropas, pues los imperiales habían perdido todo prestigio y eran tenidos por hombres de mala fe, capaces de todo. Remismundo se apoderó de Coimbra, por un ardid, y Lucidio, gobernador romano de Lisboa, entregó la plaza por dinero.

Pero si bien los romanos no inspiraban cuidado alguno, no ocurría lo mismo con los visigodos, cada vez más poderosos, por lo cual Remismundo envió una embajada a Teodorico, protestando de sus amistosos sentimientos y obligándose a hacer cuanto le mandase.

Teodorico recibió a los embajadores con las mayores muestras de afecto; era furibundo arriano y deseaba que los suevos abandonasen el catolicismo para abrazar aquella herejía. Por lo mismo, aceptó de buen grado la alianza, y para mejor afianzarla, dió una hija suya en matrimonio a Remismundo. El plan de Teodorico salió tal como pretendía: la reina visigoda convirtió al arrianismo a Remismundo.

Aquí ponemos punto, por ahora, para hablar de nuevo, oportunamente, del reino de los suevos, que comprendía a la sazón a Galicia y parte de Lusitania (467).

---



© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO III

# LOS VÁNDALOS

GENSERICO.—DOMINACIÓN VÁNDALA EN EL MEDITERRÁNEO.

( 450 - 477 )

Antes de proseguir nuestro relato respecto a Teodorico, que tan gran paso había dado para el engrandecimiento de su reino en España, convendrá decir algo acerca de aquellos *vándalos,* que después de haber dominado en Andalucía y estado a punto de hacerlo en toda España, habían abandonado este suelo para fundar un imperio en África.

Muévenos a ello la importancia del asunto y *la tradición* que dejaron en África aquellas gentes, de tal suerte que su dominación puede considerarse, indirectamente, como un título más a las reivindicaciones históricas de España en el Norte africano, como tendremos ocasión de ver.

**Genserico.** En cuanto los españoles supieron que los vándalos pensaban en trasladarse a África, les ofrecieron cuanto necesitasen para ello: barcos y provisiones, armas y dinero.

Marchóse Genserico con cincuenta mil guerreros de los suyos, pero ya en la otra orilla del Mediterráneo

© Biblioteca Nacional de España

acudieron a ofrecérsele innumerables gentes: los descontentos contra Roma, muchos mauritanos y los cristianos llamados *donatistas*, furibundos enemigos de los católicos, por lo cual Genserico se hizo donatista, aunque es de creer entendiera no mucho en aquellos intríngulis teológicos.

Como ya dijimos, los vándalos habían sido llamados por el gobernador imperial de África, Bonifacio, despechado por la ingratitud de Gala Placidia al confiar el gobierno a su rival el general Aecio.

Era el conde Bonifacio grande amigo de San Agustín, y horrorizado éste por las consecuencias que podía acarrear la presencia de los vándalos, convertidos ahora en donatistas, mortales enemigos de los católicos, afeóle su conducta al conde, el cual, desesperado al ver cuán diverso era el resultado del que se proponía, ofreció a Genserico grandes sumas para que evacuara el país, a lo cual se negó desdeñosamente el rey de los vándalos.

Bonifacio, entonces, apeló a la fuerza para conservar aquella tierra conquistada por Escipión y César, pero nada pudo contra la pujanza del bárbaro rey. En poco tiempo caía en poder de Genserico toda la costa occidental del Norte de África, excepto Cartago (en Túnez), Cirta (Constantina) e Hipona (en Argelia).

«Las siete provincias que por su fertilidad eran llamadas *el granero de Roma y del género humano*, escribe un historiador, fueron devastadas con indecible furor por los bárbaros, que asesinaban sin distinción de edad ni grado, arrancaban las vides y los olivos, y si no exagera el terror, degollaban a los prisioneros ante las ciudades sitiadas para que el hedor infectara el aire.»

San Agustín, casi septuagenario, exhortaba desde Hipona, cercada por los vándalos, a la resistencia, hasta que rendidas las fuerzas y acibarado por los

© Biblioteca Nacional de España

padecimientos físicos y morales falleció durante el asedio.

Catorce meses hacía que duraba el sitio de Hipona, cuando la emperatriz regente, Gala Placidia, temerosa de perder para siempre aquellas ricas posesiones, impetró el auxilio de su pariente el emperador de Oriente Teodosio II; accedió éste al ruego de la emperatriz y envió contra Genserico un fuerte ejército al mando del general Aspar, pero la expedición quedó casi totalmente exterminada. Bonifacio, desesperado, consiguió huir, y aun tuvo la singular ocurrencia de presentarse en la corte de Rávena. Placidia le recibió con bondad, pero al poco tiempo moría Bonifacio en un motín promovido por su ilustre rival Aecio.

Ya no quedaba en África ni un solo legionario y los romanos allí establecidos no podían contar más que con sus solas fuerzas. Menos mal si hubiese habido paz, pero Á rica estaba convertida en un caos de facciones. Númidas y mauritanos, católicos y donatistas andaban a la greña, y ni el mismo Genserico podía darse por seguro, pues a cada momento se descubrían conspiraciones de vándalos para suplantarle en el mando. Claro está que el terrible jefe no se andaba con contemplaciones y ahogaba en sangre los complots. Como una vez aparecieran culpables de querer derribarle del trono unos sobrinos suyos, los mandó degollar juntamente con su madre.

Resistía aún Cartago, pero cayó también, siendo entregada al furor de los vándalos; prosiguió después Genserico sus conquistas y se hizo dueño de todo el Norte de África, desde Trípoli a Tánger. Las tierras fueron repartidas entre sus soldados, y los antiguos propietarios fueron reducidos a esclavitud. Con todo, cuando a Genserico no le convenía desposeer a los dueños de las heredades, les imponía terribles contribuciones, con lo cual quedaron sumidos en la ruina

© Biblioteca Nacional de España

muchos romanos antes opulentísimos con las inmensas propiedades que poseían en África.

No solamente temblaba Roma, sino también Constantinopla. Por lo mismo Teodorico se disponía a enviar un nuevo ejército contra Genserico, pero se le adelantó éste, y a la hora menos pensada se presentó ante los arrabales de Bizancio, y el poderoso emperador de Oriente tuvo que impetrar la misericordia del terrible vándalo.

Bizantinos

Poco después ocurrió aquel llamamiento de que ya dimos cuenta. Eudoxia, viuda de Valentiniano III, casada por fuerza con Petronio Máximo, invitaba a Genserico a que derribara del trono a su aborrecido consorte. No se hizo esperar el rey vándalo; desembarcaba en Ostia y entraba a saco la Ciudad Eterna, que sólo pudo librarse del incendio por las súplicas del Papa San León, pero no de su destrucción, a pesar de los ruegos de Su Santidad.

Genserico, cargado de botín, y con gran número de prisioneros, entre ellos la propia emperatriz Eudoxia y sus hijas, regresó a Cartago, su guarida. Casó a su primogénito con la mayor de las princesas, y concertó con Teodosio el rescate de Eudoxia, mediante una fuerte cantidad.

A todo esto, había sido destronado Avito (el emperador de Occidente puesto por Teodorico en lugar de Máximo) y proclamado en su lugar un noble y valiente

© Biblioteca Nacional de España

general llamado Julio Valerio Mayoriano. Éste, pues, creyó caso de honra arrojar de África a Genserico, y con tal objeto mandó armar en Cartagena 300 galeras de gran porte, y proporcionado número de buques menores.

Apenas tuvo noticia de ello Genserico, invadió la Hispania Turgitana, y sorprendiendo en Cartagena la escuadra imperial la redujo a pavesas.

Genserico quedaba por único dueño del Mediterráneo, y desde entonces salía Genserico cada año del puerto de Cartago, su capital, al frente de una formidable escuadra, repitiéndose cada vez la siguiente frase.

Preguntábale el piloto al rey de los vándalos qué rumbo había de tomar, y respondía Genserico:

— A donde quieran los vientos, que nos llevarán al país cuyo castigo tenga decretado la Justicia Divina.

**Dominación vándala del Mediterráneo.**

Había subido al trono de Constantinopla el emperador León (457) y se creyó en el deber de atajar el poderío de aquellas hordas sanguinarias y destructoras. Por primera vez África se constituía en el terror de Europa; la orilla meridional del Mediterráneo arrojaba contra la ribera latina feroces hordas que parecían no obedecer a otra consigna que matar, robar, destruir e incendiar. A esa barbarie vándala debe atribuirse quizá la ferocidad que adquirieron los indígenas, alistados en sus ejércitos y armadas: garamautas, númidas, gétulos, mauritanos, los mismos que subsisten hoy, más o menos alterada su estirpe por la sangre árabe y negra.

Los preparativos del emperador León eran de gran cuantía. 150,000 libras en oro gastó en alistar una escuadra, compuesta de 1,113 buques, con más de 100,000 hombres, a las órdenes de Basilisco, hermano de la emperatriz; por su parte el prefecto Heraclio, con las tropas bizantinas de Egipto, Tebaida y Libia, y gran número de caballos y camellos árabes, atacaba a Cartago. Genserico le pidió a Heraclio una tregua

© Biblioteca Nacional de España

de cinco días, que el prefecto tuvo la debilidad de conceder. El rey de los vándalos se aprovechó de aquel respiro, y tuvo medio de incendiar la inmensa escuadra de Basilisco. Así quedó convertida en humo aquella flota cuyo coste había dejado poco menos que exhaustos a los dos imperios de Oriente y Occidente. Genserico volvió a ser el amo del mar, y se apoderó de Sicilia, después de haberse hecho dueño de Córcega y Cerdeña.

Después de haber impuesto su brutal dominación desde Túnez al Atlántico, Genserico pretendió imponer también su arrianismo, por lo cual persiguió sin piedad a los católicos, dictando contra ellos las terribles penas impuestas a los incursos en herejía. Los mauritanos — habitantes de lo que es hoy Túnez, Argelia, Marruecos, — que por raro que parezca *eran católicos,* y además implacables enemigos de cuantos quisieran arrebatarles su independencia, atacaron muchas veces a los vándalos, pero siempre hubieron de pagar caro su intento, y cada derrota iba acompañada de enormes aumentos de los impuestos.

Así quedó fundado el vasto imperio de los vándalos, uno de los más pujantes Estados que surgieron de la desmembración del imperio romano. Como este reino contaba con 446 obispados, esto indica la existencia de igual número de ciudades. Y fué triste suerte que el país ilustrado por el cartaginés Magón y por los cristianos Cipriano y Agustín hubiese de caer en manos de la más brutal y sanguinaria entre todas las tribus bárbaras. La población, que a la llegada de los vándalos ascendía a 80 millones de habitantes, quedó después reducida a la décima parte.

Tan señora del Mediterráneo era la escuadra vándala, que los pueblos del Norte le dieron al *Mare nostrum* el nombre de *Wendolsee* (Mar Vándalo).

Murió Genserico en 477, y de lo que ocurrió luego daremos breve cuenta en la ocasión oportuna.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

# FIN DE LA DOMINACIÓN ROMANA EN ESPAÑA

LOS REGICIDIOS.—EURICO.—DESTRUCCIÓN DE TARRAGONA.

(467 - 476)

Volvamos ya a Teodorico, a quien vimos vencedor, y después protector y aliado de los suevos, para convertirlos al arrianismo.

Gloriosamente reinaba el ilustre conquistador de la Bética, cuando pereció asesinado por su hermano Eurico. Por un fratricidio subió al trono; por otro fratricidio cayó de él (467).

**Los regicidios**

«La repetición dolorosa de los regicidios en la monarquía visigoda, dicen A. y H. Fornes, se explica en parte por el carácter electivo del poder supremo que tentaba poderosamente la ambición de los magnates, empleando para conseguirlo el reprobado medio de las conjuraciones y el más odioso y criminal todavía de los asesinatos.

»A esta causa, bastante poderosa por sí sola para explicar los regicidios en la monarquía visigoda, debemos añadir otra, que le sirve de complemento, ya que el regicidio no era característico de la monarquía electiva de los visigodos, sino un crimen común en esta época en todos los estados bárbaros.

© Biblioteca Nacional de España

Destrucción de Tarragona

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

»Si estudiamos detenidamente la época, al leer las ingenuas narraciones de los historiadores coetáneos, las leyendas y tradiciones teutónicas y bárbaras, llama poderosamente la atención el afán, el desenfrenado furor, con que los hijos se disputaban la herencia paterna, es decir, los tesoros arrebatados a los pueblos vencidos, y horroriza la serie de crímenes, de fratricidios, que origina su posesión. Y era que este tesoro, estas riquezas tan codiciadas, les aseguraban el concurso de nuevos guerreros, la satisfacción de todas sus bárbaras y groseras pasiones, el crecimiento de su poder, la posesión de la mujer deseada, y la satisfacción de sus venganzas personales. No era sólo la corona, sino el tesoro del rey, quien armaba el puñal de los regicidas, pues en los Estados bárbaros el poder de sus príncipes era casi nominal, estando bajo la tutela de la nobleza y de las asambleas nacionales.»

**Eurico.** Era el nuevo rey no menos feroz que su hermano, y tal vez, mucho más. Aborrecía de muerte dos cosas: Roma y los católicos, y abrigaba la decidida resolución de imperar sobre toda la península hispánica, y gran parte de la Galia.

A la sazón, España estaba repartida en tres Estados: los suevos reinaban en Galicia y parte de Lusitania; los godos, en Cataluña y Andalucía; los romanos, en la Cartaginense, Carpetania y gran parte de Celtiberia.

Concertóse Eurico con el emperador de Oriente León, para que no se opusiese a su propósito de arrojar de España a los romanos, y estrechó todavía más los vínculos de amist .d que le unían con el terrible Genserico, rey de los vándalos.

Puesto a la cabeza de un formidable ejército, partió de Tolosa resuelto a apoderarse de España entera. Toda la Lusitania romana y sueva cayó en su poder, y los suevos quedaron acorralados en lo más áspero de las sierras de Galicia. Sujeta aquella provincia, Eurico



© Biblioteca Nacional de España

quiso someter la Celtiberia, y se apoderó de Zaragoza y Pamplona, que seguían fieles a Roma. Quedaba, sin embargo, todavía una plaza que «en España tenía muy grande autoridad». Era Tarragona, ciegamente adicta al imperio, «y la derribó por el suelo, enojado de que se pusiese en defensa y que el cerco hubiese durado mucho tiempo» (469).

**Destrucción de Tarragona.**

La ilustre ciudad de los Escipiones contaba ya con una larga historia de estragos y de ruina. Había sufrido grandemente con la entrada de los francos y de otros pueblos bárbaros en el siglo III, pero ninguna comparación tenía lo que hicieron aquellas hordas con el horrible destrozo que causó Eurico y de que son testigos los innumerables restos que cada día se descubren. Los magníficos templos, las termas, las basílicas cayeron destrozados a los golpes de los picos y toda la ciudad entregada al incendio, no quedaron lápida ni estatua enteras.

Nada más trágico que el aspecto que ofrecen con frecuencia las excavaciones: allí aparecen a montones cenizas, trozos de carbón, tierra y fragmentos cerámicos carbonizados; tégulas, ánforas, vasos, ladrillos hechos trizas y ahumados, zócalos de estatuas, asentados unos sobre el pavimento, según estaban el día de la ruina, derribados otros; lápidas con inscripciones, destrozadas a hachazos o martillazos unas, reducidas a fragmentos otras, calcinadas y agrietadas por la violencia del fuego las demás. Y con ello fragmentos de estatuas, rotas, desfiguradas y maltrechas, algunas de talla colosal, otras de admirable labor.

Aparecen, a veces, fragmentos de lápidas, de fustes de columnas, de capiteles en lugares muy lejanos de donde debían proceder, lo cual demuestra todo el afán de destrucción, el encono y la pujanza de los visigodos contra la ciudad romana en aquellos tremendos días de incendio y de matanza. Bien se ve que los causantes

© Biblioteca Nacional de España

de aquel gran desastre se hallaban ciegamente dominados por la idea de no dejar rastro que recordase las obras e instituciones del Imperio.

Con la caída de Tarragona cesó la dominación romana, después de siete siglos, pero la civilización romana ha persistido, y la dominación visigótica no ha dejado huellas.

Despojada Roma de su señorío en España, partió Eurico para dilatar las fronteras de su reino en la Galia, empresa harto difícil dado el estado de disolución extrema a que había llegado el agonizante imperio, y trasladó su corte a Arles. Extendíanse los dominios visigóticos entonces en Galia desde el Loira a Marsella y desde el Atlántico a los Alpes. Suyas eran Auvernia y Provenza.

Alábase a este rey por lo que, ya dueño de los países que ambicionaba, protegió las artes de la paz y atendió al mejoramiento del país. «En su corte, escribe Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, veíanse el borgoñón de siete pies arrodillándose para pedir la paz; el romano que imploraba su socorro contra los bárbaros; el ostrogodo que desde las orillas del Danubio venía a solicitar su auxilio contra los hunos; el sicambro con la cabellera cortada y hasta el lejano parto demandando su piedad o sus favores.»

«Protegió a los sabios y a los literatos, dice un autor; sus consejeros y secretarios eran los mejores escritores de la época, y los despachos de su cancillería eran admirados en todas las cortes, como modelos de gusto, pureza y gracia en el estilo.»

Parece que el canciller era cierto conde León, decidido protector, a pesar de su arrianismo, del ilustre obispo Sidonio Apolinar.

El mayor timbre de gloria de Eurico consiste en su famoso *Código*, en el cual aparece codificado por primera vez el derecho consuetudinario de los visigodos,

© Biblioteca Nacional de España

en el cual entraban como importantísimo elemento las leyes romanas.

Tantos elogios, sin embargo, quedan anulados — dejando aparte la salvaje destrucción de Tarragona, que desde entonces acá jamás ha podido reponerse del horrendo estrago, — por la sanguinaria persecución de aquel arriano contra los católicos.

«La palabra *católico,* dice Sidonio Apolinar, sabía al rey Eurico como vinagre.» «Para mejor salir con lo que pretendía, escribe Mariana, siguiendo al ilustre obispo de Clermont, que era deshacer a los católicos, echaba los obispos de sus iglesias sin poner otros en su lugar. Los demás sacerdotes y clero, por no tener quien los acaudillase, se derramaban por diversas partes y se reducían a muy pequeño número. Desamparaban los templos, que en parte se caían; en otros nacían hierbas y matas y todo género de malezas en tanto grado que las mismas bestias y ganados se entraban dentro a pacer, sin que la santidad de aquellos lugares fuese parte para reparar este daño, por estar las puertas caídas y la entrada libre para todos, así hombres como brutos, si ya no era que los matorrales y zarzales en algunos templos eran tan grandes que no dejaban entrar a nadie. Sidonio Apolinar en muchas cartas llora la calamidad de tiempos tan miserables; dél se ha de tomar la razón destas cosas por haberlas dejado los historiadores de contar.»

Por la misma razón pues muchos historiadores, aunque sin decirlo, toman del Tito Livio de Talavera lo que «otros historiadores han dejado de contar», aunque sin decirlo ni citarlo.

El fanatismo arriano de Eurico fué causa de que no pudiera realizarse la asimilación políticorreligiosa de los visigodos y los españoles, antes bien engendró en nuestro clero profundos resentimientos que produjeron los más fatales resultados para la dominación visigótica,

© Biblioteca Nacional de España

con otras terribles contrariedades de que vamos a hablar luego.

Murió Eurico en su corte de Arles en 484, dejando a su hijo Alarico un magnífico Estado que se extendía desde el Loira al Estrecho de Gibraltar, y la España Tingitana más allá.

Digamos ahora que antes de su muerte, en 476, había dejado de existir, ya para siempre, el Imperio Romano de Occidente. Fué el primer emperador, de hecho, Octavio Augusto; fué el último Rómulo Augústulo, caricatura de aquél (476).

---

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO V

# LOS REYES ARRIANOS

ALARICO II.—LOS OSTROGODOS.—LOS FRANCOS.—CLODOVEO.—LOS HIJOS DE ALARICO.—DOS REYES OSTROGODOS.—DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO VÁNDALO.—GUERRA DE SUCESIÓN.—AGILA Y ATANAGILDO. —INTERVENCIÓN BIZANTINA.—REINADO DE LEOVIGILDO.—EN POS DE LA UNIDAD NACIONAL.—GUERRA DE LOS CÁNTABROS.—NUEVAS REBELIONES.—EL PRÍNCIPE HERMENEGILDO.—GUERRA DE RELIGIÓN.—FIN DEL REINO DE LOS SUEVOS.—MUERTE DE HERMENEGILDO.—GUERRA EN LA GALIA.

(484 - 586)

**Alarico II.** Dejando para más adelante la explicación de la herejía arriana, proseguiremos nuestro relato en el punto en que subió al trono visigótico Alarico, que algunos llaman II, por considerar como el primer rey de España al Alarico, cuñado de Ataulfo.

Este Alarico II, si se cuenta como I el fundador del imperio visigodo, se mostró más fanático arriano aún que su padre Eurico, y persiguió con saña—tan grande como torpe—a los obispos católicos, que ya por entonces constituían una clase no menos ilustrada que poderosa, lo cual se comprende perfectamente.

Abandonadas, en efecto, por aquellos miserables y efímeros emperadores de Occidente—los Máximos, Avitos, Mayorianos, Antonios, Olibrios, Glicerios, Nepo-

© Biblioteca Nacional de España

tes y Augústulos (455-476)—las ciudades a sus propios recursos contra los ataques de los bárbaros, avezáronse los habitantes a considerar al obispo como a su habitual defensor, ya convertido en general, ya en diplomático, siendo el caso que siempre alcanzaban lo que pretendían, ya por la habilidad, ya por el respeto, o el temor supersticioso que inspiraban aun a los más feroces extranjeros. De ahí que su autoridad rebasase la esfera de lo espiritual para convertirse los obispos en capitanes, jueces y gobernantes.

Llevado de su fanatismo, Alarico despreció el poder que significaba el concurso del episcopado católico, dueño absolutamente de la población hispano y galorromana. Si él perseguía, los otros conspiraban; si el arriano se entregaba a los mayores excesos, los católicos tenían medios más que sobrados para labrar su perdición.

**Los ostrogodos.—Los francos.—Clodoveo.**

Para más clara inteligencia de lo que hubo de ocurrir al mal aconsejado hijo de Eurico, conviene dar a conocer lo que había acontecido en el destruído imperio de Occidente, después de Augústulo.

Cuéntase, pues, que en aquellos calamitosos años de anarquía en que se alzaban emperadores para desaparecer como fugitivas sombras, un soldado hérulo llamado Odoacro visitó en una cueva de los Alpes Nóricos a un penitente venerado hoy en los altares con el nombre de San Severino.

Era el soldado de tan elevada estatura, que tuvo que agacharse para entrar en la gruta, y apenas dentro oyó al cenobita que le decía: «Marcha a Italia, que aunque ahora vas cubierto con toscas pieles de animales, día llegará en que distribuirás dones a manos llenas.»

No echó Odoacro en saco roto el consejo y, en efecto, cumplióse la profecía de San Severino, pues fué rey de

© Biblioteca Nacional de España

Italia desde 476 a 493, tiempo en el cual le acometió aquel rey ostrogodo, Teodorico, nieto de Radagaiso, de quien dijimos que se había criado en la corte del emperador de Constantinopla.

Venció el ostrogodo al hérulo, y las consecuencias fueron de inmensa trascendencia. Teodorico entró en Roma y para afianzarse en el poder se concertó con francos, borgoñones y visigodos, y con el mismo intento casó con Andafleda, hermana de Clodoveo, rey de los francos, convertido al catolicismo por su esposa la piadosa princesa Clotilde de Borgoña y por una brillante victoria alcanzada en Tolbiach sobre los alemanes, en 496. Casó a su hija Ostrogoda con Alarico, y a otra, llamada Teudicoda, con el rey de Borgoña. Y así quedó Teodorico, rey de Italia, como árbitro de los demás reinos.

Seguía Alarico en su reconcentrado odio contra los católicos, y pagábanle éstos en igual moneda. Teodorico, llamado *el Grande*, procuraba poner paz, pero era inútil. No solamente los vejados católicos españoles, sino los francos, católicos ferventísimos, aborrecían a Alarico, y deseaban su exterminio. Además, los francos llevaban a mal que todos sus enemigos y los desterrados hallasen refugio en los dominios del visigodo. No había quien no creyese en la inminencia de una terrible guerra. Clodoveo mismo estaba furioso por constarle que Alarico había tramado una conspiración para asesinarle.

Disgustadísimo Teodorico *el Grande* con aquellas diferencias que amenazaban terminar en sangrienta lucha, no cesaba de exhortar a la paz a Clodoveo y Alarico; pero todo fué inútil, pues el rey de los francos se negaba a toda avenencia, en lo cual entraba por mucho el odio que como recién católico profesaba a los arrianos. Por fin se rompieron las hostilidades, y nuestro Alarico fué completamente derrotado en la batalla de Vougle, a 16 kilómetros de Poitiers, pereciendo a manos del terrible Clodoveo (506).

© Biblioteca Nacional de España

Es digno de notarse que en los tesoros y recámara de los reyes godos se hallaban «los vasos y los demás instrumentos de los sacrificios del templo de Jerusalén, de que Alarico I se apoderó cuando entró y saqueó a Roma, y dél vinieron a poder de sus sucesores, y al presente de Clodoveo».

También merece especial mención el hecho de que Alarico II recopilara el Código que lleva su nombre, así como el de *Breviario de Aniano;* en este Código procuró Alarico armonizar las leyes godas con el Código de Teodosio, pero en realidad tan sólo consiguió ahondar todavía más el abismo que separaba las dos castas hispanorromana y visigoda, pues resultaban dos legislaciones aparte, una para cada pueblo.

**Los hijos de Alarico.**

Siempre habían sido difíciles las cuestiones de sucesión en la monarquía visigótica, pero nunca como a la muerte de Alarico II. Había dejado éste dos hijos: uno bastardo, el mayor, llamado Gesaleico, y otro legítimo, cuyo nombre era Amalarico, habido con su mujer Teudicota, hija del rey Teodorico.

La nobleza goda proclamó por rey al bastardo, lo cual ocasionó la mayor indignación al anciano rey de los ostrogodos, pues se le usurpaba la corona a su nieto Amalarico. Teodorico era poderosísimo: reinaba en Italia, Sicilia, Iliria, Dalmacia y las islas del Tirreno. El ostrogodo, pues, envió a la Galia un ejército de 80,000 hombres, al mando de Ibas, su hijo, conde de los Gépidos.

Esta expedición tenía dos objetos: salvar el reino de Tolosa, que estaba a punto de caer en poder de Clodoveo, y perseguir al usurpador Gesaleico, para sentar en el trono al legítimo soberano, que era el tierno Amalarico, su nieto.

A la noticia de que se acercaba el ejército ostrogodo, el bastardo huyó de la Galia, traspuso el Pirineo y se encerró en Barcelona. «Era hombre cobarde e inclinado



© Biblioteca Nacional de España

a la crueldad, pues con sus manos, dentro de la casa real de aquella ciudad, dió muerte a Goerico, hombre principal, pasión ordinaria de los hombres cobardes y medrosos que pongan toda su esperanza y seguridad en la muerte de los hombres excelentes y poderosos y en la maldad.»

Ibas, entretanto, invadía la Galia, y acudiendo a sus banderas los visigodos que aun se defendían, derrotó a Clodoveo, quedando en el campo de batalla veinte mil francos. Los visigodos recobraron la Aquitania (Guiena) y los ostrogodos se hicieron dueños de Provenza. Aterrado Gesaleico, huyó a África; entraron los ostrogodos en Barcelona, y fué proclamado rey Amalarico. A la verdad, sin embargo, no había más rey que Teodorico, y en representación suya desempeñó la regencia uno de sus generales llamado Teudis, que había sido su paje de lanza. Parece ser que Gesaleico, protegido por Trasimundo, rey de los vándalos, probó fortuna de nuevo y desembarcó en Cataluña, siendo derrotado cerca de Barcelona (510) y muriendo de la pesadumbre que esto le causara.

Llegado Amalarico a la mayoridad — fallecido ya su abuelo Teodorico, — estableció su corte en Narbona, al objeto de conservar lo poco que le quedaba del antiguo reino de Tolosa, o sea la Septimania. El joven rey pensó que le sería conveniente congraciarse con los francos, y a este objeto pidió la mano de la católica princesa Clotilde, hija de Clodoveo, ya difunto. Digamos ahora que la monarquía fundada por aquel ilustre rey estaba repartida a la sazón entre sus cuatro hijos: Childeberto reinaba en París; Clotario en Soissons; Clodomiro en Orleans; Teodorico en Lorena.

Los hermanos accedieron de buen grado al casamiento con Amalarico, a pesar de ser éste arriano, y dieron en dote a Clotilde el estado de Tolosa, que de esta suerte volvió a poder de los visigodos.

© Biblioteca Nacional de España

Conducíase Amalarico de la manera más brutal y odiosa con su santa mujer, tanto por ser de natural cruel, como por su fanatismo arriano. La desgraciada princesa sufría con cristiana resignación los ultrajes del populacho, los malos tratos, golpes y villanías de su indigno consorte, hasta que por fin, un día, desesperada, escribió a su hermano Childeberto, rey de París, refiriéndole toda su desventura e incluyéndole un pañuelo empapado en su misma sangre, como testimonio de las bárbaras violencias que con ella cometía su marido.

Furiosos los reyes francos unieron sus fuerzas y partieron contra su indigno cuñado; Amalarico no quiso esperarlos, sino que huyó de Tolosa y fué a refugiarse en Barcelona. Allí le fueron a buscar los francos, y viéndose perdido corrió a refugiarse en un templo católico, pero antes de llegar le mató de un bote de lanza uno de sus propios soldados (531). Childeberto se apoderó de los tesoros de Amalarico, entre los cuales había gran número de ornamentos, todos de oro, robados a los católicos, y regresó a Francia, llevándose a Clotilde, que falleció por el camino, víctima de los malos tratos de su indigno esposo.

**Dos reyes ostrogodos.**

Parecía que los nobles visigodos tendieran a hacer hereditario el poder real, antes electivo, y así hemos visto sucederse seis reyes de la casa de Teodoredo; pero con la muerte de Amalarico, que no dejó sucesión, hubo que volver al antiguo procedimiento.

El general ostrogodo Teudis, cuando su regencia en representación de Teodorico durante la minoridad de Amalarico, había demostrado notables condiciones de político, guerrero y gobernante, de suerte que contaba con grandísimo partido. Además, se había casado con una dama española noble y riquísima que le trajo en dote un estado suficiente para poner en pie de guerra dos mil hombres. Habíase, por decirlo así,

© Biblioteca Nacional de España

españolizado, tal vez en espera de llegar un día al trono, de manera que se negó siempre a regresar a Italia, a pesar de los requerimientos de Teodorico. De ahí que llegado el caso de proceder a la elección de rey, recayesen en él los votos (532).

No desmintió Teudis las esperanzas que en él habían puesto; gobernaba recta y justicieramente, y todo prosperaba al amparo de la paz. Tenía establecida su corte en Barcelona y podría creerse que transcurriría su reinado en la mayor tranquilidad, cuando de nuevo hubo que acudir a las armas.

Los visigodos conservaban aún su Estado de Septimania (actuales Departamentos del Hérault, Gard, Aude y Pirineos Orientales) y los francos ambicionaban apoderarse de aquel país, expulsando a sus ocupantes, pero Childeberto y Clotario que habían partido para allá con grandes ejércitos estrelláronse en la empresa. Resueltos, sin embargo, a hacer la guerra a los visigodos, cruzaron los Pirineos, se apoderaron, después de empeñada resistencia, de Pamplona y Calahorra (533), prosiguieron en su *razzia* por la antigua Tarraconense, y pusieron cerco a Zaragoza.

Los católicos habitantes de esta ciudad eran devotísimos de su patrón San Vicente, mártir. «Los varones, enlutados, dice Mariana, las mujeres sueltos los cabellos y cubiertas con ceniza, andaban en procesión todos los días alrededor de los muros de la ciudad, en que llevaban la túnica de San Vicente, con lo cual y con las lágrimas imploraban la ayuda del cielo.»

Childeberto creyó al principio que se trataba de hechicerías o supersticiones, pero en cuanto supo la verdad sintió temor de pasar más adelante, por si el cielo le enviaba algún castigo. El rey de París suplicó a los zaragozanos que le entregaran aquella túnica, como así lo hicieron, y Childeberto se la llevó a su capital donde

© Biblioteca Nacional de España

levantó un templo al santo mártir — el mismo que se llamó después de San Germán de l'Auxerrois.

Al rey Teudis, sin embargo, no le importaba el concierto que el rey franco hubiese tenido con los zaragozanos, sino que al ver que el invasor se retiraba, fuése tras él, ocasionándole no pocas pérdidas al *picarle la retaguardia*, aunque sin presentarle nunca batalla, mientras un general, llamado Teudiselo, ocupaba los pasos del Pirineo. Los francos se vieron en tan terrible situación, imposibilitados de salir de aquellos desfiladeros, que tuvieron que humillarse a comprar una tregua, por dinero, con Teudiselo.

La tregua debía ser sólo por 24 horas; salieron la vanguardia y el centro, pero como, pasado dicho plazo, quedaran aún bastantes tropas en aquellas hoces y estrechuras, fueron exterminadas por Teudiselo, que se apoderó además de cuantioso botín.

Y así acabó por entonces (534) la guerra con los francos, a la que siguió una terrible peste que asoló a España por espacio de dos años, con inmensa mortandad.

**Destrucción del imperio vándalo.**

Precisa aquí interrumpir nuestra narración para decir algunas palabras sobre la suerte que había cabido al Imperio de los Vándalos, a la muerte de Genserico en 477, ya que lo ocurrido durante el reinado de Teudis, después de la victoria sobre los merovingios, está estrechamente relacionado con ello.

Debía suceder a Genserico el individuo de más edad de su familia, según el orden que había dejado establecido; pero no fué así, pues su hijo menor, llamado Henerico, hizo asesinar al primogénito, Teodorico, al hijo de éste y al primogénito de otro hermano, que le aventajaba algún tanto en años, y así, encima de tantos cadáveres, escaló Henerico el trono vándalo.

El nuevo rey se mostró a la altura de su pueblo; ya no eran aquellos vándalos el terror de las naciones;

© Biblioteca Nacional de España

fuese por efecto del clima, fuese por las artes de la paz, se habían enervado hasta lo sumo, en tal disposición, dice un autor, «que a ninguna nación cedían en mesas delicadas, vestidos de seda, jardines, músicas, bailes y afeminada sensualidad». Lo cual demuestra que por vándalo que se sea se deja de serlo una vez enriquecido, para gustar de los placeres de la más refinada civilización.

Henerico, pues, se puso al diapasón de su pueblo; renunció a los peligros y glorias de la conquista, procuró mantenerse en buenos términos con el emperador de Oriente y por miedo a que el belicoso hérulo Odoacro, que se titulaba rey de Italia, no le moviese guerra, le cedió Sicilia.

Los valientes númidas, que jamás habían aceptado el yugo de aquellos septentrionales, se apresuraron a caer contra ellos, al momento que advirtieron su debilidad, y devastaron todo cuanto habían levantado los vándalos en su país (Argelia). Henerico, cobarde y cruel, en vez de castigar a los númidas, persiguió sañudamente a los católicos, hasta un extremo que la pluma se resiste a transcribir. Murió Henerico a los siete años de reinado, dícese que de fastidio, como Sila.

Debía suceder a Henerico su hijo Hilderico, habido con una hija de Valentiniano III, pero esta digna señora, temiendo no fuese asesinado, huyó con él a Constantinopla, donde permaneció 39 años, y así fué como en vez de suceder a Henerico su hijo, subiese al trono su sobrino Gundemundo, y a la muerte de éste su hermano Trasabundo, sólo notable por su furor arriano.

Al fallecimiento de este último, y en plena decadencia el imperio vándalo, ciñó por fin la corona aquel Hilderico que se había criado en Constantinopla, donde contrajo íntima amistad con Justiniano, antes de ascender éste al trono imperial. Hilderico era católico, y, por lo tanto, mandó cesar la persecución; pero no era

© Biblioteca Nacional de España

Muerte de San Hermenegildo

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

esto lo que querían los magnates, y, por consiguiente, destronaron a Hilderico y le encerraron en una torre, poniendo en su lugar a Gelimero, considerado como el más acérrimo enemigo del catolicismo (530).

Indignóse Justiniano, ya en el solio de Oriente, de lo hecho con su amigo, correligionario y pariente, aparte de lo cual reivindicaba como emperador las posesiones de Roma en África. Resolvió, pues, acabar con los vándalos y confió la empresa a su general el famoso Belisario, especie de *condottiere* o capitán aventurero de altas capacidades militares. No es de este lugar referir la brillantísima campaña que realizó el general bizantino: África entera cayó en su poder y volvió a formar parte del romano imperio, sin que nos importe manifestar la manera cómo fué administrada; baste decir que lo fué muy mal.

Vencedor de los vándalos Belisario, disponíase a conquistar toda Italia arrojando de ella a los ostrogodos, y en este empeño le sucedió el general Narsés. Teudis, ignorante de la catástrofe de África y deseoso tal vez de reincorporar a España la Mauritania Tingitana, de que se habían apoderado los imperiales, pasó a África, al frente de una numerosa escuadra y se apoderó de Ceuta, después de lo cual regresó a Sevilla, donde tenía su corte, pero la posesión de aquella plaza fué cosa efímera. De nuevo la reconquistaron los soldados de Justiniano. Teudis envió una nueva expedición que sufrió cruel derrota a consecuencia de una impetuosa salida de los sitiados, y el rey ostrogodo no pensó más en nuevas aventuras.

Murió Teudis en 548, asesinado por un fingido loco, después de cerca de 18 años de reinado.

«Aunque herético, dice el Cronicón Albeldense, dió paz a la Iglesia y dió licencia a los obispos para que celebraran un concilio en Toledo. Venció a los reyes francos.»

© Biblioteca Nacional de España

Ostrogodo fué también el sucesor electivo de Teudis, que fué aquel Teudiselo que tan terriblemente derrotó a los francos en su retirada, al pasar por el Pirineo. «Los principios de su reinado y las esperanzas que dél tenían por su valentía en las armas — dice Mariana, excelente en resumir las narraciones de los historiadores de aquel tiempo, — se oscurecieron y trocaron por derramarse en deshonestidad. Muchos de los suyos, procurándolo él, fueron muertos de secreto; a otros levantaron falsos testimonios y condenaron en juicio; todo a propósito de tomalles sus mujeres para hartar su lujuria.»

Esto mismo es, *mutatis mutandi*, lo que dicen todos los historiadores contemporáneos, repitiendo a Mariana, aunque sin indicar la procedencia de tales aseveraciones. El insigne talaverano es insuperable en toda esta parte y sólo comienza a fallar al llegar a la Reconquista. En el período visigótico da muestras del más profundo sentido crítico, sin dejarse influir por las más imponentes autoridades.

Hallábase una noche Teudiselo en un palacio de Sevilla, donde sus capitanes le daban un banquete, cuando de pronto se apagaron las luces, apareciendo luego Teudiselo acribillado a estocadas. Sólo reinó año y medio.

**Guerra de sucesión.—Agila y Atanagildo.**

No regía ya, siquiera de derecho, el derecho hereditario; reuniéronse los magnates visigodos y eligieron por rey a uno de ellos llamado Agila, principalmente señalado por su furor arriano (549). La elección disgustó, sin embargo, a la mayoría de los habitantes de la Bética, significándose principalmente Córdoba. Agila puso sitio a la ciudad, que se defendía heroicamente, siendo católicos la mayoría de sus habitantes. Para colmo de insensatez, profanó el templo donde yacían los restos del mártir San Acisclo, convirtiéndolo en cuadra para su caballería. Los cordobeses, al saberlo, hicieron una impetuosa salida; derrotáronle por completo, le mata-

© Biblioteca Nacional de España

ron un hijo, hicieron gran mortandad de visigodos, se apoderaron de sus bagajes, y Agila pudo salvarse a uña de caballo, no parando hasta Mérida (550).

Habíase lanzado al campo un pretendiente llamado Atanagildo, resuelto a todo para ceñir la corona de los Alaricos y los Teudis, y con este objeto envió una embajada a Justiniano, emperador de Oriente, para que le auxiliase, en pago de lo cual le entregaría las plazas que quisiera, con lo que volverían a la dependencia del imperio romano.

**Intervención bizantina.**

Justiniano aceptó de buen grado y envió un ejército, desde la Galia, al mando de un general llamado Liberto. Lucharon las tropas de Agila y las de Atanagildo y Liberto, cerca de Sevilla. Vencido Agila, escapó como pudo, hasta que al llegar a Mérida fué muerto por los suyos (554).

Quedó por Atanagildo la corona, y poco les importaría sin duda a los españoles que reinase el uno o que reinase el otro, de igual manera que poco interés tendría también hoy lo ocurrido en aquella guerra civil a no ser porque, llegada la hora de cumplir con el pacto hecho con Justiniano, negóse Atanagildo a entregar las plazas que había prometido.

De ahí ahora otra guerra entre los hispanogodos y los bizantinos, los cuales llegaron a dominar de nuevo — como romanos — desde el Mediterráneo al Océano, o sea desde Valencia a los Algarbes; lección elocuente para los que reclaman intervenciones extranjeras. Así ha pasado Gibraltar a los ingleses.

Murió Atanagildo en 577 al cabo de veintitrés años de reinado, después de haber establecido en Toledo la sede de la monarquía visigótica.

**Importante reinado de Leovigildo.**

Como la corona había vuelto a ser electiva, la aristocracia goda no pudo llegar a un acuerdo respecto al candidato, y así transcurrió un interregno de cinco meses; situación peli-



© Biblioteca Nacional de España

grosa dado el estado de anarquía en que se hallaba el país, aparte de la ocupación bizantina.

Por fin se acordó volver al régimen hereditario y fué nombrado un hermano de Atanagildo, llamado Liuva (Luis), gobernador que era de la Galia Gótica (567). El nuevo rey manifestó que no creía oportuno salir de Narbona, pues los merovingios amenazaban el país que regía, y así transcurrió un año al cabo del cual imaginó declarar a su hermano Leovigildo por compañero de reino, con igual poder. Y así fué como de nuevo hubo en España un rey godo, con la corte en Toledo.

La situación no era nada tranquilizadora. Los bárbaros no daban señales de pensar en marcharse; parte de la nobleza conspiraba contra él en el palacio de Gosuinda, viuda de Atanagildo, y a tal grado llegaba la enemistad, que muchos godos se habían pasado al campo bizantino.

Leovigildo se dispuso a ser rey a todo trance, y tomó para ello sus medidas.

Hay que decir, antes de pasar más adelante, que el nuevo monarca acababa de quedar viudo de la princesa Riquilda, hija de Chilperico y Fredegunda, reyes francos de Soissons, del cual matrimonio habían nacido dos hijos, llamados Hermenegildo y Recaredo.

Leovigildo, con su viudez, tuvo ocasión de realizar un importante acto político, y así fué como pidió la mano a su cuñada Gosuinda, esposa que había sido de Atanagildo, la cual aceptó al instante. Y no dejó de ser heroísmo el de Leovigildo, pues Gosuinda era feísima y tuerta.

Quedaba solventada por esta parte una de las dificultades, y Leovigildo podía contar con la nobleza. La coronación, en Toledo, revistió un aspecto solemnísimo, habiéndose desplegado para el caso la misma pompa que en Constantinopla; indicio todo ello de futuras novedades.

© Biblioteca Nacional de España

**En pos de la unidad nacional.**

Abrigaba Leovigildo, en efecto, altísimos pensamientos, dignos de un gran rey y de un profundo político; para decirlo desde luego, aspiraba a realizar *la unidad nacional,* idea ni entrevista siquiera por sus antecesores.

Leovigildo envió una embajada al emperador de Oriente, Justino II (sucesor de Justiniano), participándole su advenimiento al trono y pidiéndole que evacuase en seguida las plazas que tenía ocupadas en España.

Antes de atacar a los romanos, y llevado sin duda de su intento de reducir a la unidad el territorio peninsular, atacó a los suevos, cuyos reyes se habían convertido hacía tiempo al cristianismo. Los godos se apoderaron de Zamora, Palencia y León, y en una segunda campaña de Salamanca, Alba de Tormes y Sierra de Gredos, lo cual basta a ponderar la enorme disminución que hubo de sufrir aquel antiguo reino.

Leovigildo, victorioso de los suevos, atacó después a los romanos, que como hemos dicho dominaban desde Valencia al Algarbe. La primera batalla se dió cerca de Baza; los bizantinos fueron vencidos y tuvieron que abandonar la antigua Bastetania. El ejército visigodo entró luego a sangre y fuego las comarcas de Málaga y Medina Sidonia; Córdoba se había mantenido en constante rebeldía desde la derrota de Agila, sin querer sufrir el vasallaje que los visigodos imponían a los españoles; el ejemplo podía ser peligroso, y por eso acudió Leovigildo y entrado en la ciudad impuso en ella el terror, matando sin piedad a innumerables habitantes; castigo que hizo extensivo a otras ciudades y pueblos de la misma comarca.

Así las cosas murió Liuva — el rey nominal — en Narbona, y quedó Leovigildo por único soberano (573).

Había llegado la ocasión de poner en planta sus planes políticos: la unidad nacional y el régimen hereditario. Para ello declaró por compañeros suyos en el

© Biblioteca Nacional de España

reino a sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, quitando con tal medida ocasión a nuevas elecciones para proclamar rey.

**Guerra de los cántabros.**

Tascaban el freno con harta impaciencia muchos pueblos españoles, tratados como país conquistado por los nuevos señores, y sin duda se hubieran levantado en armas a no verse contenidos: pero no ocurrió lo mismo en la indómita Cantabria o Vizcaya. Allí no quisieron esperar más los nobles, y reunidos en Anaya lanzaron el grito de rebelión, al que respondió el país en masa. Acudió Leovigildo contra los sublevados, ocupó militarmente el país y tomó a Anaya, ciudad que algunos creen se hallaría al Este de Alar del Rey (Palencia) y otros entre Burgos y León. La rebelión fué sofocada, no sin gran trabajo, pero vencidos los cántabros en su país invadieron la frontera de Asturias, perteneciente a los suevos y se hicieron fuertes en Saldaña, aunque de nuevo fueron derrotados.

Noble visigodo

Digamos ahora

© Biblioteca Nacional de España

que, sin consideración alguna a lo crítico de las circunstancias, los nobles conspiraban en Toledo contra su ilustre rey; pero Recaredo, que gobernaba allí, descubrió el complot, y los conjurados recibieron su merecido en cuanto regresó Leovigildo de su campaña de Cantabria.

Incluíase en los dominios del reino visigótico la Aquitania o Guiena, y a un noble patricio de Agen, llamado Aspidio, se le ocurrió sublevarse contra el reinante, sin medir las respectivas fuerzas. Leovigildo pasó allí con sus aguerridas tropas y redujo fácilmente a la obediencia al mal aconsejado *senior*, que tal era el título latino que llevaba.

Aquietados los cántabros y los aquitanios, volvió Leovigildo a su propósito de apoderarse del reino de los suevos, so pretexto del auxilio prestado a los rebeldes de Anaya. Reinaba en aquella nación el rey Mirón (Ariamiro, o Miro), varón prudente, que en vez de apelar a las armas prefirió acudir a las súplicas, pidiendo cuando menos una tregua.

Leovigildo, que no tenía razón alguna para hostilizar a los suevos, accedió a ello, pero no le faltó ocasión en que emplear sus fuerzas, pues, a consecuencia del excesivo recargo de los tributos, habíanse levantado en armas los pueblos de la Oróspeda, país situado en la actual Mancha, entre Chinchilla y Ubeda la Vieja. El rey visigodo no se ensañó, antes bien, hechos algunos castigos, procuró calmar el justo resentimiento de aquellos infelices españoles.

**Nuevas rebeliones.**

A pesar de las grandes pérdidas que habían experimentado los bizantinos y ya que no pudieran salir de la defensiva, encerrados en las pocas plazas que les quedaban, a orillas del Mediterráneo, fomentaban por doquier las insurrecciones contra la dominación visigótica, especialmente en la Narbonense, fronteras pirenaicas y Tarraconense. De

© Biblioteca Nacional de España

ahí insurrecciones, promovidas por los mismos visigodos, en Narbona, Rosas, Tarragona, Zaragoza, Leiva, Valencia y otros puntos (577-578). Leovigildo acudió a reprimir aquellos alborotos, cuyo objeto no era otro que alzarse con el poder algunos tiranuelos, e hizo sentir el peso de su enojo a las ciudades insurrectas, excepto Valencia, que le abrió en seguida las puertas.

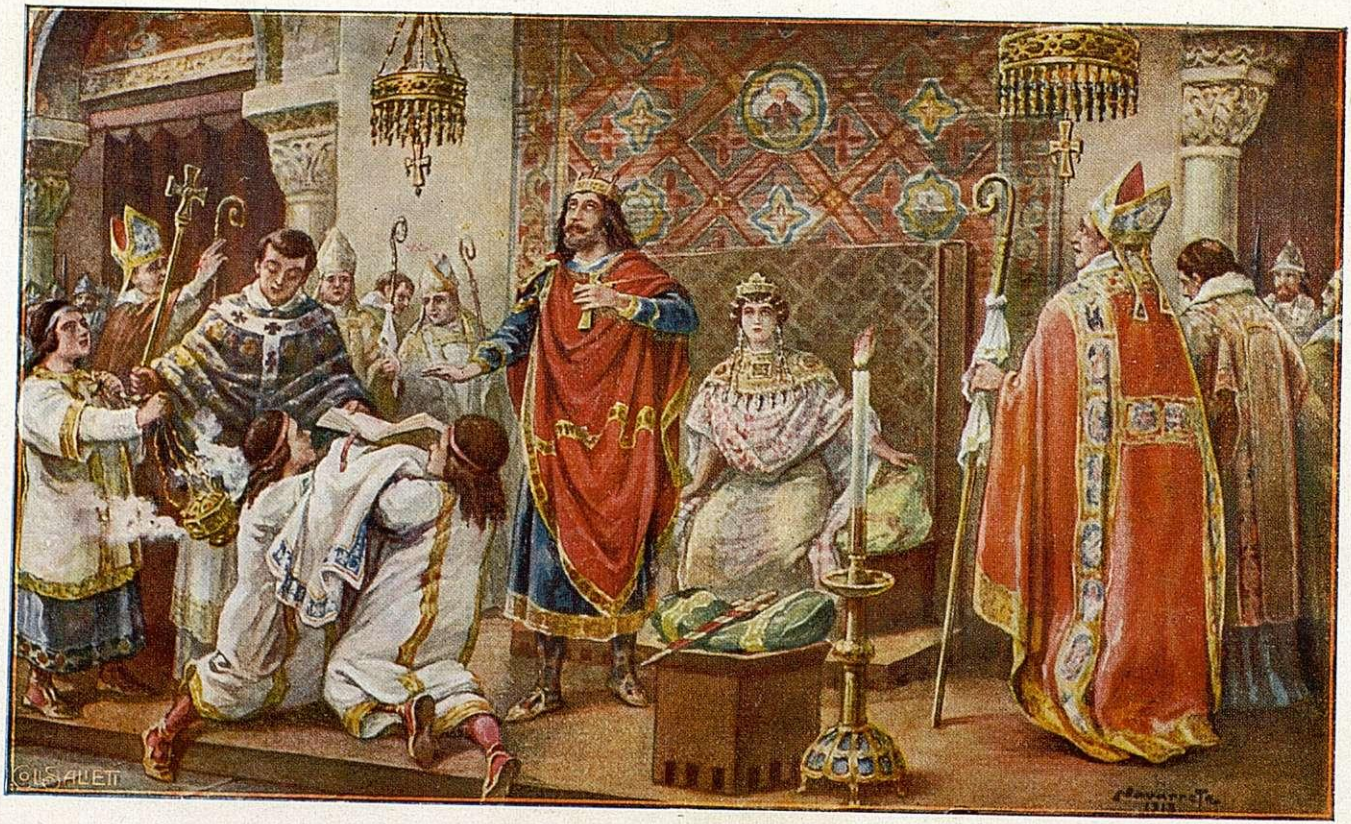
**El príncipe Hermenegildo.**

Al asociar sus dos hijos a su reinado, cupo a Hermenegildo, el mayor, el gobierno de Sevilla. Este príncipe, sosegadas las rebeliones, contrajo enlace con la hermosa Ingunda, hija del rey de Austrasia (o Lorena) Sigiberto y de Brunequilda. Era, por lo tanto, nieta de Atanagildo y Gosuinda, pero se daba el caso de que siendo ésta—casada en segundas nupcias con Leovigildo,—furiosa arriana, Ingunda se preciaba de ferventísima católica.

Hizo Ingunda su entrada en Toledo con grande acompañamiento de señores francos y no poco regocijo del pueblo. La vieja Gosuinda empezó por colmarla de caricias, para tratar de convertirla al arrianismo y se bautizase de nuevo, como hacían aquellos herejes. Todo fué inútil, y de ahí que la reina tuerta, no menos cruel que fea, arrojase la máscara y tratase en lo sucesivo a la pobre princesa de la manera más brutal. Llenábala de vituperios aquella furia, prodigábala las más soeces injurias; en ocasiones la arrastraba, asiéndola de los cabellos, por el suelo, hasta dejarla cubierta de sangre; una vez le dió un empellón que la hizo caer en una alberca, donde estuvo a punto de ahogarse. Nada bastaba a que Ingunda aceptara la abjuración, hasta que el rey, para que no continuaran tales escándalos, dispuso que Hermenegildo y su esposa abandonaran a Toledo para residir en Sevilla, capital de la Bética.

Hemos dicho ya que Leovigildo acariciaba la idea de llevar a cabo la unidad territorial de España, pero se equivocó por completo en cuanto al medio de que había

© Biblioteca Nacional de España




Conversión de Recaredo

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

de valerse. Intentaba realizarla, en efecto, por medio de la unidad religiosa, pero de la unidad religiosa *arriana*, impulsado a ello por Gosuinda.

De ahí una terrible persecución contra los católicos, que eran los más; pero Leovigildo y Gosuinda no contaban con una importantísima novedad que había de cambiar por completo la faz del conflicto: Hermenegildo se había convertido en Sevilla al catolicismo, movido por Ingunda y por el monje benedictino Leandro.

**Guerra de religión.**

Habían caído por tierra los planes arrianistas de Leovigildo; pero no sólo esto sino que puesto el príncipe Hermenegildo a la cabeza del partido católico, se declaraba en abierta rebelión contra su rey y padre, y fortificaba a Sevilla y Córdoba (580).

Aprovecháronse de la ocasión bizantinos y suevos para ofrecer sus servicios al príncipe, que los aceptó de buen grado; pero Leovigildo, comprendiendo la gravedad de la situación, se apresuró a tomar las medidas más oportunas para parar el golpe; compró al general bizantino con buena cantidad de oro, dirigió las más terribles amenazas al rey de los suevos, Mirón, si enviaba socorros a Hermenegildo y acto seguido comenzó a allegar tropas en gran número.

Mas no bastaban aún estas medidas: Leovigildo, que era un gran político, trató de concertar, en cuanto fuese posible, católicos y arrianos, a cuyo efecto convocó en Toledo un concilio de obispos de la secta (580) con encargo, como diríamos hoy, de suavizar asperezas. Los obispos, pero sólo de palabra, «que la ponzoña y perversidad de antes les quedaba en sus corazones muy arraigada», decretaron:

1.º Que se quitase la costumbre de rebautizar a los que de católicos se convirtieran en arrianos;

2.º Que el Hijo era igual al Padre.

Estos decretos no dejaron de hacer mella en muchos católicos, que se mostraron desde entonces más tibios.

© Biblioteca Nacional de España

En esto habían pasado ya dos años; Hermenegildo, para evitar a su esposa Ingunda y a su hijo las penalidades del sitio, los había puesto en manos de los bizantinos, que dominaban en África.

Leovigildo, después de haber sofocado una rebelión de los vascones (sin duda instigados por los bizantinos o los francos) partió contra su desobediente hijo (582). Cayeron en sus manos Mérida y Cáceres, a cuyos prelados desterró, y marchó en seguida sobre Sevilla. La resistencia de esta plaza, admirablemente fortificada, era desesperante. Hermenegildo, por su parte, había llevado su rebeldía hasta acuñar moneda con su efigie.

El sitio amenazaba eternizarse; Leovigildo tenía su cuartel general en Itálica, cuyos muros había reedificado, y se le ocurrió un medio para lograr que Sevilla se rindiera: desviar el curso del Guadalquivir. Así se hizo, y ya no pudieron subir hasta la ciudad las naves que traían los abastecimientos.

Hermenegildo se vió perdido; huyó de Sevilla y, creído de que los bizantinos — o romanos, — continuaban siéndole fieles, se fué hacia ellos, que procuraron quitárselo de delante cuanto antes. Sevilla, en vista de tal abandono, se entregó (584). El príncipe, desengañado de la lealtad bizantina, se amparó en Córdoba, donde cayó en poder de su padre. Leovigildo se contentó con privarle de sus honores, y le envió desterrado a Valencia.

**Fin del reino de los suevos.**

Había sido fundado este reino en 412, poco más o menos, de manera que contaba ciento setenta y cuatro años de existencia, durante los cuales habían alternado las épocas de esplendor, hasta amenazar con extenderse a toda España, con otras épocas desgraciadas. Sea como fuere, el reino de los suevos era el más antiguo, de entre los demás reinos bárbaros, aunque pocas noticias fidedignas han llegado hasta nosotros. Era una raza sobrevenida, pues ya sabemos que la población indígena era *celta*.

© Biblioteca Nacional de España

Tampoco parece hubiesen dejado los suevos muchas muestras de su civilización en los países donde dominaron; sería fastidioso rehacer la cronología de sus reyes — pura noción de memoria, — por lo cual nos limitaremos a decir que en 585 murió su rey Mirón (Miro o Ariamiro), católico, por ser éste el credo de los suevos desde su rey Teodomiro, sucesor de Remismundo.

Correspondía el trono de los suevos al tierno niño Eborico, su hijo; pero un tirano, llamado Andeca, casado con la viuda de Miro pretendió usurparle la corona. Había llegado la ocasión de legitimar la intervención de Leovigildo. Marchó éste a Galicia, y pudo enterarse de lo ocurrido. El mal padrastro, Andeca, había obligado al tierno Eborico a meterse fraile, trocando por la cogulla el cetro y la corona. Leovigildo, convirtiéndose en paladín del desposeído soberano, venció a Andeca en dos batallas, y le hizo prisionero en la segunda. Era preciso inutilizarle, ya que no le quiso matar, y el procedimiento fué muy sencillo: bastó cortarle los cabellos y dejarle la cabeza al rape, hecho lo cual le desterró a Beja. La pérdida de la cabellera, según costumbre goda, equivalía a la pérdida de la nobleza, y por lo tanto inhabilitaba para ser rey.

Parece que se levantó luego un pretendiente llamado Malarico, pero fué vencido fácilmente. Eborico no se movió ya del claustro, y Leovigildó agregó a sus Estados el reino de los suevos, fundado por Hemenerico.

**Muerte de Hermenegildo.**

«Era este príncipe de condición simple y llana, cosas que si no se templan suelen acarrear daños y aun la muerte.» Alguien debió de aconsejarle, muy mal, y de nuevo se dió a conspirar desde Valencia, pagando así ingratamente el perdón que Leovigildo le concediera en Córdoba.

El rey, airado, ordenó entonces al duque Sisberto que se apoderara de Hermenegildo y le condujera a Tarragona. Allí fué encerrado en un lóbrego y profundo



© Biblioteca Nacional de España

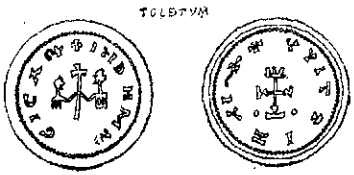
calabozo, en el antiguo Pretorio romano. Presentóse en la *carnificina* un obispo arriano con la exigencia de que el príncipe recibiera la sacrílega hostia que le presentaba; negóse con noble indignación Hermenegildo, y murió alcanzando la palma del martirio (585). Dicen algunos que el verdugo fué el mismo duque Sisberto.

La desgraciada princesa Ingunda, que como dijimos había quedado confiada a los bizantinos de África, embarcó con su tierno hijo Atanagildo (Teodorico, según otros), para Constantinopla, pero falleció, con tantos disgustos, antes de llegar a su destino. El príncipe Atanagildo fué acogido con grande afecto por el emperador y falleció a los pocos años.

**Guerra en la Galia.**

Sabida la muerte de Hermenegildo y de su esposa la infeliz Ingunda, indignados los hermanos de ésta Childeberto y Gontrán, resolvieron vengar tales agravios; razón suficiente para declarar la guerra a Leovigildo si no hubiese mediado además la circunstancia de que Gontrán, rey de Orleans, anhelaba arrojar de la Galia a los visigodos y extender sus dominios hasta el Pirineo.

Gontrán, pues, invadió la Septimania, atacando una de sus divisiones a Nimes y otra a Carcasona, al mismo tiempo que zarpaba una escuadra para Galicia, con misión de desembarcar las tripulaciones y promover un levantamiento de los suevos.



Moneda visigoda

Con gran celeridad acudió el príncipe Recaredo a contener la insurrección franca, y entrando a sangre y fuego taló y destruyó no pocos territorios de Gontrán, limítrofes con la Septimania, y se apoderó de un fuerte castillo cerca de Arles.

© Biblioteca Nacional de España

Entretanto, Leovigildo salía al encuentro de la escuadra franca, en las costas de Galicia, y la echaba a pique. Otros dicen, sin embargo, que los francos no enviaron ninguna escuadra, sino que, lo que hizo Leovigildo fué apresar varias naves que se hallaban allí haciendo sus contrataciones, con lo cual aumentó todavía más la irritación de Childeberto y Gontrán. De ser así, el rey visigodo no hubiera hecho más que ejercer, legalmente, el derecho de corso.

Negáronse los francos a aceptar las proposiciones de paz que les enviaba Leovigildo, pero por fin no tuvieron más remedio que ceder. En su pertinacia contra el rey de los visigodos no habían vacilado en pedir auxilio al emperador Mauricio, proponiéndole hacer la guerra a los longobardos, en Italia, y a los godos, en la Galia y España. Con este objeto pasó a Lombardía un gran cuerpo de tropas de Childeberto, pero los longobardos hicieron tal carnicería que no se recordaba otro combate en que hubieran perecido tantos francos. Por otra parte Mauricio no se daba mucha prisa.

Recaredo, tan entendido general como ilustre político, lograba por fin arrojar de la Septimania a los invasores, todo lo cual hizo que los dos reyes creyesen que valía más no insistir, y por fin se firmaron las paces, muriendo al poco tiempo Leovigildo en Toledo (586), despues de catorce años de glorioso reinado.

Entienden no pocos historiadores que Leovigildo fué el más grande de todos los reyes godos, y hay que reconocer, en efecto, que así podría parecer desde el punto de vista de la política centralizadora, pero en cambio dejó amarga memoria de su rapacidad y su ambición, aunque fueron motivadas por razón de Estado.

Porque no se contentó Leovigildo con desterrar y perseguir a los eclesiásticos y seglares católicos, sino que se apoderó de las rentas de las iglesias; pero no fué esto lo peor, sino que «dió muerte a muchos hombres

© Biblioteca Nacional de España

principales, parte por causas verdaderas, a otros por testimonios que les levantaban y calumnias que les arrimaban, de cuyos bienes enriqueció el patrimonio real. Lo que con esta carnicería principalmente pretendía era que ninguno de otro linaje pudiese aspirar al reino. Muchos, quebrantados con estos males, no sólo del pueblo, sino de los principales en riquezas y nobleza, se sujetaron a la voluntad del rey y pasaron a la secta de los arrianos.

Reformó también el Código de Eurico, que corrigió y aumentó, de conformidad con los usos y costumbres de los hispanorromanos. Ya hemos visto que estableció un nuevo sistema de administración, aunque con la mira de enriquecer el Fisco, o sea el tesoro real. Sábese que llevaba corona, cetro y manto, a guisa de los emperadores de Oriente, cosa hasta entonces desusada entre los godos. Por fin, consiguió hacer de España un solo Estado, anexionándose la Suevia y arrancando a los bizantinos las plazas que habían ocupado cuando fueron llamados por su hermano y antecesor Atanagildo.

Respecto a la muerte de Hermenegildo, no pudo menos de merecer las más enérgicas censuras por parte de San Isidoro, San Gregorio de Tours y el Bidarense, ilustres historiadores los tres, como ya diremos. En cambio en el siglo XVII, el célebre diplomático español Saavedra Fajardo escribió que Leovigildo «obró según el precepto evangélico que antepone las leyes de Dios a las de la naturaleza».

Sea como fuere, el Bidarense no pudo desconocer la grandeza de aquel reinado, al decir: «Leovigildo fué vencedor en todo el país y exterminó a los tiranos, a los opresores brutales de España, logrando restablecer la tranquilidad para sí y el pueblo.»

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO VI

# LOS REYES VISIGODOS CATÓLICOS.- RECAREDO

REINADO DE RECAREDO. — LA CONVERSIÓN. — REBELIONES ARRIANAS. — LA CONJURACIÓN DE MÉRIDA. — LA SEGUNDA BATALLA DE CARCASONA. — EL GRAN CONCILIO DE TOLEDO. — LA UNIDAD CATÓLICA. — PAZ CON LOS BIZANTINOS. — MUERTE DE RECAREDO.

( 586 - 601 )

**Recaredo.** El reinado de Recaredo es importantísimo por las trascendentales consecuencias que tuvo su conversión al catolicismo, aconsejada, al parecer, por su padre, en sus últimos días, aunque es de creer que en aquella ocasión el ilustre y valeroso príncipe era ya fiel hijo de la Iglesia.

Recaredo fué proclamado rey con el mayor entusiasmo por la asamblea de los magnates visigodos, el 21 de Abril de 586, y desde luego mandó celebrar suntuosísimas exequias en sufragio del alma de su glorioso padre, dignas de su memoria.

Necesitaba Recaredo completar la obra de Leovigildo, esto es, afirmar el trono y buscar la paz, así interior como exterior. Ceñía la corona no como un desconocido, de quien no se sabía qué esperar, sino acreditado, cual inseparable compañero de su padre, de valiente en el combate, prudente en el consejo, humano

© Biblioteca Nacional de España

en su carácter, llano y cariñoso en su trato, a lo cual había que agregar gentil figura y agraciado rostro.

Conveníale ante todo atraerse a los católicos, y a ello estaba resuelto, sin ocultársele los perjuicios que sufrirían los *intereses creados* y los odios que había de granjearle su política.

No convenía proceder con brusquedad, y por lo mismo comenzó Recaredo por hacer visibles las simpatías que sentía hacia la religión católica, aunque sin declarar que perteneciera ya a su gremio. Bastó semejante inclinación para que gran número de visigodos, nobles o vasallos, se decidieran a convertirse a la verdadera fe, pero no todos lo hicieron así.

Aquel duque de la Tarraconense, Sisberto, que con sus propias manos había decapitado al príncipe Hermenegildo, tramó en Sevilla una conspiración, que fué descubierta por fortuna, y el tal duque pagó ahora con su cabeza el innoble crimen de Tarragona. Era un aviso, y no lo echó Recaredo en saco roto.

**La conversión.**

Estudiando, con notable lucidez, el señor Ortega y Rubio las causas que movieron a Recaredo para su conversión, encuentra que debieron ser las siguientes:

«Comprendió el rey, dice, la superioridad y grandeza del catolicismo sobre el arrianismo. Al paso que las persecuciones fortalecían más en la fe a los católicos y aumentaban su número, los arrianos, mimados por los monarcas y enriquecidos por el Estado, se encontraban cada día más débiles y tenían menos partidarios. Llamaba la atención que los católicos, firmes en sus creencias, no abjurasen de sus ideas religiosas; en cambio, se convirtieron al catolicismo godos de noble cuna, como Beltrán, de Cádiz; Masona, de Mérida, y Bado, de Granada. Inmutable y siempre la misma, la doctrina católica formaba contraste con la arriana, cuyos dogmas estaban sujetos a continuos cambios y

© Biblioteca Nacional de España

mudanzas. Conviene hacer notar que la Iglesia católica representaba la ciencia y la cultura toda de su tiempo; los arrianos se dedicaban solamente a la milicia y a los lucrativos empleos civiles. Si la raza vencida podía presentar prelados insignes, como Osio, de Córdoba, y Leandro de Sevilla, la raza dominadora contaba con pocos obispos, y éstos ignorantes, rudos y sin autoridad. «No es ciertamente un mérito pequeño para »Recaredo el haber conocido y héchose cargo de este »estado de las conciencias y el haber obrado enérgi»camente en consecuencia. Esta sagacidad y decisión »honrarían al estadista más célebre (1).»

»Razones políticas debieron también de pesar en el ánimo del rey Recaredo. El episcopado católico era más obediente y sumiso que la nobleza arriana, siempre díscola, inconstante y descontentadiza: los iberorromanos, que nunca cedían cuando de religión se trataba, eran blandos como la cera y el apoyo más firme del trono; los visigodos, levantiscos y poco respetuosos con sus reyes, fraguaban continuas conjuraciones y socavaban poco a poco, y sin quererlo quizá, la institución monárquica. A todo esto se deberá añadir que la reciente incorporación del católico reino suevo a la monarquía visigoda era otro motivo más que debía tenerse en cuenta si se quería fundir aquél en la masa nacional. Por último, Recaredo debió pensar que convirtiéndose al catolicismo, la enemiga de los francos, sus poderosos vecinos, se trocaría en sincera amistad, terminando de una vez la guerra entre dos pueblos hermanos.»

Diez meses después hacía pública Recaredo su conversión al catolicismo, en virtud de lo cual tornaban a sus sedes los obispos desterrados por Leovigildo; les

(1) Dahn, *Historia primitiva de los pueblos germánicos y románicos*, pág. 150. Versión española, Barcelona, 1890.

© Biblioteca Nacional de España

eran devueltos los bienes a las iglesias y monasterios, con nuevas dotaciones, y no sólo esto, sino que se levantaron otros, a su costa, con gran magnificencia. Devolvió a muchos de sus vasallos las haciendas que su padre les había confiscado y les reintegró en sus antiguos honores, y por fin se bienquistó con el pueblo, rebajando en gran proporción los tributos.

**Rebeliones arrianas.**

No había que hacerse ilusiones, sin embargo, respecto a la terrible resistencia que opondrían los arrianos, que pronto, en efecto, dieron pruebas de ello.

El primero en levantarse fué el obispo de la Galia Narbonense, Athaloco, llamado *Arrio*, por su entusiasmo en favor de aquella herejía, a quien ayudaron con toda decisión los condes Gramita y Vildigerno. La sublevación fué, por ventura, fácilmente reprimida; Athaloco se murió de pesadumbre al ver que se perdían en el vacío sus belicosas exhortaciones y los arrianos narbonenses se convertían en masa al catolicismo. En cuanto a los condes, fueron vencidos, y no parece que hubiera mucha clemencia con sus partidarios. «Es así, dice Mariana, que toda herejía es cruel y fiera, y ningunas enemistades hay mayores que las que se forjan con voz y capa de religión, ca los hombres se hacen crueles y semejables a las bestias fieras.»

A pesar de la pública declaración católica de Recaredo, el rey Gontrán de Borgoña — muy católico desde que naciera,— había apoyado el levantamiento arriano de la Septimania, sin duda con la mira de poder sacar tajada, como vulgarmente se dice, en los territorios bañados por el Ródano. Así fué como, después de la rota de los condes Gramita y Vildigerno, envió contra Recaredo un fuerte ejército a las órdenes del general Desiderio, que invadió la Septimania.

Trabóse recia batalla ante Carcasona; los visigodos, derrotados, encerráronse tras las murallas famosas de

© Biblioteca Nacional de España

ATAULFO
414 - 417

SIGERICO
417

WALIA
417 - 419

TEODOREDO I
419 - 451

TURISMUNDO
451 - 453

TEODORICO I
453 - 467

EURICO
467 - 484

ALARICO
484 - 506

GESALEICO
507 - 510

ESPAÑA. — Galería de Reyes y Jefes de Estado

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

aquella ciudad, donde se rehicieron, y «desde allí puestos de nuevo en ordenanza, salieron contra los franceses que, sin concierto, seguían la victoria. Cargaron con tal denuedo sobre ellos y con tal esfuerzo que, con la ayuda de Dios se trocó el suceso de la pelea, y los godos, olvidados de las heridas y del trabajo vencieron y desbarataron a los enemigos y los pusieron en huída: que estaban atónitos por la osadía y denuedo de los godos que tenían por vencidos y la victoria por suya. Murió el general francés (*Desiderio*) y de sus gentes pocos se salvaron por los pies: los más quedaron tendidos en el campo.» (Año 587.)

**La conjuración de Mérida.**

Aquietada la insurrección arriana de la Septimania estalló otra en Mérida, igualmente por la mudanza de religión. Esta vez la conjuración revestía caracteres gravísimos. En virtud del edicto de Recaredo para que volviesen a sus diócesis los obispos desterrados, presentóse en la capital de la Lusitania su arzobispo Mansona, por lo cual tuvo que cederle la sede el arriano Sunna.

Acto seguido tramó Sunna un complot para asesinar a Mansona y juntamente con él al duque Claudio, de linaje romano, gobernador de Lusitania, y a muchos otros católicos. Debía encargarse de dar el golpe un joven visigodo llamado Witerico, que después fué rey, pero temeroso, o arrepentido, denunció a sus cómplices a Claudio, el cual, sin perder momento, los pasó a todos a degüello, excepto precisamente a Sunna, a quien se le propuso la abjuración o el destierro a África, prefiriendo lo segundo. Al conde Paulo Sesa, uno de los jefes de la conjura, le fueron cortadas las manos, y desterrado a Galicia.

Sofocada la rebelión, descubrióse otro complot, a cuya cabeza se hallaban la reina tuerta, Gosuinda, que había fingido convertirse al catolicismo, y el obispo arriano Uldiba; el plan consistía en asesinar a Recaredo.



© Biblioteca Nacional de España

El obispo fué desterrado, y la reina se murió, muy oportunamente.

**La segunda batalla de Carcasona.**

Ardía el rey Gontrán de Borgoña, con ser tan católico, en deseos de vengar la derrota que el año anterior habían sufrido en la Septimania los dos condes y el general Desiderio, y con este objeto hizo invadir la Galia Gótica por un poderoso ejército, de más de sesenta mil hombres, a cuyo frente se hallaba el general Boso.

Recaredo se apresuró a enviar fuerzas y confió el mando a aquel ilustre duque Claudio, que tan enérgicamente sofocó la conjuración de Mérida. Claudio cruzó los Pirineos catalanes y dió vista al ejército franco precisamente cerca de Carcasona, teatro de su derrota el año anterior.

La victoria de Claudio fué completa, aunque nos parece algo exagerado decir que la alcanzó tan sólo con un escuadrón de 300 hombres escogidos y gracias a una hábil emboscada. Sea como fuere, los francos experimentaron terribles pérdidas, siendo desastrosa sobre todo su retirada; los godos se apoderaron del campamento enemigo y sacaron inmensa cantidad de botín.

Aun así no cesaban las conjuras arrianas que, afortunadamente, eran siempre descubiertas y rigurosamente castigadas. «¿Se extrañará por ventura, dice a este propósito el Sr. Ortega y Rubio, que Recaredo, ante tantas y tan repetidas conspiraciones mostrárase a veces intolerante y mandara arrojar al fuego los escritos de los arrianos?»

**El gran concilio de Toledo.**

Dijimos que Recaredo era ya católico antes de subir al trono, y que en el transcurso del primer año de ocuparlo había hecho pública su profesión de fe. El ilustre rey quiso completar entonces la obra de la unidad nacional, comenzada por su pa-

© Biblioteca Nacional de España

dre, y también sobre la base de la unidad religiosa, pero no arriana, sino *católica*.

Tal fué el objeto que le movió a la celebración en Toledo de un magno concilio, idea imbuída por San Leandro de Sevilla, por cuyo consejo se guiaba Recaredo, así en los negocios públicos como en los privados.

Y así fué como el día 4 de Mayo del año del Señor 589 reuníanse en Toledo, bajo la presidencia del arzobispo de Mérida, Mansona, cinco metropolitanos, cincuenta obispos católicos, ocho arrianos (de Barcelona, Tortosa, Valencia, Viceo, Oporto, Tuy, Lugo y Palencia) y seis representados por arcedianos y arciprestes, aparte de los grandes de la corte, revistiendo el acto extraordinaria pompa y majestad.

Suspendiéronse las sesiones por espacio de tres días, durante los cuales los prelados se ocuparon en vigilias y oraciones, y reanudado el concilio, presidiólo el rey, en compañía de la reina Bada o Wadda. Abjuraron en esta segunda junta los obispos arrianos y muchos nobles.

Aprobada la profesión de fe católica, presentada por Recaredo, el concilio continuó sus tareas, siendo aprobados veintitrés cánones en que se reformaban las costumbres y la disciplina eclesiástica. Conviene decir que Leandro y el abad Eutropio fueron el alma de este gran concilio.

Entre los cánones merecen ser recordados algunos; así se dispone en el 2.º que se introduzca el Símbolo de la Misa; en el 5.º se ordena que «los obispos o clérigos convertidos no cohabiten con sus mujeres, y el que conociese de nuevo a su mujer, sea reducido al grado de los lectores. Los católicos antiguos, si tuvieren mujer sospechosa donde habitan, sean castigados según los cánones, y las tales mujeres, *sean vendidas por el obispo, repartiendo el precio a los pobres*. El 14, que los judíos

© Biblioteca Nacional de España

no tengan mujer, manceba o esclava cristiana, y si con ella tuvieren algún hijo, sea bautizado; no se les darán cargos públicos.

**La unidad católica.**

La unificación de las creencias contribuyó poderosamente a estrechar las relaciones entre godos e hispanorromanos, y desde aquel momento la Iglesia, sostén del trono y protectora del pueblo, pudo intervenir, ventajosamente, en todos los asuntos y tomó parte en la gobernación del Estado, extendiéndose su civilizadora influencia por todos los ámbitos de la monarquía.

«El obispo mitrado y el abad de cabeza rapada, dice H. Taine, se sientan en las asambleas entre los caudillos militares de luenga cabellera, y al lado de los reyes cubiertos de pieles. Son los únicos que manejan la pluma y saben discurrir. Secretarios, consejeros y teólogos, redactan e inspiran los edictos, tienen puesta la mano en el gobierno, procuran ordenar un poco el universal e inmenso desorden, trabajan para hacer más razonables y humanas las leyes, y para restablecer o sostener la piedad, la instrucción, la justicia, la propiedad y sobre todo el matrimonio. A su influencia se debe seguramente la policía, tal cual era, intermitente e incompleta que ha impedido a Europa el convertirse en una anarquía mongola.

»Si el clero ha influído sobre los príncipes y sus súbditos hasta fines del siglo XII, ha sido con objeto de refrenar los apetitos brutales, las rebeliones de la carne y de la sangre, los retrocesos y los ataques de irresistible salvajismo que demolían la sociedad. Además, en sus iglesias y conventos conservaba las conquistas de la humanidad antigua, la lengua latina, la literatura y la teología cristianas, una parte de la literaura y ciencias paganas, la arquitectura, la escultura, la pintura, las artes y las industrias que sirven para el culto, las industrias más útiles que dan al hombre sustento,

© Biblioteca Nacional de España

vestido y habitación, y sobre todo la mejor de todas las adquisiciones humanas y la más contraria al carácter vagabundo del bárbaro perezoso y dado a la rapiña, es decir, el hábito y gusto al trabajo. En los campos despoblados por el fisco romano, por las rebeliones de los bagaudas, por la invasión de los germanos, por las correrías de los ladrones, el monje benedictino construye su cabaña entre las espinas y abrojos; alrededor, los antes cultivados campos, están convertidos en selvas y páramos desiertos. Con sus compañeros rotura y construye, domestica los animales casi salvajes, funda una granja, un molino, una herrería, un horno, talleres para calzado y vestidos. Según su regla, lee diariamente dos horas, trabaja siete, y sólo come y bebe lo estrictamente necesario. Su trabajo inteligente, voluntario, ejecutado a conciencia y con previsión, es más productivo que el del laico. Con su régimen sobrio, concertado y económico consume menos que el laico. He aquí, por qué donde el laico había sucumbido él se sostiene y prospera. Recoge a los pobres, los alimenta, los ocupa y los casa; mendigos, vagos, paisanos fugitivos afluyen al santuario. Gradualmente este campamento se convierte en aldea, después en pueblo: el hombre trabaja desde que tiene seguridad de recoger el fruto, y se casa así que se cree en estado de mantener a sus hijos. Así se forman nuevos centros de agricultura, de industria y de población.

»Al pan del cuerpo añadid el del alma, no menos necesario: porque con los alimentos era menester dar a los hombres la voluntad de vivir, o cuanto menos la resignación para tolerar la vida, y los ensueños poéticos y sentidos que substituyen a la dicha cuando ésta falta. Hasta mediados del siglo XIII, el clero solo ha podido hacerlo. Con sus innumerables leyendas de santos, con sus catedrales y su estructura, con las imágenes y su expresión, con sus oficios y su sentido aun

© Biblioteca Nacional de España

transparente, ha hecho sensible *el reino de Dios*, y levantado un mundo ideal al fin del mundo real, como un magnífico pabellón de oro al fin de una ciénaga. En este mundo dulce y divino, se refugia el corazón triste, hambriento de mansedumbre y ternura. En él, los perseguidores, en el momento de herir, caen aterrados por una mano invisible; los animales salvajes se tornan dóciles; los ciervos acuden todas las mañanas a uncirse voluntariamente al arado de los santos, para los cuales florecen los campos como en un nuevo Edén, y sólo se mueren cuando lo desean. Además, consuelan a los hombres: la piedad, la bondad y el perdón brotan de sus labios con suavidad inefable; con los ojos levantados al cielo ven a Dios, y sin esfuerzo, como en un sueño, suben envueltos por un rayo de luz para sentarse a su diestra.

»Leyenda divina, de un precio inestimable bajo el reinado de la fuerza bruta, cuando para soportar la vida era preciso imaginarse otra, y hacerla tan visible a los ojos del alma como la primera lo era a los ojos del cuerpo.»

**La asimilación.**

Cerca de dos siglos hacía que duraba la dominación goda, primero en cortísima porción del territorio del Nordeste, y después en todo el suelo peninsular, y persistía aún la división en castas, entre vencedores y vencidos.

En un principio aquella raza orgullosa se negaba a mezclarse con la hispanorromana, por lo cual fueron vedados los casamientos de esta clase, pero con el tiempo comenzó a caer en desuso tal prohibición y así vemos a Teodorico contraer enlace con una ilustre dama de Toledo y a Teudis con una linajuda romana. Con todo, la prohibición tenía siempre fuerza de ley.

A medida que pasaba el tiempo, los vencidos imponían a los vencedores su idioma, sus costumbres, su

© Biblioteca Nacional de España

religión, su cultura, y se verificaba en la práctica la igualdad que hasta más adelante no apareció formulada en los códigos.

«Recaredo, dicen A. y H. Fornes, padre de unos y de otros, hizo en este sentido de verdadera asimilación cuanto le fué dable; proclamar en todas sus leyes la perfecta igualdad civil y abolir los códigos especiales, divinizando la justificación y equidad del tribunal del prelado, como juez de paz, llamado de *amistosa composición*. Alióse, además, estrechísimamente con el clero, como cuerpo docente, y para estimularlo le concedió rentas, feudos y beneficios; le libró de toda contribución y gabela e hizo de los prelados sus mejores consejeros y ministros. Tan exagerada adhesión debilitaba, es cierto, su poderío monárquico; daba a su gobierno un carácter excesivamente teocrático; pero lo corregía y mejoraba; y otro tanto le quitaba de tiranía nobiliaria y feudal. Recaredo, pues, con la cooperación inteligente de la Iglesia pudo reformar la administración pública; velar por el cumplimiento estricto de la justicia, y aumentar la instrucción de su pueblo, haciendo de la lengua latina el idioma oficial y obligatorio de la España visigoda.»

**Paz con los bizantinos.** La conversión de Recaredo al catolicismo fué poderosa razón para que pudiera llegarse a un acuerdo con el emperador de Constantinopla; no salieron aún los bizantinos, que continuaron sin el menor alarde de hostilidad en sus posesiones de Andalucía y el Algarbe.

**Muerte de Recaredo.** Deseoso siempre de la paz, Recaredo trató de concertarla también con los francos, y con este objeto, habiendo enviudado de la reina Wadda, pidió la mano de la princesa Clodosinda, hermana del rey de Lorena, Childeberto, alcanzándola por fin, después de haber protestado de su completa inocencia en la muerte de Hermenegildo.

© Biblioteca Nacional de España

Recaredo fué uno de los más grandes reyes de España, modelo de virtudes públicas y privadas. A imitación de los emperadores romanos, tomó el título de *Flavio,* que continuaron usando sus sucesores. Falleció, de muerte natural, en Toledo, en 601, después de quince años de glorioso reinado.

Dejó tres hijos: Liuva, Suintila y Geila. Algunos suponen que el primero era hijo natural (*ignobile matre progenitus,* dice San Isidoro), y se ignora si los otros dos fueron habidos en el primero o el segundo matrimonio.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

# LA UNIDAD LEGISLATIVA Y LA UNIDAD POLÍTICA

LIUVA II. — EL INFAME WITERICO. — GUNDEMARO. — SISEBUTO. — PERSECUCIÓN DE LOS JUDÍOS. — SUINTILA. — EXPULSIÓN DE LOS BIZANTINOS. — EL CLERO Y LA NOBLEZA CONTRA EL TRONO. — SISENANDO. — CHINTILA. — REINADO DE CHINDASVINTO. — RECESVINTO. — EL «FUERO JUZGO». — LA CONQUISTA ÁRABE.

(601 - 672)

**Liuva II.** Los grandes beneficios que los católicos debían a Recaredo fueron parte a que influyeran grandemente para que la asamblea de los nobles eligiera por su sucesor al joven príncipe Liuva o Luis II, que contaba entonces veinte años (601). Gobernaba, al parecer, con suavidad y prudencia, siguiendo las huellas de su augusto padre, pero de nuevo volvieron a levantar cabeza los arrianos. Aquel Witerico, delator de la conjuración de Mérida, a quien Recaredo había perdonado generosamente la vida, tramó una conjuración, apoyado por los arrianos, y apoderándose de Liuva le cortó la mano derecha, como indigno de reinar; el desgraciado joven falleció a los dos años de reinado, y la nobleza proclamó rey al asesino (603).



© Biblioteca Nacional de España

**El infame Witerico.** Poco podía esperarse de semejante personaje, y, en efecto, su reinado fué una serie de vergüenzas. Juguete de sus cómplices y apoyado tan sólo en las tropas de los nobles, tuvo que doblegarse a la voluntad de éstos, aunque sin atreverse a restablecer el arrianismo, por mucho que lo desearan algunos grandes, a quienes no convenía la preponderancia del episcopado católico.

Para hacer méritos, renovó el intento de expulsar a los bizantinos, pero la campaña terminó quedando la cosa igual que antes.

Quiso luego congraciarse con los francos, como había hecho Recaredo, y casó a su hija Ermemberga con Teodorico, rey de Borgoña, y sucesor de Gontrán. El franco se embolsó la dote y le devolvió la hija a Witerico, «doncella como la había recibido». La afrenta clamaba venganza, pero Witerico optó por dar la callada por respuesta, a pesar de la general indignación.

Estaba visto que aquello no podía durar. Conspirábase para derribarle, pero antes de que estallase la revolución sus mismos cortesanos le asesinaron en un banquete. Su cadáver fué arrastrado por las calles hasta sacarlo fuera de Toledo, y le enterraron en un campo. Su reinado no fué más que un tejido de maldades, injusticias y vergüenzas, como ya era de suponer desde el primer día (610).

**Gundemaro.** Había sido éste el jefe de la conspiración católica, y no tuvo nada de extraño que fuese proclamado rey para que enmendase las faltas cometidas por su miserable antecesor. Era hombre de gran valor y notable inteligencia. Condújose noble y prudentemente, apoyado en el partido católico. Distinguióse como hábil general venciendo a los francos y a los imperiales, y sofocando una insurrección de vascones (navarros), que se habían sublevado de acuerdo con las guarniciones romanas que todavía

© Biblioteca Nacional de España

quedaban en aquel país de cuando la intervención solicitada por Atanagildo, habiendo continuado desde entonces bajo los sucesores de Justiniano.

Su reinado fué corto, pero glorioso. Murió Gundemaro en Toledo en 612, lloradísimo por sus pueblos. «Socorrió con dinero, y rogativas en las iglesias, dice el historiador Dahn, al borgoñón Teodorico contra las hordas de los ávaros gentilicios que amenazaban su país por el Este. Estas rogativas por la victoria de los pueblos cristianos sobre los infieles son una de las primeras manifestaciones de la solidaridad entre aquéllos.»

**Sisebuto.** Llegamos a uno de los más brillantes períodos de la monarquía visigótica, aparte de una grave injusticia de que hablaremos luego.

Celebradas las exequias del noble Gundemaro, reunióse la Asamblea de los grandes y recayó la elección en uno de ellos, por nombre Sisebuto, «persona de no menores partes que su antecesor, señalado en prudencia en las cosas de la paz y de la guerra, ferviente en el celo de la religión católica, y lo que en aquellos tiempos se tenía por milagro, enseñado en los estudios de las letras y que tenía conocimiento de la lengua latina», dice Mariana, siguiendo a San Isidoro.

Apenas elevado al trono, subleváronse contra él los astures y los rucones, o riojanos, amparados en las escabrosidades de sus montañas.

El rey envió contra ellos a un joven y valeroso general, Flavio Suintila, el segundo de los hijos de Recaredo, que concluyó en breve con la insurrección. Sisebuto comprendió todo lo que valía aquel bravo e inteligente mozo, y decretando grandes levas aumentó con ellas su ejército, poniéndose luego él al frente para expulsar a los romanos, o bizantinos, de las ciudades que ocupaban aún en Andalucía y el Algarbe. La campaña fué brillantísima, y sólo les quedó a los bizantinos un pequeñísimo rincón en la costa atlántica

© Biblioteca Nacional de España

del Sur de Lusitania, junto al cabo de San Vicente.

Es digno de eterna recordación el nobilísimo proceder de Sisebuto con los prisioneros imperiales, pues les dejó ir en completa libertad, y para que sus soldados no se quejaran por la falta de rescate, pagó éste de su propio dinero. Poco después se celebraban paces entre Sisebuto y el emperador de Oriente Heraclio, de los cuales tratos debían surgir muy lamentables consecuencias.

**Persecución de los judíos.**

Parece ser que el emperador Heraclio era muy dado a las supersticiones de la llamada *astrología judiciaria,* y alguien hubo de irle con el cuento de que los cristianos corrían gran peligro por parte de la «gente circuncidada». Esta gente debían ser los sarracenos y moros, pero llegado el aviso a noticias de Sisebuto imaginó éste que se refería a los judíos, que en grandísimo número había en España, desde los tiempos de Vespasiano y Adriano, dedicados al comercio y a las artes, y en general muy ricos.

Heraclio, por su parte, no dejaba de hacer presión sobre Sisebuto para que expulsara

Noble visigodo

© Biblioteca Nacional de España

de su reino a los hijos de Israel, y el rey visigodo, deseoso de estar en buenas relaciones con el emperador de Oriente no anduvo remiso en complacerle.

Fué muy triste ciertamente lo que ocurrió. Sisebuto publicó un edicto en que se conminaba con la pena de expulsión a todos los judíos que no se bautizasen en el término de un año «cosa ilícita y vedada entre los cristianos que a ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad».

Y un historiador tan ardientemente católico como D. Vicente de la Fuente exclama: «No hay cosa más cruel que el celo religioso mal entendido, pues ciega enteramente al hombre más piadoso y humano, porque constituyéndole en ministro de las venganzas divinas, cree hacer con ello un servicio a Dios...»

Transcurrió el plazo, y el edicto fué cumplido a punta de lanza.

«El hombre de conciencia y fe religiosa, dicen los señores Fornes, buscó otra patria: más de sesenta mil huyeron por no verse obligados a renegar de sus creencias. Los otros noventa mil, que sentían perder sus ricos patrimonios, y temblaban al solo nombre de expatriación, se metieron con despecho, o los metieron en el agua bautismal. «*El que se resista a bautizarse,* decía el edicto, *muera apedreado: si alguno de ellos blasfema, niega la fe o la contradice de obra, de palabra* o *de* PENSAMIENTO, *pierda sus bienes e incurra en la misma pena de muerte.*»

A estos rigores contrarios a la caridad cristiana se unieron más tarde otros cruelísimos, inspirados por la intolerancia y barbarie de la época. El Fuero Juzgo les prohibía bajo penas durísimas el blasfemar de la Trinidad, celebrar el sábado, trabajar el domingo y casarse entre sí hasta la sexta generación: y los castigaba con la pena de cien palos si rechazaban las carnes prohibidas por la ley judaica; si hablaban en *secreto* o en pú-

© Biblioteca Nacional de España

blico contra el cristianismo, y si poseían esclavos cristianos.

San Isidoro de Sevilla, varón ilustre por tantos conceptos, desaprobó este decreto, pero por desgracia no tuvo imitadores. De modo que en el III Concilio de Toledo, los obispos allí reunidos aprobaron este edicto de proscripción, felicitaron a Sisebuto por su celo religioso, y dispusieron «*que en lo venidero ningún rey pudiera entrar en el ejercicio de su soberanía sin jurar de antemano la ejecución de las leyes contra los disidentes de todas sectas, y con especialidad los edictos publicados anteriormente contra los judíos.*» (Romey).

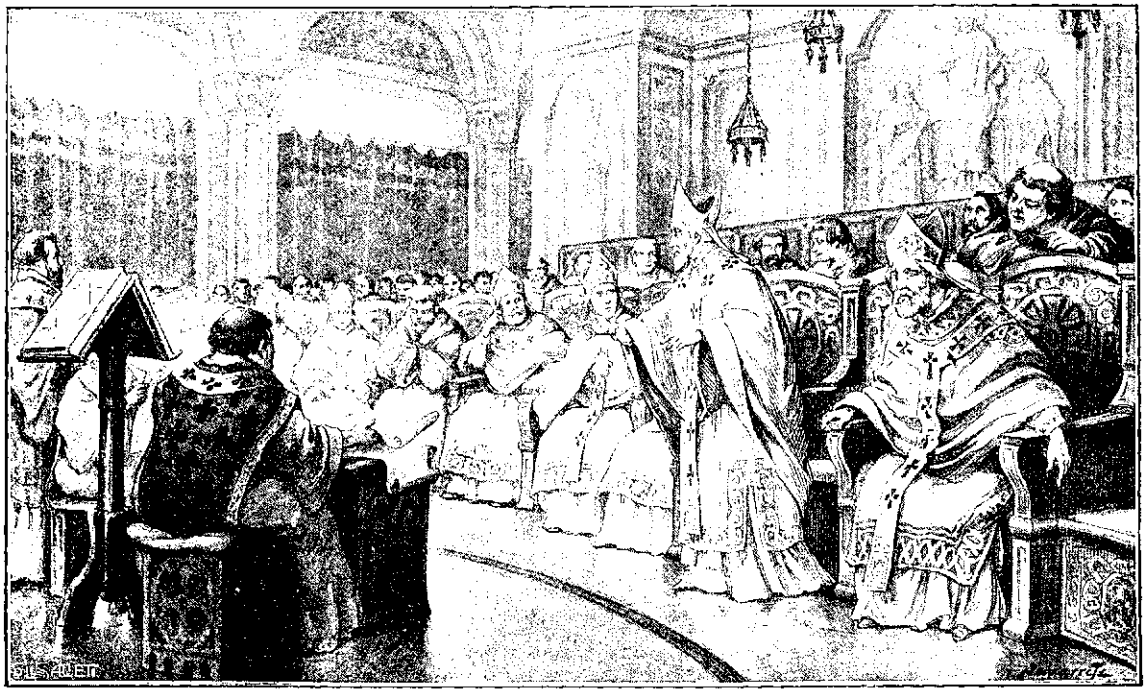
Los pocos hebreos que aquí quedaron arrastraron una vida miserable, siendo objeto de las más violentas persecuciones y de los peores tratos. Desde entonces la raza de Israel fué enemiga irreconciliable de los visigodos, y es indudable que no sólo conspiraron para labrar la ruina del país, sino que contribuyeron poderosamente a facilitar, años después, la invasión árabe.

Por lo demás, es indudable que Sisebuto procedía con la mayor buena fe, tomando al pie de la letra sus deberes como rey católico, hasta constituirse en una especie de definidor de los dogmas.

Así fué cómo, por sí y ante sí, depuso al obispo católico de Barcelona, Eusebio, por haber permitido que en el teatro los farsantes representaran algunas comedias de argumento pagano, hecho que constituía una invasión de la realeza en la jurisdicción eclesiástica.

Aparte de esto, Sisebuto hizo muy buenas cosas, como fué la creación de una marina visigoda, hasta entonces no tenida, y «esto, dice Mariana, para que pues hasta entonces ganaran gran honra por tierra, se enseñoreasen del mar; ca es cosa cierta que la tierra se rinde al que señorea el mar, que fué parecer de Temístocles».

© Biblioteca Nacional de España



El gran Concilio de Toledo

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Es de creer que la intención de Sisebuto fuera no tan sólo limpiar la costa de piratas, sino *conquistar África*, ya que era dueño de toda España.

Sisebuto falleció en 621, a los ocho años y medio de reinado; según unos, de una purga demasiado fuerte; según otros, envenenado, y en opinión de los más, de muerte natural; sucedióle su hijo Recaredo II, que falleció a los cuatro meses de reinado, sin haber dejado recuerdo alguno.

**Suintila.** Hemos hablado ya de este noble príncipe, hijo de Recaredo, como vencedor de los rebeldes de Navarra y la Rioja, y de los bizantinos del Mediodía. Este fué, pues, el elegido para ocupar el trono (621). «Era persona de mucho ánimo y no de menor prudencia. Ni con los trabajos se cansaba el cuerpo, ni con los cuidados su corazón se enflaquecía. Su liberalidad fué tan grande que vulgarmente le llamaban *«Padre de los pobres»*.

Digamos ahora que al revés de Sisebuto, que llegaba hasta el servilismo en sus relaciones con el clero, se mostró a veces hostil a las intrusiones del episcopado, cuando llegaba el caso.

Apenas hubo ocupado el trono volvieron a las andadas, como solían hacer al principio de cada reinado, los insumisos vascos y navarros; partió contra ellos, los acorraló en sus montañas y para tenerlos a raya en lo sucesivo construyó la fortaleza de Olite.

Suintila, alentado por su triunfo, decidió completar la obra de la unidad territorial arrojando definitivamente del suelo peninsular a los bizantinos, arrinconados en un extremo del Algarbe, y que más que en sus propias fuerzas confiaban en el cumplimiento del tratado concluído entre Atanagildo y Justiniano, aunque de él no quedara sino la memoria, pues el protocolo había desaparecido en un incendio del palacio de Constantinopla.

© Biblioteca Nacional de España

**Expulsión de los bizantinos.**

Setenta años hacía que ocupaban los bizantinos, o romanos, como eran llamados comúnmente, parte de Andalucía y Portugal, y a las trazas, algo de la antigua Celtiberia, aunque ya habían sido expulsados de ésta en tiempo de Gundemaro. Durante este tiempo habían variado mucho los límites de su dominación, y se explica su permanencia allí por la facilidad que tenían en ser socorridos por las fuerzas imperiales de África. Ya ahora habían cambiado las cosas, pues los bizantinos habían sido arrojados de África por las huestes de Mahoma.

De grado, con unos, y a la fuerza con otros, Suintila acabó por lanzar para siempre, del suelo español, a aquellos extranjeros (624). Aunque no le cupiese a Suintila otra gloria, bastaría ésta, de haber realizado por fin la unidad territorial por completo.

**El clero y la nobleza contra el trono.**

Como dice el Sr. Ortega y Rubio, «el vencedor de sus enemigos exteriores fué vencido por el clero católico y la nobleza visigoda». Recelaba, en efecto, el clero porque en el espacio de diez años no había reunido ningún concilio, calificando en cambio aquellas ilustres asambleas — origen de nuestras cortes, — «de peligrosas revistas de las fuerzas eclesiásticas, que por el solo hecho de su reunión aumentaban ya el poder del episcopado». A su vez, la nobleza no le perdonaba que de tal manera procurase hacerse bienquisto de lo que llamaríamos hoy la democracia, mereciendo el título no sólo de *Padre de los pobres,* sino de *Príncipe del pueblo.*

No se le ocultó a Suintila el peligro que le amenazaba, y se dispuso no solamente a desafiarlo, sino a hacer resueltamente hereditario el poder real, y para este objeto asoció al trono a su hijo el tierno príncipe Requimiro, pretendiendo legarle directamente la corona en vez de recaer ésta en el elegido por la asamblea de los grandes.

© Biblioteca Nacional de España

Ello es, que con esta oposición cambió por completo el carácter del rey, que dejó de ser lo que era para entregarse a vicios y deleites, aunque tal vez no sea todo ello más que exageración de sus poderosos enemigos, entre los cuales deben contarse los historiadores eclesiásticos.

Ello es que los godos y el clero católico no perdonaron los desdenes de que eran objeto, y encontraron el hombre que buscaban en cierto Sisenando, hombre de gran fortuna y valiente. Este Sisenando cometió la vileza de reclamar el apoyo del rey Dagoberto de Francia, que se apresuró a prestárselo. Entraron los francos, y se metieron en Zaragoza. Pronto se extendió el alzamiento, y Suintila tuvo que abandonar España al cabo de diez años de glorioso reinado (631), pagándole con tal ingratitud la expulsión de los bizantinos.

**Sisenando.** Subía éste al trono por una verdadera traición, y esclavo de la nobleza y el clero, a los que debia la corona. Mala cosa es, sin embargo, deber favores a nadie, y Sisenando se veía obligado a pagarlos.

Aquí nos encontramos ya con el conflicto entre el poder real y el poder de las Cortes. Suintila había aspirado, no digamos al absolutismo, pues ya hemos visto que era un rey demócrata, pero sí a la independencia del poder real. Sisenando tuvo que humillar el poder real ante las clases privilegiadas.

Reunióse el Concilio de Toledo, a que asistieron sesenta y nueve obispos y no pocos nobles, bajo la presidencia de San Isidoro, y «ante tan augusta asamblea, dicen los Sres. Fornes, Sisenando depuso su corona, para recibirla después que, contrito y humillado, hubo solicitado *de rodillas y con lágrimas* el perdon de los venerables allí reunidos. El concilio, como en recompensa de las buenas disposiciones de Sisenando, garantizó su trono, aprobando lo hecho; declaró, además, que nadie podía violar el juramento de fidelidad prestado al rey, ni atentar a sus días, ni arrebatarle el poder. En fin,



© Biblioteca Nacional de España

resumiendo, el cuarto concilio de Toledo favoreció la usurpación de Sisenando; despojó a la nación de su antiguo derecho, remitiendo la elección de los reyes a los obispos y grandes; y en el orden de dirección nacional y fuerza política, armó al clero, constituído en concilio, con el poder supremo, omnímodo e irresponsable de la nación española.»

Murió Sisenando en 636, convertido el trono en humilde dependencia del clero y la aristocracia.

**Chintila.** No lograba ponerse de acuerdo la asamblea de los grandes para darle sucesor a Sisenando hasta que pronunciadas algunas tropas proclamaron rey a Chintila.

Como el procedimiento no tenía nada de legal, apresuróse Chintila a reunir un concilio en Toledo, que le diputó por legítimo rey, mayormente hallándose dispuesto a no tener más voluntad que la de los obispos.

Su programa fué éste: «En mi estado no ha de vivir nadie que no sea católico», y bien lo cumplió, pues renovó de la manera más inexorable la persecución contra los judíos, expulsando a cuantos no se avenían a abjurar para abrazar la verdadera fe.

Fué el hombre de los concilios, pues reunió dos nacionales, el V y VI de Toledo. Aparte de lo dicho hubo paz. Falleció Chintila en 639, después de tres años de reinado. «No tuvo tiempo ni ocasiones para descubrir su valor, dice Saavedra Fajardo, por estar España sin enemigos, y así no se escribe de él otra cosa memorable, porque el clarín de la fama no suena cuando callan los de las armas, si bien no son menos gloriosas las acciones de la paz que las de la guerra.»

No pasaremos en silencio, sin embargo, algunos importantes decretos que se dieron en los dos concilios: en virtud de uno de ellos se concedía al rey la gracia de indulto; por otro decreto se fulmina anatema de eterna condenación contra los regicidas o enemigos del trono,

© Biblioteca Nacional de España

aunque tan terrible determinación produjo poco efecto.

Sucedió a Chintila su hijo Tulga, por derecho hereditario, lo cual bastó a que los nobles se declararan en contra suya, pues en manera alguna querían renunciar al derecho electivo. Parece que Tulga, aun muy mozo, se distinguía por su blandura, lo cual dió pie a que se le atrevieran fácilmente sus contrarios.

**Excelente reinado de Chindasvinto.**

Sublevóse parte de la nobleza contra Tulga, cuyas tendencias democráticas, ya que era un nuevo *Padre del pueblo*, debían granjearle la enemiga de los grandes, y se puso a la cabeza de los revoltosos un anciano general llamado Chindasvinto, ya octogenario, pero de extremada resolución y energía. El viejo guerrero se apoderó de Tulga y le cortó la cabellera, lo cual era reducirle a condición plebeya e inhabilitarle para seguir ocupando el trono, hecho lo cual le encerró en un monasterio (642).

No eran pocos los que no se avenían con la proclamación del viejo caudillo: parte de la nobleza y parte del clero trataron de protestar, pero Chindasvinto se condujo con tal severidad, que todo el mundo, aterrado, acabó por bajar la cabeza; al fin y al cabo, Flavio Chindasvinto disponía del ejército, que idolatraba en él. He aquí cómo habla de Chindasvinto la *Crónica* de Fredegario. «El rey, dice, conocía el vicio de los godos de destronar a sus reyes, pues había tenido participación en muchas de estas conspiraciones; por esta razón conocía las familias más revolucionarias y peligrosas, las cuales no se escaparon de sus certeros golpes, porque hizo matar o desterró a todos los que tomaron parte en los anteriores destronamientos, y se cree que exterminó por este motivo a 200 individuos de las clases superiores y unos 500 de las inferiores, repartiendo entre sus partidarios las mujeres, hijos y hacienda de aquellos revoltosos. Muchos culpables huyeron al país de los francos o a África, donde pidieron auxilio para volver con gran-

© Biblioteca Nacional de España

des fuerzas y tomar venganza. El rey, sin embargo, no descansó hasta que hubo vencido y humillado el espíritu revoltoso en todo el país. Los godos quedaron domeñados, no atreviéndose ya a sublevarse contra él, porque conviene saber que esta raza es terca y díscola cuando no siente en su cuello un yugo fuerte.»

Es indudable que Chindasvinto era hombre de superior capacidad, de excepcional ilustración, de elevadísimas miras y obraba llevado de las más plausibles intenciones.

Prescindiendo de la incorrección, con honores de usurpación, con que se apoderó del trono, España entera hubo de alabarle y bendecirle por la manera como gobernó una vez sofocada la rebelión, tanta fué su justicia, su amor al pueblo y su abnegación, siendo su reinado uno de los mejores que hayamos tenido nunca.

Muchas cosas había que conseguir, reformar, afirmar y crear, y atendió a todo.

Había que robustecer la autoridad real — dejando aparte la irregularidad de su proclamación, — y reunido el VII Concilio de Toledo decretóse pena de excomunión y confiscación de bienes contra los traidores al rey y a España.

Había mucho que corregir en las costumbres del clero, y así se hizo. Parece que los obispos de Galicia vejaban en gran manera las iglesias, exigiendo crecidos donativos y deteniéndose por largo tiempo en las parroquias, por lo cual decretó el Concilio que no se pudiese exigir más de dos sueldos a cada iglesia, ni permanecer más de un día en cada parroquia. Dictáronse también severas órdenes para que se recogieran a sus monasterios los monjes que vagabundeaban fuera de ellos, «sin ciencia y sin honor», y que en lo sucesivo no se dejase profesar sino a los que, encerrados en el claustro, demostrasen ser virtuosos e instruídos.

Ninguna disposición de Chindasvinto puede paran-

© Biblioteca Nacional de España

gonarse, sin embargo, con el importantísimo edicto en que se derogaba el *Breviario de Alarico II*, de 506, y se mandaba que rigiesen las mismas leyes visigóticas para godos e hispanorromanos, con lo cual quedaba consagrada la *Unidad legislativa*, y derribadas las barreras que se oponían a la fusión de las dos castas.

Respecto a su elevada cultura, da buen testimonio de ello el empeño que puso en enriquecer a España con libros y letras. Con este objeto envió a Roma al obispo de Zaragoza, Tajón, para que buscase y trajese los libros de San Gregorio sobre Job, o sea las *Morales de Job*, como así consiguió realizarlo, después de infinitas diligencias y contrariedades.

Ya muy quebrantado por el peso de la edad, obtuvo del Concilio VII que se nombrase compañero suyo en el reino a su hijo Recesvinto, y que éste fuera proclamado heredero del trono, como así lo hizo aquella ilustre asamblea, con todos los caracteres, ya, de unas verdaderas Cortes. Ocurría esto en 649, y así correinaron Chindasvinto y Recesvinto hasta 652 en que falleció el insigne fundador de la unidad legislativa española.

El rey Chindasvinto dispuso se le enterrase en el monasterio de San Román de Hormiga, entre Toro y Tordesillas, fundado por él mismo con este objeto y donde había sido sepultada ya su esposa Riciberga.

**Recesvinto.** Cuéntase el reinado de éste desde que su padre le asoció al trono en 649. Como de costumbre, inaugurándose un reinado, subleváronse los inquietos vascos de la otra parte del Pirineo, los cuales invadieron la península y unidos aquí con los navarros llegaron hasta sitiar a Zaragoza. Salió contra ellos Recesvinto, y logró reducirlos, no sin empeñadísima lucha. Mostróse clemente, sin embargo, y sólo impuso pena de muerte al caudillo de los rebeldes, llamado Froya.

Restablecida la paz, y ya único reinante, dedicóse a su ocupación favorita de meterse en asuntos religiosos. «Era

© Biblioteca Nacional de España

grande el celo que este rey tenía y la afición a las cosas eclesiásticas; ocupábase en revolver los libros sagrados, hallábase en las disputas que en materia de religión se hacían; para adornar los templos y aumentar el culto divino no cesaba de darles oro, piedras preciosas, brocados y sedas, en que parece pretendía imitar el ejemplo de su padre.» (Mariana.)

No es de extrañar, por lo tanto, que convocase su correspondiente concilio en Toledo, para tratar de importantes materias religiosas y políticas. Aunque ya se ha dicho, conviene tener presente que a esos concilios asistían no solamente los obispos y otros eclesiásticos, sino también los nobles, con voz y voto (653).

En este concilio, el VIII, al que siguieron luego otros dos, y otro en Mérida, Recesvinto leyó lo que llamaríamos hoy un Mensaje invitando a la asamblea a proponer las reformas políticas y religiosas que estimase más convenientes. El Concilio acordó:

Que se suavizase en lo posible la penalidad contra los delitos políticos; que el nuevo reinante fuese proclamado en el mismo lugar donde hubiese fallecido el antecesor; que los príncipes sólo pudieran heredar los bienes patrimoniales, pero no los adquiridos durante su gobierno.

El Concilio imponía su voluntad al Rey, y Recesvinto se allegó de buen grado a aceptarlo todo, desde luego. Así, como fuesen muchos los que se hallasen quejosos de Chindasvinto por haberles confiscado sus haciendas, ordenóse a Recesvinto que estuviese a justicia con los agraviados, y oídas las partes se les diese la satisfacción conveniente.

El rey dió cuenta luego de una instancia que le dirigieron los judíos pidiéndole les levantara la obligación impuesta por Sisebuto y Chintila de que comieran carne de puerco, pues no lo toleraban sus estómagos, y para que se viera que no era por escrúpulo de conciencia,

© Biblioteca Nacional de España

sino por serles nocivo el tal manjar, se hallaban prontos a comer cualesquiera otros manjares guisados con ella, a cuya pretensión accedió el Concilio.

Decretóse también que los votos y juramentos ilícitos no obligan, y que se rebajaran los tributos impuestos a los pueblos por los últimos reyes, cuando se apoderaban del trono.

Consideraban los padres, dice Mariana, «que nunca es seguro el poder cuando es demasiado, que las cosas moderadas duran y son perpetuas, y que los príncipes no son bastantes para contrastar con el aborrecimiento del pueblo si se enciende mucho contra ellos».

Fué de notar que en este importantísimo concilio «firmaron los abades, continúa diciendo el insigne talaverano, cosa extraordinaria y no muy conforme a derecho... firmaron asimismo los grandes, así duques como condes, y personas que tenían algún cargo en el reino, cosa aun menos usada y contra el derecho común; pero no hay que maravillarse porque estos concilios de Toledo fueron como Cortes generales del reino, en que se trataba no sólo de las cosas eclesiásticas, sino también del gobierno seglar».

**El «Fuero Juzgo».**

De inmensa trascendencia fué el edicto de Recesvinto en virtud del cual quedaba derogada la prohibición de los matrimonios entre godos e hispanorromanos. «Establecemos por ésta, dice el *Fuero Juzgo*, que ha de valer por siempre, que la mugier romana puede casar con ome godo e la mugier goda puede casar con ome romano. E que el home libre puede casar con la mugier libre, que sea convenible por conseio e por otorgamiento de sus parientes.»

Esta autorización fué el paso decisivo para lograr la unidad civil, confundiendo ya políticamente a los dos pueblos. Leovigildo fundó la unidad territorial; Recaredo la unidad religiosa; Chindasvinto la unidad legislativa; Recesvinto acabó la obra con la unidad política o civil.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

# DECADENCIA Y DESTRUCCIÓN DEL PUEBLO VISIGÓTICO

ELECCIÓN DE WAMBA.—LA TRAICIÓN DE PAULO.—TOMA DE NIMES.—SABIO GOBIERNO DE WAMBA.—TRIUNFOS MARÍTIMOS.—EL MISERABLE ERVIGIO.—EGICA.—LA CONJURACIÓN DE SISBERTO.—LA CONSPIRACIÓN DE LOS JUDÍOS.—WITIZA.—RODRIGO.—LA BATALLA DEL BARBATE.—EL CONDE JULIÁN.

(672 - 711)

**Elección de Wamba.**

Florecía en la corte de Recesvinto un nobilísimo y virtuoso caballero, llamado Wamba, ya de edad provecta, estimado y respetado como ningún otro, «assi que todos tenían que ell avrie de reinar después del rey Recesvindo», dice la *Crónica General* de Alfonso X.

A tenor de lo dispuesto por el concilio VIII de Toledo, exigíase que el nuevo rey fuese elegido en el mismo lugar del fallecimiento del antecesor, y reunidos los grandes acordaron proclamar a Wamba, de linaje lusitano al parecer.

El anciano prócer resistíase desesperadamente a aceptar la corona, hasta implorar con lágrimas en los ojos que no le cargaran con aquel gran peso, superior a sus años. La porfía acabó por exasperar a uno de los gran-



© Biblioteca Nacional de España

Recesvinto atendió incesantemente a mejorar las leyes, y las que promulgó ocupan en el *Fuero Juzgo* más espacio que las de todos los otros reyes.

Respecto a los otros dos concilios toledanos, poco interés ofrecen; en el de Mérida (666) se acordó que cuando el rey estuviese en la guerra se hiciesen rogativas por él y por el ejército, y se dispuso darle a Flavio Recesvinto el nombre de *serenísimo, piadosísimo, católico* y *clementísimo*.

**Conquista árabe.**

A la sazón en que se celebraba el concilio emeritense, los ejércitos mahometanos, al mando de Abdallah, arrojaban de África a los bizantinos, mandados por el general Gregorio, después de haber hecho una horrorosa matanza. Triunfantes los árabes, prosiguieron su marcha y se apoderaron de nuestra Mauritania Tingitana, en la cual sólo nos quedó Ceuta, con el territorio comarcano.

Falleció el buen rey Recesvinto en el pueblo de Gérticos, o Bamba, a dos leguas de Valladolid, donde se había trasladado para el restablecimiento de su salud, en 672, después de haber ceñido la corona por espacio de veintitrés años, sin dejar sucesión directa. Su hermano de más edad, Teodofredo, era todavía niño, por lo cual no se hizo cuenta de él.

---

© Biblioteca Nacional de España

des, quien tiró de la espada y poniéndole la punta en el cuello le amenazó con degollarlo si no aceptaba. La inminencia de la muerte hizo que el venerable caballero, tan valiente como juicioso, se resignara a lo que estimaba un duro sacrificio, pero aun trató de ganar tiempo negándose a que, como de costumbre, le ungieran en seguida, para serlo en Toledo.

Tuvo efecto la coronación en la iglesia de San Pedro y San Pablo, por mano del arzobispo Quirico, y refiere Juliano, quien ocupó después aquella sede, «que de la cabeza del rey Wamba, cuando le coronaron, se levantó un vapor en forma de columna y que vieron una abeja de la misma cabeza volar a lo alto». Rindiéronle homenaje los nobles, y entre ellos el conde Paulo, de origen griego, que no había de tardar en cometer la más negra traición.

No podía faltar el tradicional alzamiento de los vascos y navarros al principio de cada reinado, singularidad que merecería ser estudiada, pues era ya secular la protesta. Partió el rey a Cantabria, y apenas había llegado cuando recibió la nueva de que en la Galia Narbonense—perteneciente a la corona visigótica—había estallado una formidable insurrección a cuyo frente se hallaban el conde de Nimes, Hilderico; Gumildo, obispo de Magalona, y el abad Ranimiro o Remigio. Y como el obispo de Nimes, Aregio, se hubiese negado a adherirse a la rebelión, fué encerrado en una cárcel y depuesto, ocupando su sede Ranimiro.

**La traición de Paulo.**

Confiado Wamba en la capacidad del conde Paulo, y sobre todo en su lealtad, entrególe el mando de un poderoso ejército para que pasara a toda prisa a la Galia Gótica y sofocase el alzamiento; pero otros eran los propósitos del griego, a quien, como dice la crónica de Alfonso X, «non se le avían olvidado las malas artes daquella su gente, dond el viniera...»

© Biblioteca Nacional de España

Y sucedió que en lugar de acudir a la Narbonense a marchas forzadas, el griego procuró andar lo más despacio posible para que los soldados sublevados pudieran apercibirse y fortificarse. Y por cierto que no estará de más decir que el conde Hilderico y los obispos Gumildo y Remigio, tan católicos, no tuvieron empacho en llamar a los judíos que, según las leyes del reino, habían sido expulsados de Septimania.

Llegó Paulo a Tarragona, a paso de tortuga, y allí supo atraerse al duque de la provincia, Ranosindo, y al gardingo (como si dijéramos merino o adelantado) Hildegiro, traidores a su rey y a su patria. Con tales apoyos fuéle fácil al griego acrecentar su hueste y apoderarse de Barcelona, Gerona y Vich. Sólo faltaba cruzar el Pirineo y reunirse con las tropas rebeldes de Hilderico.

Llegaron los pronunciados a Narbona; el obispo de esta ciudad, Argebaldo, leal a Wamba, procuró cerrar el paso a los insurrectos, pero no lo consiguió, y la plaza cayó en poder de Paulo.

Ya dentro de la ciudad, el conde griego convocó una asamblea, en la que hipócritamente pretendió justificar su felonía, diciendo que la elección de Wamba había sido contra derecho y, por lo tanto, era conveniente proceder a otra.

Tomó en seguida la palabra el traidor conde de Nimes y «a voces, para que todos lo oyesen, dijo que él no conocía persona más a propósito ni más digna del nombre de rey que el mismo Paulo; que fué representar en público la farsa que entre los dos de secreto tenían compuesta y trovada. Muchos de los parciales de propósito estaban derramados y mezclados entre la muchedumbre; éstos con gran gritería accedieron luego a aquel parecer; los cuerdos y que mejor sentían callaron y disimularon, ca no les cumplía al hacer en tan gran revuelta y alteración».

© Biblioteca Nacional de España

¿Quiérese mayor demostración de que *nihil novum sub sole?* ¿No ha ocurrido en nuestros días lo mismo en cien asambleas y mitines? Por *aclamación*, pues, fué proclamado rey de España, en Narbona, el conde Paulo, y se le ungió poniéndole en la cabeza la corona que Recaredo ofreciera al mártir de Gerona, San Félix.

Precisaba dinero, y los paulistas no se pararon en barras; se apoderaron del dinero de los particulares, y como no bastaba, saquearon los templos.

La Tarraconense, que al parecer tenía afecto a su duque, siguió a Ranosindo, y ensoberbecido éste llevó su cinismo hasta escribirle a Wamba una afrentosa carta; «era hombre de suyo deslenguado, demás que pretendía acreditarse con el vulgo y con la muchedumbre, que suele a las veces çebarse y hacer caso de semejantes fieros y amenazas».

Llegada la traición a noticia de Wamba, resolvió éste caer inmediatamente sobre los rebeldes. Muchos se oponían a semejante propósito, en vista de lo reducido del ejército, y pensaban que lo mejor sería retirarse a Toledo, y reunir allí gran número de fuerzas; pero Wamba no lo entendía así. Era preciso no perder momento. En siete días acabó con la tradicional insurrección vasconavarra, y partió en seguida contra los rebeldes de la Galia, en medio del mayor entusiasmo de sus tropas. «Ninguna cosa más deseaban los soldados que verse con el enemigo; cualquier tardanza les parecía mil años, tan grande era la confianza que tenían y el ánimo que habían cobrado.»

Nada tenía que hacer ya Wamba en la sojuzgada Navarra, y pasando por Calahorra y Huesca, llegó a Cataluña, que se hallaba en plena insurrección, arrastrada por Ranosindo, el duque de la Tarraconense.

Ya aquí, dividió su gente en tres columnas: la una se apoderó de Castrolibia, capital de la Cerdaña; la otra tomó el camino de Vich; la tercera bajó a la

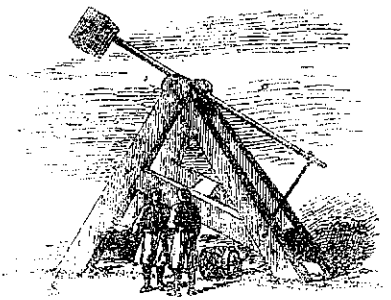
© Biblioteca Nacional de España

Expulsión de los Judíos

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

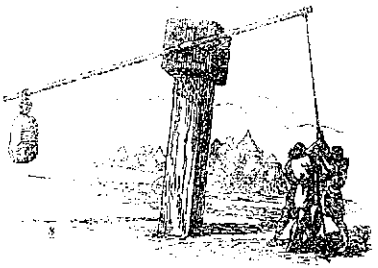
marina, con orden de talar los campos y los pueblos, y en pocos días quedaba sometido todo el país. Cayeron en poder de Wamba Tarragona, Barcelona, Gerona, Vich, Puigcerdá, Colliure, Pertús. En este último punto fueron hechos prisioneros por los godos Hilderico, Ranosindo y demás cabecillas.



Máquina de movimiento parabólico

La disciplina del ejército visigodo era ejemplar, y como algunos soldados cometieran censurables excesos en gente menuda y en doncellas humildes, Wamba mandó que fuesen circuncidados.

La defensa de un pueblo ultrapirenaico llamado Sordonia estaba a cargo del capitán Witimiro, quien, sobrecogido por el avance de Wamba, huyó de allí para encerrarse en Narbona, donde continuaba Paulo. El griego no se tuvo por seguro en la ciudad, y escapó a Nimes, esperando recibir socorros de Alemania y Francia, quedando Witimiro en Narbona.

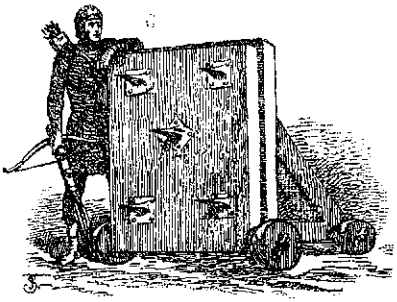


Otro modelo de máquina de movimiento parabólico

Presentóse Wamba ante esta plaza, y allí permaneció por espacio de dos días, para dar descanso a sus tropas y en espera de refuerzos, al cabo de este tiempo intimó la rendición. Negóse Witimiro a capitular. El ataque fué terrible; las máquinas del sitiador

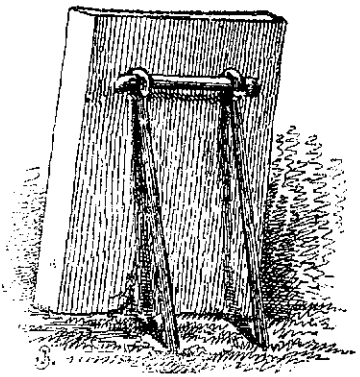
© Biblioteca Nacional de España

lanzaban enormes piedras contra las murallas y llovían las saetas contra los que coronaban aquéllas. Los sitiadores pegaron fuego a las puertas, escalaron el muro, y entraron en Narbona a sangre y fuego. Cayeron en poder de Wamba el gobernador Witimiro, el obispo Argebaldo, que había acabado por pasarse al partido de Paulo, y el deán Galtricia, no pudiéndose evitar que las tropas les maltratasen.



Mantelete

La toma de Narbona enfrió grandemente el entusiasmo de los insurrectos, mientras los partidarios de Wamba se sentían poseídos del mayor fervor en su defensa, «por ser príncipe muy humano y benigno y porque tomó las armas forzado de los que sin razón le pretendían quitar la corona».



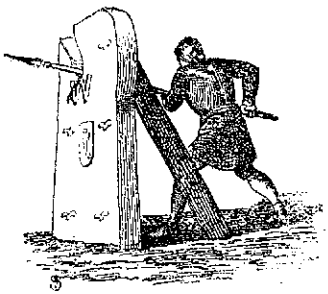
Mantelete

Tomada Narbona, corrieron igual suerte Magalona, Agata y Beziers, donde cayó prisionero el flamante obispo de Nimes, Remigio. Gumildo, el prelado de Magalona, logró escapar a Nimes, donde se había refugiado Paulo, «ciudad en aquella sazón, por los muchos moradores que tenía, hermosura de edificios, pertrechos y murallas muy firmes, nobilísima y de las más firmes dela Galia Narbonense».

© Biblioteca Nacional de España

**Toma de Nimes.**

Wamba envió 30,000 hombres contra Nimes al mando de cuatro generales, con las mejores máquinas de batir que se conocían entonces; pero si los medios eran poderosos, los jefes no parecían rayar a gran altura en talentos militares. Comenzó la batalla el 31 de Agosto de 673, y se peleó todo el día con terrible encarnizamiento. Veíase que los sitiados estaban dispuestos a defenderse con uñas y dientes. En lugar de combatir desde el adarve, hicieron una impetuosa salida y asaltaron el campamento de los leales. Duró la brega hasta que cerró la noche y ambos bandos se atribuyeron la victoria; pero sin duda fué de los sitiados, supuesto que los leales fueron los primeros en ceder el campo.



Mantelete

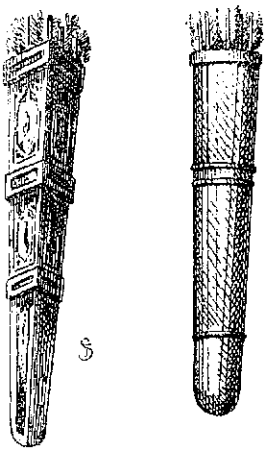
Era preciso, sin embargo, acabar pronto, pues podían llegar de un momento a otro aquellas tropas de francos y alemanes que le habían sido prometidas a Paulo. En su efecto, Wamba dió orden al general Wandemiro de que saliera inmediatamente de Narbona para Nimes con diez mil hombres más.

Hízose el camino a marchas forzadas, aquella misma noche, de suerte que antes de amanecer el siguiente día ya se hallaba reunido Wandemiro con los cuatro generales que le habían precedido.

Paulo se dió por perdido, mas no por eso pensó en ceder, antes bien arengó a los suyos con gran calor, animándolos y prometiéndoles la victoria. Decíales que nada temiesen, pues en breve llegarían socorros, y, además, el ejército enemigo estaba compuesto únicamente de canalla y de la hez del pueblo, distinto en absoluto del valor y nobleza de los godos.

© Biblioteca Nacional de España

Renovóse con furia el combate, aunque esta vez no hicieron ninguna salida los sitiados. No cesaban de lanzar enormes piedras las catapultas, ni de descargar furiosos golpes los arietes; nublábase el cielo con el espesor de las saetas que de una y otra parte se cruzaban. Por fin, los leales consiguieron llegar al pie de las murallas y escalaron el adarve, cuyas almenas derribaban a toda prisa, mientras otros rociaban las puertas con materias inflamables y les pegaban fuego.



Cuadrillos, viratones

Ya dentro de la ciudad, los soldados de Wandemiro entregáronse a la matanza y al saqueo.

Los habitantes, desesperados, creyeron que los soldados españoles que servían a las órdenes de Paulo habían dado entrada a los sitiadores para ser perdonados, y propagándose rápidamente esta especie, lanzóse contra ellos el paisanaje, de suerte que los paulistas se veían perseguidos ahora por los nimenses y por las tropas de Wamba.

Nada más elocuente que el relato que de tan lastimoso espectáculo escribió San Julián de Toledo (muy santo, pero con no pocos peros, como ya diremos).

«¿Qué más?, dice. Dentro de la ciudad se ofrece un miserable espectáculo. Por ambas partes caen millares de cadáveres, por ambas partes se destroza y por ambas partes se degüella. Los que escapaban de nuestras espadas caían al filo de las suyas. En toda la ciudad cunde la revuelta matanza. Do quiera se tendiese la vista, hallábase tal carnicería, que los muertos parecían rebaños de animales. Las encrucijadas de las calles

© Biblioteca Nacional de España

estaban llenas de cadáveres y lo restante de la tierra amasado con sangre. Miserable mortandad se contemplaba en las casas y llenos de cuerpos muertos se encontraban sus recónditos lugares. En las calles de la ciudad, cadáveres de hombres con rostro amenazador y bárbara ferocidad, como si permaneciesen todavía en el trance del combate.»

Paulo fué el primero en reconocer la villanía con que se había conducido y las enormes faltas y torpezas que llevaba cometidas, y retirándose al Anfiteatro romano, que todavía no había caído en poder de los godos, se escondió con algunos de sus parciales en las leoneras, donde se despojó de las vestiduras e insignias reales que hasta la sazón había ostentado.

Descansaron los leales el resto del día, 10 de Septiembre, que acertaba a ser precisamente el primer aniversario de su advenimiento al trono.

Al siguiente día, sabedores Paulo y sus improvisados palaciegos de que iba a hacer su entrada Wamba, rogaron al arzobispo Argebaldo que saliera a su encuentro pidiéndole perdón. El tornadizo prelado llegó a presencia de Wamba a cuatro millas de Nimes, en la calzada de Narbona, y se hincó de rodillas clamando misericordia para los vencidos; el discurso o plática que le dirigió fué, ciertamente, muy patético, pero no era menester tanta elocuencia para ablandar el corazón de Wamba, harto piadoso y benigno siempre. Díjole, pues, que quedaban perdonados todos, menos los jefes; insistió Argebaldo para que el indulto fuese general, y tanto importunó que, enojado Wamba, le despidió con airado semblante, diciéndole que por contento podía darse con librar él la cabeza.

Siguió el rey adelante e hizo su entrada triunfal en Nimes, formadas en guardia las tropas, «que hacían una vista muy hermosa».

Continuaban aún en poder de los paulistas el Anfiteatro



© Biblioteca Nacional de España

y algunos barrios, pero se apresuraron a rendirse a la primera intimación, y así fueron capturados Paulo, el obispo Gumildo, Witimiro y otros, hasta veinte. Dos oficiales a caballo cogieron a Paulo por las melenas, uno a cada lado, y así le condujeron ante Wamba.

Al verse en presencia del rey a quien tan vilmente había traicionado, el griego se despojó del cíngulo o ceñidor, que era como despojarse, según la costumbre del tiempo, de la honra militar. Wamba, a quien no se le pasaba el enojo, mandó le pasasen el ceñidor por el cuello a manera de dogal, después de lo cual ordenó que fuese encerrado en prisiones hasta ulterior resolución.

El anciano rey, siempre noble, mandó soltar a no pocos francos, sajones, españoles y godos que habían servido en las filas de Paulo, y les dió orden de que volvieran a sus tierras.

Era grande el número de heridos, y Wamba dispuso que se les curase sin distinción de partido, que se enterrasen los centenares de cadáveres que yacían en las calles y que con sus emanaciones infestaban la atmósfera, e hizo restituir a los templos las alhajas y ornamentos de que se habían apoderado los rebeldes, incluso aquella corona de oro de San Félix, que Paulo había ceñido sacrílegamente.

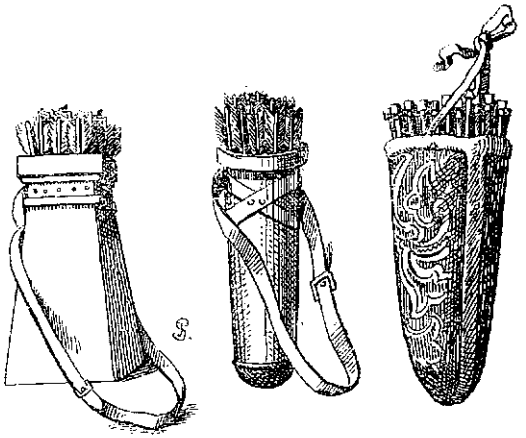
Dispuso luego que fuesen reparadas las murallas y mandó guarnecer la parte alta de la población, por correr la voz de que estaban para llegar los esperados socorros de francos y alemanes.

Tres días después eran llevados a presencia de Wamba el conde Paulo y los demás presos, para escuchar su sentencia definitiva. El rey, sentado en su trono, puso sus pies sobre las cervices de aquellos traidores. A tenor de lo decretado por los concilios, debía imponérseles la pena capital; así se pronunció por el tribunal, con la salvedad de que si se les indul-

© Biblioteca Nacional de España

taba se les debía arrancar los ojos. Wamba dispuso que tuvieran salva la vida, y que no se les sometiese a aquella horrible pena, contentándose con que se les cortasen las cabelleras y pasasen en prisiones el resto de sus días.

Había terminado la campaña en la Galia Gótica, sin que se llegase a las manos con Witerico, que no se aventuró a atacar a Wamba, a pesar de hallarse éste dispuesto a aceptar la batalla; sólo hubo un encuentro con un cuerpo de francos, cerca de Beziers, que se



Aljabas, carcax y goldre

apresuró a retirarse al monte dejando gran parte de su bagaje en poder de los godos.

Desde Nimes partió Wamba para Narbona, reforzó las guarniciones, licenció parte de la hueste, y como los judíos se habían distinguido en gran manera por su adhesión a los rebeldes, fueron expulsados de nuevo de la Galia Gótica.

Dando luego la vuelta a España, hizo su entrada triunfal en Toledo, siendo recibido con entusiastas

© Biblioteca Nacional de España

aclamaciones, por aquella brillantísima campaña de seis meses. Figuraban en la comitiva los prisioneros, rapadas las barbas y las cabelleras, montados en camellos y llevando Paulo por irrisión una corona de cuero negro. «Cerraba los escuadrones el rey, cuyas venerables canas y la memoria de sus hazañas acrecentaba la majestad de su rostro y presencia.»

Los traidores fueron encerrados *in carcere duro,* y así terminó aquel negocio.

**Sabio gobierno de Wamba.**

Valiéndonos de una expresión moderna, podríamos decir que Wamba estableció de nuevo en Toledo el servicio militar universal y obligatorio. Ya fuese por el mal proceder de algunos grandes y obispos que no le habían ayudado en nada durante la campaña, ya porque se sintiese alarmado ante la decadencia del espíritu belicoso de los godos, publicó un Edicto que empieza: «*De his qui ad bellum non vadunt aut de bello refugiunt*» (De los que no van a la guerra, o de la guerra escapan), mandando que en caso de guerra, todo hombre, de la clase y condición que fuere, acudiese contra el enemigo, bajo las más severas penas.

Sólo quedaban exceptuados los viejos, enfermos y mozos de poca edad. Los poseedores de esclavos debían enviar cuando menos la dozava parte de éstos, con armas distintas de los demás; los obispos y sacerdotes, con toda la población varonil, debían adelantarse hasta treinta leguas a la redonda sobre el punto amenazado. No había privilegio, dispensa ni gracia alguna (674).

Dispuso luego, lo cual demuestra un espíritu, que podríamos llamar liberal o constitucional, que se celebrase anualmente concilio, y ya sabemos que los Concilios equivalían a la sazón a verdaderas Cortes.

Aprovechóse Wamba de la profunda paz que reinaba para dedicar toda su actividad al recobro del antiguo lustre y esplendor del reino godo. Con este objeto dió

© Biblioteca Nacional de España

grande impulso a las obras públicas, en todas partes, y en particular engrandeció, hermoseó y fortificó a Toledo, para este objeto levantó una nueva muralla, con torres, almenas y pretiles, dentro de la cual quedaron incluídos los arrabales.

**Triunfos marítimos.**

Como si el destino tuviese reservada al venerable rey la difícil prueba de demostrar sus talentos, su valor y su capacidad en todos los terrenos; ilustrado por su brillante historia en los anteriores reinados, y en el suyo propio; sabio gobernante; enérgico propulsor de la prosperidad del país; verdadero «regenerador» de su raza, ocurrió ahora que debía revelar su pericia como marino.

Apoderados, en efecto, los sarracenos de toda el África del Norte, desde Egipto a Tánger — excepto nuestra plaza de Ceuta, — no solamente infestaban el Mediterráneo con su piratería, sino que llegaban en su audacia hasta sembrar la ruina y el estrago en nuestras costas. Dueños de una escuadra de doscientas setenta velas, desembarcaban en la ribera y devastaban con sus *razzias* aquellos desgraciados pueblos.

Pero no era esto lo más grave, sino que, al parecer, estas terribles incursiones eran a instancia de un conde palatino llamado Ervigio, pariente de Recesvinto, por línea colateral, que aspiraba a destronar a Wamba y hacerse rey.

Wamba, con admirable diligencia, dióse prisa a construir una escuadra que pudiera medirse con la sarracena, y salió a su encuentro. La victoria fué completa; los sarracenos fueron destrozados; los barcos que no quedaron apresados, fueron echados a pique o incendiados.

Y así unía Wamba a sus triunfos en tierra las victorias en el mar.

**La maldad de Ervigio.**

En vista de que no había cuajado la invasión de los sarracenos, para que le ayudasen a subir al trono, Ervigio decidió apelar a la

© Biblioteca Nacional de España

astucia, y con este objeto buscó traidores estipendiados que le diesen a beber a Wamba un veneno — al parecer un brebaje de esparto, aunque no parece debiera ser esto, sino algún narcótico (680).

Cayó Wamba en profundo letargo, y todos creyeron que iba a entregar el alma. Dado por irremisiblemente muerto, procedieron los palaciegos según era costumbre hacer con los moribundos, esto es, le rasuraron, le cortaron los cabellos y le vistieron un hábito de monje, en testimonio de humildad para alcanzar la remisión de los pecados.

Reunidos los grandes, y a tenor de lo preceptuado por los concilios respecto a que el nuevo rey debiese ser proclamado en el lugar mismo donde falleciera su antecesor, eligieron a Ervigio (680).

Volvió en sí Wamba, rapado y rasurado y convertido en monje. Había acabado su realeza. No opuso el menor reparo a la abdicación, y se apresuró a retirarse al monasterio de Pampliega, en el valle de Muñoz, cerca de Burgos.

Gracias a tal traición subió Ervigio, para deshacer la obra regeneradora de Wamba y llevar la monarquía visigótica al despeñadero. «Con él murió, escribe don Vicente de la Fuente, la Monarquía goda. El hábito de Wamba fué el sudario con que bajaron al sepulcro el vigor, la probidad y los restos del saber godo español... En los treinta años que nos quedan por recorrer no esperemos ya actos de valor y energía, no busquemos grandeza, prosperidad, justicia, cultura y saber; ya no veremos sino la hipocresía y debilidad en el trono, la rebeldía y traición en los prelados, en los Concilios disposiciones contradictorias, medidas políticas más bien que canónicas, respeto excesivo a los hechos consumados; en el clero demasiada relajación, en la corte la intriga, en los claustros menos fervor y ciencia. La medida de la iniquidad va a rebosar y la justicia de Dios no se hará esperar.»

© Biblioteca Nacional de España

**El miserable Ervigio.**

Nada bueno podía traer el encumbramiento del miserable traidor, que se había valido primero de los sectarios de Mahoma y después del veneno para escalar las gradas del trono.

Desde luego pudo verse que, a instigación del clero y de la nobleza, iba a operarse una furiosa reacción. «Parecióle, para asegurar sus cosas, dice Mariana, tomar el camino que a otros reyes, sus predecesores, no salió mal, que fué cubrirse con la capa de la religión. Con este intento convocó a los prelados de todo el reino.»

Treinta y ocho obispos, personalmente o representados, se congregaron en concilio (el XII) en la iglesia de San Pedro y San Pablo. Los allí reunidos no perdieron ciertamente el tiempo, haciendo cuanto pudieron en favor del miserable envenenador y traidor a la patria.

De esta suerte accedió el Concilio a todo lo que pidió: los padres declararon legítima la elección de Ervigio y absolvieron al pueblo del juramento de fidelidad prestado a Wamba; anularon la ley *De his qui ad bellum non vadunt* y reintegraron en sus cargos y honores a los que se habían zafado de ella; confirmaron las leyes dictadas contra los judíos; autorizaron al rey para que de acuerdo con el arzobispo de Toledo pudiera *elegir y consagrar obispos*, a su voluntad, sin esperar la consulta de las iglesias, lo cual hace decir al ilustre autor de la *Historia Eclesiástica de España*, el archicatólico apostólico romano D. Vicente de la Fuente, que: «El Rey podía nombrar de derecho en lo sucesivo todos los obispos de España de acuerdo con el primado; mas este primado fué un traidor, en pos de un santo» (San Julián).

Aun así no estaba el fementido rey satisfecho, y acudió a otro concilio, para que le sirviese de paño de lágrimas (Concilio XIII, año 683). En esta asamblea, para complacer a Ervigio, se otorgó completo

© Biblioteca Nacional de España

perdón a los que habían tomado parte en el pronunciamiento de Paulo y se dispuso que les fuesen devueltos los bienes de que habían sido desposeídos por el Fisco; se excomulgaba a los que perjudicasen en algo a la reina Liubigitona y sus parientes; se prohibía que ningún siervo, ni ningún liberto, pudiera desempeñar cargos palatinos ni de la real hacienda y se obligaba a los obispos, bajo pena de excomunión, a que acudieran en cuanto fuesen llamados por el rey o por el metropolitano. Menos mal que se perdonaron algunos atrasos por las contribuciones.

Así, el traidor Ervigio, se escudaba en los concilios para mantenerse en el trono que tan infamemente había usurpado. En tiempo del gran Recaredo éste era el Protector de la Iglesia; en tiempo de Ervigio la Iglesia era la protectora del usurpador. Y ya no gobernó el rey, sino que gobernaron los grandes y los obispos.

Viendo que se acercaba el término de su vida, se amparó en un primo hermano de Wamba llamado Egica, a quien casó con su hija Cigilona y le hizo jurar que sostendría y defendería a sus hermanos. Murió a los siete años de reinado (687), y el único recuerdo que dejó fué haber reparado las murallasy el puente de Mérida. «Su memoria y fama fué grande, dice Mariana, aunque ni agradable ni honrosa.»

Lo que resulta claro es que Ervigio destruyó toda la obra de Wamba, por no convenir a los grandes ni a muchos altos personajes; fué una «reacción» violentísima, que como todas las reacciones debía producir sus naturales frutos.

**Egica.** El día antes de su fallecimiento había abdicado Ervigio en favor de su yerno Egica, primo de Wamba, que no esperaba otra cosa para llevar a cabo la obra de reparación que aspiraba realizar desde hacía largo tiempo y para cuya realización había aceptado la mano de Cigilona.

© Biblioteca Nacional de España

«Vióse en este rey, dice con sentenciosa gravedad el P. Mariana, como la memoria del agravio dura más y es más poderosa que la del beneficio, ca luego a los principios de su reinado dió muestra el rey Egica del odio que tenía concebido en su pecho contra su suegro, repudiando a su mujer Cigilona en venganza de su padre, dado que tenía un hijo llamado Witiza. No falta quien diga que lo hizo a persuasión de Wamba, el cual asimismo debajo de muestra de piedad tenía encubierto el deseo de venganza y el aborrecimiento contra Ervigio hasta lo postrero de su edad.»

Poco después de ascender al trono convocó Egica un concilio, para que los Padres le sacaran de dudas respecto a un caso de conciencia. Presidía también San Julián, y asistían a él 77 obispos y abades y 17 condes palatinos.

El caso era éste: al casarse con Cigilona, habíale hecho jurar Ervigio que defendería a los hermanos de aquélla; pero también había jurado, al ser ungido rey, que haría justicia por igual a todos sus súbditos. Ahora bien: la familia de Ervigio se había apoderado de los bienes de gran número de amigos de Wamba, y era una iniquidad que gozasen de ellos mientras los desposeídos se veían lanzados a la miseria.

¿Cuál de los dos juramentos tenía más fuerza?

El Concilio resolvió que debía prevalecer el segundo, y esto era lo que deseaba Egica. Volviéronse las tornas, y esta vez fueron los ervigistas los que sufrieron destierros, confiscaciones y castigos; todo ello muy puesto en razón. Era lógico que a la reacción de Ervigio sucediera un cambio que volviera a poner las cosas en su puesto.

Fueron desterrados los hermanos de Cigilona y sufrieron grandes persecuciones muchos nobles, todo lo cual había de concitarle odios, que Egica estaba dispuesto a afrontar.



© Biblioteca Nacional de España

**La conjuración de Sisberto.**

Reinaba Egica muy a gusto de su pueblo cuando a los cinco años de ocupar el trono descubrióse una formidable conjuración para matarle.

Hallábase al frente del complot el propio metropolitano de Sevilla, Sisberto, sucesor de San Julián. Era de noble linaje y había abrazado la carrera eclesiástica arrastrado por la ambición de poder ocupar un día la silla de San Ildefonso, que era ser más que el Rey.

De la soberbia y altanería de Sisberto da testimonio el hecho de haberse vestido «la casulla que del cielo se trajo a San Ildefonso, la cual hasta entonces sus predecesores, por reverencia, nunca habían tocado».

Descubierta la conspiración, resultó que figuraban en ella gran número de elevados personajes, entre ellos la reina Liubigitona, viuda de Ervigio, y sus hijos.

Reunido el Concilio XVI de Toledo, Sisberto fué depuesto de su silla y desterrado, sucediéndole Félix, que lo había sido anteriormente de Sevilla (693).

**La conspiración de los judíos.**

Al año siguiente hubo que convocar otro concilio, con motivo de otra conspiración, pero esta vez no era de la grandeza, sino de los judíos, los cuales «uniéndose con los de África habían fraguado una general traición contra los cristianos», como constaba de los informes y confesiones recogidos.

El Concilio no se anduvo en contemplaciones, sino que, indudablemente, se excedió en las medidas decretadas: en virtud del octavo canon promulgado, en efecto, se declaraba «que todos los judíos se diesen por esclavos, y para que con la pobreza sintiesen más el trabajo, que todos sus bienes les fuesen confiscados; demás desto, que les quitasen los hijos luego que llegasen a la edad de siete años y los entregasen a cristianos que los criasen y amaestrasen».

Deseoso Egica de afirmar la corona en las sienes de

© Biblioteca Nacional de España

su hijo Witiza, asociólo a su reino y le confió el de Galicia, a cuyo trono subió en 697, con residencia en Tuy.

A Egica cupo la gloria de completar y publicar en su forma definitiva el famoso Código llamado el *Fuero Juzgo*. Falleció en 701.

**Witiza.** Este reinado, y el que le sigue, últimos de los visigodos, son de difícil explicación por los juicios absolutamente contradictorios que de ellos dejaron los historiadores, influídos por la más desbordada pasión política, y sobre todo, a causa de la carencia de las actas del Concilio XVIII, celebrado al año de subir al trono el hijo de Egica y Cigilona.

Sería ocioso, en un libro como el presente, dar a conocer las numerosas encontradísimas versiones que se han dado sobre Witiza, por lo cual nos limitaremos a decir que los más ilustres historiadores modernos se inclinan a creer que no fué un mal rey, ni mucho menos.

Gracias, en efecto, a los trabajos de Dozy, Fernández Guerra, Fernández y González y D. Eduardo Saavedra, se sabe que en cuanto subió Witiza al trono procuró apaciguar los ánimos y atraerse la estimación de todos; con este objeto comenzó por conceder amplia amnistía a los que habían sido desterrados por su padre y tomado parte en las conspiraciones.

Consta igualmente que procuró dulcificar la situación de los judíos, aunque con ello despertara el enojo de los que habían aplaudido las terribles medidas dictadas por el Concilio XVIII, por lo cual los cronistas eclesiásticos le calificaron, en lo venidero, de impío, hereje y cismático.

No ha resultado cierto que hubiese desorganizado el ejército, ni convertido las espadas en arados, ni derribado muros y fortalezas.

Lo cierto es que, con la mira de que le sucedieran en el trono sus hijos, los asoció a su reinado, como habían hecho otros, lo cual fué origen de numerosas cons-

© Biblioteca Nacional de España

piraciones, terriblemente castigadas, y así fué cómo se impuso la pena de ceguera al duque de Córdoba, Teodofredo, y fueron desterrados varios elevados personajes.

Queda lo de ser lujurioso; «bravo y lascivo como caballo y mulo a quien falta el entendimiento, vino a tener muchas mujeres y gran número de concubinas», dice un cronicón del siglo IX, pero como observa discretamente un historiador moderno, tales vicios eran «propios de los visigodos y de aquella sociedad gastada y decrépita».

Aunque no pocos autores afirman que Witiza murió asesinado, no resulta así, como tampoco que fuera lanzado del trono por una insurrección, sino que falleció de muerte natural, en 709, al cabo de ocho años de reinado, muy agitado, sin duda, pues la decadencia de los sucesores de Alarico había llegado ya al último extremo.

**Rodrigo.** Había dejado Witiza tres hijos, Rómulo, o Achila, Olmundo y Ardabasto, pero no llegaron a reinar. Enseñoreóse de toda España la más espantosa anarquía; la guerra civil era el estallido de las más desapoderadas ambiciones, la universal disgregación. Achila, o Rómulo, el mayor de los hijos de Witiza, se proclamaba rey en Tarragona y Narbona, donde hacía acuñar moneda; la reina y sus otros dos hijos se trasladaban a Galicia para levantar el país; y así transcurrió un año (710), aunque otros dicen que dos (711) en que cierto noble llamado Ruderig (Rodrigo), duque de la Bética, ocupó el trono, apoyado por parte de la grandeza y del pueblo.

Bien poco puede decirse con certeza del llamado don Rodrigo, con ser tan famosa su memoria. Algunos le consideran como un simple aventurero, un rebelde; lo que sí se puede asegurar es que no era de sangre real.

Resuelto a conquistar el trono, fué al encuentro de un capitán witicista llamado Rechesindo a quien derrotó

© Biblioteca Nacional de España

en las cercanías de Badajoz, y aun se sabe que el susodicho caudillo perdió allí la vida. Los hijos de Witiza, resueltos a que se hundiera todo antes que tolerar al usurpador, se fueron a África, con las más negras intenciones.

Hay que prescindir por completo de cuanto dicen los antiguos historiadores para atenerse a lo que, después de un inmenso trabajo de depuración, ha dejado afirmado D. Eduardo Saavedra en su admirable estudio sobre la *Invasión de los árabes,* así como a lo que han escrito los Sres. Fernández y González, Codera, Dozy, etcétera, basados en los más fehacientes documentos arábigos y españoles.

Según el Sr. Fernández y González, al ser elegido Rodrigo, quiso atraerse a los hijos de Witiza indemnizándoles con ricos feudos de varios pueblos y ciudades, lo cual explica que al llegar la invasión árabe les reclamara su ayuda con sus mesnadas.

También sostiene el citado autor que el famoso conde Don Julián, gobernador de Ceuta por el emperador de Constantinopla, no era griego, sino visigodo; en cambio el Sr. Codera le hace bereber, de la cabila de Gomara, y dice que su verdadero nombre era Urbán u Olbán. Otros, en fin, niegan que D. Julián u Olbán fuese conde, sino que era un simple tratante en caballos y aves de cetrería, proveedor de Witiza; exageración evidente.

Todo indica, en efecto, que D. Julián era el gobernador de Ceuta, la cual plaza defendía con la mayor obstinación contra los árabes, gracias a los esfuerzos y socorros que Witiza le enviaba de continuo.

Fallecido el rey, su protector, y sin duda fatigado de tan prolongado sitio, acabó D. Julián por concertar un onvenio con Tarik, luga rteniente de Muza, en virtud del cual quedaba autorizado para hacer correrías por nuestras costas andaluzas, vacante el trono y en plena anarquía toda España. El conde de Ceuta cruzó el Es-

© Biblioteca Nacional de España

trecho (709) y razzió el término de Algeciras, regresando a la antigua Abila con cuantioso botín y no pocos cautivos.

Al poco tiempo, juntos el conde Julián y Tarik Abu Zara, desembarcaban en Tarifa y regresaban a Ceuta cargados también de despojos.

Ya por entonces se hallaban en África los hijos de Witiza, y se vieron con Julián para proponerle su restauración en el trono de Recaredo, mediante su auxilio. El griego, visigodo, bereber o lo que fuese, se allanó, y les envió a que se entendieran con Muza, que se hallaba a la sazón en Kernan.

Muza, oídas las proposiciones, se allanó a lo solicitado, y así fué cómo puestos Tarik y Julián a la cabeza de 12,000 árabes y bereberes desembarcaban en España, para conquistarla, el martes 28 de Abril de 711. Decimos para «conquistarla» y no para restaurar en el trono a los hijos de Witiza.

Julián no había perdido el tiempo; se ve que debía ser hombre de cuidado, lo cual nos inclina a creer en su ascendencia griega. Los francos no cesaban de porfiar por *anexionarse* la Galia Gótica, y aunque se carece de datos consta que en tiempo de Egica hubo terribles guerras con ellos, en las que no llevó la mejor parte. Julián, pues, envió a decir a los francos que podían, sin cuidado, atacar a los visigodos de Narbona. Los francos, con grande arrojo, les atacaron y aun amenazaron con invadir a Navarra.

Ante el peligro, el rey Rodrigo se apresuró a acudir, y estando en ello, llegado a su noticia el desembarco de Tarik y Julián en Andalucía y sus fortificaciones en Gibraltar, ordenó partiera contra ellos a un sobrino suyo llamado Sancho, Bancho, Bencio, o Iñigo, que todos estos nombres le dan las historias. Sancho trató de arrojar de Gibraltar a los invasores, pero no lo consiguió, y pereció en la contienda.

© Biblioteca Nacional de España

Entonces Rodrigo pensó que interesaba más repeler a Tarik que a los francos, y marchó a Andalucía. A llegar a Córdoba se puso a sus órdenes una turba, mejor que ejército, capitaneada por un tal Sisberto, a quien algunos suponen hermano de Witiza.

**La batalla de Barbate.**

El rey Rodrigo llegó a Medinasidonia y acampó cerca de la actual aldea de Casas Viejas, en la llanura del Barbate, entre dicha ciudad y Vejer de la Frontera, donde se halla la laguna de la Janda, cuyo emisario es el río Barbate. Había allí una población llamada *Beca*, que después algunos escribieron *Leca*, y de ahí llamar *Guadalete* al río Beca, o Guadabeca, hoy Barbate.

Jefe árabe

Sabedores de la presencia de Rodrigo en la llanura del Barbate, marcharon contra él Tarik y Julián al frente de 25,000 hombres, apoyando uno de sus flancos en la laguna de Janda.

«La batalla, dice Ortega y Rubio, duró desde el domingo 19 al 21 de Julio de 711, y en ello están conformes todos los historiadores árabes. Nadie pone en duda que Oppas, arzobispo de Sevilla y hermano de Witiza, se encontraba entre los de Rodrigo, como también es cosa admitida y corriente que, amparado de su sagrado ministerio y so color de emplearlo en beneficio de la paz,

© Biblioteca Nacional de España

se dirigió al campo enemigo, concertando con Julián la defección de Sisberto, que mandaba el ala derecha del ejército cristiano. La traición de Sisberto con los suyos decidió el combate; pero no sin luchar todavía el valeroso Rodrigo, quien mandó atacar principalmente a los tránsfugas, muriendo en la encarnizada lucha el mismo Sisberto. Tarik, al frente de sus negros, decidió la batalla, huyendo los visigodos en desordenada fuga por las alturas de la cuenca del Barbate.

Desde entonces — escriben la mayor parte de los historiadores — la España cristiana, débil y triste, se vió arrastrada por los árabes como la nave sin piloto es arrastrada por furioso huracán.»

**Sigue la lucha.**

No fué decisiva la batalla del Barbate (y no del Guadalete), ni halló la tumba en sus aguas D. Rodrigo, supuesto que poco después Tarik y Julián se encontraban con un fuerte contingente de hispano-godos en los llanos de Sevilla. Era inútil, sin embargo, toda resistencia, pues los dos generales pusieron sitio a Écija, que resistió más de un mes, hasta que la tomaron. Tarik cruzó luego el Guadalquivir por la Barca de Mengibar, traspuso Sierra Morena, saqueó varios pueblos y por fin entró triunfador en la capital de la monarquía, Toledo. Huyeron los moradores, pero el victorioso caudillo bereber les fué al alcance y no paró hasta Alcalá de Henares.

Por su parte, su lugarteniente Moguest, que había quedado en Écija, se puso en marcha sobre Córdoba, y poco después caía en su poder la futura corte de los Califas de Occidente.

Resistían todavía los lusitanos, muy adictos a Rodrigo, y no fiando Tarik en su escaso número de tropas (ya hemos dicho que no pasaban de 12,000 hombres), pidió refuerzos a Muza, que tenía su capital en Tánger. Pero Muza, celoso seguramente del prestigio que en breve tiempo había alcanzado Tarik no quiso poner

© Biblioteca Nacional de España

los ejércitos al mando de éste, sino que se embarcó, con 18,000 hombres, para tomar el mando en jefe, en compañía del traidor Julián. Saltó en tierra en Algeciras, y en poco tiempo se apoderaba de Medina Sidonia y de Sevilla, hecho lo cual se dirigió a Mérida — capital de Lusitania, — que no tardó en capitular (30 de Junio de 713).

Así las cosas, estalló en Sevilla una insurrección contra los nuevos dominadores. Muza, inquieto, se apresuró a enviar tropas, que puso al mando de su hijo Abdel Aziz, y el joven general logró sofocar sin grande esfuerzo el alzamiento, para ocupar luego Niebla, Beja y Osonoba.

Soldado árabe (siglo VIII)

Crecía, a todo esto, el odio de Muza, gobernador de África y personaje de gran cuenta, hacia Tarik, liberto berberisco, y tuerto como Aníbal. No le perdonaba la gloria que había adquirido en sus rápidas conquistas, y así en cuanto se vió con él, cerca de Almaraz, le habló en los más desabridos términos, «porque le achacaba Muza que no había obedecido a sus mandatos ni seguido su orden; que la victoria fué acaso, y no conforme a buen gobierno de guerra; achaques y cargos que al vulgo y gente de guerra no parecía bien... demás que todos sabían el mal talante y ánimo de Muza».

El gobernador de África y Tarik siguieron hasta Toledo, y una vez en la corte visigoda «tomaron cuentas a Tarik, así de lo que gastara en la guerra como de los despojos y tesoros ganados en ella. Disimulaba él toda esta acedía y mal tratamiento, y con servir y regalar a su contrario procuraba aplacar el ánimo y la saña de aquel viejo».



© Biblioteca Nacional de España

Prosiguió Muza su camino, sin Tarik, hacia Salamanca, en busca de Rodrigo, que con sus leales se había guarecido en la Sierra de Francia. El visigodo en lugar de esperar quiso aventurar batalla, y saliendo por el puerto de la Rinconada, en el pueblo llamado hoy Segoyuelo de los Coscajos, no lejos de Tamames, chocó con las fuerzas árabes que mandaba otro hijo de Muza llamado Mernan (13 de Septiembre de 713).

La batalla fué encarnizadísima, y allí cayó sin vida el último rey de los visigodos, siendo legendario cuanto se ha dicho sobre el paradero de sus restos.

Muerto Rodrigo, Muza proclamó como soberano de España a su amo y señor Walid, califa de Damasco. Se recompensó su traición a los hijos de Witiza otorgándoles grandes honores y devolviéndoles los bienes confiscados. Sábese que Rómulo o Achila se estableció en Toledo, Olmundo, en Sevilla, y Ardabas o Ardabasto, en Córdoba. Al famoso arzobispo D. Oppas se le dió la silla de Toledo.

Prosiguiendo Muza la conquista de España, bien poco dificultosa, invadió Aragón y se apoderó de Zaragoza (primavera de 714), después de lo cual pasó a Castilla la Vieja. Sólo halló resistencia en un castillo entre Villalón y Rioseco, donde hoy se levanta Villabaruz, y asaltado aquel punto continuó el viejo guerrero en dirección a Asturias.

Tarik, a su vez, vuelto a la gracia de Muza, se dirigió a Astorga, desde Zaragoza, y así las cosas llegó a los reales del general en jefe una orden de Walid para que se presentasen él y Tarik en Damasco, al objeto de residenciarles a ambos. Obedecieron, y fuéronse allá, acompañados de Julián, llegando a la capital del califato de Oriente a primeros de Enero de 715.

Los cargos eran terribles; acusábase a Muza de concusionario y aun de defraudador de los fondos que pertenecían al Califa; Walid, en su enojo, quería condenarle

© Biblioteca Nacional de España

Elección de Wamba

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

a muerte, pero se consiguió disuadirle y en su lugar se contentó con confiscarle todos los bienes al que había conquistado para él un reino.

El conde Julián — pretendido padre de una fantástica Florinda, alias la *Cava* — se estableció en Córdoba, y se marchó después a Damasco. Tuvo un hijo llamado Balacayas, que renegó de la fe católica y se hizo musulmán.

«Algunos cronistas y no pocos historiadores, dice el Sr. Ortega y Rubio, lanzan, sin atenuación alguna, la nota de traidores sobre los hijos y los hermanos de Witiza, y ocurre, a quien imparcial y serenamente estudie sucesos y compare épocas, preguntar: ¿Fué menos traidor Rodrigo, que arrojó del trono a Witiza? ¿Fueron menos traidores, como escribe el Sr. Pérez Pujol, Sisenando, que usurpó la corona con ayuda de los francos, y Atanagildo, que para quitársela a Agila cedió una parte de España a los imperiales? ¿Fueron más leales los asesinos de Liuva II, de Agila, de Teudis, de Teudiselo, de Teodorico, de Turismundo, y del mismo Ataulfo? ¿No traían ya fama de pérfidos los godos del tiempo de Salviano?

»Para contestar con probabilidad de acierto a estas preguntas hay que tener en cuenta la inmoralidad de los reyes, la ambición y el relajamiento del clero, la disciplina militar desbaratada, la enemistad de los godos con los iberorromanos y de los iberorromanos con los godos, la corrupción del pueblo, la miseria y las livianas costumbres de todas las clases de la sociedad.

»¿Podían resistir los godos el empuje de los aguerridos agarenos? La monarquía visigoda, fundada por la espada, se hallaba sin virilidad ni fuerza, y aquel pueblo, criado en la vida errante de las selvas, había caído en la afeminación y la molicie, buscando remedio en el suicidio a sus penas y dolores. Enfrente de un pueblo

© Biblioteca Nacional de España

viejo, fraccionado y débil, se hallaba otro joven, unido y vigoroso. Enfrente de unos hombres descreidos y sin fe, otros que esperaban placeres sin cuento en el Paraíso. Por último, los judíos, vejados y oprimidos, y sobre los cuales pesaban los terribles cánones de los Concilios, buscaban ocasión, como ya lo intentaron más de una vez, para vengarse de sus tiranos.»

---

© Biblioteca Nacional de España

# PARTE TERCERA

# LA CULTURA HISPANO-VISIGÓTICA

## CAPÍTULO PRIMERO

## ORGANIZACIÓN DE LA MONARQUÍA

ORGANIZACIÓN SOCIAL. — LAS CLASES SOCIALES. — ORGANIZACIÓN POLÍTICA. — EL ARRIANISMO. — LA IGLESIA.

**Organización social.** Dijimos ya que los godos se habían apropiado las dos terceras partes de los predios, dejando el resto para sus primitivos propietarios. Apoderáronse también de la mitad de las casas de las ciudades, pero no siempre sucedió así, pues en ocasiones la expoliación fué completa.

Quedaban exceptuados del reparto los pastos y los

© Biblioteca Nacional de España

bosques, pero siempre con privilegios para el visigodo: si un propietario hispanorromano enviaba al prado o al monte cien cabezas de ganado, el propietario visigodo podía enviar trescientas, de manera que, aun siendo común el aprovechamiento, resultaba favorecido siempre el dominador.

La propiedad se dividía, en consecuencia, en tres clases: la *alodial*, o señorial; la *beneficiaria*, cedida graciosamente por el señor, y la *tributaria*, que corresponde a lo que llamamos hoy arrendamiento.

**Las clases sociales.**

La monarquía era electiva, pero no todos eran elegibles, estando limitado el número de éstos a un centenar de próceres: los diez duques de las provincias de Tarragona, Cartagena, Sevilla, Toledo, Córdoba, Mérida, Tuy, Braga, Tánger y Narbona, y noventa condes que regían las ciudades cabezas de distrito. Podríamos decir que los duques venían a ser como los capitanes generales, y los condes como los corregidores. Era tan elevada la dignidad de duque, que el que lo era podía acuñar moneda, de donde que se llamasen *ducados* los escudos.

Además de los condes corregidores, había otros que eran condes palatinos: de ahí que hubiera el conde del Establo (después *Condestable*), el conde de la Cámara, el conde de los Notarios, el conde del Patrimonio, etc. También había condes con cargos militares, como los *catafractarios, los clibanarios, los sagitarios, los tiufados*, etc., todo ello a imitación de los bizantinos.

El rey era el primero entre todos los nobles, con poder absoluto e ilimitado, y su persona era sagrada e inviolable, en teoría, pues ya hemos visto con cuánta frecuencia eran asesinados. El monarca asociaba, a veces, a su reino, como los emperadores romanos, a un colega, generalmente el hijo, confiándose a éste alguna provincia, como tal rey.

Con el nombre de *Oficio Palatino*, funcionaba una

© Biblioteca Nacional de España

especie de Consejo Real, aunque puramente consultivo, pero no legislativo ni ejecutivo.

La sociedad se dividía en muchas clases: ante todo, había la diferencia entre *libres* y *siervos:* los primeros se subdividían en *ingenuos* y *libertinos;* los segundos, en *idóneos* y *viles.*

Formaban la clase de los ingenuos: 1.º, los *nobles* (*primates, optimates, majores personæ*); 2.º, los *mediocres* (*honestiores*); 3.º, los *humiliores* (*infimæ personæ*). Los primates poseían lo que menos 10,000 sueldos; los *mediocres,* 1,000, como minimum; los *humiliores* no llegaban a ser dueños de la cantidad últimamente dicha. Pertenecían a esta clase humilde los *bucelarios* (de *bucca,* boca), que eran criados mantenidos por el señor; los *mercenarios* o jornaleros; por fin, los que ejercían oficios mecánicos; los *precaristas,* que arrendaban algunas tierras mediante el diezmo de la cosecha de los viñedos y sembrados; los manumitidos y los libertos. Estos libertos eran antiguos siervos, declarados libres por manumisión, por disposición testamentaria, por declaración ante el rey o por anuncio del obispo en su iglesia.

Eran siervos los hijos de padre y de madre esclavos, o siervos, el prisionero de guerra, el insolvente por deudas, el que voluntariamente renunciaba a su libertad y el liberto a quien su antiguo señor revocaba la carta de manumisión.

Los siervos idóneos podían transmitir sus bienes a los hijos, pero no los viles. Otra diferencia consistía en que al ingenuo que cometía adulterio con una sierva idónea en casa de su dueño se le castigaba con cien azotes, mientras si lo hacía con una sierva vil la pena era sólo de cincuenta.

Los *primates* u *optimates* que desempeñaban cargos palatinos constituían una especie de Senado; los palaciegos más linajudos formaban la clase de los *gardingos*

© Biblioteca Nacional de España

o guardias de corps. Los funcionarios civiles eran llamados *senatores civitatum.*

En realidad no había más personas *sui juris* que el rey y los primates, los cuales eran también casi los únicos propietarios; de ahí la continua hostilidad entre el rey y los nobles, y la formación de dos partidos: el *realista* y el *nobiliario,* a los cuales se afiliaban en ocasiones los obispos, los mediocres y los humiliores.

Los siervos eran enemigos así del rey como de los nobles, y lo mismo los judíos; unos y otros sólo pensaban en sacudir el yugo en que se les tenía, y de ahí que conspirasen, cuando llegó ocasión, para que los árabes invadieran y conquistasen la península.

Pero había aún otros enemigos de los visigodos, y eran los cántabros y los vascos, quienes, como hemos visto, saludaban con una rebelión cada nuevo advenimiento al trono.

**Organización política.**

El rey ejercía el *poder legislativo,* pero con el concurso de los grandes, primero de las asambleas generales y después en los concilios.

La *justicia* era administrada, en nombre del rey, por los magistrados de su nombramiento. En un principio regía el *Código de Eurico* para los visigodos y el *Breviario de Alarico II* para los hispanorromanos, pero desde Chindasvinto sólo hubo un código para las dos razas. Los jueces tenían *vicarios* para administrar justicia como delegados. Los ejecutores de las sentencias se llamaban *sayones* y los escribientes *tabeliones,* nombre que se dió después a los notarios.

Por encima del clero y de la nobleza estaba el rey, como *Padre de los pobres* y desamparados, y en este concepto más de una vez tuvo que ir contra el clero y la nobleza; pero ya se dieron éstos buena maña para zafarse de responsabilidades, y así fué cómo en el Concilio XIII de Toledo se le hizo firmar a Ervigio un decreto disponiendo que «no podía ser depuesto de

© Biblioteca Nacional de España

su honor, ni privado de su hacienda, ni puesto a cuestión de tormento, ni encarcelado, ni castigado a azotes ningún obispo ni prócer sin que fuera juzgado en asamblea de eclesiásticos y de señores.»

Séanos permitido, con tal motivo, reivindicar para España el honor, si lo es, de haber establecido el jurado antes que en Inglaterra, por más que hoy en día sea una imitación necesitada de profundas y radicalísimas reformas.

El rey de los visigodos era el jefe del *ejército*. Eran soldados, por obligación, todos los hombres libres. Los grados eran, de arriba abajo, *duque, conde, vicario, milenario, quingentenario, centurión, decurión*, que con facilidad resultan equivalentes a teniente general, mariscal de campo, brigadier, coronel, comandante, capitán y teniente. Había guarnición y depósitos de víveres y municiones en las ciudades y castillos. Los hispanorromanos formaban cuerpos separados de los visigodos, hasta que en tiempo de Alarico II (506) formaron bajo las mismas banderas. Las tropas no recibían sueldo, sino que se atendía simplemente a su manutención durante la guerra, pero el botín suplía a la soldada.

**Legislación.** La monarquía visigótica no fué avara en leyes, pues las había sobre multitud de asuntos: orden público, medicina, cría de abejas y de cerdos, aprovechamiento de aguas, conservación de los montes, vías de comunicación, viáticos para los empleados del Estado y del municipio, beneficencia, y demás.

**El municipio.** Recibía el nombre de *Senado* y formaban parte de él los vecinos más honorables y acomodados, los cuales realizaban, a sus expensas, obras de utilidad y embellecimiento en la urbe; había, además, los curiales u oidores (*quinqueviros, duunviros, decenviros*), pero se cree fueron suprimidos en tiempo de Alarico II.



© Biblioteca Nacional de España

Los recaudadores de contribuciones se encargaban de hacer efectivos los impuestos así del rey como del Estado y del municipio, y se llamaban tabularios. Los distintos ingresos consistían en: contribución territorial; capitación, que sólo pagaban los colonos; arrendamiento de portazgos; contribución de comercio; contribución de los judíos; contribuciones de guerra; multas; confiscaciones; productos de las fincas heredadas por la corona del fisco romano; acuñación de moneda, a la cual tenían derecho las ciudades de Toledo, Sevilla, Córdoba, Mérida, Zaragoza, Tarragona. Barcelona, Braga, Coimbra, Salamanca y alguna otra.

**El arrianismo.**

Por las grandes luchas religiosas a que dió lugar la herejía arriana, creemos oportuno decir algunas palabras sobre el particular. Arrio, su fautor, había nacido en Alejandría y vivió entre 256 y 336. En su juventud abrazó la herejía de Melecio, pero después se retractó, y fué ordenado de presbítero por el patriarca de Alejandría, hecho lo cual volvió de nuevo a caer en la herejía, combatiendo la divinidad de Jesucristo, la Trinidad y la consubstancialidad del Padre con el Hijo. Decían los arrianos que, de ser el Hijo igual al Padre, con igual esencia perfecta, habría dos Dioses. Arrio, en consecuencia, sostenía que el Hijo no es eterno, sino criatura. Sea como fuere, esta herejía tuvo muchos adeptos y encontró el apoyo de no pocos obispos, entre ellos Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia. El emperador Constantino trató de poner paz entre ambos bandos y convocó un Concilio en Nicea (325), del cual salió la condenación, por más de 300 obispos, de la herejía arriana, y el decreto mandando entregar al fuego sus escritos. Arrió fué desterrado, pero fué puesto luego en libertad (328).

A la muerte de Constantino el cristianismo quedaba profundamente dividido en dos partes: en Oriente

© Biblioteca Nacional de España

predominó el arrianismo; en Occidente, la ortodoxia, según el *Símbolo de Nicea*. Como ocurre siempre en las herejías, del arrianismo surgieron otras sectas: los *anomeos*, los *semiarrianos*, etc. El arrianismo adquirió tal pujanza, que Constancio lo impuso como religión única a todo su imperio (359); la lucha prosiguió hasta el reinado de Teodosio el Grande, que hizo triunfar el catolicismo, y trató como rebeldes a los arrianos, siendo saqueadas sus iglesias.

El arrianismo, ya muy decaído, adquirió de pronto grande empuje bajo la invasión de los bárbaros, todos los cuales se declararon arrianos, menos los francos; y de ahí que la secta dominara por bastante tiempo en Italia, con Teodorico, y en África con Genserico.

Cupo la triste suerte de introducir el arrianismo en España a los vándalos, suevos y alanos, en la invasión de 409, y sobre todo a los visigodos, en 419, con Teodorico. Al subir al trono Teodoredo, protegió cuanto pudo a los ortodoxos hispanorromanos, pero de nada sirvió, pues Eurico volvió a imponer el arrianismo como religión del Estado. El fanatismo de Eurico le hizo perseguidor de los católicos de la Galia Narbonense, hasta el punto de mandar fuesen cerrados sus templos; persecución continuada luego, con mayor furor aún, por Alarico, que trató desapiadadamente a los fieles. Vencido Alarico por Clodoveo, los galorromanos expulsaron de la Septimania a los arrianos, los cuales volvieron a levantar cabeza con Amalarico. Con todo, el catolicismo adquiría cada día mayor fuerza, sin que valieran las persecuciones de Leovigildo, hasta que bajo el gran Recaredo triunfó ya para siempre. Los arrianos, llenos de odio, conspiraron repetidas veces contra Recaredo, aunque por fortuna fueron descubiertas siempre las conjuras, y fué en vano que en 610 intentara Witerico dar nuevo aliento a la herejía, definitivamente extirpada.

© Biblioteca Nacional de España

Bien puede decirse que la lucha entre católicos y arrianos constituye toda la historia de España durante el período visigótico; por su causa hubo luchas entre visigodos y francos, contiendas civiles, entre Leovigildo y su hijo Hermenegildo, y aun, según algunos, por esta lucha llamaron los hijos de Witiza a los musulmanes.

Sea como fuere, toda la cultura era exclusiva del catolicismo; los arrianos eran ignorantes en extremo, sin tener una sola figura que valga la pena de ser citada, mientras en el episcopado católico brillaban San Leandro, San Isidoro, San Julián, San Braulio, San Eugenio, San Ildefonso, Tajón y tantos otros, dignos sucesores de los Orosios y Prudencios.

Es de notar el corto número de heresiarcas que hubo entre los españoles. Hablamos ya de la escasa importancia que tuvieron las herejías de Prisciliano y de los Avitos; no la alcanzó mayor la en que incurrió un obispo de Málaga, de todo punto materialista, brillantemente refutada por Liciniano. En cambio, según se desprende de los admirables trabajos del Sr. Menéndez y Pelayo, entre el vulgo abundaban las más groseras supersticiones y la creencia en las artes mágicas, y lo que es más interesante, persistía aún en muchas partes, todavía, el paganismo, tanto que aun al llegar la invasión de los árabes había no pocos gentiles.

**La Iglesia.** Había seis arzobispados: el de la Septimania, con la sede en Narbona; el de la Bética, en Sevilla; el de Lusitania, en Mérida; el de Galicia, en Braga, y después en Lugo; el de la Cartaginense, en Toledo, y el de la Tarraconense, en Tarragona.

Cada arzobispado se dividía en obispados. La categoría de obispo era igual a la de duque, y los prelados disfrutaban de grandes rentas y poseían extensas propiedades. Eran asimismo muy importantes los monasterios.

© Biblioteca Nacional de España

La elección de los obispos, que en un principio era de origen popular, pasó luego a ser privilegio de los reyes, previa presentación por el arzobispo de Toledo, a quien se le dió carácter de primado, no sin protesta del arzobispado de Tarragona, considerado como continuación del de Narbona. Una vez nombrado el obispo por el rey, el primado de Toledo confirmaba la designación. La influencia fué aumentando progresivamente, sobre todo desde la conversión de Recaredo; elegidos los reyes por la asamblea de grandes y prelados, podía decirse que estos últimos eran los árbitros, y de ahí una doble consecuencia: que lo mismo los nobles que los obispos se negasen o cuando menos se opusiesen a que la corona fuese hereditaria, como deseaban los reyes y el pueblo, y que los nobles procurasen estar en las mejores relaciones con los obispos, para alcanzar sus votos.

Por debajo de los obispos, residentes en las ciudades, se hallaban los coepíscopos o vicarios, los cuales gobernaban las iglesias de las villas y lugares, atendían a los pobres y tenían facultad para conferir órdenes mayores de diáconos y presbíteros y órdenes menores. Por debajo de los coepíscopos se hallaban los párrocos, que tenían por misión decir la misa y predicar. Los diáconos cuidaban de la parte económica y servían la misa; entre ellos había los llamados *custodios*, que tenían a su cargo el depósito de los ornamentos.

Los clérigos menores estaban distribuídos en varias clases: lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y ostiarios. Era jefe de los exorcistas el arcipreste; de los acólitos, el arcediano, y de los ostiarios, el primicerio.

Había en cada diócesis episcopal la catedral o iglesia matriz, a cuyo servicio estaban presbíteros y diáconos; todos vivían en común con el obispo; cantaban, reunidos, vísperas los sábados y asistían, también juntos, al oficio los domingos.

© Biblioteca Nacional de España

Los que aspiraban al sacerdocio seguían sus estudios en las escuelas episcopales, instaladas en el atrio del palacio, o bien en los monasterios. La enseñanza duraba cuatro años y comprendía no solamente las ciencias eclesiásticas, sino también las letras profanas. A los diez y ocho años se decidía su vocación; en caso de perseverar en ella, estudiaban dos años más, al cabo de este tiempo eran ordenados de subdiáconos; llegados a los veinticinco años ascendían al diaconado y a los treinta podían ser presbíteros y obispos.

Había adquirido grande incremento, en España como en Francia y otros países católicos, la vida monástica, que llegó a su más alto grado de esplendor en el siglo VII. Los llamados *monjes* formaban un estado intermedio entre el clero y los seglares, y había cuatro clases: los *cenobitas*, que vivían en comunidad, como los actuales frailes; los *ermitaños*, que moraban en el desierto; los *reclusos*, que vivían en las poblaciones, encerrados en celdas, y los *anacoretas*, que se iban a vivir en las cuevas de los montes.

No se conocen bien las reglas por que se regían en la época de que hablamos, si bien se observaban los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, y se prescribían el trabajo, la oración, la meditación, la frugalidad y el ayuno.

Los monasterios de monjas eran asimismo numerosos.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

# LOS CONCILIOS

CARÁCTER DE LOS CONCILIOS.— EL CONCILIO III DE TOLEDO.— DIVISIÓN ECLESIÁSTICA DE ESPAÑA.

**Carácter de los Concilios**

Durante la dominación visigótica se celebraron 33 concilios, entre los años 516, siendo regente Teodorico, el de Italia, y 701, bajo Witiza. Los hubo en Tarragona, Gerona, Toledo, Lérida, Valencia, Braga, Narbona, Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Egara (Tarrasa) y Mérida; diez y ocho de ellos se celebraron en Toledo.

Algunos autores, como Cenni, el insigne P. Flórez, Sempere y Guarinos y otros han querido sostener la opinión de que esas asambleas fueron estrictamente religiosas, pero la mayoría de los historiadores opinan que, cuando menos, los concilios de Toledo fueron verdaderas asambleas político-eclesiásticas, distinguiéndose en este particular Martínez Marina en su *Teoría de las Cortes*, y, en efecto, todo indica que lo eran.

«Oficiales de palacio, dice Jovellanos, grandes y señores de la corte, obispos y prelados eclesiásticos, presididos del Príncipe, se juntaban frecuentemente en

© Biblioteca Nacional de España

unas asambleas *que eran a un tiempo cortes y concilios* y en ellas arreglaban los negocios relativos al gobierno de la Iglesia y del Estado; examinaban los males necesitados de remedio, y para ocurrir a éstos dictaban y proponían leyes que eran una explicación de la voluntad general, declarada por los principales miembros que representaban la Iglesia y el Estado; unión admirable a la que debió España su seguridad y su reposo en aquellas épocas de confusión y discordia civil; en que los aspirantes al mando o a la tutela de los reyes pupilos o imbéciles ponían al Estado, con sus bandos y pretensiones ambiciosas, a orilla de la ruina. Acudíase entonces a buscar el último remedio en las Cortes, y éstas, atrayendo a unos, amedrentando o refrenando a otros; ya haciendo observar religiosamente las leyes, ya templando su rigor algún tanto, para traer a conciliación los partidos contendientes, conseguían asegurar, con su constante y firme prudencia, la paz y sosiego interior del reino, que eran entonces inasequibles por otros medios.»

**Concilio III de Toledo.**

No hay duda que el primer concilio, en cuanto a importancia, fué el *III de Toledo,* bajo Recaredo, en 589, al cual asistieron 62 entre obispos y señores. En la profesión de fe católica que hizo el rey, se hace constar, como expresión del símbolo constantinopolitano, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Allí abjuraron del arrianismo ocho obispos y cinco grandes. Promulgáronse luego 23 cánones, para reformar las costumbres y la disciplina eclesiástica.

El *Concilio IV* de Toledo se celebró, bajo Sisenando, en 634, reunido en la iglesia de Santa Leocadia, bajo la presidencia del rey. Entre los 75 cánones que en él se promulgaron recordaremos los siguientes:

Haya en España un Misal y un Breviario. Encomendóse este cuidado al insigne San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y fundador de la magna *escuela isidoriana,* pero tomó no poca parte en ello San Leandro.

© Biblioteca Nacional de España

Cuéntese entre los libros canónicos el *Apocalipsis* de San Juan.

Ninguno se ordene de obispo ni de presbítero que no cuente más de 30 años de edad.

Los judíos no deben verse forzados a bautizarse, pero los que lo fueron en tiempo de Sisebuto deben perseverar en la fe que profesaron.

No pueden obtener empleos públicos ni ejercer magistraturas los judíos.

No es lícito apoderarse del reino sino por voto de los grandes y los prelados, y no sea quebrantado el juramento de fidelidad hecho al rey.

No deben los reyes valerse del poder que les ha sido dado para el bien común para hacerse tiranos; el rey debe tratar bien al pueblo y el pueblo debe obedecer a sus príncipes.

Excomunión de Suintila, su mujer, sus hijos y su hermano, por los males que cometieron en tiempo que tuvieron el mando. «Lo que se pretendía con este decreto, dice ingenuamente el grave P. Mariana, y a que todo lo demás se enderezaba, era asegurar en el reino a Sisenando (*al fin y al cabo un usurpador*) y juntamente con esto para lo de adelante dar aviso que ninguno imitase ni se atreviese a hacer locuras semejantes. Decreto en que parece tener alguna muestra de aspereza extender el castigo a los hijos del Rey, a quien debía excusar la inocencia de la edad. Pero fué costumbre de los antiguos, usada de todas las naciones, que a veces los hijos sean castigados por los padres; y esto a propósito por el mucho amor que les tienen enfrente a los que de su particular interés no harían caso.» La teoría, como se ve, es de lo más revolucionario.

Creen algunos que en este concilio se publicó el *Fuero Juzgo,* pero como ya hemos visto, el famoso Código no fué completamente promulgado hasta el reinado de Egica.



© Biblioteca Nacional de España

Poco interés, fuera del aspecto canónico, ofrecen los concilios V y VI (Chintila) y VII (Chindasvinto), pero sí el VIII, convocado por Recesvinto, y en el cual, como ya hemos dicho, se llevó a cabo la unidad política, al derogarse la prohibición de los matrimonios entre hispanorromanos y visigodos, y al disponer que las dos castas se rigieran por el mismo derecho.

El Concilio XI de Toledo, en tiempo de Wamba, fué también importante, aunque no fuese más que por haber renovado el anciano rey la costumbre de convocar aquellas asambleas, interrumpidas desde hacía diez y ocho años. En este concilio se señalaron los límites de las diócesis y se estableció que todos los sacerdotes viviesen según la regla de San Isidoro.

He aquí ahora, a título de curiosidad, la división eclesiástica de España en tiempo de Wamba.

Arzobispado de Toledo: tenía por sufragáneos los obispados de Oreto (cerca de Almagro), Biacia (Baeza), Montesa (Montizón, en términos de Cazorla); Acci (Guadix), Basti (Baeza), Urci (Almería), Bagasta (cerca de Orihuela), Illici (Elche), Setabis (Játiva), Denia, Valencia, Valeria (Valera Quemada), Segobriga (Cabeza de Griego), Arcalica (entre Segobriga y Compluto), Compluto (Alcalá de Henares), Sigüenza, Osma, Segovia y Palencia.

Arzobispado de Sevilla: sufragáneos: Itálica, Medina Sidonia, Niebla, Málaga, Iliberris (Eloria), Écija, Córdoba, Egabro (Cabra), Tucci (Martos).

Arzobispado de Mérida: Beja (Badajoz), Lisboa, Evora, Osonoba (Estombar, Portugal), Idania, Coimbra, Viseo, Lamego, Salamanca, Numancia (Garray), Ávila y Coria.

Arzobispado de Braga: Oporto, Dumio, Tuy, Orense, Padrón, Lugo, Bretonia (entre Lugo y Astorga), Astorga, León.

Arzobispado de Tarragona: Barcelona, Egara (Ta-

© Biblioteca Nacional de España

rrasa), Ampurias, Ausona (Vich), Urgel, Lérida, Ilictosa (desconocida), Tortosa, Zaragoza, Pamplona, Calahorra, Tarazona, Montes de Oca.

Arzobispado de Narbona: Beziers, Agde, Magalona, Nimes, Lodeve, Carcasona, Elna.

Del resto de los concilios sólo diremos que en el último, bajo Egica, se promulgaron severas penas contra los judíos.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

# LOS CÓDIGOS

LOS CÓDIGOS ANTIGUOS. — EL «FUERO JUZGO».

La fuente primitiva de nuestro derecho tuvo su origen bajo la dominación de los godos, desde el siglo v al siglo VIII. Sucesivamente enemigos, aliados, súbditos y destructores del imperio romano, trajeron aquí, y parte de las Galias, donde fundaron su monarquía, sus leyes y costumbres, tan distintas de las leyes y costumbres de Roma, y aunque se habían asimilado algo de la cultura latina y abrazado el cristianismo, conservaban por entero su natural feroz y belicoso, su amor a la independencia y su idolatría por la libertad.

Superpuestos los dos pueblos, los visigodos procuraron atraerse a los hispanorromanos, dejándoles como ya sabemos la tercera parte de los predios y el uso de las leyes romanas. Era un dualismo peligroso, pues no sólo había diferencia de leyes y de derechos, sino también de castas, llamándose godos los vencedores y romanos los vencidos. De ahí la tendencia a favorecer, como ya vimos, la fusión de los dos pueblos, hasta llegar a la unidad.

Los Concilios hicieron luego obra política, se ocuparon en cuestiones de derecho público y de alto gobierno, pero continuaba todavía la doble legislación visigótica

© Biblioteca Nacional de España

y romana, hasta que apareció la compilación de Leovigildo, enriquecida luego por Recaredo, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba y Egica.

**Los Códigos antiguos.**

El primer código promulgado por los godos fué el *de Eurico*, en Tolosa, el año 475. Era obra de varios jurisconsultos romanos, especialmente de Curcio, a quienes se lo encargó el ministro de aquel rey, León de Narbona. Estaba fundado en el derecho visigodo, pero con añadidura de muchos principios del derecho romano. Regía especialmente para los godos, aunque algunas leyes eran aplicables también a los hispanorromanos.

Siguió a este código el llamado *Breviario de Alarico II*, en 506. Estaba basado en los códigos de Gregorio, Hermógenes y Teodosio, en las Novelas de éste, de Valentiniano, Marciano, Mayorano y Severo, y en los trabajos de Papiniano, Paulo y Gayo. Este código se aplicó a la población hispanorromana y tenía por objeto, dicen los señores Marichalar y Manrique «conceder más libertad a los romanos que la que tenían de los emperadores; dar más vida, participación e influencia a las dos clases ínfimas de ingenuos, absolutamente excluídas de toda prerrogativa social y política por el derecho antiguo; otorgar a la inocencia mayores garantías contra la opresión de la clase senatorial; moralizar la corrompida, innoble y afeminada población romana, y arreglar las creencias en la herejía arriana, o al menos acostumbrarlos a no considerar como herejes a los godos».

Tomaron parte en la redacción del *Breviario de Alarico*, el canciller conde Aniano, por lo cual también se le conoce con este nombre, el jurisconsulto Timoteo y el conde palatino Goiarico.

Fueron asimismo reyes legisladores Teudis, Leovigildo, Chindasvinto, Recesvinto y Sisenando. Parte de las leyes anteriormente citadas están incluídas en el *Fuero Juzgo* con el nombre de *Leyes antiguas*.

© Biblioteca Nacional de España

**El «Fuero Juzgo».**

Este glorioso monumento de la legislación española lleva los nombres de *Forum iudicum, Lex Visigothorum, Liber iudiciorum, Liber iudicum,* y no fué traducido al castellano hasta el reinado de San Fernando, con ocasión de haberlo dado por fuero a la antigua capital del Califato de Occidente, Córdoba.

Llámase también *El Fuero de los jueces.* Creen algunos que su verdadero autor fué Recesvinto, en 654, con la colaboración de San Braulio y de los teólogos del VIII Concilio Toledano, pero es indudable que no es todo suyo, pues figuran no pocas leyes anteriores a su reinado.

Contiene 316 leyes antiguas; 18 sin título; 3 de Recaredo; 2 de Sisebuto; 98 de Chindasvinto; 88 de Recesvinto, y una disposición, también de Recesvinto, sobre los judíos. En total, 526 leyes.

Precede al *Fuero Juzgo* un *Título preliminar* que se supone añadido por Ervigio, Egica o Witiza, sobre la elección de los reyes; otros, sin embargo, creen es posterior a la caída de los visigodos.

Ervigio lo revisó en 681, y Egica y Ervigio le aumentaron con algunas leyes.

Desde el punto de vista político es interesantísimo el citado *Título preliminar,* pues establece la siguiente fórmula para la proclamación de los reyes: *Rex ejus eris, si recta facis, si autem non facis, non eris.* (Serás rey si obras con rectitud, pero si no obras así, no lo serás), conminación completamente desconocida entonces en todos los demás países.

Se ha dividido el *Fuero Juzgo* en doce libros, por orden de materias. He aquí un brevísimo resumen de su contenido; citaremos los títulos en romance para mayor claridad:

Libro I. — Se titula *Del facedor de la ley et de las leyes,* y se distingue por la grande elevación de la doctrina respecto a las cualidades que debe poseer el legislador y el carácter que deben tener las leyes.

© Biblioteca Nacional de España

Libro II. — *De los juicios y causas.* Trata de *los jueces et de lo que iudgens,* estableciendo la igualdad ante la ley; de los *compezamientos de los pleytos;* de los *mandadores et de las cosas que mandan;* de *las testimonias et de lo que testimonian;* de los *escriptos que deben valer ó non, e de las mandas de los muertos.*

Libro III. — *De los casamientos et de las nascencias;* el sistema dotal difiere del romano, pues el marido es quien dota a la mujer; del *ordenamiento de las bodas;* de las bodas que no *son fechas lealmiente;* de *las mujeres libres que lievan por fuerza;* de *los adulterios e de los fornicios,* e de los sodomitas; de los departimentos de los casados e de los desposados.

La penalidad es rigurosísima contra los raptores de doncellas y viudas y se faculta a los maridos, padres y hermanos para matar a adúlteros sorprendidos *in fraganti.*

Libro IV. — *Del linaje natural;* trata de los *grados de parentesco, sucesiones, pupilos* y *tutores, expósitos* y *bienes naturales.*

Libro V. — *De las avenencias e de las compras.*

Libro VI. — *De los mal fechos e de las penas e de los tormentos.* Esta parte se resiente de la barbarie de aquellos tiempos, pues se impone la pena del talión, o sea en proporción al daño causado. Entre las *penas e tormentos* se cuentan la muerte en la hoguera y la decalvación, consistente en desollar la frente con un hierro hecho ascua.

Libro VII.— *De los furtos e de los engannos.* Aplicábanse las penas de multa, azotes y mutilación.

Libro VIII. — *De las fuerzas, e de los dannos, e de los quebrantamientos.*

Libro IX. — *De los siervos huidos e de los que tornan.* Por una de las leyes de este libro se obliga a tomar las armas contra el enemigo a cuantos se hallen cerca del lugar del combate, sin excepción de obispos ni clérigos.

© Biblioteca Nacional de España

Libro X. — *De las particiones, e de los tiempos, e de los annos, e de las lindes.*

Libro XI. — *De los físicos e de los mercaderos de ultramar e de los marineros.* Ya veremos lo que reza a propósito de los médicos.

Libro XII. — *De devedar los tuertos e derraigar las sectas e sus dichos.* Trata de la administración de justicia, de los herejes, judíos y demás sectarios, y de los denuestos.

Este famoso código rigió por muchísimo tiempo durante la Reconquista, lo mismo en León que en Castilla, Aragón y Cataluña. Es de notar que el *Fuero Juzgo* no fué nunca generalmente derogado, habiendo sentencias apoyadas en el mismo hasta en tiempo de Carlos III.

La opinión de los jurisconsultos, nacionales y extranjeros, es altamente favorable al subido mérito y valor del código visigótico. Sólo fué desdeñado por Montesquieu, pero ya hoy pesa muy poco el harto famoso autor del *Espíritu de las Leyes,* completamente ignorante de cuanto se refería a España. En cambio han prodigado los más entusiastas elogios al *Fuero Juzgo* Jovellanos, Martínez Marina, Sempere y Guarinos, Escriche, Pacheco, D. José María Antequera, Gómez de la Serna, Gibbon, Guirot, Carlos Romey, Federico de Castro, Corradi, Benavides, etc.

Las fuentes del *Fuero de los Jueces* son cuatro: el derecho no escrito que trajeron los godos y de que dan noticia Tácito y Julio César; los establecimientos hechos en España por los antecesores de Recaredo; el derecho romano y por fin los decretos de los concilios.

Los primeros editores del *Fuero Juzgo* fueron los alemanes Piteo y Lindengrogio, y después la Real Academia Española publicó una magnífica edición, con un eruditísimo prólogo del Sr. Lardizábal. El descubrimiento posterior de unos *palimpsestos* contribuyó a ilustrar importantes particularidades de su historia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

# EJÉRCITO Y MARINA

ORGANIZACIÓN MILITAR.—TÁCTICA.—LA ORDENANZA.—LA MARINA.

**Organización militar.**

Por las indicaciones anteriormente hechas se puede deducir que el gobierno de los godos era eminentemente militar, con su servicio obligatorio, del que no podían eximirse ni los mismos eclesiásticos.

El llamamiento a las armas era repentino o a plazo; el primero se verificaba a toque de campana o de cuerno; para el segundo se señalaban día y hora determinados.

La organización de las tropas estaba calculada sobre la romana, pero con reminiscencias bizantinas en la denominación de los cargos. La unidad táctica era la de mil hombres, descompuesta en fracciones de 500, 100 y 10 hombres, según indicamos ya anteriormente. Lo que hay que añadir ahora es que prevaleciendo la clase aristocrática, adquirió grande importancia la caballería, cuyos coroneles (como diríamos hoy) se llamaban *tiufados*. De ahí, como hacer notar D. Francisco Barado, que se notara marcada preferencia «por ciertos ejerci-



© Biblioteca Nacional de España

cios de destreza individual, saltos de armas, torneos, palestras y carreras, ejercicios propios para lucir el esfuerzo del brazo y la apostura personal, y en los que se echa de ver que a los principios del arte van a suceder el valor y sangre fría individual».

Ello es que la fuerza de sus ejércitos se contaba por el número de lanzas de caballería. «Sin asegurar que en especial fuesen cubiertos caballo y caballero al estilo de los *catafractarios* o *clibanarios* romanos, con láminas de metal o de cascos de caballo o con sólido de hierro, dice el conde de Clonard, pues esto sólo pudieran hacerlo algunos de los más poderosos, se puede dar como indudable que la caballería goda iba mucho más resguardada que la infantería, hasta por un precepto de ley que decía hablando de los reclutados: «E muéstrelos bien armados delante del príncipe o el conde de *lorigas* e de *perpuntes* con la primera parte: E la postreman sean otros armados de lanza, e de escudos, o de espadas, e de saetas, o de fondas e de otras armas, así como es costumbre de cada uno»: donde se ve que a los primeros se les exige una armadura completa de caballero, y a los segundos algunas armas necesarias para pelear, pero no más ni determinadamente como a los caballeros.»

El aspecto de los guerreros godos era mixto de aborigen y romano. En el primer concepto se distinguían por lo *cabelludos*, y antes de romanizarse, por sus mantos de pieles, sus sayos de lienzo bordados, sus botines de cuero, sus cinturones y brazaletes de metal, sus escudos, corvas lanzas, mazas de hierro, venablos, espadas y hachas, pero después trocaron sus armas defensivas, por otras como la loriga, el coselete, el peto, la cota de mallas y la celada. La loriga de las clases ínfimas era un simple sayo grueso de lana, pero los grandes empleaban una túnica de silicio cubierta de escamas de hierro o de bronce, y un escudo de gran tamaño.

© Biblioteca Nacional de España

Las armas ofensivas eran la espada, el venablo, la espada llamada *francisca,* el conto, la pértiga de aguzada punta; arcos y hondas y un cuchillo llamado escramo. Créese que usaban también banderas y estandartes.

**Táctica.** Respecto a sus sistemas de marcha y de combate parece que, en vez de los ataques en masa o dispersos, empleaban ciertas formaciones compactas, como la cuña, el triángulo y la formación lineal. La campaña de Wamba para sofocar la sedición del conde Paulo puede citarse como un modelo de estrategia.

En cambio, es evidente la inferioridad de los godos respecto a los romanos en las máquinas de guerra y en la castrametación, pues mientras los *castros* romanos eran verdaderas plazas fuertes, los campamentos godos no eran más que un parapeto formado primeramente con los carros, y más adelante defendidos por fosos y estacadas.

**Ordenanza.** El régimen militar era muy severo. El noble que desertaba o no acudía al llamamiento a las armas, sufría pena de destierro y confiscación de bienes; el plebeyo era condenado a azotes o al horrible suplicio de la decalvación. El jefe que, por cohecho, ocultaba esas deserciones o faltas era rigurosamente castigado. Al que abandonaba su puesto se le imponía pena de muerte.

El robo era castigado con azotes y pago del cuádruplo de la cosa robada. Las recompensas consistían en ascensos, regalo de armas y caballos y bienes raíces, siendo esto último origen tal vez de los feudos.

**La Marina.** El primer rey visigodo que prestó atención al fomento de la marina fué Sisebuto. Parece ser que para ello aprovecharon los godos la experiencia de nuestros costeños y que apelaron también a la ciencia de los bizantinos. Ello es que gracias a la marina fué

© Biblioteca Nacional de España

conquistada Ceuta; que gracias también a ella arrojó Suintila de la península a los imperiales; que con su escuadra, el insigne Wamba protegió el ejército de la Galia Narbonense y destruyó luego, en encarnizado combate, la flota musulmana que amenazaba el litoral de Andalucía. Por lo demás, sólo se sabe que los buques visigodos eran copia de los romanos y que la táctica se ajustaba también a la de éstos: orden lineal, semicircular, semicircular invertido, cuña. La ventaja de entonces sobre ahora estaba en la facilidad de la movilización de las escuadras.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

# LETRAS Y CIENCIAS.—LA MEDICINA

ESCRITORES HISPANOVISIGODOS.— SAN ISIDORO.— LA BAJA LATINIDAD.—LA ESCRITURA.— HISTORIADORES Y CRONISTAS.— MEDICINA.

Sería incurrir en error el suponer que con la caída del imperio romano y las invasiones de los bárbaros hubiese desaparecido toda cultura. No fué así, y yerran, por lo tanto, los que suponen que en España no hubo ni un destello de luz espiritual durante los primeros siglos de la Edad Media, bajo la dominación visigoda. Predominaba ciertamente la literatura eclesiástica; abundaban las refutaciones de las herejías, pero no faltaban sabios, historiadores, poetas y aun escritores profanos.

Nada más interesante en este concepto que el catálogo del eruditísimo D. Juan Bautista Masdeu, que reproducimos a continuación, tomándolo de su concienzuda *Historia crítica de España.*

## ESCRITORES HISPANOVISIGODOS

### SIGLO V

Paulo Orosio, presbítero, historiador y teólogo.
Avito, presbítero de Uraga, helenista.

© Biblioteca Nacional de España

Severo, obispo de Menorca, epistológrafo.
Merobando el joven, poeta y orador.
Draconcio, poeta.
Ascanio, obispo de Tarragona, literato y epistológrafo.
Idacio Limicense, obispo de Galicia, historiador.
Toribio, obispo de Astorga, teólogo.
Ceponio, obispo de Galicia, poeta.
Orencio, poeta.
Tara, monje, epistológrafo.
Serena Augusta, literata, amante de la poesía.
María Augusta, literata.
León, orador.
Anónimo, autor de las *Eras de los Mártires*, historiador.
Eurico, rey, legislador.
Alarico, rey, legislador.
Vital, eclesiástico, teólogo.
Constancio, eclesiástico, teólogo.
Fortunal, literato.
Bachiario, monje, teólogo.
Astunio, obispo de Toledo, literato.

SIGLO VI

Justiniano, obispo de Valencia, teólogo.
Justo, obispo de Urgel, expositor.
Nebridio, obispo de Barcelona o Tarrasa, literato y escritor.
Elpidio, obispo, literato y escritor.
Apringio, obispo de Beja, expositor.
Luciniano, obispo de Cartagena, geómetra y teólogo.
Severo, obispo de Málaga, ascético.
Donato, abad Sirvitano, ascético.
Eutropio, obispo de Valencia, ascético y teólogo.
Martín, obispo de Dumio, poeta, canonista, ascético y teólogo.

© Biblioteca Nacional de España

Batalla del Barbate (Guadalete)

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Pascasio, diácono de Dumio, helenista.

Leandro, obispo de Sevilla, músico, poeta, filólogo, litúrgico, ascético y teólogo.

Juan Biclarense, obispo de Gerona, historiador, helenista y ascético.

Pelagio, presbítero de Tarazona, biógrafo.

Pedro, obispo de Lérida, litúrgico.

Montano, obispo de Toledo, filólogo y teólogo.

Anónimo, autor de *Cronología*, historiador.

Castorio, godo, geógrafo.

Leovigildo, rey, legislador.

Recaredo, rey, legislador.

Mausona, obispo de Mérida, teólogo.

Toribio, monje de Palencia, literato.

Artemio, obispo de Tarragona, epistológrafo.

SIGLO VII

Fulgencio, obispo de Ecija, teólogo.

Conancio, obispo de Palencia, músico, poeta, filólogo y litúrgico.

Máximo, obispo de Zaragoza, historiador y poeta.

Isidoro, obispo de Sevilla, historiador, políglota, filólogo, poeta, físico, matemático, canonista, litúrgico, ascético, teólogo y expositor.

Bulgarano, conde, epistológrafo.

Redempto, eclesiástico de Sevilla, biógrafo.

Sisebuto, rey, poeta, filólogo, teólogo y legislador.

Juan, obispo de Zaragoza, músico, astrónomo y litúrgico.

Justo, obispo de Toledo, filólogo.

Braulio, obispo de Zaragoza, músico, poeta, filólogo, biógrafo, litúrgico y teólogo.

Eugenio II, obispo de Toledo, astrónomo.

Eugenio III, obispo de Toledo, músico, poeta, litúrgico y teólogo.

Fructuoso, obispo de Braga, ascético.

© Biblioteca Nacional de España

Rústico, poeta.
Ildefonso, obispo de Toledo, poeta, historiador, litúrgico y teólogo.
Valerio, abad de San Pedro de Montes, poeta, biógrafo y ascético.
Julián, obispo de Toledo, helenista, músico, poeta, historiador, litúrgico, teólogo y expositor.
Idalio, obispo de Barcelona, teólogo.
Félix, obispo de Toledo, biógrafo.
Tajón, obispo de Zaragoza, poeta y teólogo.
Protasio, obispo de Tarragona, filólogo.
Melito, historiador.
Anónimo, autor de la *Crónica de Vulsa*, historiador.
Aurasio, obispo de Toledo, teólogo.
Heladio, obispo de Toledo, literato.
Quirico, obispo de Barcelona, epistológrafo.
Teudiselo, monje, filósofo.
Sisenando, rey, legislador.
Chintila, rey, legislador.
Chindasvinto, rey, legislador.
Recesvinto, rey, legislador.
Wamba, rey, legislador.
Ervigio, rey, legislador.
Egica, rey, legislador.

Entre todos estos escritores brilla «el que lo fué todo, dice D. Angel Salcedo en su *Resumen histórico crítico de la literatura española. L'ardente spiro d'Isidoro,* que dijo Dante, fué el de la civilización española hasta el siglo XII, lo mismo entre los cultos mozárabes de Córdoba que en los reinos cristianos pirenaicos; irradió fuera de la península iluminando la corte de Carlomagno, y el único poeta español de que se tiene noticia en tan largo período, Teódulo, era un isidoriano que floreció en la corte del emperador franco. Y la poesía de entonces hay que buscarla también en el *Himnario*

© Biblioteca Nacional de España

*eclesiástico*; si hubo alguna fuera de ésta, se ha perdido, y sería seguramente insignificante.»

El idioma oficial era el latín eclesiástico, en su más decadente forma, llamado *la baja latinidad*. Esta era la lengua que comprendían todos, aunque hubiese infinidad de dialectos comarcales, regionales y nacionales, y como dice el autor antes citado, «desde el Estrecho de Gibraltar hasta las montañas de Escocia cualquier cristiano recorría todas las regiones europeas, sin ser extranjero en ninguna, porque el *bajo latín* era entendido y aun hablado en todas».

En este latín degenerado, derivado del *sermo vulgaris* o democrático, se decía la misa y se cantaba en los coros de las iglesias, se rezaba y se predicaba, se escribían las leyes y documentos públicos y particulares y se versificaba. Consta positivamente que el pueblo hablaba y entendía el *bajo latín* eclesiástico aun en el siglo VI, pero fué desapareciendo gradualmente para ser reemplazado por las *lenguas romanas*. Ya al llegar el siglo XII no entendían el *bajo latín* más que los cultos.

A pesar de lo dicho, es indudable que en los lugares donde no había llegado la influencia cristiana, y aún eran bastantes, se continuaron hablando las lenguas iberas, especialmente en Cantabria y Vasconia.

En cuanto a la escritura, se empleaba el alfabeto rúnico, completado y modificado por el obispo Wulfila, apóstol de los visigodos, pero después fué substituída por la gótica.

Como la enumeración de Masdeu es muy breve, añadiremos algunos datos referentes a los principales autores.

El P. Mariana dice del insigne poeta Draconcio, que puso en verso el principio del *Génesis*, y atribuye a Sisebuto varias epístolas y una *Vida de San Desiderio*, obispo de Viena de Francia. El arzobispo Eugenio III de Toledo, monje que había sido del mo-



© Biblioteca Nacional de España

nasterio de Santa Engracia de Zaragoza, corrigió y reformó el canto eclesiástico, compuso un libro *De Trinitate* y añadió al *Génesis* de Draconcio lo referente al día séptimo de la Creación. De Valerio, abad de San Pedro de los Montes, se sabe que escribió un libro con el título de *Vana sabiduría del siglo.* Aprigio, obispo de Beja, en Portugal, dió a luz unos *Comentarios sobre el Apocalipsis*; Itacio compuso la *Crónica de los suevos, vándalos y godos.*

Notable figura es también la del llamado *Biclarense,* natural de un pueblo de Lusitania, cerca de Santarem y autor de un importantísimo *Cronicón* de sus tiempos, hasta Recaredo. Conocía profundamente el griego y el latín, y sobresalió asimismo en otras ciencias y artes. Al cabo de diez y siete años de ausencia, entregado al estudio, regresó a su patria, pero hubo de sufrir no pocas persecuciones por parte de los arrianos, y fué, finalmente, desterrado a Barcelona. Juan, que éste era su nombre, edificó un monasterio en la vertiente del Pirineo, que se llamó de *Vallclara,* por ser ésta la denominación de aquel lugar. El abad biclarense fué sacado luego de aquella soledad para ocupar la silla episcopal de Gerona, y murió en tiempo de Suintila, hacia 625.

Nadie, sin embargo, admite comparación con el insigne San Isidoro de Sevilla, cuya obra, verdaderamente enciclopédica, fué la base de nuestra cultura durante la Edad Media. Cuéntanse entre sus obras las famosas *Etimologías,* la *Historia de los Godos, Claros varones de España,* las *Sentencias,* y no pocas más. El Papa Gregorio le llamaba el *Segundo Daniel*; su discípulo y amigo Braulio, *Doctor de las Españas,* y San Ildefonso, *Espejo de obispos y de sacerdotes.*

«Resumiendo las *Etimologías,* dice el Sr. Amador de los Ríos, cuantos elementos de civilización habían sobrevivido a la ruina del antiguo mundo, y dando al par clara idea del noble empeño que la Iglesia católica

© Biblioteca Nacional de España

había puesto para salvarlos del común naufragio, abrigándolos en su seno, aparece aquella obra prodigiosa como el vínculo que viene a enlazar las antiguas tradiciones de las ciencias y de las letras con las tradiciones de la Edad Media. Colocada, digámoslo así, en los confines de ambas edades, vémosle como el brillante faro de la segunda, que recogiendo el fruto de aquel felicísimo esfuerzo de la inteligencia, procura transmitirlo, cual herencia preciosa, a las generaciones futuras.»

El referido discípulo y continuador de San Isidoro, publicó las *Etimologías* u *Orígenes,* dividiéndolas en 20 libros, precedidos de la explicación de los conceptos de ciencia y arte según Platón y Aristóteles. He aquí el índice de materias de la enciclopedia isidoriana:

*Libros I, II y III:* Exposición del *Trivio* (conjunto de las tres primeras artes liberales: Gramática, Retórica y Dialéctica) y del *Cuadrivio* (Aritmética, Música, Geometría y Astrología).

*Libros IV a IX:* Medicina, Leyes, Cronología, Teología, Cánones, Política.

*Libro X:* Glosario de voces obscuras o dudosas.

*Libros XI y XII:* Zoología, Historia del hombre.

*Libros XIII a XVII:* Geografía, Arquitectura, Agrimensura, Mineralogía, Agricultura.

*Libro XVIII:* Guerra y Juegos.

*Libros XIX y XX:* Estudio de la Marina, de los edificios, trajes, herramientas empleadas en las artes y oficios y otros particulares de uso en la vida.

No hay que ponderar el valor actual que puedan tener las *Etimologías,* pero en su tiempo constituyeron un verdadero monumento del saber, superior por lo completo del conjunto a las enciclopedias de Varrón, Marciano Capella y Casiodoro, si bien la casi totalidad es traducción de éstos.

Digno sucesor de Isidoro fué Braulio, obispo de

© Biblioteca Nacional de España

Zaragoza, y digno continuador de éste su discípulo Tajón, que le reemplazó en aquella diócesis y terminó el libro de las *Sentencias* del insigne arzobispo de Sevilla.

Háblase también del poeta cordobés Zazeo como profundo filósofo, y se encomia la labor del metropolitano de Toledo San Julián, autor, entre otros libros, de una *Historia de la rebelión de Paulo*, calificada de *peregrina* por Amador de los Ríos y de trabajo «único en aquellos tiempos por la extensión, seguridad y brillo con que supo llevarla a cabo».

En cuanto al teatro, mirado con grande hostilidad por la Iglesia, desapareció, o poco menos, durante la dominación visigótica, solazándose en su lugar godos e hispanorromanos en torneos y cacerías.

**La Medicina.** Aunque algunos han supuesto la existencia de importantes escuelas de Medicina judías en Toledo, Córdoba y Granada, no parece que, de ser cierta la suposición, ejercieran la menor influencia. En cambio, el clero monopolizó, a lo menos en un principio, la enseñanza y la práctica del arte de curar. Aunque se haya pretendido que el clero de aquel tiempo se distinguía por lo grosero y empírico, no parece ser así. Consta que en pleno siglo VII los clérigos españoles eran hábiles prácticos en medicina y cirugía; les era conocida la operación cesárea, habiéndola practicado en 663 el obispo de Mérida, Paulo, según refiere el P. Flórez en su *España Sagrada;* pero hay que reconocer también que aquellos sacerdotes médicos se habían convertido en unos verdaderos explotadores de los enfermos, apelando a milagros, conjuros, oblaciones, exorcismos y demás. Practicaban, pues, una especie de medicina sugestiva, y tales serían los abusos que los concilios hubieron de prohibir al clero el ejercicio de la Medicina.

Los honorarios eran convencionales y módicos, pero

© Biblioteca Nacional de España

en cambio seguros y multiplicados. Con todo, el médico no cobraba si se le moría el enfermo, y no sólo esto, sino que tratándose de un siervo se veía obligado a resarcir al dueño con la compra de otro.

El *Fuero Juzgo* proporciona numerosas e interesantes noticias sobre el ejercicio de la Medicina. Dispónese en el libro XI (*De los enfermos e de los físicos e de los mercaderos*):

Que el médico ni el barbero no curen ni sangren a la mujer sin estar delante sus parientes (Eurico);

Que los médicos no visiten a los presos sin estar delante el carcelero o los que lo guardan (Eurico);

Que el médico, después de haber visto al enfermo y entendido el mal que tiene, se concierte con él, y no antes (Sisenando);

El médico que bata las cataratas, cobrará por su trabajo cinco sueldos; si sangra a un hombre libre y éste enflaquece, debe pagarle ciento sueldos; si el hombre libre muere a causa de la sangría, el físico queda en poder de los parientes «que fagan dél lo que quisieren»; si de resultas de la sangría muriere un siervo, tiene que entregar otro al señor (Sisenando).

El médico cobrará doce sueldos para enseñar a otro.

Observemos, por fin, que son rigurosas las penas contra el aborto provocado y el infanticidio, lo cual hace suponer que esos crímenes debían ser frecuentes.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

# LAS ARTES

La arquitectura.— El estilo románico.— La escultura.— La pintura.— El mosaico.— Orfebrería.— El tesoro de Guarrazar.— La música.— Pesos, medidas y monedas. — Agricultura. — Industria.—Comercio.— El lujo.

**La arquitectura.**

Ya desde fines del siglo II se había iniciado una rápida decadencia, en Roma, de todas las artes; así, arquitectos, pintores, escultores, no hacían más que repetir los tipos de las anteriores épocas. Hubieran podido compensar esta falta de originalidad con una ejecución más cuidadosa; pero lejos de ser así, el dibujo era incorrecto, los perfiles duros y toscos; las actitudes, impropias y envaradas; las figuras, pesadas. Lo único que hicieron fué recargarlo todo de adornos y llamar la atención mediante la minuciosidad de los detalles. Así, el principal objeto del artista era amontonar motivos de ornamentación en perjuicio de la esbeltez y armonía de las líneas.

Esta decadencia llegó a su máximo en la época de la invasión de los Bárbaros. Cuando, por necesidad, se veían éstos obligados a construír, se limitaban a acopiar fustes, capiteles y otros materiales de las antiguas fábricas, y los acomodaban, lo mejor que les

© Biblioteca Nacional de España

parecía, a los nuevos edificios, y como prevalecían los capiteles corintios o compuestos, éste fué el tipo que se impuso. Lo que había era que con harta frecuencia los capiteles no encajaban bien, y de ahí que unas veces se les acortara y otras se les alargara, alterándose así, pues lo mismo ocurría con los fustes y las bases, las proporciones clásicas.

Desaparecieron del antiguo cornisamento el friso y el arquitrabe, en primer lugar, porque era difícil hallar a mano suficiente número de piezas, y después porque los escultores eran demasiado ignorantes para cincelar aquellas molduras y bajorrelieves que se ostentaban en los antiguos frisos. Sólo se conservó, pues, la cornisa, con sus modillones, que agrandados más adelante recibieron el nombre de canecillos.

La misma susodicha ignorancia, e impericia, hizo que se renunciara a los antiguos motivos de ornamentación, conservándose únicamente los más fáciles, que eran los geométricos (meandros, grecas, trenzados, ajedrezados, copiados de los antiguos mosaicos); en cambio, nadie pensó en reproducir las formas vegetales o animales.

Y así se fué continuando, dando lugar a un estilo que se ha llamado *románico,* muy distinto del *bizantino,* que se desarrolló en Constantinopla.

No podemos pasar en silencio, sin embargo, que, modernamente, algunos arqueólogos han pretendido dar un origen oriental y no *románico* al arte así llamado. Según estos *orientalistas* (Verneilh, Courajod, Dieulafoy y Strzygowski), la arquitectura románica es debida a la civilización helénica, con aportes del arte persa.

«Ni los Godos (Visigodos y Ostrogodos), escribía Courajod, como tampoco los Lombardos, en pos de ellos, han traído, como se ha dicho muy bien, de las lejanas comarcas orientales, septentrionales, donde habían vivido por largo tiempo en una barbarie ignorante

© Biblioteca Nacional de España

de la construcción en piedra, ninguna arquitectura especial, ningún arte de construir en piedra preconcebido y ya organizado. Pero al entrar en Italia, al adoptar algunas de las artes anteriores tales como las encontraron instaladas en Rávena y en el Norte de la Península, al asimilarse la cultura imperial tal como la encontraron a su paso, al llevarse esta cultura y al propagarla por doquier extendían sus conquistas, la complicaron, la penetraron, a la larga, con algunos de sus instintos de raza.»

Esta teoría ha tenido muy poca aceptación, y la mayoría de los autores entiende que los arquitectos del siglo v siguieron, asaz torpemente, las tradiciones romanas de la decadencia, pero alteradas y defectuosas en extremo; de esta suerte se dieron a copiar, para las plantas de las iglesias, los planos de las primitivas basílicas. En general, el tambor de los capiteles era más alto que el de los tiempos clásicos, y olvidada la mazonería (piedra tallada), se empleaba el conglomerado de ladrillo o la mampostería (piedra colocada), revestida de una capa de ladrillo molido, esto es, con decoración postiza.

Los pavimentos fueron sencillísimos, desterrándose el mosaico. Los materiales eran el mármol y el ladrillo, y se empleaba mucho el hormigón. Las techumbres eran artesonadas, y los batientes de las puertas y ventanas se abrían, como en la época romana, en el paramento exterior.

Todos los edificios solían ser pequeños; los bárbaros estaban acostumbrados a vivir en los bosques, en chozas o bajo las tiendas, y gustaban poco de construcciones dispendiosas, salvo cuando se las encontraban hechas.

Harto escasos son los restos que se conservan de aquella época, pero pueden citarse los siguientes: los capiteles de la basílica de Santa Leocadia de Toledo;

© Biblioteca Nacional de España

gran número de la ex mezquita de Córdoba; los de San Román de Hormija (Valladolid); la iglesia de San Juan de Venta de Baños (Palencia), construída por Recesvinto; los capiteles de la antigua iglesia de San Pedro de Tarrasa; dos de la iglesia de Santa María de Orense; la iglesia de San Pedro de Rocas; dos capiteles de la iglesia de Mugia y otro que sirve de pila de agua bendita en la iglesia de San Esteban Calvor (Galicia), aparte de algunos sarcófagos de granito, como los notabilísimos de Gerona.

Todos estos ejemplares corresponden al llamado primer período románico, que se extiende desde la caída del Imperio Romano hasta la invasión de los árabes.

Refiriéndose a la iglesia de San Román de la Hornija, decía el eminente historiador D. José María Quadrado en los *Recuerdos y bellezas de España:* «En el soportal de una casa que se levantó en el sitio que estaba el monasterio, en la sacristía, en la columnita que sostiene el púlpito, además de varias basas, obsérvanse magníficos y elegantes capiteles, muy semejantes a los corintios, con diversas series de hojas y acanaladas fibras, en que todavía no se descubre muy degenerado el arte del Bajo Imperio, al paso que en algunos fustes campean las estrías en espiral, tan aceptas a las construcciones latinogodas.»

Sobre el mismo importantísimo monumento decía el arquitecto D. Teodosio Torres: «El haberse encontrado únicamente capiteles y fustes de columna indica que la iglesia de San Román debió construirse conforme al tipo de las basílicas de Roma, que a su vez fueron imitación de los templos paganos... Cuéntase también que este monasterio sobrevivió a la invasión sarracena.» De San Pedro de las Rocas dice el Sr. López Ferreiro: «Esta iglesia notabilísima, labrada casi toda ella en la roca, demuestra que aun no se habían olvidado del



© Biblioteca Nacional de España

todo las antiguas tradiciones y que existían todavía artistas capaces de reproducir con cierta exactitud y esmero las antiguas formas clásicas.»

**Escultura.** Poquísimo es lo que se conoce en este particular. Cítanse una imagen de San Juan en la mencionada basílica de Venta de Baños, si bien alguien la diputa por posterior a la época visigótica, y un arca de piedra descubierta en Hellín, con figuras bíblicas.

Los capiteles y todo el trabajo de decoración ornamental estaban hechos al biselado sobre piedra, hasta que poco a poco se fué olvidando el arte de esculpir y se apeló a la ornamentación por la pintura.

Sea como fuere, es muy dudoso cuanto se refiere a la escultura de la época visigótica; lo que, a juicio de algunos historiadores del arte, parece más auténtico, es el sepulcro de Gerona. Mucho menos seguro es que correspondan a los tiempos de que hablamos las Vírgenes morenas, como la de Montserrat y los enormes crucifijos de piedra llamados *Majestades* en Cataluña.

**Pintura.** Este arte fué el que más cultivaron los primitivos cristianos, y continuó de igual manera en los siglos en que, triunfante la Iglesia, pudo ostentar sus obras a la luz del sol, y no en las Catacumbas. A la pintura puede referirse también el mosaico.

En España tenemos un magnífico ejemplar de este arte en la antigua basílica de *Centcellas,* situada en término de la villa de Constantí (Tarragona), los cuales mosaicos, que representan escenas de la vida de Jesús, parecen remontarse a los primeros tiempos del catolicismo triunfante.

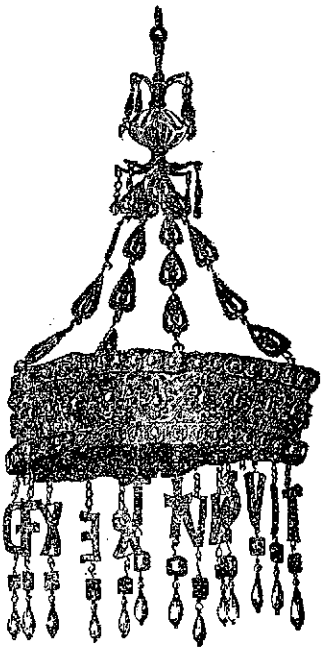
Es digno, a este propósito, notar la relativa abundancia de manifestaciones del arte visigótico en Cataluña — San Pedro de Tarrasa, Gerona, Centcellas, — cuando tan escasas son en el resto de la península.

© Biblioteca Nacional de España

Conócese que los godos habían arraigado notablemente en esta región, hasta fundar en ella importantes poblaciones, como *Centellas,* que se supone es alteración de *Suintila.*

La pintura y el mosaico decayeron luego, entrado el siglo VIII, en cuanto al dibujo, aunque ganaran en brillantez. Opinión basada en los mosaicos de Italia, pues no ha llegado hasta nosotros ninguna pintura de aquella época.

**Orfebrería.** En este particular creen algunos que hay que reconocer especiales aptitudes a los visigodos, hasta el punto de considerárseles como introductores de un arte de las *hebillas,* distinto del griego, el romano y el bizantino. También se les atribuye una especie de esmalte de cerco aplicado.

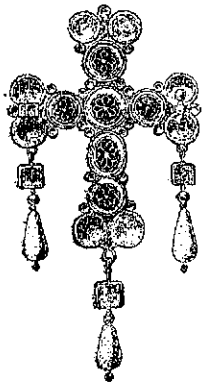


Cruz votiva de oro, de Suintila

Cuanto pueda decirse, sin embargo, en contra de la existencia de un arte propio visigótico, a lo menos en lo suntuario, queda desmentido por los hechos. Refiriéndose los historiadores árabes a las riquezas encontradas por los invasores africanos en Toledo: «A ciento sesenta asciende el número de coronas y diademas tejidas de oro y piedras preciosas que halló Tarik en el palacio de Rodrigo, según el testimonio de Aben-Alwardi; llenaban las preseas y vasos de oro y plata un aposento, en abundancia tal que no alcanzaba la

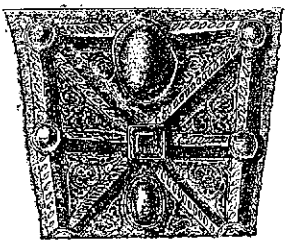
© Biblioteca Nacional de España

descripción a ponderar tanta riqueza; un *Psalterio de David* escrito sobre hojas de oro, en caracteres griegos, con agua de rubí disuelto, brillaba en medio de aquellas riquezas, cuyo extremado valor acrecentaban maravillosos espejos, piedras filosofales y libros prodigiosos, faltando palabras para pintar la suntuosidad deslumbradora de la *Mesa de Salomón*, cuajada de perlas y esmeraldas, incrustada de gruesos rubíes, zafiros y topacios, y adornada de tres coronas o collares de oro, guarnecidos de aljófar.» (Cita de Sampere y Miquel.)



Detalles de la corona de Recesvinto

El testimonio irrebatible, sin embargo es el del famoso *tesoro de Guarrazar*, descubierto en 1858 cerca de la fuente de dicho nombre, camino de Guadamur, a 10 kilómetros al Oeste de Toledo. Cúpole hacer el hallazgo a un labrador que, en la noche del 25 al 26 de Agosto, pasaba por allí con su mujer. Dieron con dos cuadros de hormigón, destaparon uno y se encontraron con que estaba lleno de preciosas joyas, que se llevaron. A la otra noche, un vecino, que se enteró de algo, fuése para la fuente susodicha, y se apoderó del contenido del otro cuadro. Ambos ocultaron el hallazgo, y en su bárbara codicia destruyeron bastantes alhajas, que vendieron a los plateros de Toledo. Uno de éstos, con paciencia, fué reuniendo los fragmentos de una corona que resultó haber pertenecido a Recesvinto. Las coronas encon-



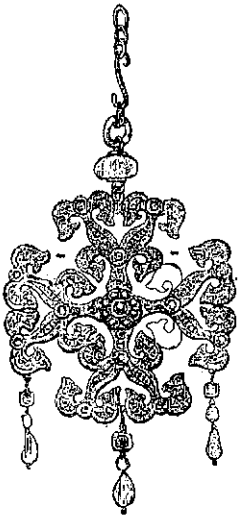
Detalle de una cruz procesional

© Biblioteca Nacional de España

tradas eran catorce, y antes de que el Gobierno se decidiera a adquirir aquel tesoro de inapreciable valor artístico, nueve habían ido ya a parar al Museo de Cluny de París. Gracias a la Reina D.ª Isabel II se pudo adquirir lo que no había ido a parar a Francia.

El ministerio de Fomento dispuso se practicasen algunas excavaciones y aparecieron varias sepulturas, los cimientos de una basílica y numerosos fragmentos de mármol y piedra labrados.

Además de las 14 coronas votivas aparecieron, según informaba el Sr. Amador de los Ríos, lámparas en que constaba la Era de DCXXV, que corresponde al año 587, acetres, turíbulos, vasos de oro y plata, preciosos cíngulos o balteas, cadenillas, collares, palomas de oro, cruces procesionales y magníficas coronas y cruces.



Cruz votiva

Las coronas eran de tres tamaños: de 20 a 22 centímetros de diámetro, de 15 a 16 y más pequeñas, todas de oro guarnecidas de pedrería. La de Recesvinto, de 22 centímetros, y que es un círculo de oro, se halla en París, lo mismo que la de Sónica, de 16 centímetros. La de Suintila (28 cm.) y la de Teodosio (16 cm.) se conservan en el Museo Arqueológico de Madrid. También se conserva la cruz votiva de Lutecio, ofrecida a doña Isabel II por uno de los labradores, y tal oferta fué lo que la determinó a hacer que se adquiriese lo que no había ido a parar a Cluny.

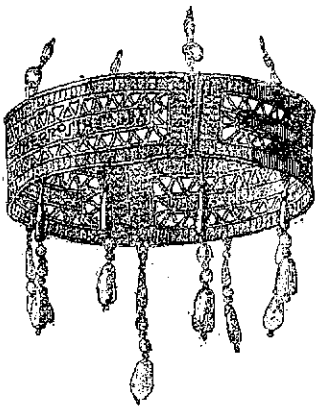
No se puede desconocer el origen romanobizantino de esas joyas. Los orfebres visigodos empleaban la chapa de oro mejor que el metal fundido; hacían uso de

© Biblioteca Nacional de España

las piedras preciosas sin tallar, aunque sabían tallar el cristal y practicaban con gran precisión los ajustes.

De la parte del tesoro que fué adquirido por el Museo de Cluny, dijo Sommerand «que era una colección sin igual de joyas las más preciosas, tanto por el esplendor de la materia como por el mérito de la ejecución».

**Música.** Prestóse grande importancia al concurso de la música, especialmente como elemento de la liturgia. El canto religioso fué desarrollándose desde el siglo IV, usándose desde el principio las canciones hebraicas, modificadas por el arte musical de los griegos.



Corona votiva de Teodorico

La música sagrada recibió grande impulso de San Ambrosio († 397) y después de San Severino Boecio († 524). Este substituyó la notación con letras griegas por la de letras latinas, aunque conservando los nombres primitivos. Las notas eran 15, divididas en 4 tetracordos, y renunciando al modo enarmónico y cromático de los griegos, conservó solamente el diatónico, que fué el adoptado por la Iglesia. Por fin, San Gregorio el Magno († 604) recopiló todas las melodías y compuso otras nuevas, fundando el canto que lleva su nombre, o el de *llano*.

Contemporáneamente a San Gregorio Magno, compuso nuestro San Leandro preciosas obras musicales, pero ya antes, y luego después de él, cultivaron con éxito la música San Pedro de Lérida, San Comuncio de Palencia, los santos Eugenio e Ildefonso de Toledo; los santos Julián, Juan y Braulio de Zaragoza, y otros.

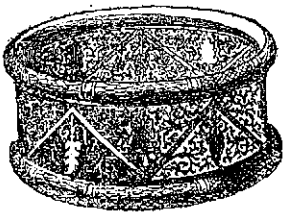
© Biblioteca Nacional de España

Consta, por San Isidoro, que se cantaban también epitalamios.

**Pesos, medidas y monedas.**

Los pesos y medidas fueron los mismos que empleaban los romanos. Usábanse la balanza y la romana. El peso mayor era el *centenario,* equivalente a dos talentos, y el menor, el *chalco* o calado, con numerosos pesos intermedios.

Las medidas para líquidos y trigos eran también numerosas, dividiéndose en grandes, medianas y pequeñas. La unidad de las primeras era la *dracusa;* de las segundas la *mina,* y de las terceras el *modio.* El *coro,* que valía 30 modios, equivalía a 1,320 libras o minas.



Brazalete gótico

Los caminos se medían, en España, por millas de 1,000 pasos.

Las medidas de longitud eran el *pie,* igual a 16 dedos; el *paso,* cinco pies; la *pértiga,* dos pasos. Las de superficie eran: la menor, el *agua,* de 12 pértigas de largo por 4 pies de ancho, y la mayor la *centuria,* de 2,400 a 4,800 pértigas.

Respecto al tiempo continuó rigiendo el antiguo sistema de la *Era hispánica:* el siglo, 20 lustros, el *lustro,* cinco años; el año, doce meses.

El día se dividia en *día* y *noche,* repartidos cada uno en cuatro fracciones: *prima, tercia, sexta* y *nona.* Era prima del amanecer a media mañana; tercia, de media mañana a mediodía; sexta, de mediodía hasta media tarde; nona, de media tarde a puesta de sol.

En cuanto a moneda sólo se conocen de los visigodos los *trientes,* equivalentes a cinco pesetas. El cuño era evidente imitación del bizantino. Las primeras monedas se fabricaron durante la regencia de Teodorico, el ostrogodo, rey de Italia, y no se conocen otras hasta Leovigildo.

© Biblioteca Nacional de España

**Agricultura.** Inmensa perturbación hubo de introducir la expoliación de que fueron objeto los hacendados hispanorromanos al quedar los visigodos con las dos terceras partes de los predios, dejando el resto a los antiguos propietarios; por fin, se restableció la normalidad, y los conquistadores prestaron alguna atención a la labranza, como resulta de las minuciosas prescripciones contenidas en el *Fuero Juzgo,* pero no parece que la agricultura adquiriera gran florecimiento:

Lápida visigótica

«Tan flojos en la paz como eran duros y diligentes en la guerra, estos bárbaros y tan perezosos, dice Jovellanos en su famoso *Informe en el expediente de Ley Agraria,* abandonaban por una parte el cultivo a sus esclavos, y por otra le anteponían la cría y granjería de ganados, como única riqueza conocida en el clima en que nacieron, y de ambos principios debió resultar necesariamente una cultura pobre y reducida.»

**Industria.** Todo indica que florecían espléndidamente la orfebrería, el tisaje y la tintorería, según demuestran las escasas joyas y vestiduras que de aquel tiempo han llegado hasta nosotros.

Hablaremos de ello en breve.

**Comercio.** Sin duda debía hallarse principalmente en manos de los judíos; con todo, era bastante limitado, reduciéndose a los vecinos puertos de Fran-

© Biblioteca Nacional de España

cia, Italia y África, sin llegar a los mares del Norte ni más allá de Berbería.

**El lujo. — Vestidos y adornos.**

Aunque Ataulfo, enamoradísimo de Gala Placidia, vistió en sus bodas la clámide y todos los adornos del traje romano, con todo, el pueblo visigodo persistió en los primeros tiempos de su establecimiento en España en sus antiguos usos, despreciando el aliño y la instrucción. «Las artes, dice Sampere y Miquel, no tenían con que tentar la curiosidad ni el deseo de unos hombres que hacían vanidad de la ignorancia y de despreciar todo lo que no fueran armas y aparato de guerra. Su traje eran unas pieles groseras y mal cosidas, sin más diferencia entre los grandes y la plebe que lo más o menos tosco de ellas. Hasta Leovigildo, aun los reyes no habían usado en España de distinción alguna en el modo de vestir. Toda su gala consistía en una espesa cabellera.»

Esto no duró, sin embargo, y con el tiempo la monarquía gótica acabó por rendirse al romanismo, y con ello al lujo y la suntuosidad, aunque conservando siempre su afición al traje corto y al color rojo. Cubriéronse los brazos y piernas, entre hombres, y las cabezas de hombres y mujeres que antes solían quedar desnudos; la túnica adquirió manga larga y se ciñó al cuerpo mediante un cinturón; las faldas ostentaron un elegante plegado, siendo menos largas que las de la romana. Substituyeron a la toga el sayal y la caperuza, y con ellos el manto y la capa.

«El *palio* y la *clámide*, dice Puiggarí, subsistieron largo tiempo, regularmente prendidos por sus bordes sobre el hombro derecho, con vistosa fíbula o botón metálico. Magnates, ancianos y mujeres sobreponían a la túnica talar, otra abreviada de vivos colores y realces. Para la cabeza adoptarónse píleos, bonetes y casquetes de diversas hechuras, además del galero o petaso, sombrero que guarecía del sol y de las lluvias.»



© Biblioteca Nacional de España

Las mujeres añadieron a sus mantos y mantillos una toca suelta llamada *mavorte*.

«La principal variación, característica así de los godos de España como de los merovingios de Francia, y de otras naciones contemporáneas, dice Puiggarí, radicó en muestras y colores de ropas, en accesorios personales de vestuario bajo el tipo de las modas bizantinas, inspiradas en el gusto oriental. Fuertes matices y contrastes, barreados, floreados, cuadriculados y otras prolijas combinaciones, constituían el fondo del vestido, sirviéndole de realce bordados, patagios, freses, recamos y otros apéndices de relumbrón, a que se aficionó la jactancia pueril y todavía algo bárbara de las clases ricas, en los siglos V, VI y VII.»

El prurito de imitar los trajes romanos llegó a su mayor grado en el transcurso del siglo VII; las españolas, sin embargo, se diferenciaron grandemente de las francesas, germanas y sajonas en no enseñar la garganta y los brazos desnudos, y en cerrar cada vez más la toca.

Las clases se distinguían especialmente por la clámide, según su coste, calidad, ornato y holgura. «Las gentes pobres, dice Puiggarí, seguían fieles a algunas prendas antiguas, como el sayo, la braga, el bardocúculo, la *striges* visigoda, especie de manta rayada, de sumo arraigo en nuestro país y la *borda* oriental, otra especie de manta bastísima.»

Las mujeres ceñían su larga túnica de lino con dos cinturones: uno debajo del seno y otro sobre la cadera.

Los guerrilleros llevaban la *zaba* o loriga anillada de hierro, sobre un sayal, y se embozaban en la manta; los jefes se distinguían por las armaduras de escamas y los yelmos de crín, con caprichosos adornos; generalizóse el uso de las flechas, disparadas con el arco.

El clero iba tonsurado; la misa se celebraba con un calzado especial, y los eclesiásticos, fuera del templo,

© Biblioteca Nacional de España

no se distinguían de los legos más que por una sencilla alba, ceñida con un cíngulo de lino.

Tenían grandísima importancia la cabellera y la barba. Estábales prohibido el pelo largo a los siervos, les era permitido a los manumitidos, y los sacerdotes y monjes lo llevaban cortado en muestra de su servidumbre espiritual.

**Costumbres de los visigodos.**

«La depravación era general, dice Sampere y Miquel. Los eclesiásticos, cuyo ejemplo ha tenido siempre el mayor influjo sobre los demás miembros del Estado, vivían muy escandalosamente. En los concilios celebrados por aquellos tiempos se encuentran muchos cánones contra la incontinencia, contra el fausto y la profusión de los obispos y demás ministros sagrados.

»De aquí puede colegirse cuáles serían las costumbres de los legos. El concubinato estaba tolerado públicamente por las leyes. La fidelidad del santo matrimonio era vulnerada muy frecuentemente sin el menor recato, a lo menos por parte de los hombres.»

En sus últimos tiempos distinguíanse los visigodos, según refiere San Isidoro, por su glotonería y embriaguez; por su afición a la riqueza de las vajillas, muebles y coches; por su avaricia, su rapacidad, su traición, su afición a la barraganía y el juego; por el derroche de lujo con que celebraban, con bailes, cantos y banquetes, las ceremonias nupciales, y no menos los funerales.

El pueblo visigodo olvidó todas sus antiguas virtudes para adquirir los vicios de los decrépitos romanos vencidos, ley histórica, comprobada ya en la inoculación de la degeneración griega en cuanto Roma conquistó a Grecia. El Sansón germánico se dejó cortar los cabellos por la Dalila romana, de igual manera que les había ocurrido a los vándalos en África. Pero sea como quiera, los visigodos, antes de rendirse a la molicie, habían llevado a cabo una obra providencial. Si luego

© Biblioteca Nacional de España

desaparecieron, con rapidez fulmínea, al empuje de los árabes, dejaron terminada una grande obra, y en este concepto tiene razón sobrada Lardizábal cuando en su discurso, para servir de introducción al *Fuero Juzgo*, dice: «Fué una grande época, un período interesante el que corrió desde el siglo V hasta el VII.»

Muy interesante, ciertamente, a pesar de la ridiculez con que se ha querido cubrir aquellos extraños nombres de Teudis, Chindasvinto, Sisebuto, Egica. Todos contribuyeron a hacer de España una nación.

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

# INFLUENCIA DE LA DOMINACIÓN VISIGÓTICA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Antes de hablar de lo que debió nuestra cultura a los visigodos, bueno será examinar los cambios que en nuestro modo de ser produjo su dominación tres veces secular.

Como ya dijimos, desde el siglo I había comenzado a propagarse en España el cristianismo, por el simple hecho de la predicación, y en manera alguna por imposiciones de lo alto, antes bien, nunca alcanzó tantos progresos como bajo las persecuciones, especialmente la de Diocleciano. De ahí que a la llegada de los visigodos fuese el catolicismo la religión de la mayoría de los hispanorromanos.

Los godos eran cristianos, pero no católicos, sino arrianos; en esta parte, antes perjudicaron que favorecieron, pero traían en cambio un factor que debía obrar como poderoso correctivo de nuestra organización social, y era *el individualismo*, antítesis del estatismo romano.

Precisaba, en efecto, una nueva civilización desde el momento en que, como dice el Sr. Corradi en su opúsculo *La Monarquía visigótica según el Fuero Juzgo*, «sólo habían quedado de la antigua en el imperio, los torpes

© Biblioteca Nacional de España

ritos de supersticiones gentílicas, que empañaban el puro resplandor de la doctrina evangélica; los inhumanos derechos de la guerra, la opresión doméstica, fundada en el atroz dominio que los jefes de familia tenían sobre sus mujeres e hijos, pues eran a la vez jueces, señores y tiranos; la esclavitud social; las sacrílegas funciones del circo de fieras y los combates de gladiadores, elevados, en cierto modo, a la categoría de institución; el culto a las riquezas; el cohecho, el divorcio y la degradación de la mujer; el concubinato, el adulterio y la sodomía; el censo expoliador; el tormento como prueba; el suicidio como deber moral; la calumnia, la confiscación y las condenas oficiales por delitos imaginarios, como medios de hacer frente a las locas prodigalidades del tesoro público, con el peculio de los ciudadanos más opulentos. Y si el hacha exterminadora de los bárbaros no pusiera fin a tan horrible e ignominioso espectáculo, hubiera sido necesario un nuevo diluvio para purificar la tierra, infesta con el contagio de tantas infamias e iniquidades.»

Aquellos visigodos traían, a su manera, la libertad, que no se había conocido bajo la dominación romana, pues había sido aquélla una libertad bastarda. Con razón escribe D. Antonio Benavides, uno de los hombres más eminentes que tuvo España en el pasado siglo:

«La libertad antigua, que algunos publicistas de mediana estofa tomaron por modelo colmándola de elogios, y que los perturbadores de las sociedades quisieron imitar hasta en el tocado en los últimos años del pasado siglo (el XVIII) era una libertad imperfecta, bastarda, injusta y, si se quiere, inicua. Descansaba toda ella en dos bases que rechazan hoy de consuno la moral y la ciencia económica, a saber: la esclavitud y la ociosidad: para los esclavos el trabajo, para los libres el regalo. Este es el resumen de las antiguas instituciones

© Biblioteca Nacional de España

que hemos oído aplaudir en las aulas, y cuyos modelos se han presentado en todos los tiempos como dechado de perfección y de dignidad. Unos seres desgraciados envilecidos, sujetos a todas las privaciones y todas las penalidades de la vida, sin consuelo en sus aflicciones, sin una religión divina que inspirara al amo sentimientos de humanidad, y que elevando su alma al origen de su creación, le ofreciera la inmortalidad y el premio de sus buenas obras. Tal es el lado obscuro del cuadro. Veamos ahora la otra parte: Un pueblo soberano que delibera en la plaza pública; que resuelve a su placer los más arduos negocios del Estado; que no oye más que lisonjas; que alarga la mano para recoger las dádivas que le ofrecen; que es tímido a veces en el peligro, y tirano e insolente en la prosperidad, y siempre injusto a fuerza de ser envidioso: enemigo jurado de toda superioridad intelectual, marcando a los hombres la línea de donde no deben pasar, ni en sus virtudes, ni en las producciones de su ingenio, colocando la inteligencia del hombre, el más bello atributo que Dios le concedió, en un nuevo lecho de Procusto, fabricado de manera que nunca puede extenderse, pero sí menguarse; poltrón vagabundo; declarando que en su calidad de soberano, no puede trabajar, porque el trabajo es la ignominia, y a participar de ella se opone su noble carácter de rey, que sólo debe ocuparse en los negocios públicos.

»No solamente esta libertad es imperfecta, bastarda e injusta, considerada en globo y con relación a toda la nación o pueblo que la sufre, sino que es tiránica para el individuo que de ella disfruta. Es su carácter esencial egoísta y exclusivo; es contraria al derecho individual, y a su manera convierte también a los ciudadanos en esclavos o ilotas. El ciudadano no se pertenece; pertenece a su patria; ésta lo es todo, el hombre nada: el bello ideal de las modernas ideas que tienden

© Biblioteca Nacional de España

a armonizar, separando y venciendo obstáculos para los hombres y los pueblos, y hasta las más opuestas opiniones, son enteramente contrarias a las que profesaban los griegos y romanos.»

Gracias al individualismo germánico pudieron constituirse nuevas sociedades, de especial organización, sobre la base del cristianismo, y tuvo fin la antigua reconcentración de la civilización en las ciudades para diseminarse por los campos. En la ciudad antigua se hallaba centralizada toda la vitalidad política y religiosa: allí los tribunales, el sacerdocio, el taller, el municipio, las elecciones; allí termas, teatros, acueductos, circos, monumentos de toda especie, mientras en el campo, en las *villas* y caseríos de los latifundios sólo había esclavos, bajo el látigo de los mayordomos.

Vinieron los godos y cambió aquel modo de ser: mientras el griego y el romano se sacrificaban por su patria, que era el ídolo en que adoraban, el godo, el escita, el franco, el suevo, el ripuario miraban ante todo por sí, se consideraban ciertamente como miembros de una grey con la cual tenían deberes, pero que en cambio les debía sagradas obligaciones. Al revés de antes, el Estado era ahora apenas nada mientras el individuo lo era todo.

Justo es añadir ahora que aun reconociendo todo el beneficio que prestaron los bárbaros al propagar por todo el mundo civilizado el principio de la libertad individual, contribuyó a ello, tanto o más que las invasiones la difusión del Evangelio. «Y en efecto, dice Benavides, enseñando la santa religión que profesamos el dogma del libre albedrío y de la responsabilidad individual, claro es, que demandando la responsabilidad, la independencia, pues no se concibe la una sin la otra, el individuo debía pugnar por ser libre, desechando el absurdo principio del fatalismo que condenaba al hombre a doble esclavitud; a saber, la del alma y la del

© Biblioteca Nacional de España

cuerpo. Y aun cuando pudiera decirse que esta divina y sublime filosofía sólo imperaba en la región de las almas, ¿quién no comprende que al fin y a la postre había de bajar a la tierra, dominando al hombre en su parte material, cuando había ya subyugado la parte más noble de su ser, la conciencia? La religión además moderó las costumbres de los bárbaros, dándoles los instintos de sociedad y de permanencia de que hasta entonces habían carecido. Poco fruto hubiera sacado el género humano de sus nuevos amos, si libres y sin freno, aquellas huestes bárbaras y temibles no hubieran humillado su cerviz, como el fiero Sicambro, ante una fuerza moral más poderosa que sus máquinas de guerra y sus indomables pasiones. Las naciones del Norte fundaron, es verdad, las sociedades modernas, pero con el auxilio eficaz del cristianismo, pues con la ciencia y el valor de los héroes, según menciona la historia, los Obispos de los primeros siglos, así defendían a Orleans del furor de Atila, como echaban en Toledo los cimientos del edificio suntuoso de la legislación castellana.»

Los nuevos dominadores aborrecían todo género de reclusión, y fijaron su residencia no dentro de los recintos amurallados de las urbes, sino en los palacios y quintas de las *villas*, que los romanos sólo visitaban de tarde en tarde o cuando más, utilizaban para el veraneo. El noble visigodo vivió, pues, en la *villa*, y como los de su raza formaban una casta esencialmente guerrera, obligaron a los esclavos a cultivar la tierra, mientras ellos se entregaban al placer de la caza o se entretenían en combatirse unos a otros.

Pero aquellos conquistadores eran cristianos, y por eso dejaron de tratar como *esclavos* a los que hasta entonces habían llevado este nombre; los esclavos se transformaron en *siervos de la gleba* — progreso inmenso, — y si se impuso a esos siervos la obligación de no abandonar el terruño, fué porque de otra suerte no



© Biblioteca Nacional de España

se habría podido cultivar la tierra. Con ello el siervo se creó una familia, y en vez de vivir como antes en vastas cuadras, vivió en casa propia, individualmente; y reunidas las casas, la *villa* se convirtió en aldea, y la población aumentó.

Eran turbulentos los tiempos. El jefe visigodo tenía que defenderse contra sus pares o bien contra enemigos exteriores; nunca faltaban motivos para acudir a las armas. El noble, pues, se vió obligado a fortificarse en su Estado; a este objeto levantó un castillo, en el lugar más estratégico, y se encerró allí dentro con sus siervos, dispuestos a dejar el arado por las armas en caso de peligro. Esta fué la primera forma de milicia feudal, a la cual sucedieron las mesnadas.

Al par de los solitarios castillos surgían los solitarios monasterios; el noble huía de la ciudad para vivir a sus anchas, como en nuestros días el boer prefería la vida de la granja a la residencia en las urbes; el monje huía, a su vez, del mundo para entregarse mejor a la vida contemplativa, y como los religiosos no tenían medios para fortificarse se ampararon en el castillo y en la aldea, a cambio de dispensar la instrucción e inculcar las verdades del Evangelio.

Tal transformación exigía un nuevo derecho, distinto del antiguo derecho civil, que aplicaban los curiales. El señor se constituyó en soberano de sus siervos y se erigió en juez supremo, independiente. De ahí el derecho feudal, lleno sin duda de abusos, como ya veremos, pero también de sabias y ventajosas prescripciones, y muy superior desde luego al antiguo derecho romano, o si quiere «estatista».

A este respecto, hemos de decir que en España había también muchos propietarios libres, además de los nobles visigodos. Dependía esto de que los romanos poseían aquí mayor número de latifundios que en otros países y de ahí que los visigodos se apoderaran tan

© Biblioteca Nacional de España

sólo de dos terceras partes, dejando el resto a los naturales.

Como ya hemos dicho, estaban prohibidos los matrimonios entre godos e hispanorromanas, a pesar del ejemplo dado por algunos reyes y grandes, mas a pesar de todo no se pudo evitar que se concertaran tales enlaces hasta que Recesvinto abolió dicha prohibición, con lo cual no hizo más que confirmar lo que era ya secular costumbre.

Desde el punto de vista moral podría decirse que fué un bien la invasión visigótica, la cual inoculó nueva y generosa sangre a la raza hispanorromana asaz gastada y extenuada a la sazón. De no haber sido los visigodos, el cristianismo se hubiera encontrado con grandes dificultades para su propagación, tratándose de un pueblo fatigado, rutinario y escéptico. Así, como dice un autor, «recibió la degenerada raza latina, a la par la vivificación psicológica en la sangre y la vivificación de la idea en la conciencia».

La fusión de las dos razas se verificó con mucha anterioridad a la promulgación del *Fuero Juzgo;* hubo por decirlo así, un intercambio entre los dos pueblos; los godos aportaron a España su individualismo, su amor a la independencia, y en cambio se asimilaron nuestra cultura y nuestra lengua, que seguía siendo el latín, más o menos alterado.

Ya sabemos que los visigodos celebraban, en los primeros tiempos de su dominación, asambleas generales, a las que asistían todos los grandes y guerreros, para resolver los asuntos de mayor importancia y proceder a la elección de rey. Consolidada ya su conquista estableciéronse los godos en sus tierras, y ocupados en lo propio y particular no asistieron ya en tanto número como antes a las asambleas, y se comprende que así lo hicieran, pues había de resultar molesto y gravoso emprender el viaje a la corte desde los confines del

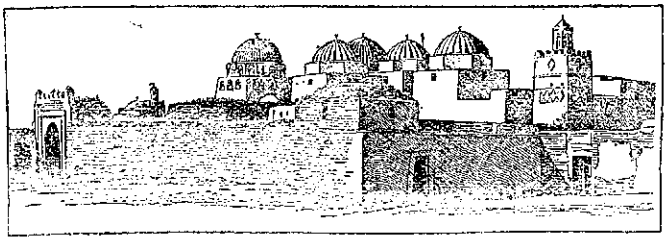
© Biblioteca Nacional de España

Estado español de entonces, o sea desde la Galia Narbonense a la Hispania Tingitana. De ahí que sólo asistiesen los grandes señores, pero no los godos de la clase popular, ocasionándose con ello una radicalísima transformación en el gobierno: lo que había sido una monarquía democrática, se convirtió, gracias a los concilios, en oligarquía teocrática, sobre todo desde Recaredo, y por fin en monarquía representativa. Los concilios, en efecto, acabaron por ser unas Cortes a las cuales asistían no solamente los obispos sino también los dignatarios palatinos, condes, duques, jueces y próceres que designaba el rey. Con todo, se suponía que concurría también el pueblo, y de ahí la fórmula *omni populo assentiente.*

Y así fueron corriendo los siglos hasta que, como pasa con las más vigorosas razas, cayeron también en la molicie los godos, que debían sucumbir a su vez al empuje de un pueblo lleno de energía, como habían sucumbido ante ellos los hispanorromanos del siglo v.

---

© Biblioteca Nacional de España



# PARTE CUARTA

# LOS ÁRABES

## CAPÍTULO PRIMERO

## ARABIA

El territorio.— Montañas.—Costas.—Clima.— Producciones. —La raza.— Escritura y lengua.— El culto.— Historia.—La reina Zenobia.—Arios y semitas.—Usos y costumbres.

Antes de hablar de la conquista de España por los árabes, convendrá dar una idea de los orígenes y carácter de aquel pueblo, que tanta influencia debía ejercer en el desarrollo de nuestra nacionalidad.

Es de notar la especie de compensación que en este sentido ocurrió en los movimientos emigratorios de los pueblos: a las primitivas invasiones, de gentes venidas del Norte, suceden ahora las invasiones de tribus del Mediodía; y también es de notar lo inútil de buscar novelescas explicaciones respecto a la causa que determinó a los árabes a apoderarse de España, pues se trata de una ley histórica, a saber, que los pueblos siguen a los que los fanatizan, y los árabes tuvieron fanatismo de sobra, arrastrados por la predicación de un visionario o un impostor.

© Biblioteca Nacional de España

Veamos en qué circunstancias consiguieron los árabes llegar al supremo grado de fuerza y de pujanza que les llevó a conquistar inmensos territorios lo mismo en Asia que en África y Europa.

**El territorio**

Arabia es una vasta península de forma cuadrilátera irregular, cubierta por interminables desiertos de arena en la parte del Norte, confinante con Siria, Mesopotamia y el Irak y rodeada de mares en el resto de sus lados: el golfo Pérsico y el mar de Omán al Este; el mar de las Indias y el golfo de Aden al Sur; el mar Rojo al Oeste. El eje mayor de la península está orientado de SE. a NO. y mide 2,500 kilómetros, que representan 75 jornadas de caravana. La anchura es de 1,000 kilómetros; la superficie 3.156,588 kilómetros cuadrados. La península está comprendida entre los 32º y 60º de longitud oriental de Greenwich y entre los 28º y 12º de latitud Norte.

El nombre viene de *Arabah*, que en las lenguas semíticas significa *llanura* y *desierto*. Durante la Edad Media los árabes fueron llamados *sarracenos*, de *Charakiun*, orientales.

Arabia forma una vasta meseta, de mediana altitud, de igual naturaleza que el desierto de Sahara del cual parece ser continuación. Sus grandes llanuras son pedregosas (*Arabia Petrea*), en el Norte y arenosa, en el Sur. La meseta se inclina hacia el Golfo Pérsico, y de igual manera que en el Sahara surgen de la llanura numerosas montañas, con fuentes o aguas corrientes, en las cuales habitan las poblaciones agrícolas y se hallan las ciudades.

La parte central del país ofrece la configuración que acabamos de decir, y se llama el *Nedjed* o Tierra Alta. Este país viene a ser como un vasto oasis rodeado de arenales. Esta parte central está separada del Mar Rojo por una larga cadena montañosa entre cuyas faldas y el mar se extiende una estrecha faja de playas de

© Biblioteca Nacional de España

abrasadora arena, llamada el *Tehama* o la *Tierra caliente.*

Gracias a esos cantones montañosos y a los numerosos oasis, no todo es desierto; éste cubre tan sólo una tercera parte; las otras dos son cultivables. La parte inhabitable se encuentra sobre todo en el Sur, donde existen inmensas dunas movedizas sobre una base granítica o caliza. El espesor de las arenas llega a ser de 120 a 180 metros.

**Montañas.** La más conocida es la que bordea el mar Rojo; algunas de sus cimas se elevan a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, de manera que se siente en ellas un frío intenso y están cubiertas de nieve durante algunos meses. Hacia el Sur esta cadena se ensancha para formar una meseta montuosa entrecortada por innumerables valles. Esta región se llama la *Arabia Feliz,* y en ella la temperatura es relativamente templada.

La península abunda en volcanes (más de 28) designados con el nombre de *Harvas,* pero no hay noticia de que hayan estado en actividad excepto uno. Su presencia se revela por vastas extensiones cubiertas de piedras negras, como quemadas.

**Ríos.** No hay ningún gran río en toda Arabia; sólo en la comarca llamada Acir (entre los paralelos 18º y 20º), al SE. de la Meca, abundan las corrientes, que van a perderse en los arenales, excepto en la estación de las grandes lluvias tropicales, durante la cual algunos de esos ríos desaguan en el golfo Pérsico. En cambio abundan en extremo los *guadis* o ríos secos; hay que advertir que esos guadis son hoy más numerosos que antiguamente, a causa de haber sido devastados los bosques, así de las montañas del Oeste como del Noroeste.

**Costas.** Su desarrollo alcanza 3,700 kilómetros. Las del Mar Rojo están bordeadas por enormes bancos

© Biblioteca Nacional de España

de coral y numerosos islotes que hacen peligrosa la navegación; en el Sur son muy elevadas; en el golfo Pérsico, muy bajas y recortadas.

**Clima.** Es muy vario, según la situación de los lugares. En el Yemen hay un régimen regular de lluvias, desde mediados de Junio a fines de Septiembre. En el Hedjaz las lluvias empiezan en Diciembre; con todo hay frecuentes sequías, y en algunas provincias se pasan a veces dos y tres años sin caer una gota de agua.

El calor es insoportable en el Tehama, o sea en las playas del Mar Rojo; moderado en las montañas. En el desierto el termómetro oscila entre 38º y 43º.

**Vientos.** El de Levante es húmedo; el de Poniente seco. En el desierto entre Basara, Bagdad, Alepo y la Meca sopla el terrible *simún* o *samiel*, procedente del desierto; cuando no se presenta con la intensidad que lo hace mortal y venenoso para el beduíno se llama *cheluk* (*sirocco*, en italiano; *xaloc* en catalán).

Como se ve, el clima es rudo, excepto en el Nedjed donde la atmósfera es pura, el clima seco, la temperatura moderada, y de ahí que los habitantes se distingan por su robustez.

En suma, el país puede considerarse dividido en cinco grandes regiones: el *Hedjaz* (parte septentrional de la zona litoral bañada por el Mar Rojo); el *Yemen* (al Sur del anterior, en el ángulo SO. de la península) que es la parte más poblada y rica de Arabia; el *Omán*, en el mar de su nombre; el *Bareia*, en el Golfo Pérsico, y el *Nedjed central*. El *Hedjaz*, el *Yemen*, el *Omán* y el *Nedjed* forman lo que Ptolomeo llamaba la *Arabia Feliz*.

**Producciones** Antiguamente era célebre Arabia por su incienso, aunque no procedía todo de allí, sino de Abisinia y la India; hoy su árbol más precioso es el cafeto; abundan las esencias balsámicas, la viña —para emplear solamente las uvas como fruto;— el

© Biblioteca Nacional de España

albaricoquero, el almendro, la higuera, el melocotonero, el algodonero, el sicomoro, la acacia, la palmera, la caña de azúcar, numerosas plantas medicinales, trigo, mijo, legumbres. Está muy adelantada la hidráulica (acequias y pozos).

Entre los animales se cuentan el mulo, el asno, el buey, la oveja, la cabra y otros animales domésticos; entre las fieras el león, la pantera, el leopardo, el lobo, el jabalí, el chacal; hay también gacelas y zorras, pero los dos animales por excelencia son el camello y el caballo; sin el primero el desierto resultaría absolutamente inhabitable.

En cuanto a minerales no se encuentran ya aquellas minas de oro y plata, ni aquellos yacimientos de piedras preciosas de que hablaron los antiguos, sino únicamente algunas minas de hierro, sal gema y metales bajos.

**La raza.** El número de habitantes se estima hoy en unos cinco millones. Los árabes descienden al parecer si no de dos razas, a lo menos de dos ramas distintas, establecida una de ellas en el Norte y la otra en el Sur y el Sudeste. Los primeros, *nómadas* o *beduinos*, moran bajo la tienda, con sus rebaños; los segundos ocupan las regiones altas y se dedican a la agricultura y al comercio, por lo cual se les llama *sedentarios*. Todo indica que desde tiempo inmemorial, los beduínos o pastores mostraron la mayor aversión a los sedentarios, los *Ahl-el-Mabar* (habitantes de las casas); aversión tan pronunciada como la de Caín a su hermano Abel y que no parece haber disminuído mucho desde entonces.

Los nómadas pretenden descender de Ismael, hijo de Abraham y Agar (de donde las denominaciones de ismaelitas y agarenos); los sedentarios de Joctán, hijo de Heber, de la raza de Sem. En este concepto los verdaderos árabes serían los del Sur, mientras los del Norte serían mestizos de israelita y árabe.



© Biblioteca Nacional de España

A estos mestizos (descendientes de Ismael y de una hija de Joctán) les llaman los árabes puros *Maaditas*, del nombre de un nieto de aquél, a cuya casta pertenecen los nabateos, kedarenos, edomitas o idumeos, amalecitas, moabitas, amenoritas y madianitas, tantas veces citados en el Génesis, y demás libros sagrados. Los maaditas plantaron sus tiendas en las áridas llanuras del Hedjaz y en los desiertos del Norte hasta las fronteras de Palestina y la Siria oriental.

En cambio los árabes puros, los joctanitas de la raza de Sem, se establecieron en el Yemen, donde fundaron espléndidas ciudades; llamándose después *Himyaritas*, del nombre de un nieto de Joctán.

Parece que anteriormente al establecimiento de los maaditas y los himiaritas en Arabia hubo allí un pueblo conocido con el nombre de los *Amalecitas*, exterminado por Dios a causa de sus prevaricaciones, y del cual no queda rastro.

**Tipo físico.** A pesar de las profundas diferencias entre las dos ramas árabes, en el tipo físico se conserva admirablemente la unidad de la raza. He aquí su descripción según el barón Larrey, que puede considerarse como clásica:

«Su estatura es algo más que mediana; son robustos, bien formados, la piel atezada o morena, y elástica. Tienen el rostro ovalado, de color cobrizo; la frente es ancha, elevada, las pestañas negras, separadas; los ojos de igual color, vivos y hundidos. La nariz recta, de mediano tamaño; la boca bien cortada; bien plantados los dientes, hermosos y blancos como marfil; la oreja, de bella forma y grandor normal, está ligeramente inclinada hacia delante; el orificio auditivo guarda perfecto paralelismo con la comisura externa o temporal de los párpados.

»Como ocurre en los individuos de todos los pueblos, obsérvanse en sus mujeres algunas diferencias venta-

© Biblioteca Nacional de España

josas; son de admirar sobre todo los contornos graciosos de sus miembros, las proporciones regulares de sus manos y de sus pies, la gallardía de su actitud y de su andar.

»Los beduínos o árabes pastores están generalmente divididos en tribus esparcidas por los linderos de las tierras fértiles, en la entrada o al borde de los desiertos; habitan tiendas que transportan de un puesto a otro según las necesidades. Tienen continuas relaciones con los demás árabes; sin embargo, sus ojos son más brillantes, las facciones menos pronunciadas y su estatura es menos elevada que la de los árabes civilizados. Son también más ágiles, y aunque delgados, muy robustos. Tienen el espíritu vivo, el carácter fiero e independiente; son desconfiados, disimulados, pero bravos e intrépidos. Poseen sobre todo una gran destreza, una profunda y rara inteligencia. Pasan por ser excelentes jinetes y se alaba con razón su habilidad en manejar la lanza y el venablo. Por lo demás, son muy aptos para el ejercicio de todas las artes y oficios.»

Como se ve, no podían ser más diversas la condición, el tipo y las costumbres de los árabes y lo que hemos dicho a propósito de los visigodos.

El tipo subsiste hoy igual que en los tiempos a que nos referimos, con iguales diferencias que entonces entre el color, más blanco en el árabe sedentario, y más atezado en el nómada. Sólo hay que exceptuar las poblaciones nómadas del Sur, donde han sido frecuentísimos los cruzamientos con los negros. Igualmente se encuentran aquí y allá árabes de cabellos rubios y ojos azules, pero se cree debido a la introducción de mujeres extranjeras.

**Escritura y lengua.** Otra prueba de la unidad de la raza árabe es su lengua. No la hay tal vez que posea más dialectos, pero son de escasa importancia y todos los árabes los comprenden; el marroquí

© Biblioteca Nacional de España

entenderá perfectamente al nómada del Hedjaz, a pesar de sus diferentes dialectos y su diversidad de pronunciación. El dialecto más extendido es el koreschita o del Hedjaz, por ser el de Mahoma, y el del Corán.

Respecto a la escritura parece les fué comunicada por los libios, antes de la Hégira. Hay dos clases: la cursiva habitual se llama *nesji;* la que se emplea en las inscripciones *Kúfica,* de la ciudad de Kufa, en el Irak-Arabi.

**El culto.** Antes de Mahoma, el culto de los árabes era el sabeísmo, o sea la adoración de los astros. «Pastores errantes en las llanuras inmensas donde conducían sus rebaños, y obligados siempre a volver los ojos al cielo para reconocer y dirigir su camino, dice un autor, habían sido llevados fácilmente a hacer de los cuerpos celestes el objeto de su culto. En ellos colocaron inteligencias y les levantaron altares y estatuas. La Arabia de los antiguos tiempos tenía en el Hedjaz un templo célebre llamado la *Kaaba,* por su forma cuadrada, cuya fundación era atribuída al patriarca Abraham; este templo era para todas las tribus de todos los puntos de la península un lugar de peregrinación. Ocupaba el mismo emplazamiento que el actual templo de la Meca, pero lo habían invadido los ídolos.» Ya veremos lo que hizo Mahoma, con este templo, al empezar su predicación.

**Historia.** «Con sus inmensos e impenetrables desiertos, dice Vivien de Sant-Martin, con sus poblaciones casi enteramente dedicadas a la vida nómada, con sus costas de difícil abordaje, en las que no desembocan ninguno de esos grandes ríos que llaman el comercio y abren el acceso a las comarcas interiores, Arabia parecía destinada por la naturaleza misma a quedar aislada del comercio de los hombres, como había quedado aislada del resto de Asia, y sin embargo, no solamente ha entrado en el círculo de la historia, sino

© Biblioteca Nacional de España

que Arabia ha ejercido una acción poderosa en la marcha de la civilización y en los destinos de la humanidad.

»Cuna de la religión de Mahoma, que desarrolló tan rápidamente los instintos del proselitismo y de conquista en el seno de las tribus ismaelitas, de allí salió, en el siglo VII, la oleada armada que invadió la mitad del viejo mundo. Sabido es hasta qué punto se manifestaron, muy luego, en los diversos centros del Califato, las maravillosas aptitudes de la raza. Todas las ciudades en que reinaron los Califas se hallan fuera de los límites de la península, pero la brillantez con que resplandecieron en tiempos de la grandeza musulmana Basora, Bagdad, Córdoba, Sevilla y Granada ha repercutido sobre Arabia...

»La raza árabe, aparte de esto, no está encerrada en los límites de Arabia. Sin hablar de la inmensa difusión que se ha extendido sobre la mitad de Asia y por todo el Norte de África, sin hablar tampoco de sus diarios progresos en África Central, la familia de los pueblos de que son rama principal los árabes ha ocupado desde los tiempos prehistóricos, independientemente de la península árabe, la mitad inferior de la cuenca del Éufrates con el valle del Tigris y la región del Líbano desde el Tauro hasta el istmo egipcio, es decir, todo el espacio circunscrito por la meseta irania, la Armenia, el Asia Menor, el fondo del Mediterráneo y la cabeza del mar Rojo. En esta gran región compuesta en parte de países de montaña, en parte de vastas llanuras y de estepas arenosas, las diversas fracciones de la raza, repartidas según las circunstancias geográficas, se desarrollaron en grupos distintos bajo los nombres de babiloninos, asirios, mesopotamios, capadocios, sirios, fenicios, hebreos y árabes, formando así naciones separadas por las costumbres y la existencia política, pero enlazadas entre

© Biblioteca Nacional de España

sí por la identidad originaria de la lengua, siempre reconocible bajo la multiplicación de los dialectos. Un uso consagrado ha dado a esta gran familia la calificación de *semítica,* pero desde el punto de vista de la etnografía y de la historia el grupo árabe ocupa un lugar preeminente.»

Es digno de observarse que apenas si se conservan recuerdos, propios de la Arabia, de los siglos anteriores a Mahoma: algunos cantos heroicos, pero nada de historias ni de reseñas geográficas ni de anales regulares; y sin embargo, esos árabes que carecían de historia escrita y cuyos recuerdos apenas se remontaban a tres o cuatro siglos antes del Profeta, conservaban, al parecer, el recuerdo de sus orígenes antiquísimos, pero como ha hecho notar M. Ernesto Renan en su *Historia de las lenguas semíticas,* estas pretendidas tradiciones no son más que un eco alterado de la tradición judía, la de la Biblia.

Los escasos datos que poseemos respecto a la antigua historia de Arabia pueden reducirse a los siguientes:

Existencia de un reino de Sabá, mil años antes de nuestra Era, rico y floreciente, en la meseta del Yemen. Es aquel cuya soberana hizo el famoso viaje a Jerusalén para visitar a Salomón. Todos los historiadores están contestes en ponderar la fertilidad y opulencia del país de los sabeos.

Expedición, en tiempo de Augusto, para someter el reino *himiarita* u *homerita* al imperio romano. Tuvo efecto el año 22 de nuestra Era y estuvo bajo el mando del prefecto de Egipto Elio Galo.

A mediados del siglo III alcanzaba gloriosa fama un jefe árabe llamado *Odenato* por los romanos. Auxiliáronle éstos contra los persas, cuya monarquía estaba regida a la sazón por Cosroes, y el emperador Galieno le concedió el título de rey. Odbeina (que éste era su nombre en árabe) demostró ser digno de tan alta dig-

© Biblioteca Nacional de España

Tipo árabe

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

nidad, pero celosos de su poderío los romanos le hicieron asesinar (266).

Pero si faltaba Odenato quedaba su viuda, Bath Sebina, digna de ser parangonada con Semíramis; *Zenobia,* pues que así la llamaron los historiadores del Lacio, concibió la idea de fundar un grande imperio oriental como pretendiera un tiempo Cleopatra. Había fundado Salomón, en el Desierto, a tres jornadas del Éufrates, una ciudad llamada *Tador* o *Palmira* (por las muchas palmeras que había en su contorno); su situación era ventajosísima, como depósito de tránsito de las caravanas que iban de Europa a la India, y en ella establecieron su corte Odenato y Zenobia.

Era ésta una mujer de singularísimas prendas. Descendía de ilustre estirpe, y aun hubo aduladores que sostuvieron que por sus venas corría la sangre de los Ptolomeos. Entendía el latín, el griego y el egipcio; sabía historia y la escribía también; estaba perfectamente instruída por su maestro Longino en la filosofía griega y descollaba como peritísima en el arte militar entre sus generales. Aparte de esto, la corte de Palmira estaba completamente romanizada.

Zenobia conquistó Siria, Mesopotamia, Egipto y Bitinia. Acudió entonces a toda prisa el emperador Aureliano, que obligó a la reina a encerrarse en su capital. La defensa fué admirable; hubo que emplear las máquinas de batir más poderosas que se conocían, mientras los sitiados arrojaban tal número de piedras y de dardos que parecía increíble. Por fin, Aureliano logró entrar y redujo a escombros a Palmira, que desapareció por completo, hasta que, durante el siglo XVIII, se descubrieron sus ruinas. La ilustre Zenobia fué hecha prisionera y llevada cautiva por Aureliano a Roma. Así acabó aquella tentativa de imperio oriental.

No es menester decir con qué orgullo han recordado siempre los árabes a su Bath Sebina.

© Biblioteca Nacional de España

Destruído aquel poderío surgieron terribles guerras entre las dos dinastías árabes de los Lachmidas y los Gassanidas, terminando la campaña, al cabo de largos años, con la batalla de Jazar (mediados del siglo IV), en que las tribus maaditas del Hedjaz sacudieron por siempre el yugo de los reyes del Yemen.

Vivo recuerdo quedó también de la ruptura del dique de Mareb, ciudad que no era otra que la de Saba. «Esta obra gigantesca, cuya época es desconocida, dice Saint-Martin, tenía por objeto contener en un depósito natural, formado por un encajonamiento entre dos montañas y cerrado por delante por un poderoso muro, las aguas reunidas de muchos torrentes; así se podían distribuir a los campos vecinos las irrigaciones necesarias. El accidente que produjo la ruptura del dique ocasionó tal desolación en el país, que la tradición, probablemente muy amplificada, refiere a tal causa un gran cambio de lugar en las poblaciones pastorales del Sur.»

Finalmente, en 529, fué conquistado el reino himiarita por el rey de Axum, que impuso al Yemen, durante 72 años, una dinastía extranjera.

Apenas se sabe nada más sobre el Yemen, anteriormente a la aparición de Mahoma, y ni una palabra tan sólo respecto al resto de Arabia. Con todo, parece ser que en el Norte del Hedjaz abundaban las colonias hebreas, establecidas allí desde el siglo I, cuando la destrucción de Jerusalén por Tito y Vespasiano. Estos judíos hablaban una jerga mezcla de hebraico y de arábigo, se dedicaban al comercio y no es menester decir que conservaban celosamente su religión.

**Arios y semitas.**

Forman estas dos razas dos grupos inconfundibles tanto en el aspecto etnográfico como en el concepto lingüístico. Pertenecen a la primera los indios, griegos, romanos y teutones; a la segunda los judíos, los árabes, los fenicios y cartagineses, y desde tiempo inmemorial ha sido irreconci-

© Biblioteca Nacional de España

liable la enemistad entre ambos pueblos. Sin poder remontarnos a los tiempos antiquísimos veremos que, los babiloninos reducen a cautividad a los judíos, que Alejandro destruye a los fenicios; Roma a Cartago, Jerusalén y Palmira, y como ya hemos visto, principalmente a la confabulación de árabes y judíos fué debida la destrucción de nuestro reino visigótico. De entonces acá se ha perpetuado el odio, subsistente hoy con el nombre de *anti-semitismo,* aunque contraído especialmente a los israelitas.

«El semita, escribe el Sr. Ortega y Rubio, ha sido el fundador de las principales religiones. La idea de Dios penetra en la vida de esta raza; educada en el concepto de la omnipotencia del ser, todo lo demás lo mira con frialdad y lo considera de interés mezquino. A esto va unido de una manera necesaria el fatalismo, y las fórmulas *Dios lo puede, Dios lo quiere* y *Dios lo sabe,* resumen la vida toda de los semitas. La idea de Dios, que se presenta en la Historia iluminándolo todo, tomada extremadamente, es fuente de rémora, y nada mata tanto a la libertad como esa exageración que hace razas pobres y envilecidas de razas libres e ilustres. Cayeron los judíos y los árabes en la impotencia y la degradación. Considerada hoy desde el punto de vista moral, la raza semita es un montón de vicios y sofismas, y materialmente es un montón de escombros y ruinas. Es la antítesis, pues, de la raza indoeuropea, que ama la libertad por instinto propio del corazón y de la conciencia. Los semitas no son escultores ni pintores, porque la Biblia prohibe a los judíos y el Corán a sus creyentes la reproducción de seres orgánicos; por esta razón se hallan tan desnudas y frías las sinagogas hebreas y las mezquitas musulmanas. En la poesía lírica y en la música exceden a todos los demás pueblos: los judíos son los grandes poetas y músicos de la tierra; los árabes, aunque sensuales, revelan en su poesía un sello



© Biblioteca Nacional de España

especial de tristeza y sentimentalismo con sus invocaciones a Allah y con sus quejidos lastimeros; y aun hoy, por las canciones populares de nuestra Andalucía, puede llegarse a conocer el desarrollo de la poesía y de la música en el tiempo del florecimiento árabe en España. Los idiomas semíticos, por último, se distinguen por la pobreza de sus medios expresivos, lo cual parece extraño tratándose de lenguas que para expresar una palabra como *camello* tienen 900 raíces; consistiendo dicha pobreza en la falta de giros, de construcciones, de sintaxis y de períodos, en que sus palabras son casi todas triliteras y su composición es monótona y pesada.

**Usos y costumbres de los árabes.**

Prescindiendo del impulso religioso y moral que el Corán prestaba a los invasores árabes, bastarían las cualidadas que poseía aquella raza, bajo el aspecto físico y moral, para comprender la incontrastable pujanza con que se hicieron dueños de tantos países en brevísimo tiempo, en su arrolladora marcha de Levante al Ocaso. Hemos hablado ya de su tipo físico y moral. Tratemos ahora de sus usos y costumbres.

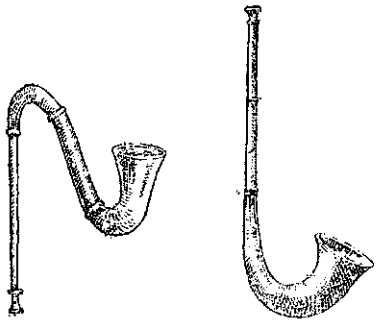
Tanto como son generosos y hospitalarios con los amigos, se muestran rencorosos con los adversarios, y la venganza constituye para ellos una especie de religión, que se transmite de padres a hijos, siendo reputados como cobardía el olvido o el perdón.

No tienen apellidos, sólo añaden a su nombre la partícula *ben* (hijo), con el del padre y demás ascendientes, los cuales nombres se remontan a veces a atrasadísima fecha.

Esta tenacidad en el recuerdo explica las terribles guerras entre las tribus, cuyos agravios no se olvidan nunca. En cambio su gratitud llega a límites inverosímiles, y su hospitalidad pasa de lo concebible, pues a ningún extranjero se le niega albergue, ni se le rehusa el pan y la sal.

© Biblioteca Nacional de España

«Ociosos, graves, amigos de la soledad, taciturnos y hasta sombríos, muestran alegría y agudeza de ingenio cuando se reúnen: bailan, luchan, improvisan versos y refieren aventuras y leyendas a que son en extremo aficionados, y a trueque de oir tales narraciones, pasan noches enteras llenos de gozo, con los ojos fijos en el narrador, que jamás omite en su relato la más mínima circunstancia, describiendo genealogías, armas, trajes, caballos, jueces, lugares, diálogos, hadas, ge-



Trompetas árabes

nios y personajes, mientras los oyentes participan con extraordinaria vivacidad de los sentimientos, angustias y vicisitudes de los héroes...»

Es de notar, como hace observar el insigne historiador holandés Dozy, que tan admirablemente ha estudiado la dominación de los musulmanes en España, que los árabes, sin previas filosofías, sino por su puro instinto, realizaron en su tiempo lo que muchos siglos después debía constituir el lema de la Revolución Francesa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad.*

El árabe no reconoce más amo que Dios; todos son iguales, en el desierto: visten y comen todos lo mismo; todos son hermanos; no poseen más bienes que sus dro-

© Biblioteca Nacional de España

medarios y sus caballos, propiedad precaria por lo cual desprecian las riquezas.

Sus sentimientos no son muy delicados, en el sentido cristiano; la mujer es para él una cosa mejor que una persona; su cariño es puramente físico; gusta de las cacerías, de los juegos de azar, de los placeres violentos.

Sólo queda por manifestar que no hay que confundir a los *árabes* con los bereberes y los moros.

Tal era el pueblo del cual debía salir el que cambiara en gran parte la faz del mundo, por los siglos de los siglos.

---

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO II

# MAHOMA

(570 - 632)

La tribu de los coreiscitas, descendiente de Abraham por Ismael, y cuya capital era la Meca, figuraba entre las más ilustres de Arabia, y una de sus principales familias, la de Haschem, que se había hecho riquísimo en el comercio, tenía a su favor haber mantenido a todos los habitantes de la Meca durante una grande escasez de víveres; su hijo, Abdel Muttalib, defendió la ciudad contra una invasión de abisinios; vivió 120 años y tuvo 12 hijos y 6 hijas, siendo el predilecto Abdallah, el más hermoso de los hijos de Ismael; cuando casó con Amina, de la familia de los Zaritas, murieron de celos doscientas doncellas.

Sólo un vástago tuvieron Abdallah y Amina, y el abuelo, Abdel-Muttalib, quiso que se impusiera al recién nacido un nombre distinto de los que venía usando la familia; se le dió, pues, el de *Mahoma* (*Mahamad* o *Mohamed*, el alabado o glorificado). El nacimiento debió ocurrir entre 570 y 578, en ocasión en que Abdallah había fallecido en Iathrib, en el trayecto de una caravana a Gaza, de manera que el niño era hijo póstumo.

Era Mohamed de complexión delicada; a los seis años llevóle su madre a Iathrib; regresaron a la Meca, y la

© Biblioteca Nacional de España

buena Amina se murió por el camino. Compadecida del huérfano una esclava llamada Omen Eiman, lo recogió y lo devolvió a su abuelo, el ya octogenario Abdel-Muttarib.

Mimado por éste en extremo, perdió Mahomed aquel arrimo al cabo de dos años, quedando confiado al cuidado de su tío Abu-Talib. Dedicábase éste al negocio de las caravanas, y en el verano de 581, como emprendieran tío y sobrino un viaje a Bozrah, al Sur de Damasco, detuviéronse en el monasterio nestoriano de esta ciudad, donde el monje Bahira predicó al joven Mahomed para que abrazara su herejía, consistente en negar la unidad de Cristo, separando de él la naturaleza humana de la divina. Posteriormente hizo Mahomed, o Mahoma, otros viajes a Bozrah, durante los cuales no dejó al parecer de visitar a los nestorianos, quienes, asombrados de su claro talento, elocuencia y gentileza le predijeron un glorioso porvenir, aunque aconsejándole que en manera alguna se dejara seducir por las predicaciones de los rabinos judíos.

Pero Mahoma no sólo demostraba ser un joven de extraordinario talento, sino que dió luego señaladas muestras de valor en una lucha contra varias tribus que habían invadido el territorio de la Meca. Ello es que el hijo de Abdallah y Amina lo reunía todo; lo raro era que no supiese leer ni escribir, pero es muy posible que no fuera así, y lo propalara para que sus revelaciones escritas tuvieran mayor prestigio.

Es indudable que Mahoma abrigaba vastísimos designios, y que para su realización necesitaba dinero; pero tampoco le faltó, pues a los veinticuatro años entró al servicio de la viuda de un riquísimo mercader, llamada Cádiga, ya cuarentona, a la cual amó siempre entrañablemente, pues «le creyó cuando los hombres le despreciaban y vino a él cuando estaba pobre y perseguido por el mundo».

© Biblioteca Nacional de España

Mahoma resultó un buen marido y un comerciante habilísimo, pues ganó muchísimo dinero, con el que acrecentó la fortuna de su mujer. En sus caravanas recorrió el Hedjaz septentrional, donde, como hemos dicho, había muchas colonias hebreas.

Profundo aborrecedor de la idolatría, conversaba, lleno de vivacidad, con los judíos y cristianos de la Meca, todos monoteístas, y a mayor abundamiento contra el politeísmo; un primo suyo, llamado Waraca, judío, se había convertido al catolicismo y puesto la Biblia en lengua arábiga.

Nada más interesante que el estado de ánimo de Mahoma, constantemente agitado por las dudas. No es difícil creer que se encontraba obsesionado por las ideas religiosas. Teniendo ya cuarenta años abandonó su hogar y se retiró a una cueva del monte Hera para entregarse a la meditación. La soledad produjo su efecto, y una noche cayó en una especie de letargo, durante el cual se le apareció el ángel Gabriel que le dijo: «*Lee.*» Respondió Mahoma que no sabía, pero el ángel insistió diciéndole: «Lee en nombre de Dios Creador; él formó el mundo uniendo los dos sexos. Lee en nombre del Dios adorable; él enseñó al hombre a servirse de la pluma y depositó en su alma un rasgo de sabiduría. Esta consiste en la verdad, y él se rebela contra su bienhechor; las riquezas aumentan su ingratitud. Ciertamente el género humano volverá al seno de Dios.»

Mahoma refirió la aparición a Cádiga, y añadió que una voz le había declarado Apóstol del Señor. Claro está que se trataba de dos alucinaciones: una visual y otra auditiva, pero el hijo de Abdallah quedó persuadido de ser verdad la presencia y las palabras del ángel, en cuya opinión le confirmó un sacerdote cristiano llamado Varca, pariente de Cádiga, proclamándole *Profeta de los árabes.*

Mahoma poseía lo que ha hecho la fuerza de los gran-

© Biblioteca Nacional de España

des visionarios: una confianza ciega en su destino. En sus meditaciones en la cueva de Hera se había persuadido de que los árabes, en un principio, no habían sido idólatras, sino que habían creído en un solo Dios, siendo así que ahora figuraban 360 ídolos en la Kaaba.

Además de esos gentiles había cristianos, judíos, herejes, adoradores persas de Mitra, y Mahoma creyó que estaba destinado a reducir todas las religiones a una sola, sin distinción de pueblos rojos ni negros.

Comenzó, pues, su proselitismo, en secreto, y el primer adherente fué su primo Alí, que apenas contaba doce años y al cual quería como un hijo; el segundo fué su esclavo Said. El de más cuenta fué Abu Bekr, que era uno de los doce magistrados de la Meca. A los tres años se decidió, por fin, a proclamar su misión divina, y para ello reunió en un banquete a los descendientes de Abdel-Motalleb, en número de cuarenta. Explicó su doctrina, y uno de los comensales llamado Abu-Taleb, padre de Alí, le interrumpió para reirse a carcajadas.

Mahoma dió otro banquete al día siguiente, y prometió bienandanzas sin cuento a cuantos abandonaran sus falsas religiones para creer sólo en un *Dios único* y todopoderoso. Arrebatado por la convicción exclamó: «Quién quiere ser mi ministro?»

Callaron todos, asombrados, pero se levantó el joven Alí y dijo: — Yo lo seré, y si hay alguien que pretenda levantarse contra ti, yo le romperé los dientes, le arrancaré los ojos, le quebraré las piernas y le abriré el vientre.

Mahoma, convencido, abrazó a su joven primo, y exclamó:

— Ahí tenéis a mi califa. Obedecedle y respetadle.

Nuevas carcajadas acogieron la presentación, y por fin, movidos a compasión aconsejaron todos a Mahoma que desistiese de su loca aventura, a lo cual contestó que jamás retrocedería.

© Biblioteca Nacional de España

Retiróse a un castillo lejano, e irritados los coreiscitas enviaron contra él algunas tropas al mando de Omar, famoso por su ferocidad. En una de las etapas alojóse Omar en casa de una hermana suya, y como allí oyese leer algunos capítulos compuestos por Mahoma, se sintió tan emocionado, que al momento se declaró musulmán y se puso a sus órdenes.

Mahoma continuaba entretanto su obra, mezcla de fanatismo e impostura. Así, suponía que de vez en cuando el ángel Gabriel le traía capítulos de lo que después constituyó el Corán. Para atraerse a los judíos decía que Abraham, Ismael y los demás patriarcas habían sido musulmanes, y para hacerse suyas las sectas cristianas que esperaban la venida del Paráclito, les daba a entender que el Paráclito era él mismo.

Era terrible la ira que se despertó contra Mahoma, el traidor coreiscita. Así como los efesos se indignaron contra San Pablo, porque con su predicación arruinaba a los plateros que fabricaban ídolos de Diana, así los habitantes de la Meca clamaban contra Mahoma, que con su doctrina de un solo Dios acabaría con las peregrinaciones que allí acudían para adorar a los 360 ídolos diversos que en la Kaaba se veneraban: hombres, gacelas, águilas, leones, etc. Llovían, pues, sobre él las injurias, y los vecinos le apedreaban y le llenaban de lodo, y lo mismo ocurría con sus discípulos.

Mahoma, temeroso de que ocurriese cualquier día una matanza de *musulmanes* o *muslimes* (palabra derivada de *islam*, resignación en Dios), dispuso que salieran de la Meca los más comprometidos: ochenta y tres hombres, diez y ocho mujeres y algunos niños, a los cuales prestó asilo el Negus de Abisinia, cristiano.

Así transcurrieron tres años, durante los cuales Mahoma tuvo que llorar la pérdida de su Cádiga, la primera creyente. Continuó su proselitismo, adquiriendo muchos adherentes en Yatrib (Medina), a quienes llamó



© Biblioteca Nacional de España

*ansarianos* o auxiliares, mientras continuaban en la Meca él, Alí y Abu-Bekr. En tal estado las cosas hubo de llegar a su noticia que los coreiscitas habían tramado una conjura para asesinarle en su tienda.

Mahoma mandó a Alí que se acostase en su lecho, cubierto con su caftan verde, y mientras los conjurados esperaban a que se levantase, logró huir con Abu Bekr. Tal es la fecha llamada la *Hégira* (la huída, viernes, 6 de Julio de 622). Afortunadamente los asesinos respetaron a Alí, y aunque corrieron velozmente al alcance de Mahoma, no pudieron ya apoderarse de él. El Profeta y Abu Bekr se refugiaron en una caverna de las muchas que había en los montes de Tur, en pleno y árido desierto. Una araña tejió rápidamente una tela para extenderla por la entrada; un enjambre de abejas labró allí dentro sus panales y una paloma ponía sus huevos. Cuando pasaron los perseguidores y vieron la entrada de la cueva cubierta por la telaraña, no pensaron ya en entrar.

Mahoma y Abu Bekr lograron por fin escapar y llegaron a Yatrib, donde el Profeta fué acogido con entusiasmo. Mahoma entró precedido de un estandarte verde, formado por un turbante desplegado, y a caballo sobre una camella, con la cabeza resguardada por un quitasol. Poco después se le reunían Alí y demás devotos, los cuales se albergaron en una casa que los habitantes habían regalado a Mahoma, juntamente con una mezquita. Desde entonces fué Yatrib el centro del Islam, llamándose *Medinet al Maby*, la Ciudad del Profeta.

Mahoma había predicado hasta entonces la tolerancia; prescribía a los fieles que reconociesen un solo Dios y se abstuviesen del robo, la fornicación y el infanticidio, pero ya ahora, contando con poderosos medios, resolvió propagar su fe por la fuerza.

Como hubieran surgido diferencias entre sus discípulos

© Biblioteca Nacional de España

de la Meca, emigrados con él, y los ansarianos o auxiliares de Medina, dispuso que todos fuesen iguales, como hermanos, y mandó que cada ansariano eligiera un compañero entre los discípulos de la Meca. Mahoma eligió por compañero a su primo Alí, a quien dió por esposa a su hija Fátima, y él, a pesar de contar ya cincuenta y cuatro años, tomó por mujer a Aricha, de nueve años de edad, hija de Abu Bekr.

Pronto se pudo ver el talento organizador del Profeta: ordenó el mes de ayuno del Ramadán, las oraciones, a la voz del muédano, con el rostro vuelto hacia la Kaaba y para procurarse dinero, se lanzó a atacar las caravanas de los coreiscitas, fanatizando con sus palabras a aquellos árabes siempre belicosos. «La espada, decía el Corán, es la llave del paraíso; una gota de sangre derramada por la causa de Dios, una noche pasada en el campamento con las armas en la mano, son más meritorias que dos meses de ayunos y oraciones; los pecados del que muere en el combate alcanzarán el perdón, y sus heridas exhalan un olor parecido al del ámbar y el almizcle.»

Con ello empezó una campaña de rapiña; algunas veces salía derrotado, pero nada bastaba a infundir el desaliento en su hueste, y así logró subyugar a muchas tribus fronterizas con Siria, y a otras muy poderosas de Arabia, a las cuales impuso la nueva fe.

Aquellas tropas se batían con un entusiasmo jamás visto: tenían por galardón el botín y las mujeres, y si morían les esperaban las delicias del Paraíso. Por fin, alarmados los coreiscitas ante el poder creciente del Profeta de Medina acordaron atacarle, para lo cual reunieron 10,000 hombres; pero Mahoma, con grande habilidad, fatigándoles de continuo, les hizo levantar el sitio, y no sólo esto, sino que se dispuso a atacar la Meca.

Los coreiscitas, temerosos de lo que podría ocurrir,

© Biblioteca Nacional de España

se apresuraron a entrar en inteligencia con el Profeta, y accedieron a que los musulmanes pudieran entrar en la Meca, sin armas, y permanecer en ella tres días, aparte de lo cual quedaban todos los árabes en libertad de permanecer fieles a las antiguas creencias o abrazar el Islam.

Las conquistas no cesaban, y las adhesiones iban diariamente en aumento; regresaron de Abisinia los emigrados y las armas mahometanas pasearon triunfante el estandarte verde hasta el Yemen. Pero Mahoma, en sus vastos designios, no pensaba en encerrar su doctrina en Arabia, y así, escribió a los reyes vecinos, de igual a igual, empleando un sello de plata con la inscripción: «Mahoma, profeta de Dios.» Cosroes, rey de los persas, tomó muy a mal tanto atrevimiento; el emperador de Constantinopla, Heraclio, no contestó; Mukankus, príncipe de los coptos de Egipto, le envió preciosos regalos; los gobernadores persas del Yemen y Barein abrazaron el Islam. Y como un gobernador griego hubiere mandado matar a un embajador del Profeta, partió éste contra los *rumí* y los derrotó.

A pesar del convenio con los coreiscitas, decidióse por fin Mahoma a apoderarse de la Meca. Los habitantes se dispusieron a la defensa, pero no les valió, y los mahometanos entraron en la ciudad, teniendo tan sólo dos muertos. Mahoma hizo derribar los 360 ídolos de la Kaaba y se apoderó de las inmensas riquezas depositadas en la ciudad.

Proclamado *señor espiritual y temporal,* recibió el juramento de los pueblos, y fueron en aumento las adhesiones, cuya primera condición para ser aceptada era la destrucción de los ídolos.

Habíase formado una liga de griegos y árabes en la frontera de Siria para combatirle; Mahoma partió contra ellos al frente de un ejército de 20,000 infantes y 10,000 caballos; no logró vencer a sus contrarios,

© Biblioteca Nacional de España

pero le prestaron sumisión muchos príncipes que reinaban en los territorios que estaba recorriendo, siendo ésta la última expedición que mandó en persona. Las inmensas conquistas del Islam fueron, como ya veremos, obra de sus sucesores.

En 632 hizo su última peregrinación a la Meca, siguiéndole 90,000 fieles; allí reformó el calendario y restableció el año lunar, sin intercalación, y siguió organizando el culto, con todos sus pormenores.

Poco después, regresaba a Medina, donde le sorprendía la muerte en el regazo de Aricha (8 de Junio de 632). Contaba 63 años; había ejercido su misión profética durante 20 y reinado 10. Su muerte fué verdaderamente ejemplar: el impostor había desaparecido para ceder el paso al creyente.

Era Mahoma de mediana estatura, moreno, abultado de cabeza, espesa la barba; figura, sumamente majestuosa; costumbres modelo de moderación, sencillez y frugalidad; solía alimentarse solamente de dátiles y leche, y no bebía más que agua; se ocupaba en los quehaceres domésticos y jamás pensó en ostentar el fausto de rey. En cambio, excedía a todos los hombres en el vigor marital: mientras vivió Cádiga, no tuvo más amor que ella, sin faltarle jamás a la fidelidad, a pesar de ser ya vieja, pero después, ya a los cincuenta, tuvo hasta quince esposas, si bien el Corán sólo permitía cuatro, y, además, once concubinas.

A pesar de tantas esposas, no le sobrevivió ningún hijo legítimo, excepto Fátima, la mujer de Alí; todos los demás que se glorían de descender de Mahoma, con derecho al turbante verde, proceden de las concubinas.

Fué enterrado en la Meca, precisamente en una fosa abierta debajo de su lecho mortuorio, erigiéndose después sobre la fosa una preciosa torre cuadrada, semejante a la Kaaba.

© Biblioteca Nacional de España

¿Qué opinión debe merecernos el fundador del Islamismo?

«Mahoma, dice el Sr. Ortega y Rubio, se presentó a su pueblo alentado por el deseo de propagar una doctrina nueva y de desarraigar la idolatría sabeísta, la religión judía y la cristiana ortodoxa y heterodoxa, con gran conocimiento de la naturaleza de los árabes y grande actividad, dotes con las cuales produjo importante revolución en la Historia. Mahoma, al mismo tiempo que fijaba la idea de la unidad de Dios, fijaba también la de un enviado o profeta, que era él; enviado o profeta que comunicaba con Dios por el intermedio del arcángel Gabriel. Las doctrinas de Mahoma, sobrenaturales y fantásticas, lanzadas en el desierto bajo un sol abrasador y en un país en que todo aparece oculto por velos misteriosos, como su cielo de perpetuos arreboles, habían de adquirir arraigo y prosélitos en un pueblo indolente. Dios impulsaba a los árabes al dominio de la tierra, concediéndoles a su muerte un paraíso sensual y grosero; bajo el influjo de estas ideas, no era extraño que cubrieran con los cascos de sus corceles mucha tierra y que pelearan con fe viva en su destino y en su misión. Para conocer hasta qué punto llegó la influencia de Mahoma en el pueblo árabe, basta considerar que, siendo éste dado a la embriaguez producida por el opio y el vino y entregado a los ensueños que su imaginación calenturienta le sugería, esto es, viviendo constantemente en una embriaguez material y moral, el día en que Mahoma proscribió el uso de aquellas substancias fué obedecido: todo lo dispuesto por él no encontró nunca oposición en los fanáticos árabes. Les dió el Corán y la cimitarra, y les dijo: *No hay otro Dios que Allah y Mahoma es su profeta.*»

---

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

# EL CORÁN

En sus propósitos unitarios y centralizadores, Mahoma reunió en el Corán (*la Lectura*) un código civil y religioso, subsistente como tal hasta hoy; es una sola ley, una sola creencia, a que deben obedecer todos.

La obra se compone de 114 capítulos o *suras*, en prosa, aunque con frecuentes rimas, llenos de contradicciones, desigualísimos en su extensión y con frecuencia muy obscuros. Aparte de su carácter religioso, es venerada por los árabes como un monumento literario.

Además del Corán, los musulmanes leen la *Sunna*, o tradición oral del Profeta, escrita dos siglos después por Al-Bochari, el *Ijmar*, o decisiones de los imanes sobre puntos controvertidos, y el *Kias*, que da razón de la analogía entre los casos nuevos y las sentencias anteriores; como si dijéramos los precedentes.

El Corán es infalible: *No hay duda acerca de este libro*, dice; su regla fundamental es que «No hay Dios más que Dios; un solo Dios, y ninguno fuera de él.» En su virtud, excluyó el dogma de la Trinidad, prohibió el culto de las imágenes, y, por su parte, sólo empleó el título de *Profeta*.

Dios, omnipotente, omnisciente, justo, bueno y mise-

© Biblioteca Nacional de España

ricordioso, creó como ministros suyos a los ángeles, blancos y luminosos, entre los cuales ocupan el primer lugar Gabriel, Miguel, Azrael, el ángel de la muerte, e Izrafil, el ángel de la resurrección. Cada hombre tiene por guardianes a dos ángeles, que llevan la cuenta de todas sus acciones. De igual manera que en el *Génesis* hubo ángeles rebeldes, acaudillados por *Eblis*, causa por la cual fueron arrojados del cielo y convertidos en demonios.

**Profesión de fe.**

La profesión de fe del Islam es ésta: «Creemos en Dios; en el libro que nos ha sido enviado; en lo que fué revelado a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y a las doce tribus; en la doctrina de Moisés, en Jesús y en los profetas, sin establecer diferencias entre ellos; y somos musulmanes.» No es, pues, el Islam enemigo del judaísmo ni del cristianismo; las persecuciones de que fueron después objeto, y siguen siéndolo, no dependen de odios teológicos, sino de odios nacionales y de la ambición de dominar.

Respecto a la vida futura, hay tres grados: los perfectísimos entrarán en el Paraíso antes que nadie; los buenos en apariencia obtendrán misericordia, pero no recompensa; los medianos figurarán entre los unos y los otros.

«Como Mahoma era mercader, dice el eminente historiador César Cantú, presentó el paraíso a manera de un contrato: *Dios compró a los fieles su vida y su hacienda, dándoles en pago el paraíso. Alegraos de la venta hecha y del precio en que se os compra, pues que ganáis el paraíso.* En éste entrará Mahoma antes de todos, y los profetas saborearán las más sublimes delicias. A los profetas seguirán los doctores y los predicadores; después entrarán los demás en proporción de sus méritos; pero la ínfima clase de los creyentes tendrá para sus placeres setenta y dos huríes, doncellas de negros ojos y siempre vírgenes. La lúbrica imagi-

© Biblioteca Nacional de España

nación de Mahoma, que tomó tantas ideas de los Hebreos y de los Magos relativas a las cuatro postrimerías del hombre, no supo inventar para la morada celestial otra cosa que una mezcla de lupanar y de cocina.

»Entre el paraíso y el infierno se extiende un muro de separación (*at-Orf*), al través del cual pueden hablar los bienaventurados con los réprobos. El infierno tiene siete puertas, que conducen a diversos castigos: por la primera entran los Musulmanes condenados; por la segunda, los Cristianos; por la tercera, los Judíos; por la cuarta, los Sabeos; por la quinta, los Güebros y los Magos; por la sexta, los idólatras, y por la última, los hipócritas y los avaros. Las penas serán eternas para los infieles; pero los Musulmanes, aunque delincuentes, se salvarán cuando el fuego haya purificado sus culpas, reduciendo a carbón toda la piel de su cuerpo.

»También las mujeres serán premiadas en un paraíso distinto; pero el mayor número gemirá en los abismos. Habiendo rogado una vieja a Mahoma que le alcanzara el paraíso, respondió el Profeta: *No es el paraíso para las viejas;* pero, al ver que se afligía, añadió: *No habrá viejas en el Paraíso, porque Dios les devolverá la juventud y la hermosura.* Sancionó la inferioridad de la mujer, en el mero hecho de aplicarle sólo la mitad de los castigos y de las recompensas del otro mundo, así como en éste repartía la mitad de las penalidades a los esclavos.»

Para ganar el paraíso se exige una fe pura; esto basta, y a ningún musulmán, por malo que sea, se le cerrará la puerta mientras sea creyente.

Mahoma, dando pruebas de un profundo conocimiento del corazón humano, no exigió más que virtudes negativas; el hombre apenas tenía que hacer nada; «lleva su destino pendiente del cuello»; pesa sobre cuanto ejecuta la fatalidad. «Un decreto inmutable, dice el historiador antes citado, gobierna todas las



© Biblioteca Nacional de España

cosas; se reputa como una blasfemia digna de los Magos, y peor todavía, el sobreponer la voluntad de un individuo a la del cielo. El hombre no presenta más que la materia de la moneda; Dios le da el cuño; y el hombre es perverso o santo, no por su mérito o sus culpas, sino porque así lo quiere Dios. De este modo inspiró el Profeta aquella confianza ilimitada, en virtud de la cual los Musulmanes, sin cuidarse del peligro, se precipitaban sobre los enemigos, persuadidos de que la muerte les alcanzaría lo mismo en el campo de batalla que en su lecho, cuando llegase para ellos la hora fatal.»

Mahoma no impuso a su nación ninguna moral difícil: se contentó con prohibir lo que repugna a la simple razón natural: la idolatría, el asesinato, el suicidio, el incesto, el infanticidio, la usura. Nada dijo contra la incontinencia, antes bien estableció la poligamia, con lo cual infamó la condición de la mujer. La fornicación se castiga con cien azotes y el adulterio con la lapidación, debiendo hacerse constar que este último delito desapareció en absoluto.

Estaba establecido el divorcio, bajo el más leve motivo por parte del hombre; dificilísimo por parte de la mujer. Con todo, a la divorciada se le permite contraer nuevas nupcias al cabo de tres meses si no se halla encinta.

Son obligatorias cinco oraciones diarias: antes de salir el sol, a mediodía, antes y después de ponerse y a la primera vigilia de la noche, pero las tales oraciones son cortas, breves jaculatorias que deben recitarse acompañadas de determinados actos y posturas, a la voz del almuédano que grita desde lo alto del alminar: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta; musulmanes, orad.»

El día sagrado es el viernes; se practica la circuncisión, como devoción, pero sólo entre los seis y los diez y

© Biblioteca Nacional de España

seis años. La limosna es obligatoria en los ricos; si éstos han hecho la fortuna con negocios pecaminosos, deben dar la décima parte; si por medios decentes, la quinta. No es menester decir que, en la práctica, hay sus más y sus menos.

Es también obra de caridad la hospitalidad con los viajeros, la fundación de paradores, o caravanserrallos, la construcción de enramadas y apertura de pozos en los caminos.

Son de precepto los ayunos, las peregrinaciones y la guerra santa.

«Combatid a los enemigos en la guerra de religión, dice el Corán; matadlos dondequiera que los encontréis; arrojadlos de donde os hayan arrojado a vosotros; el peligro de mudar de religión es peor que el asesinato. Combatidlos hasta que no tengáis ya que temer ninguna tentación y sea firme el culto divino. Cese toda enemistad en cuanto abandonen los ídolos: vuestra cólera debe ejercerse sólo contra los perversos. Violad respecto de ellos las leyes que ellos no observarían con vosotros. El paraíso está al abrigo de las espadas; las fatigas de la guerra son más meritorias que el ayuno, la oración y otros ejercicios religiosos: los valientes que caen en el campo de batalla, suben como mártires al cielo. ¡Oh creyentes! cuando vayáis a la guerra santa, moderad vuestras acciones, y que el ansia del botín no os haga llamar infiel al que os salude tranquilamente. Dios posee infinitas riquezas. Los fieles que se quedan en sus casas sin necesidad, no serán tratados como los que defienden la religión sacrificándole su vida y sus bienes. Dios elevó a éstos sobre aquéllos: todos poseerán el sumo bien; pero en grado mayor los que marchan a la pelea. Los ángeles preguntaron a los reos a quienes castigaron con la muerte: *¿De qué religión sois?* Y ellos respondieron: *Eramos débiles habitantes de un país idólatra.* Los ángeles replicaron:

© Biblioteca Nacional de España

*¿No es ancha la tierra? ¿No podíais haber dejado el punto donde habitabais?* Su morada será el infierno. El que deje su patria para defender la santa religión, hallará la abundancia y muchos compañeros. El fiel que muera, después de abandonar su familia para colocarse bajo los estandartes de Dios y de sus apóstoles, recibirá una retribución de manos del Señor clemente y misericordioso.»

Aun perduran los efectos de este formidable precepto, como también el uso de suspender por cuatro meses las hostilidades. La guerra santa fué la principal impulsora de las conquistas, bajo los sucesores de Mahoma, de igual manera que lo es contra los invasores cristianos de África.

**El Corán ley civil.** No solamente es el Corán un Código religioso, sino que constituye también la ley civil. Dicho queda lo relativo al matrimonio y al divorcio. El varón hereda doble que las hijas. Los hijos son legítimos, lo mismo si nacen de la madre que de la concubina o de la esclava; basta el reconocimiento de la paternidad. Al ladrón se le castiga con la pérdida de la mano derecha; las injurias con la pena del talión; los delitos de menor cuenta se castigan con el látigo y el palo.

**Sacerdocio.** «El islamismo no tiene monjes», escribió Mahoma. No los hay, pues, pero como dijo también que «la pobreza es cosa excelente», muchos musulmanes buscaban la salvación, no por la cimitarra, sino con abstinencias y maceraciones. Los unos se arrancaban los dientes; los otros hacían voto de pobreza y se llamaban *faquires*, en árabe (*derviches* en persa y turco). El derviche debe parecerse al perro: siempre ha de tener hambre, carecer de albergue, no contar con herederos, no abandonar a su amo, por más que le maltrate; debe velar por la noche, contentarse con el lugar más abyecto, cederlo a quien se lo pida,

© Biblioteca Nacional de España

alejarse cuando le ofrecen de comer, reunirse con el que le ha maltratado si le ofrece un pedazo de pan, no pensar en volver al sitio de donde partió en seguimiento de su señor.

En cuanto a sacerdotes no los hay, propiamente hablando; el *imán* es el que preside una reunión de creyentes; el *mufti* es el jefe de los *ulemas* o doctores; no es ningún pontífice, sino como una especie de decano de la facultad. El *muezzin* es un simple equivalente de nuestros campaneros. Todos los ministros de los templos dependen de la autoridad civil; no llevan ninguna señal distintiva y están sujetos a iguales obligaciones que los demás. No existe, pues, ningún poder eclesiástico.

**Las herejías** A pesar de la extrema sencillez de la doctrina islámica, que no parecía deber dar lugar a interpretaciones, no fué así, sino que desde un principio comenzaron a surgir disputas y sutiles equívocos. Esto se explica por el predicamento que había alcanzado la filosofía de Aristóteles, excelente para ejercitarse en silogismos y todo linaje de controversias ergotistas.

Versaban las disputas sobre los llamados cuatro puntos cardinales: 1.º Atributos de Dios; 2.º Predestinación; 3.º Promesas; 4.º Amenazas. Según la intepretación de estos puntos, los mahometanos se dividieron en ortodoxos y heterodoxos. Los primeros son los tradicionalistas, que se apoyan en la *Sunna* como libro supletorio del Corán por lo que se refiere al dogma y a los preceptos, y de ahí que se llamen también *sunnitas*, pero aun así se dividen en cuatro escuelas, cuyas diferencias no nos interesan.

Los heterodoxos formaban innumerables sectas, parecidas por sus tendencias a las cristianas. Parece ser que el número de esas sectas era de 73.

**Los careyitas.** Así fueron llamados los 12,000 hombres que se apartaron de Alí — el marido de Fátima

© Biblioteca Nacional de España

— cuando sometió a un arbitraje, como ya veremos, sus derechos al califato. Sostenían los *careyitas*, nombre que significa «rebeldes», que todos los musulmanes pueden ser imanes sin necesidad de pertenecer a la tribu de los coreiscitas, y no sólo esto, sino que ni siquiera precisaba fuese libre, sino que podía serlo también un esclavo, mientras fuese creyente y virtuoso.

En cambio los *siitas* (cismáticos) consideraban solamente como legítimo califa e imán a Alí y sus sucesores, y tanta era la veneración que inspiraba el yerno de Mahoma, que muchos le ponían aun por encima de éste. «Los siitas, dice Cantú, ven en Alí no sólo al jefe civil y religioso, sino que reconocen en sus descendientes prerrogativas sobrenaturales, como la presencia de la divinidad en el imán. Con motivo de la misteriosa desaparición de un décimo descendiente, sus partidarios se han persuadido de que reaparecerá para restablecer el imperio.»

La intransigencia de los siitas llegaba a tal punto, que se tenía por preferible matar a un sunnita que a 36 cristianos.

**Las «Suras» del Corán.**

«Fuerza es decirlo, escribe Cantú: el Corán es la obra de un hombre presuntuoso que cree resolver las cuestiones cardinales cortándolas, sin atender a las dificultades; y que forma de este modo un teísmo insípido y superficial, una creencia puramente negativa de la divinidad. Doctrina estéril e incompleta, que si se examina exteriormente, es, además, una compilación tomada de las fuentes menos puras, de los evangelios apócrifos con preferencia a los auténticos, de la Cabala en lugar del Pentateuco. Queda su mérito poético.»

Para ejemplo reproduciremos algunas *suras*, que dan idea del fondo de la doctrina y demuestran, además, que Mahoma arregló a su manera los textos de los

© Biblioteca Nacional de España

Libros Sagrados; allí consta la historia de José. He aquí lo referente a la Virgen:

«*Sura XIX.* — Hablo en el Corán de María y de cómo se retiró de su familia al lado del Este del templo (v. 16). Cubrióse con un velo que la ocultaba por completo. Hicimos descender hacia ella nuestro espíritu y tomó delante de ella la forma de un hombre hermoso (v. 17). Ella le dijo: «Busco un refugio junto a Dios» (v. 18). El contestó: «Pues yo soy enviado de tu Señor, encargado de anunciarte que tendrás un hijo santo» (v. 19). «¿Cómo puedo tener yo un hijo, repuso María, si jamás he conocido hombre alguno?» (v. 20). El ángel contestó: «Así será. Tu Señor lo ha dicho, y para El es muy fácil. Servirá de señal entre los hombres y de prueba de su gran misericordia. El decreto está dado» (v. 21) Retiróse María hacia un sitio solitario (v. 22). Al pie de un tronco de palmera dió a luz al niño. «No te aflijas, le dijo una voz desde el cielo; tu Señor ha abierto un manantial a tus pies...» (v. 23). Este fué Jesús, hijo de María... (v. 35).

*Sura LXIII.* — Cuando Jesús se presentó en medio de los hombres acompañado de señales evidentes, dijo: Os traigo la sabiduría, y vengo a explicaros lo que es motivo de vuestras disputas. Temed, pues, a Dios y obedecedle (v. 63). Dios es mi Dios y el vuestro; adoradle, que así conviene (v. 64). Los confederados (o de diversas sectas) se pusieron a disputar entre sí. Terrible será el castigo el día de los castigos (v. 65). ¿Qué esperan? Cuando menos piensen, les sorprenderá la hora (v. 66). Entonces los amigos más íntimos se declararán enemigos. Únicamente nada temerán los temerosos (v. 67). ¡Oh, fieles servidores! En aquel día no seréis afligidos ni tendréis que temer (v. 68). A los que creéis mis señales, a los que sois humildes, se os dirá (v. 69): Entrad en el paraíso vosotros y vuestras compañeras y alegraos (v. 70). Se os presentarán conti-

© Biblioteca Nacional de España

nuamente vasos de oro y copas llenas de todo lo que más pueda gustaros y de lo que más pueda alegrar vuestra vista; allí viviréis eternamente (v. 71). Tal será el jardín que recibiréis en herencia por premio de vuestras obras (v. 72). Tendréis frutos abundantes, comedlos (v. 71). Los malvados llorarán eternamente entre las llamas (v. 73). No se les tendrá compasión y estarán sumidos en el dolor... (v. 74).

*Sura XLIV.* — El día del juicio compareceréis todos (v. 40). El culpable hervirá en sus entrañas como el metal fundido (v. 45). Como hierve el agua hirviendo (v. 46). Se les dirá *a los ejecutores de las obras de Dios:* Coged al malo y precipitadlo en el infierno (v. 47). Y derramad sobre su cabeza el tormento del agua hirviendo (v. 48). Prueba esto, le dirán; tú eres el poderoso, el ilustre (con ironía) (v. 49). He aquí los tormentos que poníais en duda (v. 50). Los hombres piadosos estarán en un lugar seguro (v. 51), entre jardines y surtidores de agua (v. 52), vestidos con trajes de seda y satín y colocados unos al lado de los otros (v. 53). Sí, así será, y les daremos por compañeras mujeres de negros ojos, de ojos grandes (v. 54). Se harán servir allí toda clase de frutos y gozarán de seguridad (v. 55). No sufrirán ya muerte después de haberla sufrido una vez. Dios les preservará de los tormentos (v. 56). Es un favor que Dios os concede; es una dicha inmensa (v. 57).

*Sura XLVII.* — He aquí la descripción del paraíso prometido a los hombres piadosos: ríos de agua, de leche, de vino y de miel, cuyo gusto no se alterará nunca, y toda clase de frutos. Los pecados les serán perdonados. La vida de este mundo es sólo un juego, es sólo una cosa frívola... (v. 16).

*Sura LVII.* — Todo lo que hay en los cielos y en la tierra canta las glorias de Dios. Es poderoso y sabio (v. 1). A Él pertenece el imperio de los cielos y de la

© Biblioteca Nacional de España

tierra; Él hace vivir y hace morir y lo puede todo (v. 2). Él es el primero y el último; visible y oculto lo conoce todo (v. 3). Él es el que creó los cielos y la tierra en el espacio de seis días; luego fué a sentarse en el trono de la *majestad;* sabe lo que entra en la tierra y lo que sale, lo que desciende del cielo y lo que sube, y está con vosotros; en cualquier lugar que estéis ve vuestras acciones (v. 4). El imperio de los cielos y de la tierra le pertenece; todas las cosas vuelven a Él (v. 5). Hace suceder la noche al día y el día a la noche; conoce lo que encierran los corazones (v. 6). Creed en Dios y en su Apóstol y dad en limosnas una porción de bienes, cuya herencia os conceda Dios. Aquellos de vosotros que creen o dan limosna recibirán generosa recompensa (v. 7). ¿Qué tenéis para no creer en Dios y en su enviado que os invita a creer en vuestro Señor, el que ha recibido vuestra alianza? *¿Qué tenéis para no creer,* si sois *verdaderos* creyentes? (v. 8). Él es el que hace descender sobre su servidor signos evidentes para conducirnos de las tinieblas a la luz. En verdad, Dios es para vosotros tierno y misericordioso (v. 9). ¿Qué tenéis para no gastar vuestro haber en el sendero de Dios, cuando sólo a Dios pertenece la herencia de los cielos y de la tierra? Aquel que ha dado su haber antes de la victoria y que ha luchado en persona, no será tratado lo mismo *que el que no ha hecho nada.* Aquél ocupará un grado más elevado que los que hayan ofrecido sus riquezas después de la victoria y que hayan combatido después. Pero Dios ha prometido a unos y a otros hermosa recompensa. Es sabedor de vuestras acciones (v. 10). ¿Quién es el que hará a Dios un préstamo generoso, para que Dios se lo duplique y le otorgue además generosa recompensa? (v. 11). Un día verás a los creyentes, hombres y mujeres, y la luz los iluminará en su camino. Hoy, les dirán, os anunciamos feliz nueva: la de los jardines bañados por corrientes de



© Biblioteca Nacional de España

agua, donde permaneceréis eternamente. Es una dicha inmensa (v. 12). Ese día, los hipócritas, hombres y mujeres, dirán a los creyentes: Miradnos, esperad un instante a que os tomemos algunas partículas de vuestra luz; pero se les contestará: volved a la tierra y pedidla allí. Se levantará entre ellos un muro que tendrá una puerta, dentro de la cual tendrá asiento el Misericordioso, fuera y enfrente el suplicio. Los hipócritas gritarán a los creyentes: ¿No hemos estado con vosotros? Sí, responderán éstos, pero os dejabais llevar de la tentación esperando el momento propicio; os habéis sumido en la duda, y las vanidades del mundo os han cegado hasta que se cumplió la sentencia de Dios. El seductor os ha cegado respecto de Dios (v. 13). Hoy no se recibirá ya rescate ni de vosotros ni de los infieles. El fuego será vuestra morada; he aquí lo que habéis ganado. ¡Qué espantoso fin! (v. 14). Dios envió a Noé y a Abraham y estableció la profecía en sus descendientes y en el Corán (v. 26). También envió a Jesús, hijo de María, y le dió el Evangelio, y a los discípulos que le acompañaban les hizo de un corazón dulce y bondadoso y amigos de la vida monástica. Hemos prescrito nosotros únicamente el deseo de agradar a Dios, pero no lo han observado como debían. Hemos dado la recompensa a aquellos que han creído, pero no lo han observado como debían. Hemos dado la recompensa a aquellos que han creído, pero la mayor parte son perversos (v. 27). ¡Oh vosotros los que creéis! Temed a Dios y creed en su apóstol: os dará dos porciones de su misericordia; os dará la luz, a fin de que caminéis con ayuda de ella, y borrará vuestros pecados, pues es indulgente y misericordioso (v. 28).»

En suma, se trata de una religión cuyos dogmas fundamentales son el *monoteísmo*. (No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta; Dios uno, sempiterno, que no ha sido engendrado, ni ha engendra-

© Biblioteca Nacional de España

do, y no tiene igual); la *resurrección* y el *juicio final.*

Dejando a un lado la cuestión de los dogmas, merece elogios la moral que predicó Mahoma, mucho menos sanguinaria que la que venía siendo propia de las tribus árabes, con lo cual abrió a éstos el camino del poder y de la sabiduría.

Anteriormente a la predicación de Mahoma «los parientes, dice Cantú, estaban obligados a vengar al hijo que había perecido de muerte violenta; de dos tribus combatientes, la vencedora mataba a un prisionero libre por cada esclavo o cada mujer que había perdido, y diez por cada hombre libre: Mahoma redujo esta pena del talión a la proporción grosera de un hombre libre por un hombre libre, un esclavo por un esclavo, una mujer por una mujer, y exhortó a admitir el precio de la sangre vertida diciendo: *El que perdone al asesino, alcanzará de Dios misericordia.* Y añade: «Dios mira con complacencia a los que perdonan las »ofensas; observad en cada uno las buenas y no las »malas cualidades; perdonad al que ultraja; huid de »los ignorantes, de los díscolos, de los que gustan »de litigios. Volver el mal por el mal parece política »o prudencia; pero los hombres piadosos reciben el mal »y devuelven el bien; pagan las repulsas con donativos, »y las murmuraciones con alabanzas; se asemejan a »aquellos árboles que dan sombra y frutos a los que les »tiran piedras.»

»Pero ¿qué valor tienen estos consejos esparcidos en medio de una doctrina que excita las pasiones y fomenta sus efectos? Si al principio pudieron producir una momentánea mejora en los compatriotas de Mahoma, poco tardaron éstos en volver a su antigua vida; y hoy día el árabe, como antes el Profeta, vive libre, ignorante y pobre, llevando a pacer sus ganados o inquietando con sus excursiones el sosiego de la Palestina, de la Siria y del Irak.

© Biblioteca Nacional de España

»Los efectos del islamismo no se sintieron, pues, en el país donde nació; en lo exterior, los tenemos a la vista. Mahoma fué llamado el hijo de la espada, mientras que a Cristo se le llamaba el hijo del hombre. Por lo tanto, si fué caritativo y condescendiente con sus fieles, se mostró inflexible en su doctrina con sus enemigos, afianzando el antiguo derecho de la victoria, que constituye esclavo al vencido o turba su conciencia; y si el musulmán no corta la cabeza a su prisionero en honor del Profeta, le ata a la cola de su caballo, hasta que se resigne a la servidumbre. La santidad de los afectos domésticos se ve profanada por los matrimonios múltiples y la facilidad del divorcio, en un país donde la fortuna del padre se divide entre muchas familias, y la ternura materna es distraída por los celos de la esposa y sofocada por las rivalidades de la madrastra. Nos estremece sólo el relato de los fratricidios comunes en las familias reales; pero conviene establecer una gran diferencia entre el religioso gobierno interior de nuestras casas y la voluptuosa comunidad del harem donde tanto el himeneo como la paternidad son sentimientos fríos, y los niños desde la cuna encuentran el odio y las rencillas de sus madres; dramas cuyo desenlace natural es el asesinato, no bien se presenta una ocasión.

»Abstenerse del vino en un país que no lo produce, ayunar días enteros bajo un cielo de fuego que obligaba a pasarlos durmiendo, eran privaciones ilusorias; pero, tan pronto como los secuaces de aquella ley fueron llevados por la fuerza de las armas a los deliciosos climas del Asia Menor y de la Persia, y hollaron las islas favorecidas por una vendimia abundante, parecieron rigurosos y difíciles tales preceptos, en perpetua lucha con los apetitos naturales; tanto que la índole del Sarraceno de alegre que era se convirtió en sombría y feroz. El título de Musulmán fué substituído a todo

© Biblioteca Nacional de España

otro lazo de tribu, nación o linaje; las familias carecen de nombre común, de distintivos gentilicios, de nobleza hereditaria; y no es posible haya quien piense en preparar habitaciones o plantar árboles, teniendo delante un porvenir fatalmente ciego e irreparable. El Dios uno siente celos hasta de sus símbolos; por lo cual no se permiten imágenes, no hay artes de imitación; Dios y el hombre tan sólo, sin mediador, sin aquella escala que conduce de la abyecta criatura al Creador, sin jerarquía en el cielo ni en la tierra. Conservóse la predicación, principal instrumento de civilización entre los Cristianos; pero, la incurable imperfección de la doctrina la hizo infecunda. No tuvieron arquitectura religiosa; porque su fe separa enteramente a Dios de su obra, no le da a conocer ni en sí ni en sus conexiones con la creación, y le relega al fondo de las tinieblas inexplorables de su unidad absoluta. Ni se despertó entre los árabes esa necesidad de remontarse del fenómeno a la idea, de descubrir la razón de las cosas, motivo principal de los progresos de la ciencia entre los cristianos. Cuanto quedaba de las antiguas civilizaciones orientales, fué destruído: África se volvió bárbara; la Europa, para luchar con aquella nueva invasión, tuvo que suspender la obra de su renacimiento; y en la mayor parte del mundo, en los países más favorecidos por la naturaleza, cundió la mortífera dominación, no para infiltrarles nueva sangre como lo verificaron los Bárbaros del Norte, sino para detener todo progreso en medio del furor de la matanza y de la apatía del fatalismo.»

Duro es el juicio del eminente historiador lombardo; en cambio, otros ha habido, como el norteamericano Draper, que no han vacilado, en su saña anticatólica, en colocar al Islam sobre el Evangelio. A título de imparcialidad citaremos la opinión de M. Gustavo Le Bon, autoridad en la materia, como en tantas otras.

© Biblioteca Nacional de España

«La influencia política y civilizadora del Islamismo, dice, fué verdaderamente inmensa. Y así como antes de Mahoma la Arabia se componía de provincias independientes y de tribus enconadas por guerras continuas, un siglo después de su aparición el imperio de los árabes se extendía desde la India hasta España, y en todas las ciudades donde flotaba el estandarte del Profeta brillaba la civilización con deslumbradora claridad. Procede esto de que el Islamismo es una de las religiones más compatibles con los descubrimientos de la ciencia, al mismo tiempo que una de las más aptas para suavizar las costumbres y hacer practicar la caridad, la justicia y la tolerancia. La civilización creada por los discípulos de Mahoma tuvo la suerte de todas las que han vivido en la tierra: nació, creció, declinó y murió, uniéndose en el polvo con las que la precedieron. Pero el tiempo ha respetado los dogmas del Profeta, y hoy en día su influencia vive tanto como en su mejor época, y mientras otras religiones, mucho más antiguas, pierden cada día algo de su imperio en las almas, la ley de Mahoma lo conserva íntegro.»

No se puede negar, en efecto, que el mahometismo ha prestado preciosos servicios, pues en su obra de proselitismo en África ha arrancado del paganismo a gran parte de los pueblos del Sur para convertirlos al monoteísmo y dictarles las reglas de su moral, lo cual siempre es una ventaja.

Tal era el pueblo que por espacio de siete siglos debía reinar en España, dejando imperecederos recuerdos de su dominación, y aun rastros indelebles de su psicología.

---

© Biblioteca Nacional de España

## CAPÍTULO IV

# LOS PRIMEROS CALIFAS

ABU-BEKR. — EXTIÉNDENSE LAS CONQUISTAS. — OMAR OTUSAN.— TOMA DE JERUSALÉN.—LA CONQUISTA DE EGIPTO.—ALÍ MOAWIAH. —ABDEL MALEK.— CONQUISTA DE NORTE DE ÁFRICA.— LOS INVASORES.— LOS ÁRABES DE MARRUECOS.— LA CONQUISTA DE ESPAÑA. — LA ÚLTIMA RESISTENCIA.

(632 - 715)

**Abu Bekr.** Muerto Mahoma (632), estallaron gravísimas diferencias acerca de quién debía sucederle en la dignidad de *Califa* (*Calif resul Allah*), esto es, *Vicario del Enviado de Dios.* Aspiraban a ella Abu-Bekr, Alí y Omar.

Abu Bekr, suegro del Profeta, había merecido siempre de éste ser tratado con la mayor consideración, y le había suplido en el rezo de las oraciones en la Mezquita cuando Mahoma estaba enfermo o se hallaba ausente. Contaba, naturalmente, en su apoyo, con su hija Aischa, la viuda. Su respetabilidad y los grandes servicios que había prestado hicieron que la elección recayese en él. La ceremonia consistió en que los jeques le tendieran la diestra, pero después se substituyó esta formalidad por el acto de ceñirle un tahalí del cual pendía una espada de doble filo.

© Biblioteca Nacional de España

Alí había hecho valer ser esposo de Fátima, hija única de Mahoma, y esposa infiel; además, Mahoma le había designado muchas veces como su califa. Tal vez se le hubiera atendido a no haberle hecho ruda oposición Aischa, enojada con Alí por no haber éste dado crédito a su justificación una noche en que la joven esposa del Profeta desapareció del campamento.

En cuanto a Omar era la espada del Islam, y de él había dicho Mahoma que si Alah hubiese querido enviar un nuevo Profeta, habría elegido a Omar.

Reconocido Abu Bekr, asumió la autoridad espiritual y temporal, pero los partidarios de Alí (los siitas) protestaron siempre contra lo que calificaban de usurpación.

Pronto se pudo ver hasta qué punto había influído en la prosperidad del Islam la personalidad de Mahoma, pues apenas proclamado califa Abu Bekr comenzaron las insurrecciones, en unas partes, mientras en otras volvían los pueblos a caer en la idolatría, o sea el sabeísmo, o retornaban al judaísmo y al cristianismo. Ni faltaban tampoco impostores que se hiciesen pasar como nuevos profetas; de todo dió cuenta el valeroso Kaled, hijo de Walid, enviado por Abu Bekr contra los rebeldes y los embaucadores.

Es de advertir, de paso, que ni Abu Bekr ni sus dos inmediatos sucesores Omar y Otmán, pelearon ya, como Mahoma, al frente de sus tropas, sino que confiaron las expediciones a los generales.

Abu Bekr, fiel cumplidor de los planes de su yerno, llamó a su pueblo a la guerra santa para la conquista de Siria «para arrancarla de manos de los infieles». El llamamiento fué acogido con entusiasmo y acudieron a las armas miles y miles de fanatizados combatientes. El califa puso las tropas al mando de Abu Obeidah, Amrú y Kaled.

Aquellas tropas continuaban peleando como habían

© Biblioteca Nacional de España

hecho siempre; los soldados iban semidesnudos, armados de arcos y flechas los de a pie, con lanza y cimitarra los jinetes. Eran ante todo guerrilleros y carecían de máquinas de guerra. Los caballos eran muy ligeros, e infatigables. Las tropas no formaban cuerpos, sino partidas sueltas, que de esta suerte podían renovarse de continuo en la batalla.

El ejército enviado contra Siria fué dividido en dos trozos, al respectivo mando de Kaled y Abu Obeidah. Era el primero tan arrojado como pacífico el otro. Kaled se consideraba invulnerable por llevar una túnica del Profeta, y era adorado por las tropas que tenían en él una confianza sin límites. Su marcha fué un continuo triunfo; invadió el Irak, regido por unos príncipes feudatarios de Persia, y en breve hizo ondear el estandarte verde en las almenas de Hira y Ambar.

Abu Obeidah, por su parte, avanzaba hacia Siria, siguiendo por la orilla oriental del Jordán. Era un país llamado Arabia Pétrea, habitado por valerosas tribus, por lo cual los emperadores griegos la habían sembrado de ciudadelas, siendo notables las de Hierasa, Filadelfia y Bozra.

Abu Obeidah no contaba más que con 4,000 hombres; los habitantes se opusieron a su paso con admirable denuedo, haciendo imposible el avance de los árabes. No contaban éstos con máquinas de guerra y acabaron por encontrarse sin víveres, por lo cual se disponían ya a retirarse cuando compareció el valeroso Kaled. Valióse de la traición y entró en Bozra; el ejército se reanimó y lleno de entusiasmo con tal caudillo al frente, prosiguió su marcha. Poco después se presentaba Kaled ante los muros de Damasco, intimando a la capital de Siria la abjuración del cristianismo, y de no, el pago de tributos.

Pero los damascenos no aceptaron ni una cosa ni otra, antes bien se aprestaron a la resistencia a todo



© Biblioteca Nacional de España

trance. Bravamente atacaban los árabes, pero con no menor bizarría se defendían los sitiados, animados, a mayor abundamiento, por la noticia de que marchaba en su socorro un fuerte ejército bizantino enviado por el emperador Heraclio.

Kaled, sin embargo, persistía en su empresa; reunió cuantas fuerzas pudo, y se situó cerca de Eznadim. Allí cayó sobre los árabes el ejército bizantino, organizado a la romana y acostumbrado a luchas fáciles, pero al encontrarse los soldados con unas gentes que se batían como feroces salvajes, al grito de *¡A la muerte! ¡al Paraíso!*, perdieron la serenidad, y fueron exterminados.

He aquí el parte oficial, como diríamos hoy, que envió Kaled al califa:

«En nombre de Dios misericordioso. Kaled, hijo de Walid, a Abu Bekr, sucesor del apóstol de Dios. Alabanza a Dios, único y solo Dios; fuera de él no hay otro Dios. Mahoma es su profeta; sobre él descienda perenne la bendición divina; a él tributo ardientes gracias porque destruyó la idolatría, y porque abrió los ojos a los que vivían en el error. Debes saber, ¡oh jefe de los fieles!, que nos encontramos con el ejército de los romanos al mando de Verdán, prefecto de Ems, el cual había jurado vencer o morir por Jesús; y ha muerto. También nosotros habíamos jurado vencer o morir, y con la asistencia divina hemos vencido. Estaba decretado que nuestros enemigos habían de sucumbir, y por eso ha sido nuestro el triunfo: alabemos a Dios. Hemos matado más de cincuenta mil enemigos: los restantes se dispersaron como el polvo en el desierto. Hemos perdido cuatrocientas setenta personas, que gozan ya de la gloria celeste. Escribo esta carta el 30 del primer mes yomada, hallándome en camino para volver de Eznadim, donde se ha dado la batalla, a Damasco. Ruega por nuestras ulteriores prosperidades

© Biblioteca Nacional de España

y por nuestros triunfos. Adiós. La paz y bendición de Dios sea contigo, oh sucesor del Profeta de Dios, y con los verdaderos Musulmanes!»

El victorioso caudillo musulmán emprendió luego la marcha sobre Damasco, privada ya del esperado socorro. Defendía la plaza un príncipe, pariente de Heraclio, llamado Tomás, quien, para mantener encendido el valor de los habitantes, mandó colocar a la vista de ambos ejércitos un Crucifijo con el Evangelio a sus pies. El sitio duró 70 días, al cabo de los cuales, por falta de víveres, capituló Damasco, según convenio con Abu Obeidah, pero el feroz Kaled, con desobediencia manifiesta, violó el tratado y atacando la ciudad por otra parte de la muralla entró en ella y lo llevó todo a sangre y fuego.

Restablecido el orden por Abu Obeidah, fijó éste la cantidad que debían pagar para continuar en su religión, ya que no querían abrazar el islamismo, pero los más resueltos, y a su cabeza Tomás, se negaron, y lograron escapar. Perseguidos por los árabes hasta 150 millas más allá de Damasco, perecieron todos, en ocasión en que había fallecido ya Abu Bekr. Sólo reinó éste dos años, tiempo durante el cual se condujo mejor como jefe religioso que como guerrero, dando ejemplo de toda clase de virtudes (634).

**Omar.** Abu Bekr designó como sucesor a Omar, uno de los antiguos compañeros de Mahoma, quien tomó el título de *Emir-el-Mumenim*, o *Príncipe de los creyentes;* nombre traducido por nuestros cronistas en *Miramamolín*.

Distinguióse Omar por su extremada sobriedad, como Mahoma y Abu Bekr, y aun más. Tal economía resultaba un gran bien para el tesoro, pues había dinero para hacer la guerra, fomentar las obras de utilidad y recompensar a los veteranos.

Sólo se alimentaba Omar con pan de cebada, dátiles

© Biblioteca Nacional de España

y agua; su traje estaba lleno de remiendos; tenía por lecho las gradas de la mezquita, donde dormía entre los mendigos. Una vez le regaló seis mil dracmas a un pordiosero, y como un amigo le reprendiese por tal liberalidad, que resultaba en perjuicio de sus hijos, le respondió Omar: «Mi hijo tiene un padre que le mantiene, le viste y le prepara lo necesario; ese extraño no posee en el mundo nada, fuera de la compasión.»

«Con esto, y con auxilio de su carácter inflexible, dice Cantú, consolidó Omar el islamismo, presentándose como modelo por su odio a todo lujo, a toda cultura; prohibió la navegación, el embellecimiento de la arquitectura; el uso de otro idioma que no fuese el árabe; introdujo el cómputo de la era mahometana; mandó que todos los musulmanes ejerciesen algún oficio, y que en caso contrario se les excluyese de la congregación de los fieles; daba una cuenta exacta de los tesoros, exigiendo lo mismo de sus generales; y por último cumplió con la voluntad del Profeta limpiando de judíos la Arabia» (aunque después volvieron, o bien quedaron algunos).

**Toma de Jerusalén.**

Vencedores los árabes de los bizantinos, continuaron su avance por Siria y se apoderaron de Heliópolis (Baalbeck) y de Emesa, y antes de dos años quedaban sometidas al Islam las llanuras bañadas por el Orontes y la cordillera del Líbano. El emperador Heraclio, alarmadísimo, dejó por un momento sus disquisiciones escolásticas y su molicie para pensar en el peligro árabe, por lo cual, haciendo un supremo esfuerzo, pudo reunir un ejército compuesto de 80,000 combatientes, europeos y asiáticos, a los que se juntaron 60,000 árabes cristianos. Ocurrió el terrible choque entre el Lábaro y la Media Luna en la llanura de Jermuk. El combate fué encarnizadísimo y por largas horas se mantuvo indecisa la victoria, hasta que, por fin, se declaró a favor d

© Biblioteca Nacional de España

estandarte verde del Profeta. Ya era suya toda la Siria, y se fueron ahora a Palestina, para poner sitio a Jerusalén (637). He aquí la intimación de Abu Obeidah a los moradores de la Ciudad Santa:

*Salud y felicidad a los que caminan por el recto sendero. Os ordenamos declarar que no existe más que un Dios, y que Mahoma es su Profeta: sed, si no, nuestros súbditos y tributarios; o llevaré contra vosotros hombres, para quienes la muerte es más grata que para vosotros beber vino y comer carne de cerdo.*

Defendíase la ciudad con ardimiento, confiada en el sagrado madero que desde Constantinopla había sido devuelto a Jerusalén, pero eran inútiles todos los esfuerzos, y así se vió el Patriarca Sofronio obligado a capitular al cabo de cuatro meses de asedio, pero exigiendo que el convenio fuese autorizado con la presencia de Omar.

La toma de Jerusalén era asaz importante para que al Emir-el-Mumenin no rechazase la condición, y accedió de buen grado. De aquella visita queda como recuerdo memorable la preciosa mezquita que lleva su nombre, emplazada donde se había levantado el templo de Salomón, del cual sólo quedaba una pequeña parte de muralla donde hoy los judíos van a exhalar sus lamentaciones.

He aquí ahora, como curioso documento, los términos de la capitulación entre Omar y el patriarca Sofronio:

I. Los cristianos de la noble ciudad, al rendirse a los musulmanes, conservarán el ejercicio público de su religión; pero no podrán construir nuevas iglesias en la ciudad ni en el territorio.

II. Los cristianos no excluirán a los musulmanes de sus iglesias, para que éstos cuiden de que en sus reuniones no se trame algo contra la seguridad pública.

III. Los habitantes deberán tener abiertas las puer-

© Biblioteca Nacional de España

tas de sus casas para toda clase de transeuntes y peregrinos, dándoles en ellas alojamiento.

IV. Si un viajero musulmán no tuviere con qué alimentarse, los cristianos estarán obligados a alimentarlo gratuitamente, pero no por más de un día, a menos que una enfermedad o el cansancio no le impidan proseguir el viaje.

V. Los cristianos no hablarán a sus hijos con desprecio del Corán: ni estorbarán a ninguno de ellos que abrace el islamismo.

VI. Los cristianos prestarán el respeto debido a los musulmanes, cediéndoles el puesto más honorífico.

VII. No se vestirán a la musulmana; las fórmulas ordinarias de los saludos les serán prohibidas; hasta sus nombres y apellidos deberán ser distintos de los verdaderos creyentes.

VIII. Las cabalgaduras de los cristianos serán asnos o mulos: no llevarán armas. No usarán los caracteres árabes en las inscripciones de sus iglesias y casa, ni en sus sellos.

IX. Se les prohibe vender vino u otro licor espirituoso sin permiso especial; no podrán tampoco dejar correr los cerdos por las calles.

X. Vestirán un traje obscuro; y así en la ciudad como durante sus viajes llevarán ceñido un cinturón de cuero.

XI. No podrán erigir ninguna cruz sobre sus iglesias; ni tocar, sino a badajadas las campanas; y si éstas se rompieren, se les prohibe volver a fundirlas.

XII. No investigarán las acciones de los musulmanes, ni harán de delatores.

XIII. Deberán pagar puntualmente el karacht (tributo impuesto a todos los infieles púberes).

XIV. Reconocerán siempre la autoridad de los califas, y jamás, ni directa ni indirectamente, obrarán contra ella.

© Biblioteca Nacional de España

XV. El califa asegura a los cristianos la vida, la hacienda y la libertad de culto. La protección del emperador de los fieles será inmediata y perpetua.

**Conquista de Palestina y Persia.**

De regreso a Medina dispuso Omar que se formasen dos ejércitos: el uno al mando de Abu Obeidah y Kaled, debía atacar a Antioquía y Alepo; el otro, al mando de Amrú y Jezid, debía sojuzgar la Palestina. Ambas empresas fueron llevadas a completo término, aunque no sin grandísimas pérdidas, pero ante la promesa del Paraíso nada les importaba morir a aquellos fanáticos.

También caía Persia en poder de los islamitas, siendo decisiva la *victoria de las victorias* alcanzada por Abu Obeidah y Kaled, a la vista de Ecbatana, contra 150,000 persas. Y así acabó el imperio de Artajerjes.

**La conquista de Egipto.**

En tanto los generales de Omar conquistaban Siria, Palestina, Persia y otros países del Asia, Amrú, que operaba en el Líbano, ansioso de competir con los triunfos de Kaled yAbu Obeidah, concebía el temerario propósito de llevar la guerra a Egipto, país dependiente del emperador de Constantinopla, aunque mejor de nombre que de hecho.

Soldado de caballería árabe

El arrojado caudillo no tenía padre conocido; era hijo de una meretriz y había comenzado por ser uno de los que más se burlaban de Mahoma y más le escarnecían, hasta que, convertido, se distinguió por su ardor islamita, encontrando en el apostolado belicoso la satis-

© Biblioteca Nacional de España

facción de sus propensiones hacia la agitada vida de los campamentos.

Omar quedó asombrado al tener noticia y escribió a Amrú: «Si esta carta te encuentra aún en Siria, retrocede sin demora; pero si has pasado la frontera, adelante, y confía en el auxilio de Alah y de tus hermanos.»

Según refieren los historiadores árabes, Amrú creyó adivinar lo que la carta diría y no quiso abrirla hasta haber cruzado la frontera. Ya entonces, se enteró de su contenido, convocó a consejo a sus tenientes y se acordó seguir adelante, a pesar de contar tan sólo con 4,000 soldados, todos árabes.

La columna, introducida como una cuña en el viejo imperio de Misraim, tomó sin resistencia a Pelusa, llave del país, y no tardó en hallarse en el valle del Nilo; siguiendo en su avance, caía luego en poder de Amrú la antigua capital, Memfis, y fundábase en la otra orilla una nueva ciudad, que es la llamada hoy el Viejo Cairo.

Los árabes pudieron realizar tan fácil y rápidamente la conquista de aquel riquísimo país por contar con el auxilio de los supuestos aborígenes de Egipto, o sea los *coptos*, enemigos acérrimos de la dominación romana, por motivos religiosos principalmente. Los coptos, en efecto, eran *jacobitas* — una de las sectas en que se habían dividido los cristianos, — y los emperadores exigían su conversión al catolicismo; pero no sólo eso, sino que querían obligarles a que abandonasen su lengua y su escritura nacionales (conservadas hasta hoy mismo), para que emplearan la lengua y la escritura griegas.

Al llegar Amrú, el gobierno del Alto Egipto estaba confiado a un copto llamado Mukankas, que, en espera de poder emancipar a su patria de la dominación de Roma, había disimulado sus opiniones; así pues, en cuanto se presentó Amrú a la vista de Mem-

© Biblioteca Nacional de España

fis, se apresuró a reconocer al califa o vicario de Mahoma; agradecióle Amrú la sumisión y le reconoció a su vez como príncipe de los coptos, y en cuanto a religión, dióle las mayores seguridades de que no serían incomodados, a cambio de un tributo, que consistió en un dinero de oro por cada cristiano, excepto los viejos, las mujeres, los niños y los monjes, que en gran número habitaban en la Tebaida.

Desde entonces, más que los árabes, los mismos coptos fueron los que se encargaron de arrojar a los griegos. Amrú, siempre bien acogido por los naturales, bajó por el Nilo hasta el Delta y se presentó delante de Alejandría, disponiendo ya de un numeroso ejército a causa del gran número de egipcios que se le habían agregado.

Alejandría se dispuso a la resistencia, pero todo el valor desplegado por sus habitantes fué inútil, por no haberles enviado socorro alguno el emperador Heraclio. Contaba la ciudad con fuertes murallas y estaba defendida por mar y tierra, según las reglas de la ingeniería militar de aquella época, mientras los árabes no contaban con tren alguno de batir, ni con máquinas de ninguna clase. Por eso pudo durar el sitio catorce meses.

Fué este asedio la vindicación, por decirlo así, del patriotismo griego ante la fácil conquista de Egipto por los muslimes. Veintitrés mil de éstos sucumbieron en los repetidos asaltos, viéndose siempre al frente de las columnas que subían por las brechas al valeroso e inteligente Amrú. Nada más interesante que los episodios que allí hubo, entre los cuales es muy digno de mención el siguiente: «Habiéndose una vez Amrú lanzado temerariamente, refiere un historiador, dentro de la ciudadela, se encontró allí solo, con un amigo y su esclavo Moslem, y fué hecho prisionero, siendo conducido en compañía del último ante el Prefecto.

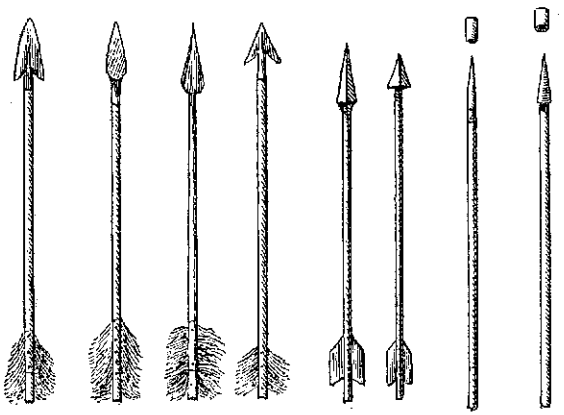


© Biblioteca Nacional de España

Este, con tono acusador, les preguntó por qué habían ocasionado tantas calamidades en las tierras de los cristianos.

» — Hemos venido — respondió Amrú — para obligaros a profesar el islamismo o a pagar un tributo anual al Califa; si no aceptáis, os pasaremos a cuchillo.

»Este altanero lenguaje hubiera descubierto a Amrú a no haber tenido su esclavo la suficiente presencia de ánimo para darle una bofetada, mandándole que callase delante de su amo y señor. Esta estratagema produjo su efecto, y Moslem fué puesto en libertad con su presunto esclavo para obtener condiciones de paz.



Flechas

Las aclamaciones con que fueron recibidos en el campamento hicieron comprender a los sitiados el engaño de que habían sido víctimas, y el peligro que ahora, más que nunca, les amenazaba, en vista del temerario arrojo que de nuevo mostraba el enemigo.»

Poco tiempo después, caía la grande, la insigne ciudad, refugio de toda la cultura grecolatina en poder del islamita, y Amrú escribía al califa Omar: «La gran

© Biblioteca Nacional de España

ciudad del Occidente ha sido tomada por tus soldados con una intrepidez y un valor sin ejemplo. Su opulencia, su hermosura, no puede explicarse con palabras; contiene cuatro mil palacios, otros tantos baños, cuatrocientos teatros o lugares de recreo, doce mil tiendas de comestibles; hay en ella cuarenta mil judíos sujetos a tributo, y doscientos mil, entre coptos y griegos, que lo pagarán ahora. Ha sido tomada por asalto y sin capitulación, y así esperan los musulmanes el trato que habrán de recoger de la victoria» (640).

La esperanza de saqueo quedó defraudada, pues Omar mandó que no se tocase nada, reservándose los tesoros para las atenciones de las campañas en favor de la propagación de la fe.

Amrú, que a pesar de sus hábitos guerreros era algo más culto que sus rudos soldados de la Arabia, conversaba con placer muchas veces con un sabio gramático y filósofo aristotélico llamado Juan, que hubo de pedirle le reservase la biblioteca real, ya que los árabes ningún provecho habían de sacar de aquellos libros. Amrú se lo comunicó a Omar, y el califa, que era absolutamente ignorante, le contestó en una carta diciendo:

«Si esos libros están conformes con el Corán, son inútiles; si no lo están, no deben tolerarse.»

El argumento no podía ser más sofístico, pero Amrú era un soldado y no debía replicar, y por lo tanto en cumplimiento de lo manifestado por Omar, dispuso que los preciosos papiros que, a millones, se conservaban en la biblioteca constantemente enriquecida, fuesen entregados a los cuatro mil *hamanes* o baños de Alejandría, para calentar el agua, habiendo habido suficientes para la calefacción durante seis meses; acto que sólo podía parangonarse con los más odiosos excesos de los vándalos.

Con la pérdida de una provincia tan rica como

© Biblioteca Nacional de España

Egipto, hubo de sufrir el imperio romano de Occidente un rudo golpe, pues privaba a Constantinopla de los inmensos subsidios que proporcionaba, en trigo. Por lo mismo se desesperaba el emperador Heraclio, que tan desamparada había dejado, sin embargo, a Alejandría. Su sucesor, Constante II, trató de recobrarla; envió una escuadra, y los bizantinos lograron dos meses ser dueños de las fortificaciones y del puerto del Faro.

Amrú, con admirable golpe de vista, dispuso entonces que fuesen derribadas las fortificaciones, y juró «hacer a Alejandría accesible por todos lados, como la casa de una meretriz». Desmantelado el recinto, no se corría ya peligro de que apoderándose de Alejandría los griegos pudieran hacerse fuertes en ella.

Faltaba consolidar la conquista, y a esto se dedicó el experto general: efectuó diversas incursiones por la Cirenaica (Trípoli Oriental) y pactó estrechísima alianza con los bereberes, aquellos indígenas nómadas, tan parecidos por sus costumbres a los árabes, y a los cuales el califa Omar saludó llamándoles hermanos de éstos.

Y quedó consolidada la conquista; por lo pronto, los egipcios habían tenido que soportar el triunfo de los coptos sobre los griegos y que sufrir los males de toda guerra, pero en cuanto quedó firmemente asentada la planta del invasor, Amrú gobernó con sabia prudencia, generosa tolerancia y abierto espíritu de concordia.

Murió Omar desgraciadamente, asesinado por un esclavo persa que quiso de esta manera vengar a su patria (644), después de diez años de admirable reinado.

El ilustre califa había encomendado a seis de sus compañeros la elección de sucesor, recayendo el nombramiento no en Alí — que hubiera sido elevado a la suprema jefatura, de no haberse negado a reconocer

© Biblioteca Nacional de España

la *Sunna,* — sino en Otmán, antiguo secretario del Profeta. Su reinado fué una continua serie de rebeliones, pues a pesar de que personalmente era un modelo de virtudes, su debilidad no reconocía límites.

Mientras vivió Omar permaneció Amrú al frente de Egipto, pero el nuevo califa Otmán envió en su reemplazo a su hermano Abdallah, que deseoso de hacer olvidar ciertas villanías que había cometido en daño de Mahoma, de quien había sido amanuense, se propuso llevar a cabo grandes empresas que no sólo le hicieran absolver de dichas culpas, sino que redundasen también en honor y gloria de su hermano Otmán.

Con este objeto reunió un ejército de 40,000 hombres, a cuyo frente invadió la Cirenaica, donde se habían retirado los griegos y los habitantes de los territorios conquistados.

Desempeñaba aquel gobierno, por el emperador de Oriente, el exarca Gregorio, quien reunió un ejército de 120,000 combatientes y atacó a Abdallah. La batalla fué empeñadísima y duró algunos días, pero por fin vencieron los árabes, que, no encontrando ya obstáculos a su paso, lo arrollaron todo y llegaron hasta Sabtelé (Sufetala) en los valles del Atlas.

No era posible, sin embargo, mantenerse allí. Los soldados del Califa estaban cansados; además había muchos enfermos y todos deseaban regresar a Egipto para gozar del fruto del botín. Este fué inmenso; baste decir que correspondieron 1,000 monedas de oro a cada peón y 3,000 a cada jinete.

Mientras las tropas de Abdallah descansaban en Alejandría y demás ciudades del Bajo Egipto, un valeroso capitán llamado Ali-Sar invadía la Nubia y hacía tributario del Califa al rey de Dongola.

Quedaba consumada la dominación musulmana de Egipto; la mayoría de sus habitantes se confundieron a no tardar con los conquistadores, los cuales, según

© Biblioteca Nacional de España

costumbre, no impusieron su ley por la fuerza, sino que dejaron que los coptos abrazaran o no la fe del Islam según les plugiese, y de ahí que se levantasen a un tiempo mezquitas y nuevos templos coptos. Con todo, muchos moradores no quisieron convivir con los conquistadores árabes y se retiraron á los desiertos de Nubia.

Murió Otmán en 656, asesinado por unos revoltosos, al cabo de doce años de agitadísimo reinado.

Alí. Todo el imperio árabe amenazaba caer en la anarquía, por la cuestión de sucesión, en vista de lo cual los *Sahabeones,* o antiguos compañeros del Profeta, acabaron por alargarle la diestra a Alí, que era proclamarle Califa. Desde luego protestó contra la calumnia de que hubiese tomado parte en los asesinatos de Omar y Otmán; era experto, robusto y animoso y todo hacía presumir que reinaría según las tradiciones del Profeta, pero desde el primer momento surgieron rebeliones, apoyadas por los egipcios, y por Aischa, la viuda de Mahoma, su irreconciliable enemiga. Alí les venció a todos, y habiendo hecho prisionera a Aischa, que seguía al ejército, en la batalla de Basora, la trató con el mayor respeto, contentándose con enviarla desterrada a la Meca, junto al sepulcro de su esposo.

Continuaba, sin embargo, la rebelión acaudillada por cierto Mohawiah, apoyado por los sirios, por Amrú, el ex gobernador de Egipto, y por la familia de Ommia. Mohawiah se intituló Califa de Damasco, y no tardó en levantar un poderoso ejército.

Fué contra él Alí y los dos bandos permanecieron frente a frente, a ambas orillas del Éufrates, durante cien días, sin que ni Alí ni Mohawiah se decidiesen a pelear, por tratarse de correligionarios. Por fin llegaron a las manos los dos partidos, y fué de ver a Alí, tronchando cabezas con su cimitarra, al grito de *¡Alah akbar!* (Dios es vencedor) «grito que se oyó repetir cuatrocientas veces después de cerrada la noche».

© Biblioteca Nacional de España

Todo fué inútil, sin embargo, y los mulsumanes timoratos para quienes Aischa era una especie de divinidad, se pasaron al derrotado Mohawiah. El resultado fué que se encendió una terrible guerra dinástica, durante la cual eran reconocidos como otros tantos califas Amrú, Alí y Mohawiah. Los buenos musulmanes, para poner fin al pleito, resolvieron matar a los tres; no murió Amrú, por haber sido confundido con él un capitán que se hallaba accidentalmente en su puesto; pero murió Alí, que contaba setenta y tres años, y Mohawiah cayó herido, aunque no tardó en curar (661).

**Mohawiah y los Ommiadas.**

Proclamóse sucesor de Alí uno de sus hijos llamado Hasán, pero su reinado fué efímero, vencido por Mohawiah.

Era éste hijo del idólatra Abu-Sofián, que se había distinguido por su enconada persecución contra Mahoma, aunque después se convirtió al Islam, y pertenecía a la familia de los *Ommiadas* u *Omeyas*. «Así la sangrienta herencia de Mahoma, dice un autor, recayó en la familia de sus perseguidores, y el primado del islamismo en los más encarnizados defensores de la idolatría.» Mohawiah trasladó la capitalidad del Islam desde Medina a Damasco, y contra todas las tradiciones musulmanas hizo hereditario el califato.

Hasta entonces los jefes del Islam habían gobernado de una manera patriarcal; así se habían conducido Abu Bekr, Omar, Otmán y Alí, pero Mohawiah lo trastornó todo y se convirtió en déspota, apoyándose en la fuerza y rodeándose de no menos ostentoso boato que los emperadores de Oriente. Y no sólo esto, sino que arrebató también a la familia del Profeta el cargo de imán o jefe supremo de la religión.

Tal proceder disgustó profundamente a los buenos musulmanes, que acabaron por rebelarse, pero fueron exterminados por Amrú.

No interesa a nuestro propósito referir lo ocurrido

© Biblioteca Nacional de España

bajo los sucesivos reinados de Mohawiah fallecido en 680, Yerib, Mohawiah II, Merwan I, reinados de efímera duración y sólo señalados por las rebeliones de los partidarios de Alí, y, por lo tanto, reanudaremos nuestra relación en el reinado del sucesor de Merwan I, el cruel y descreído Abd-el-Malek, proclamado Califa en 685, continuando en él la dinastía de los Omeyas.

Ocupaba a la sazón el trono de los Césares el emperador Justiniano II, y tenía grande empeño Abd-el-Malek en llevar adelante la conquista de África, no tardando en deparársele ocasión favorable para ello. Uno de los generales de Justiniano II, llamado Constante, había desembarcado en la Cirenaica, imponiendo insoportables tributos a los naturales, arruinados por la terrible invasión de Abdallah, de años antes, y para librarse de aquel azote reclamaron el auxilio de los árabes, que, efectivamente, no tardaron en arrojar a los bizantinos.

Cuernos

Pero no era esto sólo. El valeroso Akbar, gobernador de África, al frente de un ejército compuesto de árabes y bereberes, cuyo afecto había sabido captarse con su tolerancia y generosidad, atravesó todo el actual imperio de Marruecos y no paró hasta llegar a orillas del Atlántico.

Akbar, que conocía la versatilidad del carácter de los moros, fundó para consolidar la conquista la magnífica ciudad de Keruán, en Túnez, levantando admirables palacios y una mezquita que estaba sostenida por 500 columnas. No pudo, sin embargo, afianzarse

© Biblioteca Nacional de España

allí; concertáronse los moros con los griegos, y Keruán fué tomada por asalto, muriendo gloriosamente Akbar en la defensa.

Abd-el-Malek nombró en su lugar a Zobeir, guerrero no menos ilustre, vencedor del exarca Gregorio, pero esta vez fué vencido por un ejército griego enviado por Justiniano II en defensa de Cartago, ciudad muy importante aún, en la cual se habían refugiado los habitantes de las poblaciones destruídas en su antiguo territorio.

Abd-el-Malek confió la toma de la plaza a Hassán y Justiniano encargó la defensa al patriarca Juan. A costa de sacrificios y desplegando en ello la mayor actividad, los bizantinos lograron reunir una formidable escuadra, la más poderosa que de muchos años hubiese surcado el Mediterránco, y construída a expensas de las contribuciones de Sicilia y, sobre todo, de nuestro rey Egica, que ya por entonces comprendía el inmenso peligro que suponía la vecindad de los árabes en la costa de África.

El ilustre Juan forzó la entrada del puerto de Cartago, plantó el lábaro de Constantino en la más elevada torre de la ciudad y reforzado luego con tropas indígenas al mando de su reina, la intrépida Cohina, repelió a los árabes y persiguió a Hassán hasta Barca.

No por eso se dió por vencido Hassán. Pidió refuerzos a Abd-el-Malek y una vez los hubo recibido partió contra los greco-cartagineses, y les infligió cruel derrota a la vista de Utica. Los supervivientes del ejército de Juan, dispersos bajo las cimitarras de los hijos del Profeta, pudieron reembarcarse, al fin, no sin terribles padecimientos, y al pasar por delante de Cartago, al dirigirse a Creta, contemplaron el tristísimo espectáculo de la ciudad pasto de las llamas... ¡Ya no debía volver Cartago a renacer jamás de sus cenizas!

Aquellas magníficas ciudades que habían sido refugio de la cultura y emporios de la riqueza, estaban ahora



© Biblioteca Nacional de España

convertidas en montones de escombros y en guarida de bandidos que, después de asolar la tierra, sembraban el terror en el mar con sus piraterías; había quedado estirpado por siempre el cristianismo y en vez de la voz de los Ciprianos y Agustines sólo debían resonar allí los guturales acentos del muezzín.

**Los invasores**

Según los más recientes estudios históricos, los ejércitos del Islam estaban formados principalmente por siro-árabes, nómadas o sedentarios, originarios de Palestina, Arabia y Mesopotamia, pero el estandarte verde de Mahoma era seguido también por las diversas tribus del Asia Menor: griegos, curdos, armenios conversos, o digamos renegados, persas, egipcios, bereberes, sudaneses. Los jefes sí eran árabes; para algunos el grueso de las tropas estaba compuesto de esclavos negros llamados *Fehawias*.

Un problema muy interesante es saber quiénes eran aquellos habitantes que se extendían desde Trípoli a Tánger y sobre los cuales imperaba la reina Cohina.

«Suponen algunos — dice Cantú — que en los primeros tiempos de la Era Cristiana, Malek Afriki condujo desde Arabia numerosas tribus a Libia, a la cual dió su nombre; otros los hacen proceder de Berberach, antigua ciudad en la costa de Zanguebar; otros, por último, de los cartagineses que, vencidos por los romanos, salvaron su independencia refugiándose en las montañas. Se apoya la primera opinión en la analogía de costumbres que existe entre estos pueblos y los árabes, especialmente los del Yemen; vida errante, idioma semítico, mezcla de prácticas cristianas y judaicas con supersticiones idólatras. Por eso se entendieron fácilmente con los árabes cuando aparecieron en África, y el califa Omar, favoreciendo por política aquella inclinación, los intituló hermanos de su pueblo.

»Algunos hacen también proceder a los Mauros o Moros de los árabes sabeos, origen de que se muestran

© Biblioteca Nacional de España

jactanciosos; mientras que otros, con Procopio, los han creído descendientes de los Gebuseos, expulsados de Palestina por Josué, sucesor de Moisés.»

En cuanto a los llamados *moros*, he aquí lo que escribe el eminente etnógrafo y viajero Ricardo Hartmann:

«Se reconocerá a menudo en los moros las particularidades de la fisonomía de los árabes; pero como los judíos conversos, cuya configuración física se parece mucho a la de los árabes, han contraído matrimonios con los moros, es difícil distinguir entre los moriscos y los judíos en las ciudades de Tánger, Tetuán, Argel, Túnez, Trípoli, etc. Los europeos conversos son en número harto escaso para que su influencia sea sensible, pero los cruzamientos entre los moros y los negros son muy reconocibles; de ellos resultan mulatos, pero no es ése un hecho etnológico constante. Cuando los moros, cuyo tinte es bastante claro, se unen con los árabes, más atezados, o con los judíos de Oriente, sus vástagos no se alejan tanto del tipo de los padres como en los matrimonios entre moros y negros.

»A pesar del tipo eminentemente mixto de los moros, el etnólogo reconocerá que el elemento primitivo bereber es el predominante. La palabra *moro* designa una idea susceptible de grande extensión, y gracias a la pobreza de nuestro lenguaje etnológico se ha aplicado este nombre a comunes bereberes que hasta el presente han rechazado toda unión con los renegados, los judíos, etc., etc., y que contraen, lo que más, con siervos nigricianos. Tales son los habitantes de la provincia del Rif, los Sus y otras tribus de Marruecos, así como los moros del Senegal (Trarza, Brakna, Dowich, etcétera). Los casos de mezclas árabes son aquí demasiado raros para ser tomados en consideración.»

**Los árabes en Marruecos.**

Suele admitirse que los primitivos del Moghreb-el-Aksa fueron los bereberes, descendientes, con todo, de razas muy distintas,

© Biblioteca Nacional de España

pues los hay rubios y morenos, de cabeza redonda y de cabeza ovalada; no obstante existe entre todos ellos un lazo común, y es la lengua, aunque subdividida en infinidad de dialectos y que al parecer tienen analogías con el *copto* o antiguo egipcio y con las lenguas de los negros.

Conquistado Marruecos por los romanos, diéronle éstos por límites Salé, al Sur, y Volubilis al Este, entre Fez y Mequínez. A los romanos sucedieron los vándalos y a éstos los bizantinos, hasta que por fin cayó el territorio en poder de los árabes como ya diremos, siendo nombrado Muza-ben-Nuzeir por su gobernador.

La conquista fué algo tardía, aunque ya en tiempo de Abd-el-Malek un general árabe llamado Akbar hizo meter a su caballo en aguas del Atlántico — costa occidental de Marruecos — y puso a Dios por testigo de que había extendido la verdadera religión hasta los últimos límites de la tierra.

Era indudablemente Muza-ben-Nuzeir tan hábil político como experto general. Conquistó muchas provincias berberiscas desde el Norte a Poniente, pero deseando atraerse a los aborígenes o autóctonos les dió a entender que eran árabes también ellos, y así los afilió a su causa hasta el punto de que en breve se alistaron en sus filas 12,000 hombres de las tribus de Godam y de Zab.

El auxilio era de gran cuenta y gracias a él pudo Muza-ben-Nuzeir sofocar una rebelión de *moros*. La victoria fué completa y el general de Abd-el-Malek pudo deportar a Asia 300,000 de aquéllos.

El Califa de Damasco, deseoso de recompensar los grandes servicios que tenía prestados Muza, quien de continuo le enviaba hermosas esclavas, magníficos caballos y rico botín, le nombró *Emir-al-Moghreb*, con entera independencia del Emir de Egipto, de quien hasta entonces había dependido lo que después se llamó Ber-

© Biblioteca Nacional de España

bería. Muza se mostró digno del cargo, y contando con el concurso de sus aguerridas tropas y el de los bereberes que habían abrazado el Islam renegando del cristianismo, sojuzgó a las tribus nómadas de Dahara, Sahara y Tafilete; se hizo dar rehenes por las principales tribus moras, como las de Zeneta, Mazmuda, Zanaga, Ketama, Hoara (cuyos nombres, más o menos alterados, se conservan aún en la toponimia rifeña y yebala) y se dedicó a la tarea de convertirlas al Islam, como así lo alcanzó, hasta formar una sola nación invasores e invadidos.

Murió en esto Abd-el Malek y le sucedió su hijo Walid (705), que conservó a Muza en su cargo. El valeroso general necesitaba acometer nuevas empresas para calmar la fiebre de su actividad, y al par para saciar su sed de botín y de ahí que se fijase en la atrevidísima empresa de invadir a España, aventura a que le brindaban las disensiones de los godos y los llamamientos que le enviaban los judíos.

Así hemos seguido la maravillosa dilatación del imperio muslímico, comenzada por el Profeta, continuada sin interrupción por sus sucesores y que abarcaba a principios del siglo VIII desde el Golfo Pérsico hasta las riberas atlánticas del Moghreb.

**La conquista de España.— La última defensa.**

Ya hemos hablado de cuán fácilmente se apoderaron Tarik, primero, y después Muza, de gran parte del territorio peninsular. España quedó convertida en *waliato* (gobierno de una provincia, palabra mucho más castiza que *vilayeto*, como se dice hoy), y estuvo a su frente Muza hasta que fué llamado a Damasco por Walid.

Antes, sin embargo, de entrar en la historia de España bajo esos walíes daremos cuenta de un notabilísimo episodio que señala la última resistencia de los visigodos.

Subsistía aún, en efecto, en el después reino de Mur-

© Biblioteca Nacional de España

cia, un verdadero Estado independiente, donde ejercía el poder un noble godo llamado Teodomiro. Parece ser que estuvo en la batalla del Barbate y que cuando los cristianos quedaron completamente desbaratados recogió los restos de sus tropas y fué batiéndose en retirada con admirable pericia, hasta llegar a su tierra.

No contando Teodomiro con fuerzas suficientes para presentar batalla, y sobre todo caballería, que era precisamente el nervio del ejército árabe, peleaba como guerrillero, y emboscado en los montes y los desfiladeros causaba grande estrago en las filas enemigas. Y así fué cómo poco a poco fueron acostumbrándose sus gentes a guerrear, burlando las combinaciones estratégicas de los invasores.

Era a la sazón walí de España Abdelaziz, hijo de Muza-ben-Nuceir, y él mismo mandaba el ejército contra Teodomiro.

Por fin, Teodomiro no pudo excusar la batalla, en la cual fué derrotado, por carecer de caballería, y fué a refugiarse en la plaza de Orihuela, donde quedó sitiado por Abdelaziz. Mucho se ha fantaseado sobre este sitio, suponiendo que Teodomiro, para engañar al enemigo respecto al número de defensores de la plaza, «dispuso que todas las mujeres se disfrazasen, vistiesen y armasen como guerreros, con los cabellos cruzados y entrelazados por el rostro, de forma y manera que pareciesen barbas. En seguida mandó que la multiplicada hueste subiese a las torres y muros, dejándose ver de los enemigos con ostentoso alarde, a fin de engañar con este ardid a los sitiadores, que sin duda creyeron que la ciudad estaba defendida por una guarnición numerosa y respetable».

Bien pudiera ser que hubiese sucedido así, y no hubiera sido la única vez, pero todo indica que se trata de una leyenda. En cambio no tiene vuelta de hoja la autenticidad del memorable tratado concluído entre

© Biblioteca Nacional de España

Teodomiro y Abdelaziz, que traducido por D. Eduardo Saavedra, dice así:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Escritura de Abdelaziz, hijo de Muza, hijo de Noseir, para Teodomiro, hijo de Ergobado, según la cual éste se acoge a la paz bajo la garantía de Dios y el patronato de Dios y su profeta (a quien Dios salude y dé la paz). Ni él ni sus nobles tendrán la obligación de seguir a ningún jefe, ni será destituído ni arrojado de su gobierno, y ninguno de ellos será muerto ni cautivado, ni serán apartados de sus hijos y mujeres, ni serán molestados en su religión ni quemadas sus iglesias, ni quedará sustraído de su dominio lo que cultive por sus esclavos, sus fieles o sus colonos quien se halla sometido a este pacto. Y queda libre en las siete ciudades de Orihuela, Valentela (Valentilla), Alicante, Mula, Begastro (cerca del Cehegín), Anaya, y Lorca, a condición de que no se dé asilo a nuestros fugitivos ni a nuestros contrarios, ni se hostigue a nuestros protegidos, ni se nos oculten las noticias que haya de nuestros enemigos. Tanto él como sus nobles pecharán cada año un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro almudes de cebada, cuatro azumbres de mosto, cuatro azumbres de vinagre, dos azumbres de miel, dos azumbres de aceite y la mitad de esto los siervos. Fueron testigos Ottmán, hijo de Abu Abda, el Coraxí; Abdálla, hijo de Meicera, el Fahmí y Abu Cáim, el Hadalí, y fué escrito en el mes de Recheb del año noventa y cuatro de la égira (Abril de 713).»

A pesar de esta fecha, todo indica que el tratado se firmó en 715, como fundado en sólidas razones opina el mismo Saavedra, pues Abdelaziz no hace referencia para nada a su padre Muza — ausente desde 714, — sino que habla como jefe supremo, y además el *Anónimo latino* habla de Teodomiro y su campaña refiriéndolo al primer año del waliato de aquél. Así es de

© Biblioteca Nacional de España

creer, lo cual aumenta en gran manera el mérito de Teodomiro, que seguía fiel a la monarquía visigótica cuando la mayor parte de España yacía bajo el dominio de la Media Luna.

De nuevo, pues, se veía sojuzgado nuestro país por extrañas gentes; había sido en un principio un caótico e inorgánico montón de repúblicas, monarquías, confederaciones y estados independientes, minados todos por las disensiones intestinas; después una colonia pelásgica, fenicia, griega; una provincia cartaginesa, en parte; una provincia romana; un conjunto de reinos bárbaros, suevos, godos; una monarquía unitaria; hela aquí convertida ahora en un waliato dependiente del Califa de Damasco, en espera de alzarse contra este nuevo y esplendoroso Califato, mientras se iba reconstituyendo la nacionalidad desde el Pirineo al Atlántico, en las altas cuencas del Duero, el Ebro y el Ter; desde Covadonga al Montgrony.

FIN DEL TOMO II

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

1001973620

© Biblioteca Nacional de España